ROB-ROY,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR

SIR WALTER-SCOTT,

Y PUESTA EN CASTELLANO

Por D. E. de C. V.

«Bemba é la razón la más alta de
los primitivos tiempos, y declarando
el pretendente la guerra al desvalido,
«Te dejo: Defiéndete si puedes.»
WOODWORTH. El sepulcro de Rob-Roy.

BARCELONA,
IMPRENTA DE DON ANTONIO DEIGUES, CALLE DE ESCUELLERS, n° 36.
1847.
ROB-ROY,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR

SIR WALTER-SCOTT,

Y PUESTA EN CASTELLANO

Por D. E. de C. V.

BARCELONA,
Imprenta de don Antonio Berones, calle de Escudellers, nº 36.
1837.
Esta traducción es propiedad del infrascrito. Todos los tomos irán firmados por él mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.

ADVERTENCIA.

CUANDO el editor de los siguientes volúmenes publicó, habrá cosa de dos años, la obra titulada El Anticuario, anunciara ya de antemano que era la última vez que dedicaba al público producciones de este género. Sirváse no obstante de escusa el que todo autor anónimo no es mas que un fantasma como el famoso Junio; y que así, puesto que sea aparición más pálida y de menos enmascarado vuelo, es que en lo escusado responder, si le acusassen de inconsciente. Mejor apolojía fuere por cierto imitar la confesión del buen Benedicto (1), quien pretende que cuando decía que moriría celibato, no pensaba vivir sino hasta el día en que se casase. Lo más plausible sería, si, como acontece á algunos de mis ilustres contemporáneos, pudiera el mérito del libro absolver al autor del quebrantamiento de su promesa: sin que me atreva á esperarlo, diré tan solo que mi resolución ha sucedido, como la de Benedicto, á una tentación, ó al menos á una estratagema (2).

Habrán corrido seis meses desde que recibió el autor, por medio de sus honorables librerías-editores, un manuscrito que contenía el plan de esta nueva historia, dándole permiso, ó más bien, regándole vivamente que la arreglase para poder publicarla. Las correcciones y variaciones que ha hecho han sido tantas, ó más de la supresión de ciertos nombres y sucesos que se acercaban sobrado á la realidad, que la obra puede considearse como nueva. Probablemente se le habrán ocultado no pocos anacronismos en el discurso de tales variaciones; empero el editor sale responsable de ellos; otros errores había en los papeles originales, aunque de poco bulo. El que quiera exigir minuciosa exactitud, objetará sin duda que el puente en el Forth, ó más bien en el Avondhu (rio negro), cerca de la aldea de Aberfoyle, no existía treinta años atrás. El editor no ha de ser el primero en denunciar sus defectos; y da gusto y públicamente las gracias al anónimo y desconocido corresponsal, á quien deberá el lector la mayor parte del solaz que le proporcionen las siguientes páginas.

(1) Personaje de Muchos viedos por su padre, comedia de Shakespeare.
(2) Con unas estratagemas cómicas hacen que cambie de idea Benedicto acerca de casarse ó no.
Habiéndome inducido, mi querido amigo, a aprovecharme del ocio que la Providencia se ha dignado conceder á mi vejez, delineando el cuadro de las vicisitudes que señalaron mi juventud. Tales lúces, como vos los llamáis, han dejado en mi ánimo cierta memoria mezclada de placeres y dolor, á la cual se añade un vivísimo sentimiento de gratitud y de respeto al soberano Regulador de los destinos humanos, cuya benevolencia guía mi juventud por medio de tantos riesgos y peligros, de modo que el contraste me da á conocer aun el precio del sosiego con que ha coronado mi senectud. Casi estoy por creer, como mil veces me habéis dicho, que la narración de los acontecimientos que me han sobrevinido en medio de un pueblo, cuyos usos y costumbres se parecen todavía al estado primitivo de los hombres, ofrecerá algún interés á cualquiera que guste de oír narrar á un anciano la historia de otro siglo.

Dedica sin embargo ten presente que la relación que hace un amigo á otro amigo pierde la mitad de su gracia cuando se confía al papel: y que los acontecimientos que escuchaste con interés, por referirlos quien en los mismos representaba un papel, apenas os parecerán dignos de atención, retirado en vuestra gabinete. Pero vuestra vejez, más verde que la mía, y vuestra robusta constitución, os prometen, según todas las probabilidades humanas, vida más larga que la mía; desterrad pues estas hojas á algún secreto cajón de vuestro butuce, hasta que nos hayamos separado uno de otro, por un acasoceimiento que puede sobrevenir á todas horas, y que no tardará indeclicamente más que un corto número de años. Cuando nos hayamos dicho á Dios en este mundo, para volvernos á ver, según espero, en otro mejor, estoy cierto de que ansiarás mas de lo que ella merece, la memoria de vuestro amigo, y en todos los pormenores que voy á trasladar, hallarás materia de melancólicas pero nada desagradables reflexiones.

Hay algunos que legan su retrato á los confidenciales de sus corazones; yo pongo en vuestras manos un fiel trasunto de mis pensamientos, ya
turbios y azarosos, ya tranquilos, de
nuestras bendiciones y de nuestras
causaciones de mis largas convulsiones.
En esto la lujuria está en constante
aparición en la memoria, y eso que con
ella puede pasar por alto con poco pensa-
mento. Esos momentos, esos recuerdos,
que se refieren a la mañana, a la tarde,
a la noche, a los sueños, a los
trastornos, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
a la ausencia, a la presencia, a la
ausencia, a la soledad, a la libertad,
Pero mi padre no mostró su discon

tento, y aún cuando lo observara, no se dijo por calentado, y continuó con la carta en la mano: — He aquí la carta que me escribiste el 21 del mes último: venamos, láctamis jun

tos. Me dice que en un negocio tan importante como el de elevar, que cuando de este efecto depende dicha a desventura de toda la vida, esperas de la hondura de un padre, que te mostrase de una vez un codo en el mun

dio; que tienes aversion invencible... Yo, invencible dice: quisiera que estirabas más claro, y que te acen

tumbaras á rayar las t's, y á abrir más las ... aversion invencible á las medidas que te he propuesto. Todo el resto de la carta no hace más que repetir lo mismo, y las empléando cuatro páginas para lo que, con una mina de reflexión, pudiste encerrar en cuatro renglones; porque, en una palabra, Frank, la carta se reduce á decir que no quieres hacer lo que yo deseo.

— Qisiera hacerlo, padre, pero en esta ocasión no puedo. — Las pá

labras no ejercen ningún influjo en mi, mozo, dijo mi padre, cuya in

flexibilidad se observaba siempre bajo el exterior de la serenidad y del so

sticio más absoluto; no puedo en quinta una mina más político que mi que

rir; pero estos estréñmillos son sinó

nimas cuando no media imposibilidad moral. No me guardan las medidas vio

lentas, y es justo que tengo tiempo para reflexionarlo; hablárenos de eso

después de comer. — ¡Owe! Existo Owen; no tenía aquellas canas que le dieron después á vues

tros ojos tan venerable trazo, porque no contaba entonces más que cin

tenaños. Pero le cubría el mismo vestido color de avellanía que llevaba cuando le conociste, con los calen

nios de la misma tela, las mismas medias de seda gris de perla, iguales zapatos con hebillas de plata, e idénticas vueltas de batista cuida

dosamente plegadas, que cayó hasta la mitad de su mano en el salón, pero que oscillaba cuidadosamente bajo las mangas de su vestido en el escritorio, á fin de que se hallasen al abrigo de la tinta en una palabra, aquella misma fisonomía grave y seria donde pe

netran la hondura por entre cierto ariete de importancia, y que distinguió durante toda su vida al pri

mer oficial de la casa Osbaldish y Treadan.

— Owen, lo dijo mi padre, después que el buen anciano me habló apre

tado afectuosamente la mano, hoy comerciaba con nosotros, para que se país la noticia que trae Frank de nuestros amigos de Burdeus.

Owen hizo uno de sus guiñidos saludos para manifestar su respeto

so reconocimiento; porque en aque

lla época, en que se observaba la dis

tancia que separa á los inferiores de sus superiores con una rigurosidad desconocida hoy día, semejante in

vivencia era una fina extraviación.

Largo tiempo me acordaré de aquella comida: inquieto sobre la suerte que me estaba reservada, temiendo ser víctima del interés, y buscando los medios de conservar mi libertad, no tuve en la comodidad que debiera estar tan activo como quisiera mi padre, y daba á menudo respuestas poco satis

factorias á las preguntas con que me alabumaba. Dividido entre su res

peto al padre y su afecto al hijo, á quienes tantas veces había enaltecer en sus numeros, Owen, semejante al te

mpero, pero llevándose abajo de una comarca invadida, esforzándose en re

parar mis fallos, suplicó mi inacción y cubrir mi retirada: manifiesto que aumentaban el desconcierto de mi padre, cuyas severas miradas eran evidente señal de molesta en boca para el buen anciano. Mientras hablaba yo la casa de Dubourg, nunca me vi

no en niente conducirme como aquel mozo que, engañando la vida

bicana de los patricienses ojos, generaba una copia en vez de un fin

quito.

Pero la verdad que no había frec

uentado el escritorio, mas que uno
don de lo que se leía en el periódico, lo creyera absolutamente nece

sario, para merecer la buena opinión del Francés corresponsal de nuestra casa, y á quien había encargado mi padre que me inicie en los secretos del escritorio. En resolución, un principal estudio fuera el de la litera

tura y bellas artes. Mi padre no era envidia de los conocimientos, pues pesaba sobre él juicio para no con

cer que formaran el ornato del hombre, y daba nueva importancia en el mun

dio; pero, á su modo de ver, eran necesarios que no debían arrinconar los estudios provechosos. Quería que heredase yo, no solamente mi for

tuna, sino también el espíritu espe

culativo, que se la proporcionara, á fin de que pudiera yo en lo sucesivo desenvolver los planes y proyectos que habían concebido, y que creía propios para dador á mi menos su le

rencia.

Gastábale su estado, y tal era el motivo en que se apoyaba para inclu

tarse á seguir la misma carrera; pero tenía otros que no superaba más tarde. Tan fastidio como empu

necedor, dotado de feacid y osada imitación, cada nueva empresa que colmaba sus deseos me abría para él un agujón que le escabullía á es

tender sus especulaciones al tiempo que le proporcionaba medios para ello, un veneno amargo, volátil de conquista en conquista, sin mantene

irse en sus nuevas posiciones, ni querer mucho menos gozar del fruto de sus victorias. Acostumbrado á ver sus riquezas colgadas de la balanza de la fortuna, fecundo en expedien

tes para hacerla preponderar en su favor, parecía al salir de punto su actividad y energía cuando se enteraba segui

ra según sus amigos: parecía en esto al marinero avado

a arrostrar las olas y al encargo, y cuya confianza se aumenta la vispera de una tempestad ó de un encuentro. No se le ocultaba con toda la edad ó los achaques podían poner en breve fuera del servicio, ería intenta

ar formar un buen piloto capaz de empañar el timón, cuando se viera el forzado á abalanzar, y capaz de dirijirle con ayuda de sus consejos e instrucciones. Aunque nuestro padre fuese su asistente, y tuviese todo su patrimonio en nuestra casa, sabíamos que no quiso nunca tomar parte activa en el comercio; y Owen, que, por su probidad y profundos conocimientos en la aritmética, era un es

celente primer factor, no tenía bastan

tante injerto ni saber para que se le pudiera confiar el timón de los nego

cios. A prever repentemente el cuidado de su padre, á quien fuera de la multitud de asuntos que había concebido, si su hijo, hecho con sus cuidados el Heracles del comercio, no se hallase en estado de sostener el peso de los negocios, y de reemplazar al vaci

tante Meurcier? Y qué sería de mí mismo hijo, si, ignorante de las operaciones mercantiles, se encontraba metido de golpe en un laberinto de especulaciones, sin poseer el precioso bilbo, es decir, los conocimientos nece

sarios para salir de ellas? Decidido por todas estas razones, de las cuales me ocultó toda parte, resolvió mi pa

dre hacerme entrar en la senda que corriera el siempre con honor; y ha

to saber que una vez había tomado resolución, nada en el mundo era capaz de mudarla. Por desgracia, ha

bia tomado yo tal confianza, y eran absolutamente contrarias á sus miras: pesaba yo tanto en la firmeza de mi padre, y estaba resuelto no ceder en un punto que tanto interesaba á la felicidad de mi vida.

Porém que para disculpar la resistencia que en esta ocasión opu

se, puedo alegar que no veía clara

mente sobre qué cimientos se apo
yalan los descos de mi padre, ni cuento importaba a su honor que me sometieran a ellos. Océánese seguro de llevar en lo venidero constantes riquezas que nadie me disputería, nunca me ocurre que, para reolerlas, fuese necesario someterme a acoso, y entrar en pormenores que no cuadraban ni con mi gusto ni con mi carácter. No veía en la proposición de mi padre más que un deseo de aumentar aun más aquel manto de riquezas que había acumulado. Persuadido de que nadie podía saber mejor que yo el rumbo que debía seguir para lograr la felicidad, parecía que sería tomar mal dirección el querer aumentar un caudal que creía más que suficiente para proporcionarme los goces de la vida.

En vista de la aversión que había cobrado desde un principio al comercio, no es de admirar, como tengo dicho, que durante mi residencia en Burdeos, no emplease enteramente el tiempo en mi padre deseaba. Las ocupaciones que miraba el como más importantes, eran para mí muy secundarias, y aun las hubiera orillado enteramente, a no mediar el reliceto de descontentamiento al corresponsal de mi padre. Dubrov, que sacaba las mayores ventajas de los negocios que hacía con nuestra casa, era muy ladino para escribir sí jefe de ella nuevas poco favorables sobre su hijo único, acarreándose de este modo las revoluciones de entrombos. Por otra parte, sobredándole quizás, menos decirle en breve, motivos de intercambios, deudóme descubrir el estudio á que quería mi padre que me entregase. Por lo tocante á costumbres, era irreproducible mi conducta, y al sosegar á mi padre sobre este artículo, no era esto para Dubrov más que hacerme justicia: pero aun cuando tuviera otras faltas que echarme en rostro, á más de mi indolencia y averías á los negocios, tengo motivos para creer que el astuto Francisco era igualmente conocedor con ellas. Además de esto, como empleaba buena parte del día en el estudio del comercio que me recomendaba, no llevaba á mal que consagrase algunas horas á las musas, ni que prefiriese la lectura de Corneille y de Boileau á la de savarya ó de Pothetlayne, si hubiese sido conocida entonces la voluminosa obra del último. D'ubrov lograria pronunciar su nombre. Dubrov había adoptado una expresión favorita, con la cual terminaba todas sus cartas á su corresponsal. —Vues tro hijo, decía, era cuanto pudiera desear un padre.—

Nunca cansaremos el mio una frase, por mas que se la repitieran, con tal que me pareciese clara y concisa. El mismo Addison no pudiera suministrar más satisfactorios términos que: —Recibá la vuestra, y los valores en ella incluidos, etc.

Suponiendo que había muy bien logrado desechar que yo, fuese, decía: un Osbalidston, no dudaba que, siendo la frase predicta de Dubrov, era en efecto lo que anhelaba él verme, cuando en hora menguada recibió la carta en que trazaba yo mis emocionantes razones, y en que particularizaba, para rehusar un interés en la razón de comercio, un atril y una silla en un rincón de nuestra librería casa de Crane-Alley, silla y atril que, superando en alturas los de Owen y demás factores, no la cedían mas que al tripode de mi propio padre. Desde este momento corrí más suerte mi juego; las cartas de Dubrov perduran tanto crédito como si se hubiese negado á pagar sus plazos: yo fui llamado al punto á Londres, y ya es referido mi recibimiento.

CAPÍTULO II.

Mi padre, que sabia dominar sus pasiones, permanecía siempre sereno, y era cosa rara que manifestase con palabras su descontento; únicamente era entonces su voz algo más desentonada y dura que de ordinario. Nunca empleaba las amenazas ni las expresiones de un profundo resentimiento: eran uniformes sus acciones, impelía todas cierto espíritu sistemático, y fuera su máxima ir siempre derecho al blanco, sin perder el tiempo en vanos discursos. Escuchaba pues con sardónica sorrisa las incon sideradas respuestas que le daba yo acerca del estado del comercio en Francia; y me dejó inmune al sumirme mas y mas en los misterios del ajotaje, de los derechos y de los aranceles; pero cuando vio que no podía explicarle el efecto que habia producido el descrito de los luces de oro en la negociación de las letras de cambio, no pudo contenerse yo.—El suceso mas notable acontecido en mi tiempo, exclamó, y eso que había visto la revolución (1), y no sabe dar razón de ello que un madero del muelle!

El señor Frank, observó Owen, con consternación y compitiendo, no puede haber olvidado que por un decreto del Rey de Francia, su fecha 1°. de mayo de 1700, se mandó al portador presentarse en los diez días que siguiesen al vencimiento. —El señor Frank, dijo mi padre interrumpiéndole, recordará al momento cuanto tengan la bondad de apuntarle: pero por mi alma, que no sé cómo ha podido permitir Dubrov... Decide, Owen; ¿estás contento de Clemente Dubrov, su sobrino, que trabaja hace tanto tiempo en mi escritorio? —Es, señor, uno de los factores más fortunados: el caso es un muy verdaderamente prudencial para su edad, contestó Owen; porque la jovialidad y cortesía del joven Frances le habían prendido.

—Sí, sí, creo que entiendo el muchacho algo en cambios. Dubrov lo ha arreglado de modo que al menos tenía yo á la mano un joven que entienda mis negocios; pero le callo la intención, y allá se lo verá cuando mierte el saldo de nuestras cuentas. Owen, pásarás á Clemente este trimestre, y le dirás que se disponga a partir á Burdeos con el bajez del padre.

—Y enviar al instante á Clemente Dubrov, señor? dijo Owen con voz trémula.

—Sí, señor, enviarle al instante: harto es tener en casa un Ingles sin dinero que caiga á cada momento en mil yerros, para que esté á su lado un Francés ladino que se aproveche de ellos.

Aun cuando el amor de la libertad y de la justicia no hubiera estado grabado en mi corazón desde la más temprana infancia, había vivido bastante tiempo en el territorio del gran marco, para contradecir aversion á todos los actos de autoridad arbitraria; y no pude menos de interceder en favor del joven á quien querían castigar por haber adquirido los conocimientos que sembran mi padre no poseyese su propio hijo.

—Os pido perdón, padre, dije yo al punto que cesó de hablar el señor Osbalidston; pero me parece que sí he descubierto mis estudios, solo yo tengo la culpa, y que no es justo que sufra otro una castigo que no hizo merecido. No puedo aclarar á Mr. Dubrov el no haberme presentado mis ocasiones para instruirme, puesto que no he sabido utilizarlas; y en cuanto á Mr. Clemente Dubrov...

—En cuanto á él y en cuanto á ti, repuso mi padre, tomaré las medidas oportunas; no me disgusta, Frank, que te eches toda la culpa á ti mismo; en esos andas acertados, lo confieso. Mas no me cabe pedir en el viejo Dubrov, añadió mirando á Owen, él haberse contentado con dar á Frank medios para instruirse, sin notar ni advertirme que no los aprovechaba. Ya veis, Owen, que al me-
los asevera que les principios naturales de equidad que debían caracterizar a un negociante inglés.

El señor Frank, dijo el viejo factor, inclinando un poco la cabeza, y levantando ligeramente la mano derecha, hábito que debiera al uso que tenía de ponér la pluma tras de la orea antes de hablar; el señor Frank conoce al parecer el principio fundamental de todo cálculo moral, la gran regla de tres que tiene que a largo y a largo, con broches de cobre, y encuadernado en pergaminio; era esto suficiente para que sus honorables acuerdos fueran tan seguros de que se le resistía a lamente el alborozo en su frente al oír leer á mi padre algunas páginas y hacer al mismo tiempo sus observaciones críticas.


—¡Muy bien! Es de mucha importancia el tenerlo presente, a causa del comercio portugués. —Pero que viene á ser esto? —Burdeos, fundado en el año..., Castillo-Trompeta, Palacio de Galieo, ¡Ah! bien! ¡muy bien! Son notitas históricas; no has hecho mal en tomarlas. Ved aquí una especie de reportorio general. Owen, un sumario abreviado de todas las transacciones del día; compras, pagos, finiquitos, comisiones, cartas de aviso, momentos de toda clase.

—Para copiarlas después en el diario y en el gran libro de cuentas, respondió Owen; me alegro que sea tan metódico el señor Frank.

No sin pendámbulo me veía yo encaminado de este modo, porque temía que persistiese mi padre en su resolución de hacerme entrar en el comercio; y como no se me hubiese decidido sin consentimiento mío, propuse á sentir el haber sido tan metódico, según la expresión de mi amigo Owen. Pero en breve cesó mi inquietud; paseó el libro una hoja de papel llena de borrones. Recogí mi padre, y Owen observaba que sería del caso de esgríar al registo con obleta, cuando la interrupción mi padre esclamando: —A la memoria de Eduardo el principe Negro! ¿Qué viene á ser esto? —Vendrá por el ciclo, Frank, que no te crea tan necio como!

Su duda os acercaba de que mi padre, como hombre comerciante, miraba con desprecio el afán de los poetas; como hombre piadoso, y siendo no-conformista, reputabais por tan profanos como fútiles. Antes de comendar, acordáis también de cuántos poetas se encomiaron sus pluma, á fines del siglo diez y seis, no escandalizando menos á los hombres de bien con su conducta que con sus escritos. La secta á que pertenecía mi padre tenía, ó al menos aparentaba tener, la más completa aversión á los parámetros de la literatura; de modo que se reunían muchas causas para aumentar la impresión poco favorable que debía hacerle el alegato descarnado de aquella malhablada pieza poética. Por lo que tocaba al pobre Owen, si la corta peluca que llevaba entonces hubiera podido rizarse sola, y todos los cabellos que la compositora habría de hacerse de horripilar sobre su cabeza, estoy cierto de que á pesar de todo el trabajo que lo costaba por la mañana el comisariarla, viérase deslustrada la simetría de su
tocado, por solo el efecto de su pas- 
mo. Un déficit en la caja, un borron 
in su libro diario, una equivocación 
de suena en sus cuentas, no le sor- 
prendieran más desagradablemente. 
Mi padre le leyó los versos, y acce- 
tando no comprenderlos, ya con trá-
jico éfasis, y siempre con aquella 
amarga ironía que cojea cruelmente 
al nervio de un autor.

Acabando de leerlos, dijo: Bue-
nos días, señores míos, os deseo fe-
líces pasantes (1). En verdad que el 
sacristán hierve mejores versos, y así 
diciendo, ajó el papel entre sus de-
dos con el más profundo desprecio, 
y concluyó con estas palabras: — ¡Por 
me de crédito! ¿Frank, no te creía 
tan loco?

¿Qué debía responder, mi querido 
Tresham? Permanecí inmóvil en mi 
silla devorando mi mortificación, 
mientras que me lanzaba mi padre 
una mirada compasiva, en la cual se 
traía una caricia más insultante, 
que el pobre Owen, con las manos 
y ojos levantados al cielo, parecía tan 
herido de honor, como si acabase 
de leer en la gaceta el nombre de su 
patrón en la lista de las quebraduras.
Por último me entoné cuanto pude, 
y rompió el silencio, cuidando de 
que mi voz no revelase la asombrosa 
que experimentaba.

— Só, padre, cuan inhábiles soy 
para desempeñar en el mundo el emi-
nente papel a que me destinías; por 
fortuna no amひとつo el caudal que 
en el pudiera adquirir. El señor Owen 
se tambaleó mucho más perplejo 
os, y más capaz de ayudarlos. Añadí 
estas palabras, con maliciosas iten-
tion, por parecerme que Owen se ha 
daba mucha prisa en desamparar 
mi causa.

— Owen, dijo mi padre, este jó-
ven está loco remateado. — Y hacían-

(1) Frase proverbial para dar las gracias a los 
actores de las misas en la mañana. Los ministros 
interiores de la Iglesia bien también es imponer la 
pieza para la entrada de los vecinos con versos, etc.

dome volver friamente al lado de 
Owen: — Owen, continuó, me ser-
vinía sin duda mejor que tú. Señor 
mi, ¿qué haréis? ¿Cuál es vuestra 
intentos?

— Yo me alegra, padre, respon-
di con resolución, de viajar dos 
ó tres años, si teñas la bondad de 
permítímelo: sino, no tengo repug-
nancia en emprender el mismo tiempo 
terminar en la universidad de Oxford ó de 
Cambridge.

— ¡Válgame el juicio! ¡habrán visto cosa semejante! ¡querer ir al 
colegio a juntarse con pedantes y jact-
itos, cuando pudiera hacer fortuna 
un mundo? — pregunta no te vas a 
Westminster ó a Eton, a estudiar la 
gramática y la sintaxis de Lelii, y a 
someterse, si te place, á los azotes?

— A pesar del deseo que me anima 
de perfeccionar mi educación, si de 
saprobais la súplica que os he hecho, 
volveré de buena gana a el continent 
Cuando se ve el agitado 
odo alió, Frank.

— Y bien, padre, si queréis que 
elija un estado, permítidme entrar 
e la carrera militar; ¡inde...

— Vas al diablo, intervino ás-
peramente mi padre; y luego seme-
ándose de desesperado. — En verdad, 
dijo, que me harás perder la cabeza. 
¿No hay para volverse loco, Owen? El 
pobre Owen bajó la cabeza y no 
respondió una palabra.— Oye, Frank, 
añadió mi padre, voy á atajar toda 
discusión. Tenía yo tu edad cuando 
me cojí mi padre del brazo y me 
hizo de casa divirtiéndome, para 
dejar todos sus bienes á mi hermano 
Partió de Oshaldiston-Hall, monta 
ó en un caballo, y con diez con 
exquisido en el bosque: desde aquel día, no le 
vuelto á poner los pies en el umbral 
del alcazar, ni los podré tampoco. 
No sé, si me cuno de saber, si vive 
mi hermano, ó si se lo ha 
dicho en casa lo sucesos zorras; pero tiene 
hijos, Frank, y adoptaré uno de 
sí, te opones á mi voluntad.

— Soy dueño, señor, respondí 
él tal vez con más indiferencia que 
respecto, de disponer según os plazca 
de los bienes que yo.

— Si, Frank, soy dueño de 
reino, y lo haré. No debo mi caudal 
mas que á mí mismo, de lo que adquirí 
fuerza de niños y desvelos, y no 
confundir que no avispas se alimen-
ten con la miel que recojito al duras 
me habeis. Mediante bien, no igno-
r mis intenciones, y son irreconcu-

— Mi querido señor, mi muy no-
ble señor, exclamó Owen con las 
lagrímas en los ojos, no acostumbra 
trato tratar con tal precipitación 
los negocios de importancia: no 
liquido las cuentas antes que haya 
tenido tiempo el señor Frank para 
comparar los productos: él os ama, 
respeto, y cuando llega entrar en 
una cuestión difícil, estoy se-
guro de que no venderá en satisface-
ciones. Pensado, dijo mi padre con 
agitación, pues no tengo que ser mi 
amigo, mi asociado, mi confidente, 
y partir conmigo mis agravios y mi 
caudal. Owen, creía que me conocías 
mejor.

Miróme como si quisiera añadir 
algo, pero mudando suavemente de 
mirada, vino á mi lado, y callado, y salió de 
la sala. Las últimas frases de mi pa-
rete había comprobado vivamente: 
todavía no había considerado la 
estafa antes de este punto de vista, 
y si hubiese empleado tal argumento al 
principio, sería probable que no tuviera 
poquero quejarse de mi.

Dejó en el alma de su padre 
tardarse; yo te 
tenia también un carácter resuelto, y 
había tomado mi resolución. Cuando 
los hallamos solos, volvió Owen há-
cia mí sus ojos bañados en lágrimas, 
como para descubrir, antes de encar-
garse de las delicadas funciones de 
ser mi padre, su flor, se le debía mi 
poca, pero que no se debía 
perjudicar, ni se debía 
sofocon en todas las cosas que 
me de hacer de su caudal, y 
puesto que había de salir de uno de mis 
primos, dispuesco como quien de 
sus riquezas, yo no venderé jamás mi li-
bertad á peso de oro.

— ¡Ah! señor; si hubieses visto las 
cuentas del último año, y salió de 
la sala. Las últimas frases de mi pa-
rente había comprobado vivamente: 
todavía no había considerado la 
estafa antes de este punto de vista, 
y si hubiese empleado tal argumento al 
principio, sería probable que no tuviera 
poquero quejarse de mi.

Dejó en el alma de su padre 
tardarse; yo te 
tenia también un carácter resuelto, y 
había tomado mi resolución. Cuando 
los hallamos solos, volvió Owen há-
cia mí sus ojos bañados en lágrimas, 
como para descubrir, antes de encar-
garse de las delicadas funciones de 
ser mi padre, su flor, se le debía mi 
poca, pero que no se debía 
perjudicar, ni se debía 
sofocon en todas las cosas que 
me de hacer de su caudal, y 
puesto que había de salir de uno de mis 
primos, dispuesco como quien de 
sus riquezas, yo no venderé jamás mi li-
bertad á peso de oro.

— ¡Ah! señor; si hubieses visto las 
cuentas del último año, y salió de 
la sala. Las últimas frases de mi pa-
rente había comprobado vivamente: 
todavía no había considerado la 
estafa antes de este punto de vista, 
y si hubiese empleado tal argumento al 
principio, sería probable que no tuviera 
poquero quejarse de mi.
—Pero, Owen, puesto que mi primo se llama también Osbaldston, la razón de comercio será tan linda como podeís deseas.

—Y os atreva á decir eso, señor Frank, sabiendo cuánto os amo: ¿qué es vuestro primo sino un católico como su padre, un enemigo de la casa de Hanover, otro item sin duda?

—Entre los católicos, Owen, hay muchos hombres de bien.

Owen iba á responder con una viva mirada de que no le era ordinario, cuando entró en la sala mi padre.

—Teneis razón, Owen, le dijo, yo hice mal: nos tomaríamos más tiempo para reflexionarlo. Muchacho, dispóitese á contestarme de aquí á un mes.

—Yo me incliné silenciosamente, contento con este inesperado plazo, que me parecía de feliz agüero, y no dudando que mi padre alojaría algo su primer rigor.

No conocí este mes sin que acuteciese nada de particular: iba, venía, disponía del tiempo á mi antojo, sin que mi padre me hiciera la menor pregunta, ni la más mínima recom- vencion. Ello es cierto que no le veía mas que á las horas de comer, y entonces cuidaba de estar á su tiempo, y yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversación á las noticias del día, á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las gentes de pocas relaciones: nadie presumía, á los oídos, que reinase entre nosotros liberties, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar.
sabiendo ningún modo de vivir, y no poseyendo nada, me era evidentemente imposible subsistir, si no recibía algún socorro de mi padre, que mis deseos eran muy limitados, y que esperaba que la invencible aversión que sentía a la profesión á que me había destinado, me privaría de su protección. Es decir que quieres apoyarte en mi brazo, y sin embargo ir á donde te parezca. Esto es difícil de conciliar. 

Capítulo III.

Un estudiante, que bien por alojamiento o por osadía se hubiese arriesgado á pasar el estrecho de Cádiz en frágil barquilla, no se hallaría en medio de la corriente en situación más embarazosa que la mía, cuando me vi errante sin hogar en el océano de la vida. Había aparecido en mi padre toda facilidad en conferir el medio que se me ofreciera entre los miembros de la sociedad; arrojarme, por decirlo así, de su familia con tan imprudente injudicia, que todo contribuía á disanudarme, y á mi incómodo personal que hasta aquel entonces me sostuviera. El Principio había, tan pronto principio como hijo de un pescador, dejando el cetro por la caña, y su palada por una chozas, no podía creerse más degradado que yo. Cogidos con mano propia, miraban de tal suerte como pecado necesario de nuestro nombre los accesos con que nos rodeaba la pro- piedad, que cuando nos hallábamos entregados á nosotros mismos, con solos nuestros recursos, y obligados á reconocer que carecíamos de valor, nos vimos muy de nuevo nuestro para poca importancia, y experimentamos suũngencia mortificante. Confieso que me apartaba de Lóndres, la lejana voz de sus camaradas me hizo olvidar mis de una vez el consejo de:—Fiel, que oyó en otro tiempo su corregidor (4); y cuando me volví desde aquella paga de tantas lágrimas mi corazón y que esperaba encontrar personas en mejores noches de obediencia, nuestro último rebelión. 

El resultado lo probó; porque al día siguiente, á las cinco de la madrugada, me encontré en el ca- 

vez la lóbrega y magnífica de aquella metrópolis, bajo su manto de vapores, parecía que dejaba tras de sí el consuelo, la opulencia, el embriu- 

Empero el dado estaba echado ya, y no era probable que con cobarde y tardía sumisión, lograse la merced a mi padre; pero al contrariso, fuéme é invariable en sus resoluciones, hechos de perdonar, me habría despreciado, si en tal momento tornara bajamente á decidir que me hallaba dispuesto á entrar en el comercio. 

Sin embargo acabó por montarme de no viajar por camino que ofreciese al menos algún afán á la curiosidad, ó por una comarca que presentaran de cuando en cuando alguna observación interesante; porque la derrota del norte era entonces, y tal vez también hoy día, muy pobre bajo este aspecto; creo que no es posible hallar en toda la Gran Bretaña un camino menos digno de llamar la atención. Inseparablemente volvió á algunos de mis relaciones, y no dejaban de ser en alguno modo anuncios: mi musa, esta presencia que me condujera á un país tan montaraz; mi musa, tan fomentada, tan vedada como la mayor parte de las hermosas, me abandonó en mi auguría, y no supiera como der- 

(4) Alusion á la historia del larín de Whit, Regia. 

Mi bóhola, sin hallarse muy prontos, bastaba para las necesidades de mi modesto viaje; habiendo acomodado mi permanencia en Burdeos, á no tener mas creados que mis propias manos; mi caballo era joven y brioso; mi ardiente imagi-

Sin embargo acabó por montarme de no viajar por camino que ofreciese al menos algún afán á la curiosidad, ó por una comarca que presentaran de cuando en cuando alguna observación interesante; porque la derrota del norte era entonces, y tal vez también hoy día, muy pobre bajo este aspecto; creo que no es posible hallar en toda la Gran Bretaña un camino menos digno de llamar la atención. Insensiblemente volvió á algunos de mis relaciones, y no dejaban de ser en alguno modo anuncios: mi musa, esta presencia que me condujera á un país tan montaraz; mi musa, tan fomentada, tan vedada como la mayor parte de las hermosas, me abandonó en mi auguría, y no supiera como der- 

(4) Alusion á la historia del larín de Whit, Regia. 

Mi bóhola, sin hallarse muy prontos, bastaba para las necesidades de mi modesto viaje; habiendo acomodado mi permanencia en Burdeos, á no tener mas creados que mis propias manos; mi caballo era joven y brioso; mi ardiente imagi-
uerras y el caudal de los vendedores, variándose de cuando en cuando con la descripción de un 2ôtio á de una batalla en Flades, que me hacía el narrador, tal vez de segunda mano. Los ladrones, asunto inagotable, llenaban todos los vacíos, y cada cual refería cuantas historias sabía de salteadores; el arrendador de doño, el Ladrón Agá, Jack Needham, y otros héroes de la ópera del Gueux (1) eran nombres familiares para nosotros. Al oír estas relaciones, como aquellos niños asustados que se nigan al readedor del hogar cuando está cerca de concluirse la historia del aparecido, acercábamos unos á otros los viajeros, echábamos al readedor paños rojos, mirábamos al cebo de sus pistolas, y jurábamos darse mutuo socorro y protección en caso de peligro; obligación, que, como la mayor parte de las alianzas ofensivas y defensivas, se pierde de vista cuando hay algún peligro de riesgo.

De cuantas he visto en mi vida perseguidos por temores de esta naturaleza, un pobre diablo con quien anduve de camino por espacio de día y medio, fué el que más me divertió. Llevaba encima de la silla una pequeña, pero al parecer muy pesada maleta de viaje; aunque de vista no solo instante, y cuando se detenía, y se acercaba á él una moza depositada para tomar la maledicencia mientras se apeaba, repelía con asperza, y descendía con su balia en la mano. Con la misma precaución se enfardaba en ocultar, no solamente el objeto de su viaje y el lugar de su destino, sino hasta el rato que tomaría al día siguiente: su turbación era con igual, cuando alguien le preguntase á pregunlarle si contaba seguir por mucho tiempo el camino del norte, ó en qué posada hacia cuenta pasar. Deténganse en minucioso discurso para el elección del lugar donde habría de pasar la noche, evitando con cuidado las posadas desiertas y las que parecían de mala estancia. En Grantham no se acostó en toda la noche, porque había visto entrar en la estadía inmediata á la suya, un hombre bajo que llevaba negra peleca y un viejo chaleco bordado de oro. A pesar de sus zagueros é insinuadores, un compañero de viaje, si se atendía á su es.criuer, se hallaba tan en estado de defenderse como el primero: era alto, de buena estampa, y la escarpela de su sombrero golpeando parecía indicar que había servido en el ejército, o á menos que pertenecía al estado militar. Su conversación, sin dar del mejor tono, era de un hombre de juicio, cuando los terribles fantasmas que tenía siempre delante de los ojos cesaban por un momento de ocuparle; empero la menor circunstancia bastaba para motivar en él convulsivo temblor. Un matarral abierto, una cerca eran para él objetos de terror; y el sillido del pastor que reunía su ganado, era para sus oídos la señal del salteador que llama á su cuadrilla: la vista misma de un patín, diciéndole que acababa de ser cazado un salteador, le recordaba que quedaban todavía muchos por colgar.

Presto me hubiera cansado de la compañía de este hombre, sin la diversión que proporcionaba á la intrahen de mis pensamientos: por otra parte, algunas de las trágicas historias que refería tenían de suyo una especie de interés, á que dieran no pequeño realce la buena fe y credulidad del narrador. Una nueva prueba de su estravaganza y escasa desconfianza me presentó ocasión de divertirme un poco á sus espaldas. En sus relaciones, muchos de sus viajados salteadores que caían en medio de una gavilla de ladrones no experimentaban este desastre sino por haberse dejado seducir por la elegante traza y agradable conversación de un estranjero; este hablaba propuesto caminar juntos, y su compañía parecía prometerles solaz y protección; cantaba y hablaba suciosamente para que olvidasen el fastidio del viaje, cuidando de que no los desollaran en las posadas, y hacía observar los errores que se deslizan en las cuentas, hasta que por último, su coloría ecoscharles más y más, se presentó a sus compañeros con las caras ensangrentadas. En muchas de estas situaciones, el narrador no podía menos de burlarse de la imprudencia de sus compañeros, y en su advenimiento á la precaria fortuna. Tenia también las costumbres de aquel tiempo cierto tinte de ferocidad, que se ha mordido después ó desvanecido enteramente: parecía que los desatados abrazaban entonces con mayor repugnancia cualquier medio ó la paz de reparar los agravios de la fortuna.

Ello es cierto que no nos llamábamos á la sazón en el tiempo en que Anthony a-wood (2) se lamentaba de la ejecución de dos bellos mozos honrados y valientes que fueron colgados sin piedad en Oxford, porque obligaban sus queridas á exijir contribuciones de los caminantes. Sin embargo, la mayor parte de las caras de la matrícula se veían cubiertas de matrículas, y los distritos de la provincia menos poblados se hallaban frecuentando por los pájaros de bandos (cuya existencia será algún día desconocida) que practicaban su oficio con cierta cortesía. Semejantes á Gibbet, en la Asturía de los Señoríos (3), jactábanse de ser la gente más bien educada, y de asar de sumo cortesía en el ejercicio de su vocación. En lugar de no podía pues un jovial indigestarse de una equivocación con que se comprendía en la honrosa clase de aquellos consumados rateros; al contrario, me divertiría en dispertar y adormecer sucesivamente los temores y sospechas de mi compañero, y solazábamos en turbar y desacertar aun más cabeza que la naturaleza no había

(1) Una de aquellas cosas de Londres llamadas Inferiores, censo de juego decentes.

(2) Antonio Wood, autor de Athenae Oxonienses, autor de Oxford.

(3) Los Bonos Straugham, escritura de G. Forghar.

(4) Las cosas de Oxford no era objeto de ningún crédito.
organizado con la regularidad necesa- 
ria.

Cuando, acudido por la franque- 
za de mis modales, me parecía que 
gozaba de cabal seguridad, hacíacle 
una o dos preguntas sobre el objeto 
de su viaje o sobre la naturaleza del 
estado que lo ocasionaba; bastaba 
esto para aliviarle, y no tardaba 
 en verle á algunos pasos de dis- 
tancia.

Ved aquí, por ejemplo, una con- 
versación que tuvimos los dos sobre 
la fuerza y vigor comparativo de 
 nuestros caballos.

¡Oh! señor mío, dijo mi compa- 
fiero, confeso que para el galope mi 
caballo no es tan bueno como el 
vuestro; pero permítas que os diga 
que el troto es el verdadero paso del 
caballo de posta, y que el troto es 
destaño, si estudiásemos cerca de 
a ciudada. Apestaría una botella de 
Porto á que os vencería en la carrera 
(añadió acercándose á su invernadero 
y las espuelas).

—Quierocontentaros, señor mío; 
voy aquí otra llamada que me parece 
á caso.

—Bem...heu...repliqué mi amigo 
aviclando: no me gusta fatigar inútil- 
mente mi caballo, y no sabemos lo 
que puede suceder en caso de apu-

... Por otra parte, cuanto dije que 
estaba pronto á apostar, suponía que 
una vez calentados se hallarian con 
igual carga: estoy cierto que el vue-

tro lleva cerca de treinta libras me-

nos que el mío.

—Pues qu á, cuánto puede pesar 
esa maletilla?

—¿Ma...ma...maletilla? re- 
puño temblando: ¡oh! muy poco... 
... nada. Aquí no van más que algunas 
casacas y algunos pares de media.

—A la vista diría que pesa mas; 
y apostaría la botella de Porto á que 
esa maletilla forma toda la diferencia 
que va de la carga de mi caballo á la 
del vuestro.

—Os engañais, señor mío; os lo 
aseguro. En verdad que os engañais; 
añadió retirándose al otro lado del 
camino, según acostumbraba en las 
ocasiones de solazos.

—Estoy pronto á arriesgar la bot- 
tella, le dije siguiéndole; y lo que 
me mataría más á mi que con vuestra maletilla en gran parte; os 
diego del todo todavía en la carrera.

A oir esta proposición, le parecía 
haría cierto, mi hombre temió 
como un azogado: su mirar, 
que era en extremo enervada, se volvió 
pálida y amarrillita, y el nudo hizo 
desaparecer por un instante las 
hueñas que el vino había dejado en ella; 
daban uno con otro sus dientes, y 
en la agonia del terror, esperaba al pa-

recer que diese yo el silbido para 
renunciar toda mi cuadrilla. Cuando vi 
que tenía embargada la voz, y que con 
propiedad de sostenía encima de 
mi caballo, me apresuré á atenderle, 
preguntándole qué caminaría era 
el que principiaba yo á divisar á 
alguna distancia, y advirtiéndole que 
no hallabásemos tan cerca de un lu-
gar, que no había que temer ninguno 
sinistro encuentro. Estos pa-

labras le volvieron un poco en sé; en-

sanchóse al parecer su rostro; su 
mirar tornó á tomar el natural color; 
pero reparé que en disposición de 
volvía olvidar mi temeraria proposición, 
y que todavía le parecía algo sos-

peñoso. Os faltaban sin duda con 
dos estos pormenores; mas os hablo 
largo tiempo de carácter de este 
hombre, y de la manera con que me 
devíitrí á sus espesuras, porque estas 
circunstancias, frivolas como sean, 
ejercieron en lo sucesivo grande 
impulso en unos incidentes que estaba 
lejos de prever, y que os contaré cuan-

do llegué á aquella temporada de mi 
vida. La conducta de este hombre no 
me inspiró entonces más que despre-
cio, y me confirmó en la opinión de 
que, entre todos los sentimientos 
que mesuraban á la humanidad y 
hacen perder á las que los experi-

mentan, ninguno hay mas molesto, 
mas penoso ni mas despreciable que 
la cabardilla.

CAPITULO IV.

REINARA en aquella época una an-

tigua costumbre, que, según creo, 
no se observa hoy día. Los viajes largos 
se hacían á caballo, y de consigui-

ente á cortas jornadas, siendo 
uso pasar el dominio en algún pue-

blo donde pudiera el viajero oir el 
oficio divino, y gozar su caballo del 
descanso; institución igualmente 
dable por ambos motivos. Había otra 
costumbre que recordaba la antigua 
hospitalidad inglesa, y era que el 
dueño de una posada algo consider-

able, despojándose de su carácter 
de publicano, á fin de celebrar tam-
bien el séptimo día, invitaba á sus huéspedes á comer con su familia. 
Ordinariamente aceptaban con pla-

cer esta invitación: las personas de 
la más alta jerarquía no creían de-

gradarse sentándose á la mesa del 
posadero; y la botella de vino que les 
pedía después de comer, para beber 
á su salud, era la única recompen-

sa que se le daba, y el solo artículo 
que era lícito pagar.

Había yo nacido ciudadano del mun-

do, y mi afición me llamaba siempre 
allá donde podía instruirme en el 
conocimiento del hombre; por 
obra parte no habían llevado nunca 
mis modales á gran aceleración, y 
no dejaba nunca de aceptar la hos-

pitalidad del domingo, ya me la ofre-

ciesen en la Charterête, en el Loun 

de-o-ora, o en el Cerve-Grande. El 

honorado posadero, que en aquel día 
se creía gran personaje, viendo sen-

tados en su mesa á mis huéspedes, y 
me invitaba á la mesa con una 
serena amistad, que solían ser los 
hombres respetables del lu-

gar; planetas secundarios que hacían 
su revolución al rededor de su órbi-
ta superior. El maestro de escuela, 
el botequero, el procurador, y el mis-

mo cura no se desentendían de tomar 
parte en el festín semanal. Los via-

jeros que llegaban de las diferentes 
partes del reino, y que no diferían 
menos de aquellos por sus modales 
con su lenguaje, formaban casi 
siempre una reunión atractiva 
que no podía menos de agradar al 
observador, ofreciéndole un bosque-

jo de las costumbres y carácter de 
diferentes comarcas.

En uno de estos solemnes días, y 
en ocasión semejante, hallábase yo 
con mi temeroso compañero de viaje 
En el lugar de Darlington, que del-
pidente del obispo de Durham, é 
amos á sentarnos á la mesa del po-

sadero del Oso-Negro, cuyo rubi-

cando rostro anunciaba una buena 

carada, aunque nos dio tan franco, modo 

huesped, con tono que tenía su parte 

da apología, como comercia con nos-


tros un hidalgo escocés.

—¡Un hidalgo!... ¿Qué especie de 
hidalgo es? dijo precipitadamente mi 
companero, suya imaginación, siem-

pre dispuesta á alterarse, pensó sin 
duda entonces en los huidos de ca-
nino real.

—¡Pardiez! un hidalgo escocés, 
repliqué nuestro huesped: todos son 
nobles, como sabes, aunque no lle-

van su feria camisa; pero este tiene 
mucho en la traza; hidalgo de tono 

y lomo, y escocés como escocés, y como el primero de los que hayan atrave-

sado el puente de Berwick.

—Que me place, contestó mi ami-

go; y volviéndose á mí, me comunicó 
sus reflexiones.

—Respecto á los Escoceses, señor 

mio, estimo y verde á pesar de su 
pueblo á causa de sus excelentes 

principios. Dicen que es pobre y poco 

ascendido, pero me gusta la probidad 
proclamada, aunque cubierta de audajes, como dice el poeta; hombres de bien me 

han asegurado que no se conoce en
Escocia el robo de los caminos reales.

—Porque no tienen nada que perder, dijo mi huésped con la reprimenda risa del amor propio satisfecho.

—No, no, respondió una voz aterradora detrás de él, toda la culpa la tienen los asquerosos ingleses, que habéis enviado allende el Tweed, y no han dejado un maravilla a las jefes del país.

En el hilo distas, señor Campbell, preguntó el posadero; no creía que nadie hubiera tantas fuerzas, pero ya sabía que es menester decir de cuándo en cuán, una cosa a otra para reír... ¿Y cómo van los negocios en el medioida?

—Como acumulan, dijo el señor Campbell: los cuerpos venien y corrían, y los locos son vendidos y comprados.

—Sí, pero los cuerpos y los Locos se ven, replicó nuestro jovial huésped, y ved aquí un trozo de vaca que dice cómome.

Diciendo estas palabras, cogió su ancho cuchillo, tomó, según antigua usanza, poseína del lugar preferente, sentado en su sillón, del cual dominaba todo el mesado, y principió a servir a sus convidados.

Era esta la primera vez que veía yo a un Escocés; y desde mi infancia había alimentado ciertas preocupaciones acerca de esta nación. Mi padre, como no ignoraba, era de una antigua familia del Northumberland, que había residido siempre en Osbaldston Hall, de donde no me hablaba entonces muy distante. Desheredado por su padre en favor de su hermano menor, había conservado siempre tan vivo resentimiento, que no hablaba casi nunca de la familia de que descendía, y no había cosa más ridícula ni más absurda para él que ensoberbecerse de sus antepasados. Todo su orgullo se reducía a que le llamasen William Osbaldston, el primero, o el menos uno de los primeros comerciantes de Londres; y aunque descendiera a línea recta de Guillermond el conquistador, lisonjeóse más de esto su vanidad, que de oir el ruido y la alucinación que causaba su llegada a Stock-Alley. Desenaba que no llegase a mí noticia mi noble almirante, receloso de que mis sentimientos los desafinase con los suyos sobre esta materia: pero tales deseos, como se une con los procedimientos bien combinados, quedaron frustrados hasta cierto punto por una persona, de la cual nunca esperaba su seguida semejante oposición. Su nodriza, una buena vieja del Northumberland que le quería desde la infancia, era la única persona de su país nativo a quien conservaba algún afecto; y cuando la fortuna le fué propicia, el primer uso que hizo de sus finanzas, fue asegurar el bien estar de Mabel Rixton, y llamarla a su casa. Cuando murió mi madre, fue ella encargada de tener consigo aquellos cuidados, aquellos tesoros de la infancia que exije la niñez de la ternura maternal. No juzgando hablar con su dueño, puesto que se lo prohibiera, de los materiales y de los valiosos de su herencia, su pariente, desahogándose consigo, me contaba algunos lances de su juventud, y algunas tradiciones conservadas en su país. Escuchaba yo con el niño de la infancia, todavía me parece estar viendo a la vieja Mabel, con la cabeza levantada, entre el tenues de su querencia, su pariente tan blanco como la nieve, y sus facciones algo arrugadas, pero que conservaban aún aquel viso de salud que debía al habito de las faenas campesinas. Parecióme que la mara asomóse susurrando a la ventana, reírse con susurros ojos de padres, de ladrones y langosta calories, cuando acababa su canción favorita, que prefería yo entonces... ¿y por qué no le de decir la verdad...? y que profetizaba todavía a todas sus brujas que sale de la cabeza de un doctor de música italiano (1).

Mabel deciamaba siempre en sus leyendas contra la nación escocesa con toda la animosidad de que era capaz: los habitantes de la frontera opuesta hacían en sus relaciones el papel que hacen de ordinario los graciosos y los jofranes con bellas de siete leguas de anchura en los cuentos de las nodrizes. ¿Era cosa de admirar? ¿No era Douglas el Negro quien había muerto principalmente al here- dero de la familia de Osbaldston, en el día en que este desgraciado acababa de tomar posesión de los bienes de sus padres, sorprendiéndole á él y á sus vasallos, en medio de una misa que celebraban por tan feliz suceso? ¿No era la vieja del Diabo quien se apoderaba, en tiempo de mi bautismo, en los alrededores de Lanthorn, de todos los eruditos de Lanthorn-Side? ¿Y no teníamos mil trofeos, que, según la versión de la anciana Mabel, atestiguaban la teryl de las personas con que nos desgranamos de aquel desman? ¿Sir Enrique Osbaldston, quinto de este nombre, no robaba alocavamente á la hermosa Jessy de Fairington, y por qué otro, que no defendiera su Briseida contra las fuerzas reunidas de los más valientes caudillos de Escocia? ¿No veía á la Escocia como la enemiga natural de la Inglaterra, y más preocupaciones se arraigaron aún con los discursos que oía algunas veces á mi padre... Hablase empeñado este en dilatadas especulaciones, y comprado inmensos bosques que pertenecían á varios y ricos propietarios de Escocia: sin cesar repetía que los hablaba mucho más dispuestos á contrarrestar y exijir considerables prendas, que á cumplir sus propios empeños. También sospechaba que los negociantes escoceses que habian tenido que emplear en clase de agentes en tales ocasiones, se apropiaban en los beneficios una parte mayor de los que les cabía. En una palabra, si Mabel se lamentaba de los guerreros escoceses de antaño, el señor Osbaldston no deciamaba con menos violencia contra los artífices de aquellos modernos Símones; ambos se inspiraron, sin saberlo, sinceramente en los habitantes del norte de la Gran Bretaña, y desde entonces los miró como á un pueblo cruel y sanguinario en tiempo de guerra, liementido en tiempo de paz, avaro, interesado, bellicoso y de mala fe en los negocios, y que carecía de buenas prendas...; menos que se diera este título a una ferocidad que se parecía al valor en los enantos, y á una dolor que hacia las veces de prudencia en los negocios. Para justificar, ó al menos disculpar á los que me inspiraron semejantes preocupaciones, he de advertir que los Escoceses no hacían entonces mas justicia á los Ingleses. Las dos naciones oculabánse secretamente á las chispas de un odio nacional, con las cuales quiso un desmanecer encender terrible incendio, que por poco no abrasó los dos reinos, y que, á mi entender, se ha apagado finalmente en sus propias cenizas (1).

Con impresión nada favorable miré

(1) En Inglaterra reciben en las universidades el diploma de doctor de música; los italianos se contentan con el título de maestro, y lo mismo acontece en España.
pues al primer Escocés que se me presentó; su esterior correspondía bastante á la idea que me había formado de los hombres de su nación: eran desabrigados rasgos, con las formas atléticas que los caracterizan, y con aquel tono nacional y aquellos ademáes de sospechosos y pedantescos que usan al hablar, y que proviene del deseo de disfrutar la diferencia de su idioma ó dialecto. Observaba también la desconfianza y aspereza que usada con sus compañeros, sú represen- ponders alusión a que le dirija; pero no esperaba ver en un Escocés, cuyos aire de superioridad no afectado al parecer, y que le hacía naturalmente superior á la compañía que la casualidad le desearía. Su vestido era tan toco como decírase pueda, aunque acaso y decente; y en un tiempo en que el hidalgado menos pudiente gastaba mucho en el vestir, añadía la mediana, si no la imitación. La conversación probaba que se dedicaba al tráfico de ganados, oficio poco distinguido por cierto; sin embargo, á pesar de estas desventajas, parecía tratar al resto de la compañía con aquella fria politica y condescendencia, indicio de cierta superioridad real ó imaginaria con la esperanza de arrollarle, aguardada de la fuerza de sus pulmones, cedía últimamente á la imponente autoridad del señor Campbell, que se apoderaba de este modo de la conversación; y la dirigía á su antojo. Tentación me vino, por mera curiosidad, de disputarle yo mismo el terreno, fiado en el conocimiento del mundo que había adquirido durante mi residencia en Francia; y en la especeraza educación que recibiera. Bajo el aspecto literario, vi que no podía ni aun entrar en lucha, y que el in- culto pero enérgico talento de que lo dotara naturaleza, no había sido cultivado por la educación, pero le había mucho más enfermado que lo estaba yo propio del actual estado de la Francia, del carácter del duque de Orleans que acababa de ser nombrado rey del reino, y del de los ministros que lo rodeaban; sus observaciones finas, noticias, y aun sátiras á veces, eran de su hombre que había estudiado atentamente el estado político de aquella nación. Cuando la conversación recayó sobre la política, Campbell guardaba silencio, y mostraba cierta moderación que lo dictaba sin duda la prudencia. Las divisiones de los Vigías y de los Toros, sujetaban entonces la Ingla- terra toda, y convivian hasta sus citaciones: un partido postergar, apoyado reservadamente las resoluciones del rey Jacobo, amenazaba á la dinastía de Hanover, establecida apenas en el trono. Todas las posibles resonaban con los alardos de los ja- cobitas y de sus adversarios; y como la política de nuestro huésped se ci- fraba en no contrario nunca á sus parraposíones, sin entrañas expresivas, juegues según su rumbo según quisiera, era su mesa todos los domingos teatro de tan violentas y animadas discusiones como si fuese el consejo general del pueblo. El cura y el boti- cario, con un hombreillo que no hablaba de su condición, pero que, por ciertos gestos bastante expresivos, conocía que era el barbero, abrazaron la causa de los episcopales y de los Estuardos. El recaudador de las contri- butaciones, fiel á su deber, y el procurador, que ambiencianaban un lucrativo destino dependente de la corona, así como mi compañero de viaje, que tomaba el mayor interés en la discusión, no defendían con menos calor la causa del rey Jorge y de la suce-
no un buen compañero de viaje.

—En verdad, señor mio, dijo Campbell, que no puedo hacer el servicio que desea; yo viajó, añadió levantando orgullosamente la cabeza, y yo viajó por exijo así mis suyos; si quiere seguir mi consejo, no os reunais con en los estrangeros que encuentres por el camino, ni digais a nadie lo que siga.

Entonces, sin más ceremonia, desprendió sus botones, a pesar de los esfuerzos del viajero para retenerle, y acercándose á mí: —Vuestro amigo, señor mio, me dijo, es harto comunicable, atiende la naturaleza del despojado que le han confiado.

El señor, repuse, no es amigo mio, sino un viajero que encontré en el camino: no sé ni su nombre ni sus negocios, y al parecer, vos poseéis mas que yo su confianza.

—Quise decir tan solo, replicó precipitadamente, que se apresura demasiado a ofrecer su honrosa compañía á los que no la desean.

El señor Campell, sin hacer otras observaciones, contentóse con de manechar un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al día siguiente me separé de mi apocado compañero de viaje, porque dejé el camino real del norte para seguir más hacia poniente la dirección del alcázar de Osbaldeston, residencia de mi tío; como siempre parecía conservar algunas sospechas acerca de mi persona, no sabré decir si celebro ó síntilo mi partida. En cuanto á mí, no había habido cesado de divertirme, y á decir la verdad, me desembaracé de él con la mayor alegría.

CAPITULO V.

As acarreando á aquellos lugares que me había representado como la cuna de mi familia, experimenté el entusiasmo que inspiran los sitios montaraces y románticos á los amantes de la naturaleza. Libro de la im-

pertuna charrúa de mi compañero, no taba la diferencia que presentaba el pais, comparado con el que había atravesado hasta entonces; en lugar de aguas encendidas en medio de saques y cañaverales, los ríos, que mercean por fin tal nombre, corrian como nidos bajo la sombra de un bosque natural ya, precipitándose desde la loma de una colina, ya culebrando por los solitarios valles que distan distancia en distancia se encuentran en el camino, pareciendo brindar al viajero á examinar sus revueltas. Los montes Cheviota se enmascaraban debajo de mí en su imponente majestad, no con aquella variedad sublimine de peñascos y de valles que caracterizan las montañas de primer orden, sino ofreciendo una inmensa mole de peñas de redonda cima, cuyo labrego aspecto e hiluminada extensión tenia cierto carácter de grandezza propio para aburcer la fantasía.

En medio de estas montañas, veíase el estrecho valle á cuyo estrecho se elevaba uno de los más ricos lugares de mi familia; parte de las inmensas propiedades de de él dependían habiendo sido desde mucho tiempo enajenada por la prodigalidad ó desgobierno de mis antepasados; pero quedaba todavía suficiente para que fuese mirado muy bien que no correspondería al vallecito, y andaba arrastraado por la larga arracada que había la otra parte de sus agrestes mares, cuando salió la jauría fuera del soto con el azogador y tres o cuatro caballos. Los perros se precipitaron sobre sus huellas, y los caballeros los siguieron á galope tendido á pesar de la desigualdad del terreno: eran estos jóvenes altos y robustos, bien montados, y vestían todos chupas verdes, calzones de piel y gorros arranados, uniformes de una asociación de cazaderas formado bajo los auspicios de Sir Bleadale, y los cazadores de Osbaldeston. Sin duda son mis primeros, dijo para mí, cuando pasaron por delante: —qué recibimiento deber esperar de estos dignos sucesores de Nemrod? Poco probable es que yo, que no he cazado en mi vida, me considere feliz en la compañía de mi caballo, fatigado como se hallaba, enderezó las orejas á los repetidos ladridos de una jauría de perros que se oía á lo lejos. No dudó que la jauría fuése la de mi tío, y me retiré à un lado con el intento de dejar pasar á los cazadores sin interrumpirlos, persuadiendo de que sería poca discreción presentarme á mi tío en medio de una cacería, y resuelto á ir, así que hubiesen pasado, á esperar su vuelta en el bosque que cubría pues en una eminencia, y probando aquella especie de interés que inspira esta campestre diversión, aguardé con impaciencia que se acercasen los cazadores.

La jauría, arrojada violentamente de su guardia, desbocó de un solo pie en el camino, que corría el lado derecho del valle: su cola, que arretraba por el suelo, su pelo sucio, su penoso andar, todo anuniciaba que iba á rendirse presto; y el carro por el cual iba, inclinado sobre su cabeza, parecía que la miraba ya como su presa. La pobre ym No había un solo río que dividía el vallecito, y andaba arrastraado por la larga arracada que había la otra parte de sus agrestes mares, cuando saltó la jauría fuera del soto con el azogador y tres o cuatro caballos. Los perros se precipitaron sobre sus huellas, y los caballeros los siguieron á galope tendido á pesar de la desigualdad del terreno: eran estos jóvenes altos y robustos, bien montados, y vestían todos chupas verdes, calzones de piel y gorros arramados, uniformes de una asociación de cazadores formado bajo los auspicios de Sir Bleadale, y los cazadores de Osbaldeston. Sin duda son mis primeros, dijo para mí, cuando pasaron por delante: —qué recibimiento deber esperar de estos dignos sucesores de Nemrod? Poco probable es que yo, que no he cazado en mi vida, me considere feliz en la compañía.

milia de mi tío! Una nueva aparición interrumpió estas reflexiones.

Era una joven, cuya figura llena de gracia y de expresión, se veía animada con el ardor de la caza: montaba soberbio corcel, negro como el azabache, y salpicado por la espuma que saltaba del hocado: llevaba un vestido poco común entonces, semejante al del otro sexo, y que ha llamado despojado traje de equitación de amazona. Esta muchacha había introducido durante mi residencia en Francia, era enteramente nueva para mí: sus largos cabellos negros flotaban á merced del viento, habiéndose roto, en el calor de la caza, el lazo que los tenía sujetos. El terreno escarpado y desigual, por medio del cual dirigía su caballo con una destreza y serenidad admirables, la devoto en su carrera, y tuvo tiempo para contemplar sus brillantes y animadas facciones, á las que prestaba nuevo embeleso la singularidad de su traje. Al pasar por delante de mí, su caballo dio un salto irregular en el momento en que, habiendo llegado á terreno más llano, le agradaba las espuelas á fin de reunirse á la caza; me aproveché yo de esta ocasión para acercarme á ella, sin color de soberia, aunque había visto muy bien que no corría el menor peligro. La bella amazona no manifestó ni aun el más ligero susto, dióme gracias con una sonrisa, y me sentí animado á igualar el paso de mi caballo al del suyo, y á permanecer á su lado. Los triunfantes gritos de los cazadores y el rumor suave de la hoz cantada nos anunciaron que no teníamos más que llevar, pues se había acabado la caza. Uno de los jóvenes que había visto ya, se acercó á nosotros, ajustando en el aire la cola de la jauría con nuestra triunfo, y como burlándose de mi hermosa compañera.

—Ya lo veo, dijo esta, pero no me vea tanto ruido. Si Felé no se
hallara en una senda cascajoza, añadiendo el cuello de su caballo, no cautas victoria.

Hallándose entonces este jovencito cazador muy cerca de ella, y advertido que ambas me miraran, y hablaran entre sí pasito, como si la joven le rogase que luciese algo que le desplaza, lo que manifestaba el cazador con cierta circunspección que casi oía a cañado. Al punto volvió ella la cabeza, detenió su caballo a mi lado, diciendo: —Bien, bien, Thornciff; si no te place, lo haced yo, adelante. Señor mío, añadió mirándome, pedia á este joven, modelo de cortesía y de jentileza, que os preguntase si habéis oído hablar en vuestros viajes por esta comarca de un amigo nuestro, del señor Frank Osborne, al que esperamos hace algunos días.

Tíveme por muy feliz en hallar ocasión tan favorable para darme a conocer, y manifieste mi reconocimiento a preguntas tan obsequiosas.

En este caso, señor, repuse ella, como la cortesía de mi querido primo parece aun distriata, me permítas, aunque no sea esto muy conforme, que me constituya maestra de ceremonias, y que os presente al joven Squire Thornciff Osborne, y á Diana Vernon, que tiene también el honor de ser parienta de vuestro primo.

Echábale de ver cierta mezcla de finura, de sencillez y de ironía en la manera con que pronunció mis Vernon estas palabras; yo le di otra vez las gracias, y me manifestó cuanto me felicitaba por haber tenido la dicha de encontrarnos. Hablando con verdad, diría de tal modo el cumplimiento, que fácilmente podía mis Vernon apropiarse su mayor parte, porque Thornciff parecía ser un espécie de aldeano sin el menor viso de educación. Dióme con todo la mano, y manifestó en entonar que me dejaba para ayudar á sus hermanas á contar los perros, y á reunir la jauría, diciéndoselo á miss Vernon, sin que le ocurriese escusarse conmigo.

—Mirad, dijo miss Vernon, siguiéndole con los ojos mirado al principio de los chabolas y de los palafreneros; y por este amable personaje os diríe todo, pues á esta familia podríais juzgar todas. —¿Habéis leído á Markham?

—¿Markham? No aun tengo presente haber oído hablar de autor alguno de este nombre.

—¿No os ha dicho que le íe á Markham? —Pobre ignorante! ¿no sabeis que es el Alcorán de la tribu salvaje con la cual veinéis á residir? —Markham! el autor más célebre de cuantos han escrito de cortesía! Vos desconocéis de vos, y mucho me temo que no conocéis tampoco los nombres más modernos de Gibbon y de Bartlet.

—En verdad que no, miss Vernon.

—¿Y no os avergonzéis? Vamos, veo que nos será fuerza negar que sois nuestro primo: ¿no sabéis pues herrar un caballo, limpiarle y estribarle?

—Confieso que mando tales faenas al albañil ó al caballos.

—¡Increíble indolencia! ¿Y sabéis, al menos, quitar á los perros el nervio de bajo la lengua para que no muerdan, ó cortarles las orejas, llama al un halcon y disponer a la alaflaga, o bien...

—Por favor, evitad mi confusión, pues confieso que no poseo ninguno de esos raros conocimientos.

—Por el cielo, señor Frank, ¿qué sabéis hacer?

—Casi nada, miss Vernon; cuando está en suelo mi caballo, le montó, y no sé á qué todos mis ciencia.

—Vamos tal cual, dijo miss Vernon haciendo correr el suyo á galope. Teníamos delante una espécie de palaizada que cerraba el camino, y adelantáste yo á abrirla, cuando la saltó miss Vernon sonriéndose; vino precipitado á seguirla, y en un instante estuvo á su lado.

—Vamos, no percatamos todas las esperanzas; veo que aun podrá amar hacer algo de vos a decir verdad, tenia no fuerce un Osbaldiston muy descontento; pero que os trae al alcance de los oscos porque así llaman los vecinos á nuestra casa: supongo que estaría libre de permanecer en Londres.

El tono amistoso que usaba contigo mi graciosa compañera, me animó á imitar su familiaridad, y confesar con ella que no era en adelante en mi ventura, y procurar fijarme en vos. —Sería posible, miss Vernon; que mirasís mi residencia en Osbaldiston-Hall como una severa penitencia, en vista del retrato que me habéis hecho de sus habitantes, si no hubiese entre ellos una excepción de que no me habéis hablado!

—Ah! Rashleigh, dijo miss Vernon.

—No, en verdad, pensaba, perdonarme, en una persona que se halla mucho mas cerca de mi.

—Perdonad igualmente que habéis tenido el arbitrio de hacer como que no os comprendería; pero ¿para qué tales rodeos? Vuestra siel los oculte es muy bien una cortesía; mas como estoy á caballo, tendréis á bien dispensarme por ahora, reservándoselo para mas adelante hacer vuestros derechos. Hablando sinceramente, me ocasionó la escusión, porque os aseguro que, en medio de vuestros osos de primos, apenas halarías sin mi á quince hablar en el alcalá, exceptuando no obstante al viejo clérigo y á Rashleigh.

—Y en nombre del cielo, decidme, señor Frank, ¿qué es Rashleigh?

—Rashleigh es un personaje que quisiera que todo el mundo tuviese como él, porque entonces sería el como todo el mundo. Es el más joven de los hijos de Sir Hildebrand, tendrá así vuestra edad, pero no es tan... No es tan bien parecido, en una palabra. Esta compañía, le ha dado naturalmente algunos grados de sentido común, y la educación ha añadido á ellos una buena dosis de instrucción; es lo que llamamos un hombre de entendimiento en este país, en que son raros los de modismo cabestro; parece que de estos gán de la iglesia, pero no se da mucha prisa en tomar las órdenes.

—¿De la iglesia católica?

—¿De la iglesia católica? Y de estar habla de ser? Mas olvidaba que me han dicho que no se creyese; es verdad, señor Osbaldistón?

—No niego la escusión.

—Sin embargo hableis habiendo fuera de Inglaterra y en países católicos?

—Por espacio de cuatro años.

—Mas volviendo á Rashleigh, le juzgáis el hombre mas amable que hayais nunca visto, durante una semana al menos: si quisiera tomar por querida á una mujer ciega, á buen seguro que la conquistara; pero los osos destruyen el encanto que embelesa al oído; ¡Bien Dios! ya nos vemos en el patio del viejo alcalá, que parece tan salvaje y gótico como todos sus habitantes. La compostura que exige Osbaldiston nos es gran cosa; pero estoy tan acelerada, que es preciso que me desembarazas de todos estos arbitrios; y á mas; este sombrero es tan pesado es incómodo; continuó quitándolo; y sus hermanos cabecillos flotaron en luces de chabola sobre su encantadora faz. Con ruborosa sonrisa apartólos á ambos lados de su frente, presentando su blanca y torneada mano; si había en esto su parte de afectación, estaba muy bien disfrazada con cierto aire de indiferencia. No pude menos de decir que si juzgaba la familia por lo que veía, estaba por creer que sería en efecto inútil toda compostura.

—Vaya otra locura, repuse miss Vernon, aunque no debiera comprenderos todavía; pero hallarías mejor escusa respecto de cierta negligencia, cuando veais los osos con que...
nes váis á vivir. Le resta mucho que hacer al arte para corregir en ellos á la naturalizarla; empero tienen al menos la ventaja de no sufrir su misma deformidad. Pero la vieja campana tocará á comienzo dentro de un rato; su sonido anuncia que está algo casada, mas la tal campana es una maravilla. ¿Sabéis que tocó por sí misma el día que desembarcó el rey Guíl- lerme y yo, respetando su ta- lento profético, nunca ha querido que la compusieran. Vamos, galante caballero, principiá nuestros buenos oficios y teneid mi palabra, hasta que os envíe uno de mis escu- deros.

Dijo, me echó su brida como si nos conocíamos desde la infancia, se apoyó del caballo, cruzó corriendo el patio, y entró por una puerta unifilar lateral, dejándome admirado de su belleza y en extremo sorprendido de sus modales francos y desembarazados; parecían más extraordinarios estos en una época en que la corte del Luis XIV daba un particular tono á toda la Europa, y en que el bello sexo hacia exteriormente agradar de una reserva y circunspección admirables. Hacia yo por cierto harío triste figura en me- dio del patio del rincón alacazar, montado en mi caballo, y teniendo otro en la mano, no se vería en el particular devenir de mi naturaleza tal que pudiera interesar á un extranjero, dado aun que me halase y yo dispuesto á mirarle con aten- ción. Las cuatro fachadas eran de dif- ferente arquitectura, y con sus gran- des rejas, sus resaltadas torrecillas y macizos arquitrabes, se parecían mucho el edificio al interior de un convento, á uno de los góticos co- lejos de Oxford. Llámale á un criado, pero en vano, y mi paciencia tenía que sujeterse, por cuanto veía á todos los domésticos, así varones como hembras, acostumbrados por las diferentes rejas del alcazar, retirándose al puen- to, sin que ninguno me diera tiempo para llamarle directamente. La vuel- ta de los perros y cazadores me sacó por fin de embarazo, y logré no sin dificultad poner las bayas en ma- nos de un zoquete de criado, y hacer que me condujese otro á la presen- cia de Sir Hildebrando. Este patán me hizo semejante servicio con tanta gracia y buena gana como un campa- sino que se ve obligado á servir de guía a una guerrilla encumbrada, y tuvo la inaudita osadía de proponerme que dejase descansar á las viejas y poblar pe- lucas, semejaban verdaderos rayos de guerra, y las damas miraban con dulce sonrisa el rostro de rosas que tenían en la mano, el cual con la lluvia de marzo que le había algunas veces rociado, veía cubierto de cierta suerte de agua que aumentaba en gran manera el efecto que producía.

Apenas había tenido tiempo para echar una rápida ojeada á todas estas maravillas, cuando entraron tumultuosamente en la sala doce criados con librees, y principiaron á moverse y alejarse, ocupándose mucho más cada uno en dirigir á sus canaardas, que en operar el mismo. Los unos echaban leña en el chispazo fuego, el cual subía entre llamas y humo por el largo de un inmenso cañón de chimenea, cerca del cual aparecía una pieza de madera arrojada, entre que se veían grabadas las armas de la familia. Para que resaltaran más, las habían pintado después de encaran- do, pero las sucesivas capas de humo, que se habían amontonado allí du- rante algunos siglos, enturbiaron no poco su color primitivo. Otros cria- dos de los látigos, y el ruido de las grandes botas de caza, seme- jantes á las de la estatua en el Cons- vidado de piedra. Aumentóse la con- fusion de los criados, de los cuales los unos gritaban que dejase pasar á Sir Hildebrando, y los otros que cerrasen la puerta que daba á una especie de galería. La puerta de en-
low (1), antes de la revolución que echó el trono a la casa de los Estuardos; y gracias quizás a su religión, había hecho caballero el desgraciado Jacobo II; pero si ambicionó otros favores, tuvo que renunciar a la esperanza de alcanzarlos en la terrible crisis que arrojó la corona á su protector; y desde aquella época había vivido retirado en sus haciendas. A pesar de su tono rústico y grosero, Sir Hildereid poseía todavía un interior de hombre bien nacido, y hallábase en medio de sus hijos como los restos de una columna de órden corintio, cimborios de yerba y musgo, al lado de las piedras de sus escuelas en Stone-Henge (2), o de cualquier otro templo de los dioses. Los hijos eran aquellos loscos y pesados pedruscos que jamás publicaría el arte: altos, vigorosos y de regular figura, los cinco mayores parecían estar privados del aliento de Pro meteo y de las graciosas estaciones que escusan algunas veces en el gran mundo la fatalidad del tiempo. Lo que más dominaba en ellos era cierto aire de alegría y buen humor, y su única ambición estribaba en que se les llanase los primeros cazadores del condado. El robusto Gyas y el vigoroso Cuanento no se parecen más en Virgilio, que se asemejan entre sí los robustos Percy, Thorncliff, John, Dick y Wilfred Osbaliston. Para compensar sin embargo tanto manifiesta uniformidad en sus producciones, la Señora Naturaleza había echado en cuenta alguna variedad en el exterior y carácter del último de los hijos de Sir Hildereid; y

Rashleigh formaba, bajo todos aspectos, así en lo moral como en lo físico, notable contraste, no solamente con sus hermanos, sino con la mayor parte de los hombres que había yo visto hasta entonces. Cuando Percy, Thorncliff y cupañía hubieron cada uno de sus respectivos propios, se vieron a sí mismos como un montón de condenados, con lo corto y política de un hombre de su estado. Su exterior no ofrecía un verdadero aspecto atractivo; era bajito, y todos sus hermanos parecían descender del gigante Antak; eran ellos bastante bien parecidos, y Rashleigh casi feo. A consecuencia de un accidente que le aconteció en la infancia, cojeaba de suerte que muchos pretendían ser el estúpido que se oponía á que tomase se órdenes; pues se sabía que la iglesia de Roma no admite en la ciecía ninguna persona mal formada, y que se importa estar en otros, mas que una mala costumbre que había contraído, y el vicio de su andar no era suficiente para impedirle que se ordenase.

Las facciones de Rashleigh eran tales, que despues de hablarlas vistio una vez, ya no podían borrarlas de la memoria jamás. Y que poco á poco va conociendo el observador, pero las especies, creo que es el término técnico de los naturalistas, las especies se distinguen á la primera ojada.

—¡Oh! la filosofía de nuestra familia es superficial. Hay muchos matones delicados que caracterizan á los individuos, y que poco á poco va conociendo el observador; pero la especie, creo que es el término técnico de los naturalistas, las especies se distinguen á la primera ojada.

—A decir lo que siento, me parece que, á excepción del señor Rashleigh, todos mis primos tienen poco más menos el mismo carácter.

—Cabal: todos tienen su pocoma ó menos de borracho, de guarda-bosque, de querremeros, de jinete y de mentecato; pero así como dicen que es imposible hallar en un mismo árbol dos hojas enteramente semejantes, así también, no habiendo cabido igual parte á todos los individuos de estos dosomos ingredientes, forman un variedad agradable para los que gustan estudiar los caracteres.

—¡Y tendrías á bien darme un diseño de tales retratos?

—¡Oh! con mucho gusto, y voy á pintártelos todos en un gran cuadro de familia. Percy, el hijo mayor, tiene más de borracho que de guarda-bosque, de querremeros, de jinete y de mentecato. Thorncliff se acerca más á quinientos que á guardabosque, jinete y mentecato. John, que duerme semanas enteras en los bosques, tiene más de guardabosque. El jinete por excelencia es Dick, que corre noche y día á brida suelta, y anda más de doscientas millas por ver un corrida de caballos.

Y la necesidad dominaba de tal modo sobre todas las otras calamidades de Wilfredo, que se le puede llamar mente- cato verdadero.

—Vaya una preciosa colección, mis señores, y las diferencias individuales pertenecen á una clase muy interesante; como Sir Hilda, que no había lugar en el cuadro?

—Estimé á mi tío, me respondió, porque quiso hacerme buen servicio, y haya ó no logrado su intención, no debo tener presente más que su intención: así es que le estoy agradeciendo, y os dejo el cuidado de trazar vos mismo el retrato cuando le co- nocéis mejor.

—Vamos, dije para mí, siquiera ha exceptuado á algunos. ¿Quién esperará jamás tan amarga sátira de parte de una joven cuyas facciones respiran la dulzura y la bondad?

—Pensais en mí, dijo fijando sus penetrantes ojos en los míos, como si quisiera calar hasta lo último de mi alma.

—Lo confieso, repuse algo turbado, y no esperando tal pregunta: y luego añadié, haciendo por dar un viso más galante á la franqueza de mi confesión: —¿Cómo es posible que piense en otra cosa, colocándome como tengo
la dicha de estarlo?

Sonnrio mis Vernon con una expresión de orgullo concentrado que le era peculiar: — Dicho de deciros de una vez, señor Osbaldeston; que dirijerse lisonjas es perder lastimoso
temento el tiempo; así, no prodigues en vano vuestros cumplimientos, útiles
tos a los lindos mozos que viajan por las provincias; ellos son como las
jirafas que llevan los navegantes para navegar a los salvajes habitantes de los países nuevamente descubiertos.
No apreas de golpe vuestra preciosa mercancía; tendréis útil despacho de ella en el Northumber-land: vuestras lisonjas frases agraderán mucho á las hermosas del país; con que guardadlas para ellas, porque con muy las emplearéis inutilmente, puesto que consiense á fondo su verdad valor.

Yo permanecí mudó y confundido.

—Me recorriás en este momento, dijo mis Vernon recogiendo su alegría y jovialidad, aquel cuento de habla, este cuento de habla es el dinero que lleva al mercado trastramado de repente en piedras. Yo he desacreditado con una desgraciada observación todo el jénero de vuestros graciosos cumplimientos; pero no se habla más de ello; vuestra mira es muy falso, señor Osbaldeston, y dudo que en este entusiasmo con cosas tan agradables que esas insulciones de todos los jóvenes se creen obligados á recibir á las pobres doncellas. ¿Y porque? porque ellas visten enaguas y gasas, mientras que ellos llevan sin vestidos bordados. Haced por el que los desgastó á vuestro lado; llamadme Tom Vernon, si queréis, pero hablame como á amigo vuestro, como á compañero; no podéis formaros una idea de cuanto me alegraré.

—Me ofrecéis un atractivo muy poderoso, respondió yo.

—Otra vez! repuso levantando el dedo; ya os le dicho que no sufrío ni la sombra de una lisonja; y ahora, cuando hayas cumplido con mi tío que os amenaza con lo que él llama
uno hasta el cuerpo, os diré lo que pensais de mi.

Como respectuoso solvino, apuré el vaso que me presentaba mi tío; luego se entabló conversación sobre la caza de la mañana, y cuando no se oía mas que el continuo ruido de los vasos y tenedores, y mi primo Thor-cilff, que estaba á mi derecha, y el primo Dick, que se hallaba á la izquierda de mis Vernon, tenían exclusivamente fijada la atención en el interesante negocio que los ocupaba, volvíamos á emprender nuestra conversación. —Ahora, la dije, permitidme que os pregunte francamente, mis Vernon, qué es lo que supones que pienso de vos; es obvio lo que en realidad pienso, pero me habéis prohibido los clójios.

—No necesito de vuestra ayuda, pues soy bastante májica para do-çiros vuestros pensamientos: no es necesario que me ensañes vuestro corazón, puesto que lo veo. Me recuerdo una doncella rara, algo caprichosa, muy inconsecuencia, que deseaba llamar la atención con la libertad de mis modales y con la singularidad de mi conversación, porque carecio de lo que llama el Espectador (1) las mas dulces gracias de mi sexo. Hasta que si se que se quería embriagar de admiración. Si tales son vuestros sentimientos, y no dudo que lo sean, siento deciros que por esta vez se engaña vuestra penetración: toda la confianza que he puesto en vos, la usara con vuestro padre, si fuera posible que me oyese. En verdad que me hallo tan aislada en medio de esta dichosa familia, y tan falta de audaces inteligentes como Sancho en Sierra Morena; así es que cuando me presento ocasión, casi me es fuerza hablar o morir. Os aseguro no obstante que no os diré una palabra de las curiosas noticias que las he dado acerca del carácter de vuestros amables primeros, si no me fuera en un todo indiferente que se pa- 

(1) El Espectador de kilburn.

—Sí, dentro de algunos días; ¿y eso ignoraba? Parece que vuestro padre es mucho más discreto que Sr. Filibredrado. Veo aquí toda la historia. Cuando supo mi tío que ven- nías á residir por algún tiempo en su casa, y que vuestro padre descaba que aquel de sus sobrinos que da tan bellas esperanzas, fuese á llenar el lucrativo lugar que dejaba vacante por vuestro ostinación, señor Frank, el buen caballero celebró como para ni- 

lo de todos los de su casa, incluso el despensero, el mayordomo y el guarda-bosque. Según presunción, no era necesaria tan venerable asamblea, compuesta de los pares y empleados de servicio de Osbaldeston-Hall, para elejar al que debía reemplazarlos; porque como toda la aritmética de cinco de los concurre-

entes se limitaba á saber calcular los lanaces favorables ó adversos en una riña de gallos, Rashleigh era el único que reunía las prendas necesarias para el puesto indicado. Mas se necesitaba una sancion solemnne para transformar á Rashleigh de padre de dig- 

rito que debía ser, en especie ban-

quero, y permitirle enriquecerse en la Bolsa, en vez de morir de hambre en la Iglesia: no sin dificultad dio su consentimiento la asamblea á una degradación tan manifiestamente.

—Trasluce mis descriptivos: pero cuyo cómo se superaron?

—Por el deseo general de desembarazarse de Rashleigh. Aunque es el más joven de la familia, ha lomado, no se cómo, irresistible ascendiente sobre todos los demás, los conduce á su antojo, y cada uno de por si siente su dependencia incómoda, no poder librarse de ella. Si alguien se atreve á resistirle, está cierto que tendrá motivo para arrepentirse antes de trascurrir un año; y si le hace un servicio importante, aun os arrepentiréis mas.

—Si es así, repuse riendo, he de guardarme de él, puesto que soy la
ni afeitarle una franqueza que me parecía suficientemente justificada por mi propio mérito; y complacía yo de su figura, contemplándola más aún el discernimiento y penetración que había manifestado en la elección de un amigo.

En cuanto salió del aposento mias Vernon, la botella circuló a más bien voló al roedor de la mesa con increíble rapidez. Educado en nación extranjera, concibiera, yo supongo, a causa de su ausencia al desobediencia, vicio harto común entonces, y aun hoy día entre mis compatriotas. Las palabras que zasonantes y estremecían, abrazaba, y casi poco y medio algo podía aumentar mi disgusto, era oírlas proferir por personas de mi familia, aprovechando, pues, de esta ocasión favorable, y viendo tras de mí, en una puertecilla entreabierta, que conducía no sé dónde, albergué continuamente, no pudiendo sufrir por más tiempo ver a un padre dar por sí mismo a sus hijos el ejemplo de un verdadero escaso, y unir con ellos los símiles discursos. Persiguiéronme, como esperaba, y tratáronme como desiertos de las banderas de Baco. Cuando oí los gritos de ¡eh! ¡eh! ¡el ruido de las pesadas bolas de mis primeros, que, según trazas, ansiaban caer al fajo, sí claramente que lo conseguían, si no el juego estaba alargado. Al punto abrí una ventana que percibí en la escalerilla, y que daba a un jardín tan gótico como el alcázar: y como su elevación no cesaba de seis pies, salté sin vacilar, y me traje de mis gritos de ¡eh! ¡eh! ¡Se salvar! ¡se salvó! Echó por una corriente de árboles, luego por otra, luego por otra tercera, siempre apuntando el paso, hasta que viendo al abrigo de toda persecución, me detuve para gozar de la frescura del ambiente, que tanto los humos del vino que había tenido que beber, como la precipitación de mi retirada, contribuyan a que me pareciese mucho más agradable.

Paseándome de aquí para allá, encontré al jardinero que labraba un acicate con la azada, y me detuve para verle trabajar.—Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, buenas tardes, respondió el hombre sin alzar la cabeza, y con acento que indicaba el mismo tiempo su estracción escasa.

Vaya un tiempo hermoso para vos, amigo...

—No puedo queijarme, contestó con aquella circunspcción con que suelen alabar los jardineros hasta el tiempo más apacible. Entonces levantó la cabeza, como para ver quien le hablaba; llegó la mano a su gorro escocés (1) con ademan respetuoso, y añadió.—¡Ah! ¡Dios me perdone, es cosa rara ver en el jardín en estas horas un lindo justaucorps bordado!

—¿Un lindo...?

—Justaucorps (2) Es una chiqueta como la vuestra. Otra cosa tienen que hacer aquí arriba, como es desabrocharlo con los bolsos y sáctarse un vino tinto; porque, valgame Dios, que no hacen mas que comer y beber durante la tarde entera.

—En vuestro país no se comerá tan bien, y por eso no pasan tantas horas en la mesa; ¿no es así?

—Vamos, señor, bien se ve que no conocéis lo que es una casta gente; no es la comida la que nos falta; ¡pues no tenemos los mejores pescados, la mejor carne, las mesas más avenidas, sin hablar de nuestros nabos y demás legumbres! La verdad del caso es que somos algo mas sobrios, mientras que por aquí, de las veinte y cuatro horas pasan mas de doce en la mesa. Hasta en los días de ayuno y abstinencia..., y llaman ayunar a esto, cuando se comen los pescados que

(1) Scotch bonnet, el bereté, ó gorro azul, con bordadura ó tiras entretejidas.

(2) Sin duda de la palabra francesa justaucorps.
en flor, al que se sazona y que quisiera ver maduro, y pasa el tiempo, y no me voy. No obstante os aseguro que me iría á la Candelaria próxima; pero veinte años hace que digo lo mismo, y llévame el diablo (¡Dios me guarde!) si no estoy hechizado en esta casa. Sí he de decir á su Señioría cuanto hay en el caso, Andrés no ha podido pedir mejor colocación; pero sí su Señioría me proporcionase alguna donde tuviera una casilla, buena comida, y diez libras anuales de salario, y donde no hubiese mujeres que contasen las manazas, se lo agradecería mucho.

—Está bien, Andrés, veo que sois moderado en vuestras pretenciones; más cualquiera dirá que no anáis á las mujeres.

—No, no, ¡Dios me guarde de ellas!... Son la peste de todos los jardineros, desde el padre Adán: ellas quieren unanuzas, albarizcas, albarizcas, y verno ú invierno, porque les les les les les, siempre le dan á uno la zaga. ¡Pero lo que es Dios! lo que es que, no tenemos una ralea de perras, á excepción de la vieja Marta, y aun esta la tengo contenta con darles á los chicos de su hermana algunas raciones de greaseillas. Tenían que venir á tomar el licor con ellas los domingos, y llevándole de cuando en cuando una buena pera para postres.

—Olvidaos á vuestra señorita.

—¿Qué señorita?

—Vuestros señoríos, miss Vernon.

—¿Cómo, ¡miss Vernon! no es mi señoría, señor: ya quisiera ella serlo suya, y ojalá que no sea la señorita de cierta persona antes de mucho. ¡Oh! es gran martagona.

—De vera! le dije yo haciendo por ocultarle el interés que sentía: ¿al parecer posee todos los secretos de familia, Andrés?

—Si los sé, sabré guardarlos, y no se ajardarán en mi lengua como la cerveza en la botella, y os lo aseguro. Miss Diana es... ¡Mas sea lo que fuere, no se me da á mí un arbitre!

—Y en esto participó á adorarle con el mayor ardor.

—¿Qué es miss Vernon, Andrés? Soy amigo de la familia, y me alegro de saberlo.

—Muy otra lo que debiera ser, según me temo, dijo Andrés guiñando el ojo y sacudiendo la cabeza con grave y misterioso ademán... un poco ambigu, ya me comprende su Señioría.

—De veras que no, querido Andrés, y quisiera que os explicarais con mas claridad. Y diciendo estas palabras, le puse en la mano una media corona, lo cual produjo el efecto, porque Andrés me dijo las gracias con una sonrisa ó mas bien con un visaje, y principió por meterse la moneda en la faltriquera de su chupa: entonces, como hombre que sabía no tener que restituirlo, me miró apoyando ambos brazos sobre la azada, y dando á sus facultades una votada gravedad, y me dijo con una sinceridad en cualquiera ocasión me pareció cósmica:

—Ello es fuerza que sepais, señor mio, puesto que os importa el saberlo, que miss Vernon es....

En esto se detuvo, alargando sus mejillas hasta el techo de su chupa, y después de dar una barba muy corta diferencia la figura de un cascanueces; recién fuertemente los dientes, guiñó otra vez el ojo, frunció las cejas, sacudió la cabeza, y creyó al parecer que su simplicidad había acabado la explicación que no principiara todavía su lengua.

—¡Gran Dios! exclamé yo: ¿es posible? ¡Tan joven, tan hermosa, y perdida ya!

—Sí, perdida cuerpo y alma; ¡ya sabréis que es papiñata y fuera de esto, es... guardo otra vez silencio como azorado de lo que iba á decir.

—Habló, hombre, le dije con viveza; quiero saber absolutamente lo que significa todo eso...

—¡Pues bien! es... Andrés miró al rededor, se acercó á mí, y añadió con el tono más misterioso: ¡La mas rematada jacobita de todo el condado!

—¡Cómo! ¿Y no es mas que eso? Andrés me miró como pasmado, oyéndome tratar de ligar una nueva tan importante; y luego murmuró entre dientes:

—¡Dios me libre! con todo, esto es lo peor que sé de ella, y en esto volvió á tomar la azada, como el rey de los vándalos en el último cuento que acaba de publicar Marmonel (1).

CAPITULO VII.

No sin dificultad do con el aposento que me habian destinado; y habiéndome bienquisto con los criminos de mi tío, con los medios que eran mas capaces de apreciar, enceréme en mi estancia el resto de la tarde, sin curarme de buscar á mis amables parientes, quienes, según eran los gritos y el agravio que continuaban oyéndose en la sala del banquete, nunca fueran compañeros agradables para un hombre parecido.

¿Cuál sería la intención de mi padre al mandarme pasar mis días en medio de tan extraña familia? En la situación en que se veía esta era la mas natural reflexión, y fué en efecto la primera á que me entregué. Según el recibimiento que me había hecho mi tío, no era dable dudar que sería larga mi residencia en su casa; sus fuertes, pero mal entendida hospitalidad, hacia que le fuese harto indiferente el número de los que venían á su mesa; pero era claro que mi presencia o mi ausencia no le causaba mas sensación que la del último criado, y mucho menos que la enfermedad ó curación de uno de sus perros. Mis primos eran verdaderos osos, en cuya compañía podia perder, si que...

(1) El Relacionado acababa en efecto de imprimir en la época espantosa.
tan singular, vería todos los días, todos los instantes, vivir con ella en la mayor intimidad, era diversión muy agradable para el fastidio que sin duda inspiraban los indolentes habitantes de Osborne-Hall; pero a su peligrosa era semejante situación. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de mi prudencia, no me fue dado lamentarme mucho de los nuevos peligros que iba a correr: acumuló por otra parte mis escribuelos, formando interminables papeles secretos: ejet alarma, Frank, decía entre mis barbas; andar lleno de reservas, observarse cuando me halle con mis Vernon, y todo saldrá bien. —Dormí en estas reflexiones, siendo naturalmente miss Vernon la última cosa en que pensé.

No puedo decir lo que me persiguió su imagen durante la noche; porque me hallaba fatigado, y dormí profundamente; pero fué la primera persona que me vino en mente al día siguiente, cuando al amanecer me dispusieron con serenidad al desayuno soñado en la temprana de caza. En un instante estuve en pie, hice ensillar mi caballo, y corrí al patio donde se hallaban ya prontos los perros y los caballos. Tal vez no esperaba mi tío hallar un diestriísimo cazador en la persona de su sobrino, que había venido toda su juventud en las uñas ó en el campo tirando de vereda, y que parecía no me acogía con la misma cordialidad que la víspera. —¿Ya estás aquí, muchacho? La juventud es temeraria, pero anda con cuidado.

A mí entender, hay pocos jóvenes, y estos pocos son moralistas muy astutos, a quienes no agradase mas que las afeites alguna liger faltilla, que no que pusiesen en duda su habilidad para montar á caballo. Como no me faltaba á mi destreza ni valor en este ejercicio, pícóme la observación de mi tío, y regué que suspendiese su juicio hasta después de la caza.

—No es eso, muchacho; eres buen caballero, no lo dudo, pero anda con cuidado: tu padre te ha enviado aquí encargándome que te sujete, y creo que te habré de llevar de la brida, si no quiero que alguno te conduzca del cabestro.

Como tan elocuente palabras fueron ininteligibles para mí; como por otra parte me parecía que la intención del orador era que me aprovechara de ellas, seguí las escrituras en voz baja; y como por lo misteriosas, pareciésem contener alguna reflexión que le ocurriera á mi muy venerado tío, concluí que se referían á mi descenso de la víspera, ó á las largas reatas de mi tío no se habían aun repuesto enteramente de la larga sesión que celebraba la víspera. Conténeme con resolver en mi interior que si llamaría mal los deberes de la hospitalidad, no sería por mucho tiempo mi indecisión, y me apresuré á saludar á miss Vernon, que se adelantaba por el lado donde yo estaba. Mis príncipes se acercaron también á mí; pero como los vi ocupados en criticar mi compostura, desde la presencia de mi sobrino hasta las espuelas de mis botas, por no poder sufrir en su ridiculoso patio nada que tuviese visos de estrangero, no quise distraerlos, y sin darme por entendido de sus muecas y cuchicheos, sin honrarme del aprecio de su desprecio, me reuní con miss Vernon, como á la única persona con quien fuese posible hablar. Callándose á su lado, partió con toda la tropa al teatro futuro de nuestras hazañas: era este un espeso matronal, situado al lado de un inmenso valle rodeado de montañas. En el camino observé á Diana que mi primo Rashleigh no se había con nosotros.

—Oh! me respondió, es gran cazador; pero casa como Nennrod, y su caza es el hombre. En esto soñaron los perros en el matronal, y dándose nuevo brío los gritos de los cazadores: pronto se halló todo en movimiento en la llanura. Mis príncipes, sobrado ocupados en el importante negocio que iba á decidirse, se dejaron de breve de fijar la atención en mí; tan solo os á Dick, que decía en voz baja á Wilfredo, el mentecato: —Veamos como cae nuestro primo francés.

—¿Francés? contestó Wilfredo como mofándose, ¡ah! sí, pues lleva un demonio de presilla en el sombrero...

Sin embargo Thornciiff, que, á pesar de su asunto, no parecía enteramente insensible á las gracias de su presencia, respondió á mis vacilaciones con una mirada tan cósmica, que mis hermanos, no sé si por espiar lo que pasaba entre miss Vernon y yo, ó por tener el placer de presenciar mi calda: salió, sin embargo, en este último frustrada su esperanza. Habiendo salido una zorra á alguna distancia, á pesar del mal agüero de la presilla francesa de mi sombrero, tuvo yo el primero en perseguirla, y excité la admiración de mi hija de miss Vernon, y el desprecio de los que se mostraban en lo que se consideraban las presillas. No obstante reguardan, después de haceros correr muchas millas, logró escapársenos, y los perros no tuvieron presa. Fácil era notar la impaciencia de miss Vernon, viendo que la calva de tan cerca Thornciiff Osborne-Hall; y de esta forma como actúa como resuelta, no vacilaba con gran esfuerzo abrazar los medios más prontos para satisfacer un deseo ó un auto, le dijo con tono de reprensión: —Me admira, Thornciiff, que permanezcas toda la mañana á la zaga de mi caballo, cuando sabes que no están cerradas las madrideras de la parte del valle de Woolverton...

—No lo sé en verdad, miss Diana; porque ayer mismo me juró el molinero que las había cerrado á medía día.

—Oh! la, Thornciiff, ¿os fiaréis de la palabra de un molinero? Ya no hemos quedado sin zorra tres veces en ocho días por culpa de esas malas maduras; y qué es que sucederá hoy otro tanto, cuando podéis ir en cinco minutos en vuestra yegua parda?

—Está bien, miss Diana, voy á Woolverton; si las madrideras no están tapadas, os prometo que castigaré al molinero por su imprudencia, y á buen seguro que he de soltarle en las espaldas.

—Id, querido Thornciiff, dale fuer te: Thornciiff partió á galope, á Opa, la amén te dices, y se murió, y saldría yo con la misma... Yo os enseñaré á todos los subordinados y obedecía... ¿Sabeis, señor Frank, que voy á formar un reingreso? —Oh! Dios mío, sí. Thornciiff será el sarjento mayor; Dick, mi maestro de equitación, y Wilfredo, con su farolillo, que dice tres sillas á un tiempo sin pronunciar ninguna, será el tambor.

—Y Rashleigh?

—Rashleigh será espía en jefe.

—Y no hallaréis medio para emplearle á mí, encantador coronel?

—Vos seréis, si os acomoda cuartel maestro del reingreso. Mas ya veis que los perros han perdido hoy la pista; vamos, señor Frank, la caza no es digna de vos; con que seguimos, y os enseñaré mucho más hermosa resistencia.

Condújome en efecto á la cumbre de una colina desde donde apreciaba la mas esponja perspectiva: Francisco por echar una ojeda al rededor para asegurarse de que no había nadie cerca de nosotros; y haciendo internar su caballo algunos pasos por un bosquecillo que nos ocultaba á la parte del valle donde los cazadores perseguían su presa. —Y Veis allá bajo, me dijo, una montaña que se encierra en formo de pico á prodigiosa altura?

—Al extremo de esta cordillera de colinas! La veo muy bien.

—Y Veis, un poco sobre la derecha, como una especie de mancha blanca?
Muy claro, os lo aseguro.

Aquella mancha blanca es una roca llamada Hawkensmore-Crag, y Hawkensmore-Crag está en Escocia.

No creía en verdad que estuviésemos tan cerca de Escocia.

No podemos estar más cerca, y vuestra caballo os conducirá allá en dos horas.

No le causaré en ello: mas la distancia me parece cosa de diez y ocho millas á vuelo de ave.

Tomad mi jaca, si la creéis menos fatigada; os repito que en dos horas estaréis en Escocia.

Y yo os digo que tengo tan pocas ganas de ponerme, que si la cabaza de mi caballo pasase al otro lado de los límites, no daría á la cola el trabajo de seguirlo. ¿Qué de hacer yo en Escocia?

Atender á vuestra seguridad, si me de hablar claro: ¿me entendéis ahora, señor Frank?

Ni poco ni mucho: vuestras palabras son oráculos para mí, porque no las comprendo pizca.

En ece caso, en verdad que ó me haceis la injusticia de desconfiar de mí, ó sois un hipócrita rematado, otro Rashleigh en una palabra; ó no sabeis nada de lo que os imputan.

Mas no, en vuestra seriedad conozco que obras de buena fe, ¡Justo Dios! ¡qué gravedad! No sé cómo puedo tener la risa al miraros.

De verdad, mis Vernon, le dije impacientado de un pueril alegria, no tengo la menor idea de lo que quereis decir; me alegro de proporcionaros alguna diversión, pero ignoro absolutamente que consiste.

Ello dista mucho de ser visible, dijo mis Vernon reconviniendo su seriedad, pero hay personas que por nen tan gracia figura cuando les pica la curiosidad! Hablamos seriamente: ¿conocéis á un tal Moray, Morris, o no sé qué nombre que se le parece?

No tengo presente.

→ Reflexionado. ¿No habéis viajado últimamente con alguno de este nombre?

→ El único viajero que me ha acompañado algún tiempo en el camino es un hombre cuya alma parecía estar en su nube, y

→ Sólo pues como el alma del licenciado Pedro García, que estaba entre los duenos que contuían su bolsa de cuero (1). Como sea, ese hombre ha sido robado, y os acusa á vos, suponiéndoles autor ó cómplices de la violencia que ha padecido.

→ Os chanclos, mis Vernon!

→ No, os lo aseguro: el caso es tal como digo.

→ ¿Y me creéis capaz, esclamé en un rapto de indignación que no traté de ocultar? me creéis capaz de merecer semejante acusación?

→ ¡Oh Dios! ¡qué horror! estoy por creer que me desafiarís si fuera hombre; pero esto no importa: haced si queréis, pues me hallo tan en estado de batirme como de saltar una barrera.

→ Dios me libre de faltar al respeto al coro en mi regimiento de caballería, le respondo avergonzado de mí cólera, y haciendo por volver la cosa en burla. Pero formalmente, explicadme esta nueva chanz.

→ No es chanza: os acusan de haber robado á ese hombre, y mi tío y yo creímos fundada la acusación.

→ En verdad que debéis quedar agradecido á mis amigos por la buena opinión que les merezco.

→ Vamos, cesad, si os es posible, de ajotar tanto, y de respirar como un caballo estafantizado. Antes de morder el frénica, escuchad al menos hasta el fin. No os han acusado de un robo vengono... muy al carambío. Ese hombre es un ajente del gobierno: llevaba, así en metálico como en letras, el dinero para pagar las tropas que hay de guarnición en el Norte; y dicen que le han quitado también pliegos de mucha importancia.

→ Seguir eso, se me acusa de un crimen de alta traición, y no de un robo.

→ Sí, sin duda, y de un crimen que, como sabéis, cobre muchas veces de gloria, á los ojos de muchos, al que tiene valor para ejecutarlo. Hallaréis muchas personas en este país, y eso sin ir muy lejos, que miran como un mérito el perjudicar por todos los medios posibles al gobierno de la casa de Hanover.

→ Mis principios de moral y de política, mis Vernon, no tienen tanto ensanche.

→ En verdad que estoy por creer que sois presbiteriano, y lo que es peor, hanoveriano; ¿mas qué pensais hacer?

→ Refutar al instante mismo tan atroz calumnia: ¿ante quién ha presentado esa singular acusación?

→ Ante el viejo Squire Inglewood, que casi no quería recibirlo, y ha enviado un espreso á mi tío, aconsejándole á duda si los trasladase al punto á Escocia, donde os halláis fuera de la jurisdicción de la ley. Pero mi tío sabe muy bien que su religión, lo propio que su adhesión antigua al rey Jacobo, le hacen sospechoso al actual gobierno, y que si llegase á sabere que había favorecido la fuga de un reo de lesa-majestad, sería detenido, y lo que le fuera mas sensible, desmontado, como papista, ja
cobita y persona sospechosa.

→ Conozco en efecto que antes de perdonar sus caballos, abandonarán á su sobrino.

→ A su solvino y sobrinha, á sus hijos e hijas, si las tuviera, y á toda su generación, repuso Diana; no os fieis de él, ni un solo minuto; dad rienda suelta á vuestro caballo, y huid antes que ejecuten la captura.

→ Sí, voy á partir, mas será para ir en derechura á la casa de ese Squire Inglewood. ¿Dónde vive?

→ Como unas tres millas de aquí, al lado de la torre de alcázar.

→ Dentro de algunos minutos estoy allí, dije dando el galope á mi caballo.

→ Yo iré con vos para enseñarles el camino, dijo mi Vernon siguiéndome.

→ ¿Qué haceis, mis Vernon? no está bien... perdonad la franqueza de un amigo, no está bien que acompañéis en semejantes circunstancias.

→ Os comprendo, dijo mi Vernon poniéndose un poco colorado, eso se llama hablar con claridad; y despues de reflexionar un momento, añadió: — Y creo con efecto que vuestra objeción prueba amistad.

→ ¡Ah! mis Vernon, qué caso me supone insensible al interés que por mi manifestéis? contesté con calor: quedo sumamente agradecido á vuestro obsequioso ofrecimiento; pero no debo permitir que deis oidos á semejante jenerosidad. Es harto público el negocio, y equivale á presentarse ante un tribunal de justicia.

→ Y aunque fuera un tribunal de justicia ¿creéis que no me presentará en él para proteger á un amigo? No teneis nada que os defina más fuertemente, y en este país, hacia las fronteras del reino, los jueces dan algunos veces sentencias singulares. Mi tío no desea en manera alguna huirse de este asunto; Rashleigh está ausente, y aunque se hallara aquí, no sabemos qué partido tomaría: los demás son harto estúpidos para poder serviros de algo, aun cuando les impusiese á ello el deseo de favorecedores. En una palabra, yo soy la única persona que puede daros la mano, é iré con vos: no soy ninguna hermosa dama, para que me pongan miedo los bárbaros términos de los esclavos, ni las pelucas de tres martillos.

→ Pero, querida mis Vernon...
—Pero, querido señor Frank, per- 
maneced tranquilo, y dejadme hacer 
porque cuando yo me bello el fre- 
no, no hay brida capaz de detener-
me.
Lisonjeado del interés que tan en- 
cantadora persona parecía tomar en 
mi suerte, pero conociendo cuán ri-
dículo sería llevar conmigo una don-
celía de diez y ocho años para que 
me sirviese de abogado, y no que-
riendo exponerme a los males y ri-
tos de la maleficiencia, esforzéme por 
combatir aun su resolución. Respou-
diéme ella con tono resuelto que mis 
esfuerzos eran absolutamente vanos; 
que ella era Vernon, es decir, de una 
familia que por nada del mundo aban-
donaría a un amigo desgraciado, y 
que todos mis lindos razonamientos 
sobre la matoria serían muy a propó-
ósito para convencer a no pocas miss 
(señoritas) muy bellas, prudentes, y 
reservadas, que hormigueaban en 
Londres, pero de que nada servían con 
una provincia tercera, acasual-
breada a seguir siempre su albedrío, 
y a no dar oidos mas que a su au-
tojo.
Acercábamos en esto mas y mas 
a Inglewood-Place, y miss Vernon, 
para impedirme que continuase mis 
amonestaciones, principió a hacerme 
el retrato del majistrado y de su es-
crura, el lugarteniente, seguido de su 
descripción, un jacobita blanco, esto 
es, un hombre que, después de ha-
ber rehusado por mucho tiempo pres-
tar juramento á la nueva dinastía, 
cómo la mayor parte de los hidalgos 
del condado, se había últimamente sometido á fin de obtener permiso para 
ejercer las funciones de juez de 
paz. —Lo hace, me dijo ella, á ruc-
gos de todos los Squires de los alre-
dedores, que veían con pesar decaer 
el paladín de sus placeres, los leyes 
sobre la caza, por falta de un majis-
trado que las hiciese ejecutar, pues 
todo el tribunal de justicia mas cercano 
que había era el del corregidor de 
Newcastle, que, como gustaba mas 
de comerase la caza en su mesa que 
de perseguirla en los bosques, pro-
tegía al cazador furioso en detrimento 
de los demás. Viendo pues que era 
urjente que unos si otros sacrificassen 
sus escrúpulos al bien general, los 
hidalgos del condado de Northum-
berland pusieron los ojos en Ingle-
wood, quien, con un carácter apá-
tico de suyo é indolente, era muy 
natural que se prestase sin mucha re-
pugnanía á todos los credos políti-
cos. Después de tener á Inglewood 
por juez, era necesario buscar alguien 
que leusase sus funciones: aquello 
era en verdad el cuerpo del tribunal, 
pero se necesitaba á mas una alma 
de dirijiese y animase sus movi-
mientos. Un maligio escribano de 
Newcastle, llamado Jobson, pareció 
mucho capaz de conducir la máquina: 
Este Jobson, que, variando mis métis-
foras, repta oficio muy bueno el 
vender la justicia nombre del Squire 
Inglewood, y cuyos emolumentos dep-
enden del número de negocios que 
pasan por sus manos, saca cuanto 
dinero le es posible de los pobres 
pobreteros, y es tan coloso en catar 
por la menor causa á las partes ante 
 el tribunal, que el honrado juez no 
sabe donde volverse. En fin, no hay 
arreyedadora de manzanas, á diez 
millas á la redonda, que no se 
decida con la frutería sin una audien-
cia, que le concede el juez á pesar su-
yo, y que le obliga á dar mal su 
grado el maligio escribano señor José 
Jobson. Ello ha de ser cosa de ver 
cuando los negocios que se han de 
zajar, tal como el vuestro por ejem-
pló, tienen alguna relación con la po-
lítica. El señor José Jobson (y sin 
duda tiene motivos para ello) es se-
loso defensor de la religión protes-
tante y ardiente partidario de la nue-
va dinastía. Por otra parte, el juez, 
que conserva por instinto una espe-
cie de afecto á las opiniones que pro-
feraza antes de desistir algun tanto de 
sus principios, con la patrística mira 
de hacer ejecutar la ley contra los 
destructores sin patente de las lie-
bres y perdices, encuéntrase muy 
embarazado cuando el zelo de su es-
cribano le arrastra á procedimientos 
judiciales que le recuerdan su an-
tigua creencia; y en vez de favorecer 
los esfuerzos de Jobson, opone 
siempre un espíritu de apatía e inde-
pendencia. No que careza enterar-
me de enojo; al contrario, para 
hombre cuyo principal placer se re-
dece á refocilarse en excelente mesa, 
a bastante placentero y vijente; 
mas esto hace mas cómica aun su fa-
icia negligencia. En tales ocasiones, 
Jobson, semejante a un viejo caballo 
hijedador que se ve condenado á ar-
rastrar una pesada carreta, se hipo y 
revuelve para mover al juez, mien-
tras que el peso del carruaje se resis-
te á los reiterados esfuerzos del im-
potente enredadero que no puede 
conseguir el mercado: mas lo que 
desespera al pobre jace, es que aque-
ullo mismo máquina que tanto le cues-
ta poner en movimiento, rueda al-
gunas veces por sí sola, á pesar de 
coces del animal, cuando se trata de 
favorecer á algunos de los antiguos 
as的日友斯 del Squire Inglewood. El se-
ñor Jobson se encoleriza mucho en-
tonces, y repite por todas partes que 
denunciará al juez ante el consejo de 
estado cerca del despacho del inte-
rior, sin el afecto particular que pro-
sa al señor Inglewood y á su fa-
milia.
Terminaba miss Vernon esta sin-
gular descripción, cuando nos halla-
mos delante de Inglewood-Place, an-
tiguo y gótico edificio de imponente 
aspecto.

CAPITULO VIII.

HALLAMOS en el patio un criado 
con la libre de Sir Hildebrand, que 
detonu nuestras caballos, y entra-
mos en la casa. No poca hubo de ser 
mi admiración, sin que fuese menor 
la de mi bella compañera, al encon-
trar en el peristilo á Rashleigh Oshal-
diston, quien por su parte no pare-
cia menos sorprendido de vernos.

—Rashleigh, dijo miss Vernon, sin 
enseñar tiempo para hacer ninguna pre-
gunta, habréis oído hablar del usurario 
del señor Frank Osbaldivton, y sin 
duda vinisteis á mover en favor suyo 
al juez de paz.

—Sí, dijo Rashleigh con la ordin-
naria flema, á esto viene. Mi esfuerzo, 
añadió saludándome, por hacer á mi 
primo cuanto servicios dependan de 
mi, pero siento encontrarle en este 
ugar.

—Antes debierais aclararos como 
pariente y amigo, señor Osbaldivton, 
devrero en este lugar, cuando mi re-
putación exije mi presencia en él.

—Es verdad; pero, según lo que 
decía mi padre, creyera que retráti-
cos momentáneamente á Escocia; 
que la guerra y la guerra hasta que se 
sequéase el negocio...

Respondí con ardoc que no nece-
sitaba tales efijos, y que, lejos de 
querer calmar el negocio, iba á ha-
cer patente una insigne calumnia, y 
estaba resuelto á examinar á fondo la 
causa.

—El señor Frank es inocente, 
Rashleigh; desca en gran manera dis-
culparme, y yo vengo á defenderle.

—Yos, mi lord primera? A mi ver, 
mejor abogado fuera yo del sen-
ñor Frank, abogado, si no tan elo-
cente, al menos tan celoso, y tal vez 
mas adecuado.

—Sí, pero dos cabezas valen mas 
que una, como sabéis.

—Y sobre todo una cabeza tal co-
mo la vuestra, encantadora Diana, 
contestó Rashleigh adelantándose 
y tomándome la mano con una firme 
mano que le hizo parecer á mis 
ojos mil veces mas horrible de lo que 
naturalmente fuere. Miss Vernon me 
llamó aparte, y hablaron en voz baja; 
ella parecía pedirle una cosa, á la 
que no quería no podía acceder su
primo: no espero ver contraste más notable que el que presentaba la expresión de las dos figuras. Pintóse en breve la ira en las facciones de miss Vernon, animándose sus ojos, subieron a su rostro vivísimos colores, y dando una patada, echaba al parecer con tanto desprecio como indignación las escaras que le daba Rashleigh, según juzgá por su ademán de defensa, y por su respetuosa y afectada sorrisa. Separáronse ella por último, diciéndole con tono de autoridad: —Lo quiero absolutamente.

—Me es imposible. ¿Lo creeráis, señor Osbaldiston? dijo dirigiéndose a mí.

—¿Estás loco? esclamó ella interrumpiéndole.

—¿Lo creeráis? repitió Rashleigh sin escucharla; miss Vernon pretendía, no solo que se viera inocencia, de la cual nadie en efecto puede estar más convencido que yo, sino que no me sometan a más los verdaderos recuerdos del robo hecho a ese Morris. ¿Está esto puesto en razón, señor Osbaldiston?

El señor Osbaldiston no puede juzgar el caso, Rashleigh, dijo miss Vernon, puesto que ignora toda la extensión de las noticias que sois capaz de obtener.

—En verdad que me haceis más honor del que merezco. Justicia, Rashleigh, justicia, le dije todo lo posible.

Obrais como un déspota, Diana, respondió con una especie de suspiro, como tirana caprichosa, y gobernáis a vuestros vasallos con vara de hierro. Preciso será hacer lo que desees, empero vos no debéis permanecer aquí, harto lo sabéis.

Dejando entonces a Diana, que parecía indecisa, y volviéndome hacia mí, me dijo con tono afectuoso.— No dudeis que me intereso en cuanto os concierne, señor Osbaldiston; si os dejo en este momento, es para ir a trabajar eficazmente por vos. Pero es preciso que empleéis vuestro influjo sobre mi primo para hacerle volver al castillo; su presencia no os puede ser provechosa, y perjudicaría sin duda a su opinión.

De eso estoy convencido como vos, señor mio, respondí yo; y he rogado muchas veces a miss Vernon que me dejara solo, pero han sido vanas todas mis instancias.

—Lo he reflexionado, dijo miss Vernon, después de un momento de silencio, y no he de dejáros usté hasta ver vos libre de las garras de los Filistinos. Rashleigh tiene sus razones para hablar de esa suerte, pero ambos nosotros conocemos uno a otro. Rashleigh, no me iré... Sí, añadió con tono más suave, que el permanecer yo aquí será un motivo más para que os opriman.

—Quedásemos por tercera, que no entiendes el poder que ejercito sobre mí. Saquésteis esto, montado a caballo, y partió.

—¡Gracias al cielo! por fin partió, dijo Diana. Ahora vamos en busca del juez de paz.

—¿No sería mejor llamar un criado?

—No, no, no la vereda: fuerza nos es francamente improviso, y así seguidme.

Así como de la mano, subió algunos escalones, atravesó un oscuro corredor, y entró en una especie de antecámara calapizada de ranchos mapamundi, de planos de arquitectura y de árboles jardiniélicos. Una gran puerta partida en dos condujó de esta estancia a la sala de comer del señor Inglewood, donde oímos este ruido de una antigua canción. Entonces por una voz se abrió el monumento con su voz, que nos pidió más tarde que venían los vinos.

—Rashleigh, dijo miss Vernon, ya ha comido el juez. No creía en verdad que fuese tan tarde.

A caballo en efecto de comer. Dispértáreme en este día el apetito más presto de lo que solía, y aduñó la comida una hora, de suerte que se sentó a la mesa a mediodía, pues era entonces uso Ingleser comer a la una. —Hemos hecho tarde, dijo Diana, pero esperar aquí, porque yo conozco la casa, y llamaré un criado: vuestra hermana podría verlo incomodar ahora al viejo Inglewood, que no gusta de que le estorben cuando habla con la señora de Castilla. Y dichas estas palabras, se escapó, dejándome encerrado sobre si debía retirarme o pasar adelante. Me era imposible no ir de parte de lo que se decía en el congreso aposento, y entre otras cosas, diversas escenas para no cantar, pronunciadas por una voz que no me era enteramente desconocida.— ¿Qué no cantaréis, señor mio? Por la Virgen, que heba de cantar. ¡Cómo! ¡os he visto todos aquel día, de vez en cuando vinisteis a mí casa al punto... ¡ Creo que ha de seros dañar venir a fatiármene con vuestras pesadas declaraciones, para negar los acentos de esa voz?

—La decisión es muy justa, dijo otra voz que, por su tono chillido y metódico, presumía su fuerte la del escribano, y la parte debe conformarse a ella; la ley ha pronunciado condena, y ha de cantar.

—Ejecútela pues, dijo el juez, o por San Cristóbal, que le ha de trazar un meca de coco lleno de agua salada, según los estatutos establecidos o por establecer sobre la materia.

El temor del agua salada hizo lo que no hubieran podido conseguir los ríos y que nuestro compañero de viaje, pues no dudaba ya que lo fuere, entonar unos lamentables coplas con voz muy semejante a la de un reo que canta su último salmo.

Cansado de esperar que viniese un criado para anunciarle, y no que si lo salía algún, prometí que estabas yo escuchando en la puerta, entré en el salón en el momento en que el anciano el señor Morris, puesto que así dirijeron que se llamaba, principiaba la cuarta copla de su triste balada. La sonora nota trocióse en aquel momento en sordo rumor de consternación, cuando vi que en cambio de sí a un hombre cuyo carácter le parecía tan sospechoso; y al verle con sus ojos fijos, sus estrechadas mejillas, y abierta boca, cualquiera hubiera dicho que tenía yo en la mano la cabeza de Gregoria.

El juez, cuyos ojos se habían cerrado por la soporífera influencia de la canción, despertóse sobresaltado cuando cesó esta golpe y arrojó de la silla altamente admirado al ver que se había aumentado su compañía, durante su desconcierto. El escribano, a quien conocía en su falta, no estaba menos asombrado, porque el tremble convulsivo de Morris, frente al cual se hallaba sentado, pegábase como por contagio a todos sus miembros, aunque ignoro la causa.

Viendo que ninguno de ellos tenía fuerzas para hablar, rompió el silencio: —Yo me llamo Francisco Osbaldiston, señor Inglewood: le saqué que un fatuo os la ha presentado una querrilla contra mí, y que se atreve a acusarme de haber tomado parte en un robo que le han hecho.

—Señor mio, dijo el juez con alguna sequedad, no trato de esos asuntos en la mesa, y hoy para todo, y razón es que un juez de paz como cualquiera otro.

Se dio de paso que la rotundidad del señor Inglewood probaba, al parecer, que el amor del bien público no le había de valer muchas veces sembrante cuidado.
—Perdonad, señor, que os imponíete: pero como mi reputación se halla comprometida, y como parece que heba escabado de comer...—

—No he acabado, señor mio, repuso el majistrado; la disgestión es tan necesaria al hombre como el aliento, y os protesto que es imposible que me haga provecho la comida, si no se me dan dos horas de perfecta tranqüilidad para entregarme á inocente alegria, y hacer circular modere-

—Perdone su Señoría, dijo el señor Johnston, quien, mientras nosotros hablábamos, había sacado su pluma; pero como ese señor parece que se da prisa, y como á mas es caso de fe-

—Entiendo que no será el delito de las-majes-

—El día al día el domini regis dijo el impacientado juez: creo que no será un delito el de los maestros de hablase así, pero en verdad que hay para volverse loco, viéndose uno perseguido de esta suerte. Con vue-

—En verdad, majistrado, que está ordenadísima vuestra casa; pero no creáis que no heo

—¡Ah! exclamó el juez en un ar-

—¡Ah!..., señor, dijo el escribano, á quien la lleva de llamar Dios que estaba con-

—¡Ah!..., señor, dijo el escribano, á quien la lleva de llamar Dios que estaba con-

—Vamos, dijo el juez lisonjeador de este elemt sobre la importancia de su cargo; y alabando el resto de su enunto en un vaso de vino de España que apuró de un sorbo; terminamos el negocio, y no se hable más de ello. Acorcaos, señor mio. Vos, señor mio. Vos, señor mio: caballero de la triste figura, éste es el que acusa de ser

(1) Juezacuñado que ha dejado aportes sustanciales.
lamentaba, no había tenido yo lo mejor parte en una acción harió indigna de mi carácter y del puesto que ocupaba en la sociedad; que uno de los ladrones se llamase Osbaldeston, o que pronunciara este hombre en el curso de la conversación que tuvieron juntos, era una circunstancia sin peso alguno. En cuanto al descrito que se imputaba a mí, principios, ofrecía probar a satisfacción de juez, del escribano, y del propio testigo, que era el mismo religión que su amigo el ministro presbiteriano, y que había sido educado como fiel va salvo en los principios de la revolución; y añadió que como a tal pedía la protección de las leyes, protección que ansiabas que aquel grande acuerdo... Ajjábase en la silla el juez, abría su caja, y mostraba muy embarazado, cuando el viejo escribano Johnson leyó con toda la volubilidad de su profesión el reglamento formado en el año treinta y cuatro del reinado de Eduardo III, en cuyo autorizaba a los jueces de paz para arrestar todas las personas sospechosas, y para meterlas en la cárcel. El bellaco añadió que ya que confesaba yo haber tomado el carácter de ladron o de malhechor, me había voluntariamente sometido a las sospechas de que me quejaba, y espuesto a la suspicacia acusatoria, re vestiéndome de su conducta de los colores y de la libertad del delito. Yo combatía su jeringaza y argumentos con tanta indignación como desprecio, y acabé diciendo que si no bastaba mi palabra, estaba pronto a dar fianza, y que el juez no podía rehusar mi demanda sin incurrir en grave responsabilidad. —Perdonadme, señor mio, per donadme, dijo el insaciable escribano; pero el acusado no puede en este caso dar caución, porque el decreto expedido en el tercer año del reinado de Eduardo III dice expresamente... El señor Johnson le a causaron... aun mas con sus citas judiciales, cuando entró un criado, y le entregó una carta. Aun no la había leído toda, cuando esclamó con el tono de importancia de un hombre abrumado de negocios: —¡Válgame Dios! ¡No he de tener ni un instante de descanso...! ¿He de estar aquí y allá y acuél al mismo tiempo...? En verdad que no es vivir... Quisiera encontrar alguna persona íntegra para que me ayudase en el ejercicio de mis funciones. —Pues no, dijo el juez entre dientes, de otra sanguijuela como tú. —La carta que acabo de recibir es para un asunto urjent... —Aun mas asuntos! exclamó asustado el juez. —Este me atañía a mí, repuso gravemente el señor Johnson: el anciano Gaffer Hurstedge de Grimes-Hill es citado á comparecer en el otro mundo, y me ruego que pase á arreglar sus negocios en este. —Partid, partid al punto, esclamó Inglewood, contento con el plazo que le daba la ausencia de su escribano. —Mas con todo, dijo Johnson volviendo atrás, si nes presencia es necesaria aquí, despacho en un minuto el mandato de arresto, y el alguacil está abajo. Ya oséis, añadió bajando la voz, la opinión del señor Rashleigh... Hablaba tan quedo, que no entendi el fin de la frase. —Os digo que no, no, y mil veces no, exclamó el juez: no haré nada hasta que volváis... Vamos, alargad la botella, señor Morris. No os acobardéis, señoral Osbaldeston... y vos, ros sa del desiertó, tomad un vaso de lo bueno para reanimar los colores de vuestras hermosas mejillas. Diana salió del embriaguez en que había estado sumergida durante esta discusión: —No, juez, respondió afectando una juntogena alegría que desmentía su tono; temo hacer pasar mis colores á un lugar de más... y esto donde no me favorecerían much...: mas no quiero tampoco desearos. Y en esto llevaba un vaso de agua, que bebía precipitadamente. Aunque era visible su ajitación, y daba frecuentes señales de impaciencia, á penas hice alto en ello, pues me tenían en gran manera desazónados los nuevos obstáculos que impedían examinar al punto la importancia acusación presentada. Pero el juez no quería que le hablasen de negocios, estando ansioso su escribano, cuyo incidente le causaba el parecer tanto gozo como un día de asunto á un estudiante. Continuó haciendo cuentas esfuerzos para distraer a sus huéspedes, los cuales, cada cual por distintas razones, no deseaban mucho seguir el buen humor. —Vamos, señor Morris, no sois el primero que haya sido robado.... Los suspiros no os volverán lo que has perdido... Y vos, señor Osbaldeston, no sois el primero que haya dicho afirma añadido un hombre de bien. Viva en mi tiempo de juventud Jack Winterfield, que era el mejor amigo del confiado: siempre le encontraba en las corridas de caballos y en las riñas de gallos, y era Jack compañero y compa ñero mio... Dadme la botella, señor Morris; se altera uno á fuerza de hablar... No había dicho que no apre nase con él, una botella; buena familia, buen corazón, guapo y honrado muchacho, sí se exceptúa el pecadillo que causó su muerte... Bebamos á su memoria, amigo; ¡pobre Jack Winterfield! Y ya que hablamos de él y de cosas de este juez, y ya que nos venimos la presencia del demónio del escribano, y que podemos hablar libremente entre nosotros, señor Osbaldeston, si me creyesen, yo, en lugar vuestro, arreglaría el asunto de un modo amistoso; la ley es severa, muy severa... Ello no obstante los protectores que tenía, el pobre Jack fue abrochado: ¿y porque diréis que fui? Tan sólo por haber albergado a un robusto arrendador de las cercanías, que volvía del mercado vecino, del precio en que vendiera algunos ganados... ¡Y bien! Aquí teñís al señor Morris que es un buen compa ñe, volviste su maletín, y no se ha habla ya más del asunto. Animémonos, al oir esta propositi on, los ojos de Morris, y principiamos á tartamudear que no desahogaba la muerte de nadie, cuando bajó todo y toda composición, quejándose amargamente del insulto que el juez me hacía suponiéndome al parecer culpable del crimen que injustamente se me imputaba. Así no sabía el juez que responder, cuando un criado anunció á un estudiante que deseaba hablar á su Señoría; y el sujeto así indicado entró sin las ceremonias en la sala. CAPÍTULO IX. —¡Un estudiante! repitió el juez: ¿que no me venga con asuntos, ó?... El mismo estudiante atajó sus protestas. —El negocio que me trae es urjente, contestó el señor Campbell, porque era este el mismo Escocés en cuerpo y alma que yo había visto en Northallerton.—Ruego á su Señoría que le oiga sin demora con toda la atención que me merece.—Creo, señor Morris, añadió lo mismo firme y casi amenazadora mirada; creo que sabeis muy bien quien soy; sin duda no habéis olvidado lo que pasó entre nosotros cuando nos encontramos últimamente en el camino. Morris estaba otra vez petrificado: experimentó un violento temblor, y dio las señales todas de la mayor consternación. —Vamos, animos, dijo el señor Campbell, y no hagais crujir los dientes como castañuelas; no sé que os pueda impedir que digáis al señor juez como me conocéis, y como sabeis que soy un hombre de honor...
vendrá algún día á mi país, y quizás tendrá entonces ocasión de hacéros á mi vez algún servicio.

—Señor mio, señor mio, creo que sois hombre de honor, y á mas, como decís, muy favorecido de la fortuna. Sí, señor Inglewood, añadió esforzándose en vano por reencontrar su voz; creo realmente que este hombre es tal como acabo de decir.

—¿Y qué quiere? Preguntó el juez

con alguna seguridad: un hombre conduce á otro, como las rimas en la casa que ha fabricado Jack, y resulta que no me dejan un momen-
to de sosiego.

Al contrario, señor, repuso Campbell, tengo para abreviar un procedimiento que os atormenta sin duda.

—Entonces seáis, por mi alma, tan bien venido como lo haya sido ja-
sí cualquier Escocés á Inglaterra: continuáis, y decidme sin demora cuanto tengais que comunicarme.

—Pues, preguntó que os ha dicho este hombre que estaba con él un tal Campbell, cuando tuvo la desgracia de perder su metate.

—No, dijo el juez, nunca ha men-
tado tal nombre.

—¡Ah! estoy, estoy, señor Mor-
ris, repuso Campbell; teméis com-
parártelo á un intruso que no en-
tiende una jota en las fórmulas judi-
ciales de este país, y os lo agradezco; mas como sé que es necesario mi tes-
timonia para la justificación del se-
ñor Francisco Osbaldeston, de quien se sospecha injustamente, os dispenso solemne precaución. Así, pues,
decidi al señor Inglewood si es verdad que hemos viajado juntos por espacio de algunas millas, á consecuencia de lo muncho que me lo pedisteis en Northallerton, y aunque no quise en un principio daros oídos, tanto me lo rogaréis cuando os encontré en el camino cerca de Clunberry-Allers, que finalmente me decidí por mi des-
gracia á hacer largo rodeo solo por

acompañarlos en vuestra ruta.

—Es la exacta y triste verdad, respondió Morris, inclinada la cabeza co-
mo apoyando esta larga declaración, á la cual se sometió con taciturna do-
cilidad.

—Tampoco tendréis dificultad en

manifestar á su Señoría que nadie puede declarar mejor que yo en el caso, puesto que me había sido á vos cuando sucedió.

—Tampoco lo tengo, replicó Mor-
ris ahogando un profundo suspiro.

—¿Y cómo diablos no lo socon-
rísteste, dijo el juez, puesto que, según la deposición del señor Morris, no eran sino dos los ladrones? Erais dos á dos, y uno y otro parecidos robustos.

—Observad, señor, dijo Campbell, que yo he sido toda mi vida amante de la paz y de la tranquilidad: el señor Morris, que, según me han dicho, sirve ó ha servido en los ejércitos de su Majestad, y que llevaba, según co-
lejía, una crecida suma, pudiera ha-
berse divertido defendiéndose, si tal hubiese sido su gusto; pero yo, que no llevaba mas que pocos equipa-
paje, siendo de naturaleza mas pacífico, no pensé en arriesgar mi vida opo-
niendo resistencia alguna.

Miró á Campbell mientras que pro-
nunciaba estas palabras, y no esperó ver más notable contraste que el que ofrecía la expresión de osadía é intré-
pidez que animaba sus miradas, y el aire de sencillez y de dulzura que respiraba su lenguaje. Basta eché de ver en sus labios una ligería é irónica son-
risa con que manifestaba involun-
tariamente su despacho al pacífico ca-
rácter que tomaba entonces; y no padezco mucho de creer que si había si-
do testigo de la violencia hecha á Mor-
ris, no sería como compañero á des-
gracia, ni tampoco como mero es-
pectador.

Quizás el juez consideró también solemne sospecha, porque exclamó al instante.—Vaya por vida mia un cuento peregrino!

Parecía adivinar el Escocés lo que pasaba en su interior, porque mostró de tomo y manera, y desterrando la hiperbórea afectación de humildad que tan mal había finjido, dijo con más franqueza y naturalidad.—Habi-
dando con toda verdad, soy de aque-

los que no gustan de habérselas con nadie, como no defiendan al-
guna cosa suya, y mi hermano era muy ligeramente cuando encontrásemos á aque-

dos míseros. Mas á fin de que su Señoría dé mas crédito á mi declaración, conociendo mejor mi carácter, tenez la bondad de oír esto.

El señor Inglewood tomó el papel, y leyó á media voz:—Certífico que el portador de este escrito, Roberto Campbell de...(de un lugar que no puedo pronunciar, dice el juez inter-
rompiéndose)... es persona de buena familia, y de reputación sin mancha, que va á Inglaterra por negocios par-
ticulares, y de allí vino y salió por nuestra mano, en nuestro alcance de

Inver..., Inver... para...

ARGYLE.

—Es un certificado que creí deber pedir á dicho caballero (y llegó la mano á la cabeza como tocando á su sombrero) Mac-Callum-More.

—¿Cuál Mac-Callum, señor mio? preguntó el juez.

—Mac-Callum-More (1), á quien llaman en Inglaterra el duque de Ar-

gyle.

—Me consta que el duque de Ar-
gyle es caballero del mayor mérito, que ama verdaderamente á su patria. Yo fui uno de los que se pusieron á su lado en 1714, cuando echó de ver su comandancia al duque de Marlbo-
rough; ojalá hubiese muchos seño-

res que se le pareciesen. Entonces era un honrado tory que profesaba los mismos principios que Ormonde; pero dijeron al gobierno ac-

(1) El hijo de Collin el grande. Este Sir Collin Campbell era un paladín de las cruzadas que daba principio á la ilustreza de su familia.
Morris que aprobaba las observaciones del juez con lastimoso ademán; tranquilo como un sapo bajo la reja del arado. Pero no temías nada, señor Morris, partiremos juntos, os escoltaré hasta el camino real, donde nos separaremos, y si no nos volvemos a ver otra vez en Escocia como amigos, vuestra será la culpa.

Levantóse Morris con aquella mú- rada de consternación y de angustia que despidió el reo condenado a muerte, cuando le anunciaron que le esperaba el carro; mas cuando estuvo en pie, pareció como que vacilaba.

—Os digo que nada temais, repitió Campbell; os cumpliré la palabra. ¿Quién sabe si adquiriremos en alguna parte noticias de vuestra maleta, si seguísmos nuestros consejos en vez de quedarnos ahí plantados como un poste? Los caballos están prevenidos; despédos del señor Inglewood, y partamos.

Después Morris, escoltado por el señor Campbell, mas parece que se renovaron sus temores en la ante- sala, porque el como le reiteraba Campbell su ofrecimiento de protegerle. —Válgame el alma de mi cuerpo, que estás tan seguro como un niño en el seno de su madre—; ¡qué diablos con tan negras barbas, y no teneis más ánimo que una perdiz! Vamos, venid conmigo, y mostrad hombre siquiera una vez.

Pero dejése a la lejos la voz, y un momento después, oímos los pasos de los caballos que salían del patio.

El gozo que sintió el señor Ingle- wood viendo terminar tan fácilmente un negocio que le hubiera dado no poca desazón y embarazo, se agitó algún tanto con la reflexión de que se escribían a la criada un libro que traería muy contento a su vuelta. —Pareceme que oigo ya los latinos de Jobson que me pide sus papeles: quizás no debiera habérselos quemado; pero, ¡vaya! saldré del paso pagándole lo que le valiera el proceso, y acabaré la comisión. Ahora, miss Vernon, aunque sea hoy día de indulgencia, y sin embargo de que no le quiero quitar arrestar á nadie, deseo decretar una captura contra vos, y confiaros á la custodia de la buena Blakes, mi vieja ama de gobierno; envíarémos á buscar á mi vecina mistress Musgrave, á mis damas Dawkins, y á vuestras voces y mientras templan el violín, aprue- birémos algunas botellas Frank Osbaldiston y yo para poneros alegres.

—Muchas gracias, honorabilísimo juez, repuso miss Vernon; pero será fuerza que nos volvamos al punto á Osbaldiston-Hall, donde no sabrán qué nos hemos hecho, para sacar á mi tío de la inquietud que le causa la suerte de mi primo, por quien se interesa como por uno de sus hijos.

—Lo creo mucho más, dijo el juez, porque cuando Archie, su hijo primogénito, abracé de un modo tan desplorable en el desgraciado negocio de John Pennock, el viejo Bildebran- don confundía siempre su nombre con los de los otros hijos, y lamentablemente de no poder acordarse nunca de cuál de sus hijos había sido abucheo. Con eso, a pesar de que es un hombre de una gran clase, y que, á decir verdad, todavía tan astuto de los extraordinarios acontecimientos que se sucedieron unos á otros en el discurso de la mañana, que no tiene ganas de reírse. Por fin como si no pudiera ya contener las reflexiones que le akitaban, esclama- mó miss Vernon.

—¡Rashleigh es un hombre es- traurudario, misterioso y temible so- bre todo! Hace cuanto quiere; cuan- tos le roden no son mas que títeres que hace mover á su antojo: tiene un actor dispensado á representar todos los papeles que imagina, y su invento- va le ofrece espectados que rara vez se frustren.

—Luego creéis, le dije respondiendo mas bien á lo que quería dar á entender que á lo que decía realmente, luego creéis que ese Campbell que llegó tan á tiempo, y que se la llevó á mí acusando como se lleva un balcon á la perdiz, era un ajente del señor Osbaldiston.

—Lo presumo, repuso Diana, y mucho dudo que viniera tan á propósito, á no haber encontrado á Rash- leigh en el patio del señor Inglewood.

—En ese caso, á vos es á quien únicamente debo dar las gracias, mi linda libertadora.

—También en esto caso he de merecer de vos que guardeis esas se- ñoras gracias para cuando se os pida que añadáis con gracia evidentemente, porque no tengo ganas que de me las deis; ó bien, si queréis, resguardadas para mí primer desvelo, y yo responde de su efecto. En una palabra, señor Frank, deseaba hallar ocasión de seros útil; me alegro infinito de que se me haya ofrecido, y no os pido mas que un favor en pago, y es que no se hable mas de ello.— ¿Mas quién es aquel hombre que viene hacia nosotros á galope tendido montado en una ja- quilla? ¡Ah! perdóname Dios, es el escribano, el honrado José Jobson.

—En efecto es el mismo señor Jobson, que venía á todo escape, y según vimos en breve, de muy mal humor; acercámonos, y detuvimos el caballo para hablarlos.

—Bravo, señor mio, me gusta miss Vernon... Si... ya veo lo que ha sido. Ha aceptado el encargo duro de mi amistad... Quisiera saber quien ha leído el testimonio. Si el se- ñor juez emplea muchas veces tal forma judicial, le aconsejo que busque otro escribano, porque á buen seguro que haré mi dimisión.

—Oh, no lagais tal, señor Jobson, repuso Diana; es excelente hombre que os tomará la palabra. ¿Mas cómo se encuentra el arrendador Rutledge? Sin duda le habéis hallado en estado de dictar sus testamento.

Esta pregunta pareció aumentar el rabioso resuello del cansado escribano, y miró á miss Vernon con tan- to resentimiento y despecho, que me dieron violentas tentaciones de aplicarle mi látigo á las espaldas; pude empero contenerme por dicha pen-
sando en la ninguna importancia de semejante individuo.

—El arrendador Rutledge, señor..., dijo el escribano a quien la indignación quitaba casi el uso de la palabra; el arrendador Rutledge está tan sano como vos, nunca ha estado enfermo, y ha sido una horrible burla que han querido jugarme.

—¿Es posible? repuso miss Vernon, afectando el mayor asombro.

—Sí, miss, continúe enriquecido el escrivanito, y ese bento de arrendador me ha llamado trapaceño... ¡Trapaceño, señora!... Y me ha dicho que no buscaba mas que sacar dinero; y no sé porqué me han de dirigir á mí está convenciones mas que á cualquiera otro de mi oficio, señora: á mí que soy escrivanito de la justicia de paz, en virtud de las leyes expedidas en el año treinta y tres del reino de Inglaterra, en el primero del de Guillermo.... del rey Guillermo, señor; de gloriosa y eterna memoria, de aquel gran monarca que salvaron de papistas y de prelados, etc., etc., de los calentadores de Escocia (1), miss Vernon.

—¿Triste cosa son esos calentadores! repuso la dama que se divertía en hacer rogar: mas lo que al menos debe consolarnos es que, según parece, es en este momento calentador, señor Johnson. Mucho me temo que Gaffer Rutledge os ha ya maltratado: ¿estás cierto de que no os dio?

—¡Darme! señora, repuso con viva voz; no, no, nadie del mundo me da á mí, os lo digo, señora.

—Eso será si no lo mercedes, señor mio; porque os tomas la licencia de hablar de un modo tan grosero á miss Vernon, le dije yo interrum- piéndole, que si no mudas de tono, puede que os castigue yo mismo.

—Castigarme vos á mí, señor mio!... ¿A mí, señor mio! ¿Sabéis con qué habláis?

—Sí, señor, lo sé muy bien; á no engañarle, dijisteis escrivanito de la justicia de paz; Gaffer Rutledge dice que soy castigado, y no vos en todo esto nada que os autorice á ser impolítico con una dama.

Miss Vernon me detuvo del brazo, y esclamó: —No, señor Frank, no sufriré que maltrates al señor Johnson: no me inspira bastante caridad para permitir que te toques tan solamente con la punta del lápiz. Por otra parte, habeis ya perdió su suficiente sensación, su llamándole descortés.

—Se me da un bledo de lo que dice miss, replicó al escribanito con tono algo más cómico; descortés no es mi palabra, puedo dar más fuerza á un prelado, á un papá y á un prelado o voz altamente injuriosa, y Gaffer Rutledge lo sabrá á su costa, él y cuantos la repitan desgraciadamente para turbar la paz pública y quitaros mi buena fama.

—¿Qué decís, señor Johnson? repuso Diana; y no sabe donde no hay maravedis, el mismo rey pierde sus derechos? Y por lo que toca á vuestra reputación, si á alguien se le autojuste quitársela, dejad hacer, que ha de adquirir gran cosa; por cierto que os felicito yo por vuestros libres de esta manera.

—Muy bien, señora... Buenas tardes, señora. Acordamos que por acá tenemos leyes contra los papistas; á buen seguro que si se ejecutase, seríamos mas dichosos. El estatuto triéntico tercero de Eduardo VI establecía castigos contra cualquiera que pese misas, graduelas, sermones, libros de misa y otros objetos prohibidos; también hay penas contra los

(1) De decir, de los portadillas vaciadas de los edificios, etc., indigno y basurero. Vulgarmente llamados calentadores de Escocia, á los escoceses, porque dice que en las casas en que habían de calentar la casa á un hacedor, se asistiéndole en ello, etc., etc. Fue la señora de la casa, todo el tiempo necesario para surtur la falta de calentadores, incluyendo descuidado en Escocia.

papistas que se nieguen á prestar juramento. Las hay además contra los que oyen misa sin leer el estatuto tríntico tercero de la reina Isabel, y el tercero del rey Jacobo. Cuálquiera católico ha de pagar doble catastro, hacerse registar...

—Véase la nueva edición de los estatutos, revistos, corregidos y aumentados por José Johnson, escrito de miss Vernon, señorita y papista, teneis que encamináros á vuestro domicilio, por la segunda mesa, suponen de quedada de vuestro habito, de vuestro voto, de vuestro rey y señor. Estás obligáis á pedir permiso para pasar los rios, y si no halláis barca, teneis que pasarlos de rodillas.

—Eso será, repuso miss Vernon, en clase de penitencia, protestante para purgar mis yerros de católica. Os agradezco el aviso, señor Johnson, y os digo que es el firme propósito de no salir de mis apuntes. Adiós, honrado Johnson, espejo de cortesía judicial.

—Buenas tardes, buenas tardes, señora, y no os chancééis con la ley. Y en esto continuamos nuestro camino.

—Miran como vuelan esos ajentes de desensiones y desgracias, dijo miss Vernon dirigiéndole la última ojada: ¿no es cosa cruel que las personas honradas y bien nacidas se vean es- puestas á las picardías de ese infame sopólo? Y porque porque nuestra creencia es la que prohíbe todo el mundo cien años atrás. Porque nuestra religión tiene al menos la ventaja de ser mas antigua.

—Dióronos terribles tentaciones de romperle la cabeza.

—Habíamos obrado muy de ijeor; sin embargo, á ser algo mas pesado de mi peso, puedo, y de lo descargara. ¡Ah! de tres cosas me lamento...

—¿Y cuáles son esas tres cosas, miss Vernon?

—Me prometeis compadecerme, si os las digo.

—¿Y lo dudais? os has de llamar esclava en su castigo, y experimentando un interés que no traté de ocultar.

—¡Bien! ved ahí las tres cosas de que me quejo, pues es grato, presenciando de todo lo demás, inspirar compasión. La primera es que vuestra morada y no hombre, porque pasaria en verdad por loca si hiciera la mitad de lo que me pasa por la cabeza; mientras que con vuestra feliz prudencia de hacer cuanto esto viene en gene, podría entregarme á mis caprichos, y aun escatrar la admisión.

—Sobre el particular no os compadeceré tanto como deseanos; porque es tan jeneral esa descuerta, que la sufre la mitad del jénero humano, mientras la otra mitad... 

—Está tan bien dotada, que envidía sus prerrogativas, y envidió miss Vernon, me olvidasteis de que soy parte interesada. ¡Clifton! añadió viéndose que iba yo á hablar: no dudo que esa suave sonrisa es el preludio de un bello cumplimiento que preparais sobre las ventajas que secan los amigos y parientes de Diana Vernon de que haya nacido uno de mis lotos; dispensos empacho del trabajo de pronunciario, mi querido primo, y vaemos si nos entenderemos mejor acerca del segundo punto de mi intimación contra la santa. Como dijo esa veí escritorno que acabáis de dejar, soy de una secta sombría y de una religión proscrita, y lejos de mostrarme mi devoción, porque adoro á Dios como le adoran mis antepasados, mi querido amigo el juez Inglewood puede enviarnos á la casa de corrección, y decirme lo que dijo el viejo Pembroke á la abadesa de Wilton cuando se apoderó de su convento.—Id á hablar, vieja comadre, id á hablar.

—Ese no es mal sin remedio, dije
gravemente: consultad con algunos de nuestros más sabios pastores, o consultad más bien con vuestra razón, miss Vernon, y verdí de los puntos en que se diferencia nuestra religión de aquella en que habéis sido educada.....

—¡Chiton! dijo miss Vernon poniéndose un dedo en la boca, ¡chiton! no me entiendes figuras de la maldad, ni yo la fe de mis padres...... ¿Me aconsejarás, si fuera hombre, que abandonara mis banderas, cuando se decrete contra ellas la guerra de los combates, por ir, cual vild cabra, á reunirme al enemigo triunfante?

—Alaba vuestra firmeza, miss Vernon, y por lo que mira á los inconvenientes á que os espone, todo lo que puedo decir es que las heridas que recibimos por no cometer una cobardía llevan su bálsamo consigo.

—Vamos, veo que no hay que esperar mucho para que os dé cuenta de que en la vida de los hombres inmortal. El capricho de un majistrado me enviará tal vez de un día á otro hálar cálamo ó lino, y mi misión esto con la más alta indiferencia!..... Yo me lamento de llevar cofia en encajes, en vez de sombrero y escarpa, y vos os reís en vez de tomar parte en el honor de vuestra libertad, y sobre otros mil puntos que fijarán necesariamente vuestra atención. Yo no tendré ánimo para responderos con la sutiliza y falsedad necesarias; viéreis fácilmente que os engañaba, creyéreisme falsa y disimulada, y perderás vuestra estima y la mia. Prefiero decirlo anticipadamente: No me preguntes nada, porque no me es posible responderos.

Miss Vernon pronunció estas palabras con un tono de penetración que no podía menos de causar en mí la impresión más hermosa. Aseguraba que no debía tener que la molestase con impertinentes preguntas, ni que tomase yo á mal el que se negase á responderme á las que me pareciesen razonables, ó al menos naturales. Estaba muy agradecido, añadió, al interés que en la habría visto tomar en mis negocios, para absolver de la ocasión que me crezie su bondad de penetrar los suyos: únicamente creía serme dado esperar que si mi servicio podían servirle de algo, no vacilaría en emplearlos.

—Os doy gracias, repuso ella, y creo que hablas con toda sinceridad: vuestra voz no tiene el metálico sonido que llenan cumplimientos; es la de una persona que sabe á lo que se obliga, si..... pero es imposible sin embargo, si se presenta ocasión, os preguntar si habéis echado en olvido esta promesa, y aunque la hayais olvidado, no por esto os quedaréis menos agradecida, porque basta que procedais al presente con sinceridad. Muchas circunstancias pueden cambiar vuestros sentimientos antes de que os ruego, puesto que llegue el caso, que socorrais á Diana como si fuerais su hermano.

—¡Aunque fuése su hermano, exclamé, no desearía con más ardor el servirla! Y ahora sin duda no debo preguntar si Rashleigh ha trabajado voluntariamente y por amistad en mi justicia?

—No á mí, pero pregúntatelo á él mismo; estado cierto de que os responderá n, porque cuantas veces pue- de apropiarse una buena acción, no deja de hacerlo.

—Tampoco se me podría probablemente pregunar si es Campbell quien robó la matea al señor Morris, ni si la carta que recibió el señor John- son, cuando nos hallábanos en casa del juez Inglewood, no era más que una astuta para apartarle del lugar del juicio, y impedir que se opusiese á mi libertad, ni si......

—¡A mí no me preguntes nada, dijo miss Vernon, y no os canséis en poner estos ó los otros límites. Pensad de mi tan favorablemente como si hubiese contestado á todas esas preguntas y á veinte más con aquel tono libre y despejado que con tanta facilidad toma Rashleigh, pero que á mí me habrían llamado. Escuchad: todas las veces que me ponga la mano en la barba, es señal de que no puedo explicarme en la materia que ocupa entonces vuestra atención. Ello es fuerza establecer señales de correspondencia entre nosotros; porque desde este momento vay á ser mi confi- dente y consejero, con la condición de por medio de que no sabréis nada mis negocios.

—Nada más razonable, repuso yo riendo; y conté con que la sagacidad de mis consejos corresponderá á la extensión de vuestra confianza.

Tal fué, poco más poco menos la conversación, que nos ocupó durante el camino, y llegamos á Osbaldiston-Hall en el momento en que la familia acababa de entregarse á su gastronómica barahuna.

—Que nos sirvan la comida en la biblioteca, dijo miss Vernon á un criado. Menester es que me apalee de vos, añadió volviéndose á mí, y que cuide de que no os murais de hambre en esta casa brutalmente hospedado- ra, que aparte de esto, no sé si deberían estar sus miembros mi retiro. La biblioteca es mi cueva favorita; es el único rincon de la casa donde está el abrigo de los orantos, mis primos, quienes nunca ponen los pies en ella, amoresos, á mí entender, de que les caigan encima los en folio y les rompa el cráneo, única impresión que pueden hacer en su cabeza. Seguidme.

Seguí por una larga revuelta en corredores y pasillos, de galerías y escaleras, y entré por último con ella en la biblioteca.

CAPITULO X.

La biblioteca de Osbaldiston-Hall era un oscuro aposento donde se dibujaban varios estantes viejos de roble bajo el enorme peso de los en folio, tan caros en el siglo diez y siete, y de los cuales podemos decir que hemos destilado la materia de nuestros cuatro y cuarto, en octavo, que, pasados otras veinte á veinte por el alambique, quedarán reducidos á dozavo y folletos, si nues-
tros hijos son aun mas frivoles que nosotros. Campean en ella principalmente los autores clásicos, libros de historia, y sobre todo de teología: estaba en gran manera desordenada. Los clerigos que habian llenado sucis- sivamente las funciones de capellan del alcázar, habian sido, durante muchos años, las únicas personas que entraron en la biblioteca, hasta que el amor de Rashleigh é la lectura le indujo a destruir la obra de los venerables insectos que habian tenido su tapices delante de los estantes. Como le destinabas para el estado eclesiástico, su conducta parecia menos absurda a su padre que si cual- quiera de los otros hijos manifestaba afición tan extraña: Sir Hilda- nderdon accedió gustoso a hacer algunos reparos en aquel aspecto, á fin de que fuera posible al menos habitarlo. Sin embargo reinaba todavía en el cierto aire de desorden y de vejez, siendo de notar que los tesoros del sabebeños aman de espacioso polo que el roba á la vista. Los tapices hechos jirones, los estantes y los libros carcomidos, las sillas desvencijadas, los atriés y las mesas estremeciéndose sobre su punto de apoyo, el sueño dulce de la chimenea desgastado por el orín, y rara vez animador al reposo; ella sin embargo para el llama de un fogot: todo indicaba el desprecio de los señores del castillo al saber y á los volúmenes que encierran sus tesoros. Os parecérá sin duda algo triste esta estancia, dijo mis Vernon viendo que echaba una mirada de sorpresa al adornarlo; ella es sin embargo para mi un pequeño paraíso, porque aquí estoy tranquila, y no temo que nadie venga á molestarme. Rashleigh fue su propietario conmigo cuando podia contarme en el número de sus amigos, si es que algunos tenga.

—Y no lo séis ya? pregunté naturalmente.

Al punto se puso el dedo en el hoyuelo encantador de su barba, dándome á conocer la indiscreción de mi pregunta.

—Aun somos alados, me respon- dió; y permanecémos unidos, como todos los poderes confederados, por circunstancias de mutuo interés: ténenos no obstante que el tratado de alianza no sobreviva, como suele suceder, á las amistosas disposiciones que lo produjeron. Como sea, no nos hallamos juntos tan á menudo como antes, y cuando él entra por esta puerta, sálgome yo por esta otra: así, viendo que de dos personas en esta estancia, por grande que parezca, sobraba la mitad, le hice meroce la jenerosidad de desprenderse de sus derechos en favor mio, y yo hago cuanto puedo por continuar los estudios en que me dirija él en otro tiempo.

—Y me será leíto preguntar cuáles sean esos estudios?

—¡Ah! podíamos hacerlo con libertad, sin que te faltara nada que levante por esta vez el dedo. La historia y la literatura me ocupan principalmente; pero estudio también la poesía y los autores clásicos.

—¿Los autores clásicos? Y los leíste en su original?

—Los leí en italiano: Rashleigh, que no curvó instrucción, me ha dado una tintura de las leyes antiguas y de las que se han generalizado á presente en Europa. Os aseguro que mi educación no ha sido enteramente desdichada, sin embargo de que no sepa costar una moned: ni bordar, ni en fin, como gusta decir de mí la mujer del vicario con tanta elegancia, gracia y cortesía como verdader, aunque no sepa hacer ninguna cosa útil en este miserable mundo.

—Y la elección del curso de estudios es vuestra, miss Vernon, ó de Rashleigh?

—Hun! dije como si vacilase en responder á mi pregunta: tan lijera pregunta no merece la pena de que levante el dedo. Así pues, os diré que por gusto y parte por consejo suyo, al tiempo que aprendía á montar un caballo, y aun á enseñarle en caso necesario, á saltar una barrera ó disparar un fusil sin menear las cejas, á adquirir en fin todos los conocimien- tos que poseen mis muy amables primos, placiéme, tras estos penosos ejercicios, leer los autores antiguos con Rashleigh, y acercarme al arbol de la razón, cuyos frutos siembran, vosotros los sabéis, cosas solas para desagraviarlo, á mi entender, de la parte que tuvo nuestra madre común en la gran transgresión original.

—¿Y estaba Rashleigh de culti- var vuestra afición al estudio?

—Sí, y con verdad puedo decir que era yo su alumna, pero como no podía enseñarme más que lo que él sabia, significa de esto que no aprendió la ciencia de lavar los encajes ó de repuglar los panuelos.

—Supongo que el placer de contar con semejante disciplina debió ser de mucho aprecio para el maestro.

—Oh! si es notable querer sonar, se dice que los motivos de Rashleigh, os preveo que levantará el dedo: uní- camente sobre cuanto me concierne, puedo responderos con franqueza. En resolución, Rashleigh me ha ce- dido el goce exclusivo de la biblioteca, y no entra jamás en ella sin haber pedido y obtenido licencia mia: así me he tomado la libertad de depositar en esta estancia algunos de los objetos que me pertenecen, y que veréis, si miráis á vuestra rededor.

—Perdonadme, miss Vernon, pe- ro miró á uno y otro lado sin ver nada, y probablemente pueda llamar- se vuestro.

—Así debe parecerse sin duda, que no veis cuadros de pastores y zagales, un papagayo relleno de pa- ja, ó una jaula llena de canarios, ó un cofrecillo con adornos de oro, ó una fina toalla, ó un clavecín, ó un laud de tres cuerdas, ó un perrito faldero; no poseo yo ninguno de estos ricos tesoros, añadió tomando aliento después de enumerar tan largo; mas ve la espada de mi antepasado, Sir Ricardo Vernon, muerto en Shrewsbury, y cruelmente calumniado por un tal Shakespere, á quien no faltaba talento, y que siendo pa- tiridario del duque de Lancaster y de sus allegados, ha desnaturalizado la historia en favor suyo. Cerca de ese temible espada está colgado en la cota de armas de otro Vernon, escudero del príncipe Negro, cuya espada ha sido muy diferente de la de Sir Ricard- 7. Mirad una grava que he inven- tado yo propia, y en la que lo hago la última mano á la del duque de Newcastle.—Ved el capítil y los cas- cabeles de mi halcon Cheviot, que arrojó sobre el pico de una garza real en Horsley-Moss.—Pobre Cheviot, no hay ningún halcon en la percha que no sea un milano despreciable, comparado con él; y ved aquí mi escopeta con una llave y un gatillo de nueve inversiones, que por fin varias cosas preciosas, y entre otras una que habla por sí misma.

—Y diciendo estas palabras, me enseñó un retrato, obra de Vandick, en el cual se veía escrito en letras góticas: Vernon semper vivet.

—Mirelo yo como pidiendo una es- plícita explicación.

—¡Luego no conoceis, me dijo con cierta sorpresa, nuestra divisa, la di- visa de Vernon que entraña dos con- ceptos (1): ?Tampoco nuestras ar- mas, las flautas? añadió señalandolo los emblemas escultos en el escu- do de madera que roda del cual se veía grabada la leyenda.

—¡Flautas! pensara que eran cli- mas.

—(c) A causa sin duda de los dos sentidos que ofrece esta división latina: Vernon semper vivet.

Vernon es siempre verde (o siempre fuerte).

Per non semper vivet.

No siempre es verde la primavera.

Es muy común en el latín el juego de vocablos.
flos de a cuatro; pero no interpretes mal mi ignorancia, añadiendo que se abochornaba; donoso en mí por cierto despreciar vuestras armas, cuando no conozco las mías propias.

—¡Yo! un Osbaldeston!... ¡y lo confiesas! esclamó: y bien, Percy, Thorncliff, John, Dick, el mismo Wilfred, pudiera ser nuestro vuestro: la ignorancia sabe más que vos.

En uno de estos avances, que recibió Miss Vernon los jeroglíficos del blasón son misterios tan ininteligibles para mí como los de las pirámides de Egipto.

—¡Cómo! ¿es posible? Mi tío, mi tío mismo, a quien causar horror toda suerte de libros, se hace leer algunas veces á Gwillim en las largas veladas del invierno... ¡No conozco las figuras del blasón! ¿en qué pensaba vuestra padre?

—En las combinaciones de la aritmética, de las cuales la mas sencilla le parece mas importante que todo el blasón de la caballería; pero si he sido en todo tiempo no he reconocido las armas, tengo por lo menos bastó gusto para admirar ese hermoso retrato en el cual trasluce con vos cierta semejanza de familia. ¡Qué soltura, qué dignidad en su actitud! ¡Qué riqueza de colores! ¡qué hermoso, de corazón profundo de corona y de luz!

—En realidad es hermoso el cuadro, añadió.

—He visto muchas obras de este famoso artista, respondí, y ninguna me ha agradado más que esta.

—Es que no soy yo mas conocedora en pintura que vos en blasón, replicó Miss Vernon; lástima sin embargo; a menudo se ve mirada, porque he admirado siempre el retrato sin conocer su mérito.

—Aunque se desconocía las faltas, los tumbos y todos los elementos de la caballería, sé al menos que estaban pintados en los estandartes que ondeaban antigüamente en los campos de la gloria. —Pero con

—El anciano de la guardia ha corrido con tanta rapidez hoy, le respondió yo, que me ha sido imposible contar sus pasos.

—Chiutón! dijo Miss Vernon; ya está aquí Rashleigh; y en esto hizo bajar su silla, que casi se rozaba con la mia, dejando buen espacio entre los dos.

Un golpe dado modestamente á la puerta, una delicada atencion en abrir con suavidad cuando se le rogó que entrase, un paso humilde á la que se acercaba, por feliz casualidad intervino el muchacho que había suscitado el ridículo asunto que había suscitado este Morris; y haciendo la injusticia de temer que no fuese bastante vivo mi reconocimiento para acordarme de este deber, ha movido al propio tiempo mi curiosidad, remitiéndome á vos para que me explicas el misterio á que parece que debía mi libertad.

—En verdad, respondió Rashleigh (echando penetrante ojeada á Diana), era que Miss Vernon me ha servido de intérprete; y fijándose entonces en mí sus ojos, quería, según vos, reconocer en la expresion de su fisonomía si lo que ella me comunicaba era tan limitado como yo decia. Mis Vernon respondió á su muda pregunta con mirada de desprecio, mientras que incierto yo sobre si debía rechazar sus sospechas ó ofenderme, respondí:—Si señor; señor Rashleigh, de dejarme en la ignorancia, debo someterme á ello; pero no me negues tuerte explicación bajo el pretexto de que la haya yo adivinado, porque en mi alma os juro que nada se me alcanza relativamente á los acontecimientos de que fuí testigo esta mañana; y cuanto he podido saber de Miss Vernon, es que trabajasteis vos vivamente en mi favor.

—Harto ha ponderado Miss Vernon mis humildes esfuerzos, replicó Rashleigh, aunque nada he percibido para seros útil. Volvi precipita-
damente al alcance a fin de empeñar a alguno de nuestra familia a salir teniendo lanza por vuestra persona, lo que me parecía el medio més eficaz de serviros, cuando encontré a Capn... Colville. Campbell, o como se llame, que poco nos importa su nombre. Sabía por Morris que este hombre se hallaba presente al efectuar el robo, y tuve la fortuna de decidirlo, no sin mucha dificultad, a hacer su deposición a fin de sacaros a todos de la embarazosa situación en que os hallabais.

—Quédoas en extremo agradecido por haber decidido a aquel hombre a dar testimonio en favor mío; pero sí, como dice, tu testigo del robo, no sé porque paso tantas dificultades en ir a denunciar a su verdadero autor, o al menos a disculpar a un inocente.

—Deberes serios sin duda desconociendo el carácter escocés, contestó Rashleigh, la discreción, la prudencia y la prevision son sus prendas descollantes, sin que las modifique mas que un mal entendido, pero ardiente patriotaismo, que forma el esqueleto del baluarte moral con que se fortalece el Escocés contra los asaltos del sublime principio de la filantropía. Superadas estos obstáculos, y halláis una vana aun más difícil de salvar: el amor a su provincia, a su villorrio, a sus hermanos, a su tribu. Venced esta segunda trincheras, y una tercera no atajada su estimación a su propia familia, a su padre, a su madre, a sus hijos, tías, tíos y primos hasta el noveno grado. Tales son los límites en que se esquella el efecto social del Escocés, sin que nunca los traspase: tales son los límites en que reconcentra los más laziguillos sentimientos de la naturaleza, sentimientos que se apoyan y consumen en medida que se acercan a los extremos del cielo donde están como encerrados. Y si lográséis vencer todas estas barreras, robustecidas más por la inclinación y el hábito, os detuviera una ciudadelas mas fuerte y elevada, que miro yo como inexpugnable: el egoísmo del Escocés.

—Todo eso es muy eloquente, y sobre todo meteórico a maravilla, Rashleigh, dijo miss Vernon, que no podía ya contener su impaciencia; únicamente dos objeciones puedo hacer a tan bella disertación; la primera es que es falsa, y que aun cuando no lo fue, ninguna relación tiene con el asunto de que tratamos.

—La descripción es exacta, entonadora Diana, opina Rashleigh, y lo que es más, tiene directa relación con el asunto. Es exacta, porque no es sino el resultado de profundas y reiteradas observaciones hechas sobre el carácter de un pueblo que puedo, y vos misma lo sabeis, conocer mejor que nadie; y tiene directa relación con el asunto, puesto que responde a la pregunta del Señor Frank, y demuestra porque ese circunscrito Escocés, considerando que nuestro paciente no es ni compatriota suyo, ni un Campbell, ni aun primo suyo en ninguno de los grados por los cuales distinguen su[juecales]; y parte de esto, no cumbriendo ninguna ventaja personal, sino al contrario que tenía que perder mucho tiempo, y tomarse mucho trabajo.

—Y con otros muchos inconvenientes, tan formidables sin duda como esos, interrumpió miss Vernon con cierta irónica recelada que encumbraba más su impaciencia.

—Sí, otros muchos mas, dijo Rashleigh con imperturbable serenidad. En una palabra, mi teoría demuestra que este hombre, no esperando prueba alguna, y tomando a priesa de sus disparates, como de dificultad a mis instancias, y se hizo mucho de rogar antes de consentir en ir a depor en favor del señor Frank.

—Incomprensible me parece, observó yo, que el señor Morris no dijera nunca al juez que Campbell se hallaba con él cuando le asaltaron los ladrones.

—Supongo que Campbell cómo le había hecho prometer solemnemente que no mentaría tal circunstancia, y zagag un poco que os dijo antes, adivinabas fácilmente los motivos que para ello tenía. Deseaba volverse al punto a su país, sin detenerse en procedimientos judiciales que le obligaran a seguir por otra parte, como los negocios de Campbell son muy extensos, y necesita a monadar pasos para cargar dinero ganado por nuestro condado, no quiere tener nada que ver con los buhonaditos del Northumberland, que son los mas venatorios del mundo.

—No dudaría en afirmarlo, dijo miss Vernon con un tono que indicaba algo mas que un mero aserto.

—Creouve, dije resumiendo la cuestión en la fuerza de las razones que hicieran desear á Campbell que guardase Morris silencio; pero no se me alcanza cómo obtuvo tanto influjo sobre este hombre para inducirle á callar tan importante circunstancia, con manifiesto riesgo de hacer sospechar a su vecino, en tanto el mismo se hallaba á descubrirse más tarde.

—Sospecho, mi lord, que Campbell sintió en esto un extrañamiento, y que había de ser una gran dificultad para obligarlo a declarar la verdad; pero en cambio, no estaba dispuesto a decir nada que pudiera perjudicar a su consejo, que estaba en el mismo estado de opinión que yo cuando las circunstancias fueron como las hicieron en su tiempo.

Si no he de admeter que Campbell no hubiera querido declarar, podría decir que no, pero se debe notar que el señor Campbell tiene traza marcial.

—Confieso que eché de ver en el cierto aire de sequedad y altivez que contrasta al parecer con su profesión. Ha servido en el ejército?

—Sí... no... no ha servido absolutamente, pero me parece que aprendió á manejar el mosquete, como todos sus compatriotas. Todos los Escoceses son soldados, y llevan armas desde su infancia hasta su muerte. Por poco que conozcan á nuestro compañero de viaje, juzgaréis fácilmente que, siendo á un país donde los habitantes se hacen justicia por sus manos, debía evitarse cuidadosamente el ofender á un Escocés. Pero vuelvo á mi argumento, y veo que en lo tocante á la botella no hay más que yo el nombre que llevamos. Si os place venir á mi sala, juzgaréis juntos á los cientos.

Levantándonos para despenderos de miss Vernon quien intercambiaba palabras con Rashleigh, nos hiciéron muchas veces violentas tentaciones de interrumpirnos; empero en el momento en que ellos se hallaban en la mano que había permanecido oculto.

—Señor Oshabston, me dijo, escuchad si gustáis en que las instrucciones de Rashleigh respecto á los asuntos de Campbell y Morris sean justas y fundadas. Mas lo que dice de los Escoceses es una atractiva impostura; calumnian indignamente á la Escocia, y os ruego que no deses crédito á su testimonio.

—Quiza se me hará difícil obedece-ros, miss Vernon; porque le de con-
Capítulo XI

El día siguiente era domingo, día en que parecía que la actividad de la pradera de Osakafield-Hall había cesado. Después de la celebración del oficio divino, en el cual no dejaba de asistir toda la familia, todos sus individuos, a excepción de Rashleigh y de Miss Vernon, parecían menos el demonio del festín. La relación del contrario en que me había enca-
trado la vispera divirtió a Sir Hildebrand durante algunos minutos, y felicitóme de no haber dormido en la torre de Morpeth, como me felicitara de no haberme roto una pierna al caer de caballo.

Todo ha pasado en bien, muchacho; pero otra vez no te arrises tanto. ¿Qué díablos ese hombre, con cuya formación me quebrantan las leyes de mi país.

—Está bien, está bien, muchacho, no se habla más del caso: nadie está obligado a acusarse a sí mismo. Pardiez, tú has de ser despertado; ¡qué va a hacer el diablo, si no hace otro tanto en tu lugar!

Rashleigh acudió en socorro mío, pero sus argumentos tendían más a aconsejar a su padre que finjase le persuadían mis protestas de inocencia que justificarme completamente.

—En vuestra casa, mi querido señor..., y siendo vuestro propio sobrino, Vamos, no ofendáis sus sentimientos, ni tengáis por hacerles enmiendas. No os impiden el apreciar los platos que os presentan.

El efecto del placer que embota nuestra penetración adormece nuestro juicio, que no saber qué compararle, si no en el gusto que nosotros damos a las aguídas, cestas que nos impiden el apreciar los platos que nos presentan.

Deben disiparlo, no había tenido aun en mi vida conversación más agradable ni más baladí. La elección de expresiones variadas aumentaba el prestigio de una voz para y melopeya: nunca hablaba con énfasis ni con jactancia, y jamás causaba la paciencia ni fatigaba la atención de los que escuchaban. Había visto yo á todos los que querían brillar en la sociedad acumulan pensamientos sus ideas, y, como aquellas habían nacido, no ofrecen nada mucho de estas y estas no le uersan luego con estrépito, introducir á sus oyentes con una ruda científica que se agota tanto más presto, cuanto es al principio más rápida y majestuosa. Pero las ideas de Rashleigh se sucedían nuna otra; él insinuaba en el alma del oyente, semejantes á aquellas ágrees, á susears y fuesca que, saliendo de embriaguez ininteligible, reguera la pradera siguiendo suave cuesta. Detenido á su lado por irresistible embriague, no puede resolverme á separarme de él, hasta después de media noche; y cuando me encontré en mi estancia, costeóme poco recordar el carácter de Rashleigh, tal como le había presentado antes de aquella conferencia.

Eso es, mi querido Tresham, es el placer que embota nuestra penetración y adormece nuestro juicio, que no sabe qué compararlo, sino en el gusto que damos a las aguídas, cestas que nos impiden el apreciar los platos que nos presentan.

—En vuestra casa, mi querido señor..., y siendo vuestro propio sobrino, vamos, no ofendáis sus sentimientos, ni tengáis en el gusto que damos a las aguídas, cestas que nos impiden el apreciar los platos que nos presentan.

Has conocido mejor el espíritu de los hombres que los principios de moral que...
Rob Roy.

Sir Hildebrand, quese endeuce contra el convencimiento, y que cree tan firmemente en sus inspiraciones, como nosotros los buenos católicos creemos en las del santo padre de Roma.

—No es por eso menos cruel para mí el vivir en casa de un hombre que persiste en reputarle sádico.

—La ridícula opinión de Sir Hildebrand, si me es dado calificar con empeñado epiteto la de un padre; su opinión, por falsa que sea, no perjudica á vuestra inocencia; y en cuanto al temor que os atormenta de que la idea de ese supuesto crímen os degrade á sus ojos, desechado enteramente, y que pudiera verdaderamente de que Sir Hildebrand miraba interiormente ese delito como acción meritoria, bajo su aspecto moral y político; á su modo de ver, eso es debilitar al enemigo, es despojar á los Amaelecas; y la sociedad que supone tomasteis en ello es causa de que os estime mucho mas.

—No deseo la estimación de nadie, señor Rashleigh, sí para adquirir la que perder la mía; y tan inmediatas sospechas me darán excelente razón para irme de Osborne-Hall, así que pueda escribir á mi padre sobre el asunto.

Era cosa rara que la fisonomía de Rashleigh desenciende sus sentimientos; sin embargo creí ver una ligera sonrisa en sus labios, mientras que afectaba despedir un profundo suspiro.

—¿Quán feliz soy, señor Frank! Úsalo, úsalo como os place; sois libre como el ambiente. Con vuestra habilidad, vuestras experiencias, hallaréis sociedades que sabrán apreciarlos mejor que los estúpidos habitantes de este alcázar, mientras que yo... en esto se detuvo.

—¿Qué hay pues en la suerte que os ha cabido, què hay que sea capaz de haceros envidiar la de uno que está desterrado de la casa y del corazón de su padre?

—Sí, respondió Rashleigh, pero considero todo el precio de la independencia que os ha proporcionado un sacrificio momentáneo; porque estoy cierto de que vuestro padre no tardará en restituiros su cariño; considerad la ventaja de obrar libremente, de seguir la amena carrera de la literatura; carrera que preferis justamente á todas las demás, y en la cual os aseguras vuestras lucros el más brillante porvenir. Con una residencia de algunas semanas en el norte, os afianzaris para siempre la celebridad y la independencia: este sacrificio es muy leve en cotejo de las ventajas que os proporciona, aunque en lo principal vuestro destierro Osborne-Hall. Nuestro Ovidio desterrado es Tracia, no tengo sus razones para escribir Tristes.

—¿Cómo cabe, dijo yo con el modesto rúbrica de un autor joven, que sepais vos...?

—No hemos tenido aquí, algunos días antes de tu llegada, á un emisario de vuestro padre, un factor joven llamado Twineall, quien me dijo que vos os consagrabais á las musas, añadiendo que muchas de vuestras poesías habían excitado el pasmo de mis más incultos escritores.

Tresman, vos quizás no os hubiera entretenido hasta el último de mis riñones, pero habréis conocido á no pocos aprendices de Apolo: la vanidad es su lado más mismo, desde el poeta que sopla la trompeta hasta el miserable versista que se limita á la charumbela; desde el poeta que embelleció el florestal de Twinneham hasta el último de los rimadores á quien acaeció con el látigo de su sátira la Dunciada. —Tenía yo mis tautico de ella, como cualquiera otro, y sin detenerme á considerar que era poco probable que Twineall tuviese noticias de dos ó tres poesías cortas que había embocado fortuitamente en un periódico, con el velo del anónimo, caí en el anzuelo, y contemplo Rashleigh viendo que podía sacar gran partido de mi amor propio, licuando aún mas, rociándome con las mayores instancias que le permitiera ver algunas de mis producciones mas escritas.

—Es preciso que me concedáis una velada, añadió, porque me ha intriga el cercaros de la sociedad literaria por las serviles tareas del comercio y los fastidiosos placeres del mundo. Mi padre exige de mí un cruel sacrificio, luciendome abandonar, en ventaja de mi familia, la sospechada y apacible profesión á que me destinará.

Era yo vano, mas no enteramente necio, y esta lúpocesía era sobrado clara para que se me escapase: —Nunca me persuadiría, le respondí, que orillais con sentimiento la perspectiva de un pobre clérigo, obligado á imponerme mil privaciones, por ir á vivir en la opulencia y gozar de los atractivos de la sociedad.

Eso se lo dijo á mi padre que había fin- jido demasiado desinteresado y después de un minuto de silencio, que supongo emplearía en calcular el grado de ironía con que era necesario usar convolución (porque no prodigaba el nunca está virtud sin grán motivo), respondí al sorprendido —Verse cambiando mi estatuto, como decís, á vivir en el mundo y en la opulencia, es verdad que no es perspectiva muy triste; pero permitidme que os diga que vos despreciais la suerte que me estaba reservada. Había yo sido clerigo, pero no pobre y obscuro: no, señor mio, Rashleigh Osborne, no se confunde mi estatuto, aunque llegue á ser el comerciante más rico de Londres, que hubiera podido serlo como miembro de una Iglesia cuyos ministros, como dice un autor, caminan al par de los reyes. Mi familia goza del favor de cierta corte desterrada, y el influjo que posee esta corte en Roma es un mucho mayor. Mis conocimientos no son inferiores á la educación que he recibido; no prometan, caballero, poder aspirar á una dignidad eminente en la Iglesia, y con alguna ilusión y amor propio, pudiera decir á la más elevada. Y porque añadió riéndose, pues su mayor arte consistía en distraer la atención con un chiste cuando tenía haber causado alguna impresión poco favorable, porque el cardenal Osbaldis- ton, de familia antigua y noble, no disponía tal vez de la suerte de los imperios, como un Mazarino, nacido de padres oscuros y vulgares, y como un Albemon, hijo de un jardinero italiano.

—En verdad qué pudiera ser así; pero yo en lugar de vuestro renuncia gustoso á la arriesgada esperanza de encumbramiento tan precario como esperaba á la cumbia.

—También lo hiciera yo, replicó, sí fuera más cierto la carrera en que voy á entrar; pero mis ventajas son más que las vuestro. En primer lugar, las disposiciones de vuestro padre respecto á mí, como no conozco su carácter, me es imposible...

—Confiesa la verdad, Rashleigh; vos quisierais que os lo pintara, è no es así?

—Ya que como Diana Vernon, recorrerá á mi sinceridad, os responderé francamente: sí.

—Está bien; hallaréis en mi padre un hombre que entró en el comercio no tanto con deseos de enriquecerse como porque esta carrera le presentaba la ocasión de desvelar vuestra inteligencia; y si la acumuló lados, ha sido porque, educado en la escuela de la soledad y de la tranquilidad, no se han aumentado sus gastos con su caudal. Es hombre que aborrece el disimulo en los demás, no lo emplea nunca él, y sabe descubrir la verdad, por denso que sea el velo con que quieran cubrirla. Silencioso por hábito, no le gustan
Los muy habladores, sobre todo si no se habla de su materia predilecta. Es rigido en cumplir los deberes de su religión; pero no teme que os inco- modo porque la vuestra sea diferente, pues mira la tolerancia como un prín- cipio sagrado de economía política. No obstante, si sois del número de los partidarios del rey Jacobo, como presuño naturalmente en vista de vuestra religión, haréis bien en ocul- tarlo, por lo menos que no os desteste a todos. Esclavo de su palabra, no sufre que nadie falle a ella; cumple escrupulo- samente sus deberes, y quiere que todos sigan su ejemplo: para gran- jearse su voluntad no es menester aprobar sus órdenes, sino ejecutarlas. Su lado más flaco es su predilec- ción exclusiva á su estado, pasión que le impide encomiar nada que no tenga alguna relación con el comercio.

—¡Admirable retrato! exclamó Rashleigh; Van dyck, mi querido Frank, no era más que un embusté- rador comparado con vos. Veo á vue- tro soberano con sus vistosidades y flaquezas, amando y honrando al rey como á una especie de lord-cor- rejedor y jefe de negocios; venerando la cámara de los Comunes por las leyes que adopta sobre la espor- tación, y respetando á los pares por- que se sienta el lord-canciller (1) en- cima de un saco de lana.

—Yo bie heis retrato, Rashleigh, y vos hacéis una caricatura. Mas si os ha descrito el mapa del país que os importaba conocer, espero que me dareis en pago algunas luces sobre la geografía de las tierras desconoci- das...

—En que os hallo, me inter- rumpió Rashleigh: en verdad que es inútil; esto no es la isla de Calipso, plantada de floridos tilos, y ofrecien- do todo el año la imagen de una eter- na primavera; sino una especie de
desierto del norte, tan ajeno de escri- tar la curiosidad como de halagar la vista, y el cual conocéis en toda su desolación de media hora, como si os hiciera la más minuciosa descripción.

—Peréceme sin embargo que al- guña cosa hay en él que merece fijar la atención. ¿Qué me decís de miss Vernon? ¿No forma interesante con- traste con el resto del cuadro?

Fácilmente crombó que Rash- leigh quisiera dispensarse de responderme; pero las noticias que me ha- bía pedido me daban derecho para hacerle preguntas á mi vez. No lo igno- roba Rashleigh; y obligado á seguir la senda que acababa de abrirse, pro- curó el menos audar por ella del me- jor modo posible.—Al presente tengo menos ocasiones para estudiar el ca- rácter de miss Vernon de las que te- nía en otro tiempo, me dijo: cuando mas joven, era su maestro; pero al rayar en aquella edad en que co- mienza nueva carrera para su débil sexo, mis diferentes ocupaciones, la gravedad del discurso, el ocio con- nacentan, la naturaleza particular de sus obligaciones, en una palabra, nuestra mutua posición daba á tan constante intimidad un viso peligro- so. Mucho me temo que miss Vernon haya mirado mi reserva como prueba de inadecuación, mas era para mí un padre que no podía dar oídos á la voz de la prudencia, y los pesares que sentía ella tal vez, á penas igual- larían á los mios. Pero cómo había de continuar viviendo en la mayor familiaridad con una joven encanta- dora y sensible que ha de entrar, como sabeis, en un claustro, ó aceptar la persona, que le está desti- nada?

—El claustro, ó el esposo que le está destinado! exclamó yo: ¿se ha- lla reducida miss Vernon á semejante alternativa?

—Ah sí, dijo Rashleigh abogan- do un suspiro: sin duda no necesito

preventos contra el peligro de cul- tivar demasiado la amistad de miss Vernon; conocéis el mundo, y sabeis hasta qué punto os podeis entregar al encanto de su compañía sin con- prometer vuestro sosiego. Pero debía advertiros que celeste sus sentimien- tos con tanto cuidado como los vues- tos: sé por experiencia que miss Vernon es de índole ardentemente sen- sible, y vos mismos visteis ayer hasta donde llegan su irreligion y despre- cio á las atenciones que debemos guardar.

Por mas que pudiera haber alguna verdad en lo que decía, y que no te- nía yo derecho para interpretar mal los consejos que me daba bajo el ve- lo de la amistad, sentía en mi interio- r que me alegrara de batirme con d.

—¡Insolente! ¿qué arrogancia en el habla! acaso querías persuadirme que miss Vernon se había prendido de su feisima estampa, y dejándose hasta el punto de necesitar la reserva y cir- cunspección de un Rashleigh para con- tinuarse no obstante, y remedando por- un instante su hipocresía, lamenté- me con él de que una persona ajua- ciada y el mérito de miss Vernon tuviera una conducta tan inconve- niente como decía.

—Inconveniente no, dijo Rash- leigh, sino tan fuertes, que dejamos algunas veces en inconsciente: y por lo demás, creedme, posee esce- lente corazón. Hablando francamen- te, sí persiste en su aversion al claus- tro y al marido que le destinan, y me es Plutar bastante propósito para ase- guraros honrada independencia, tal vez renueve entonces nuestras anti- guas relaciones, y ofrecerá á Diana la mitad de mi fortuna.

—Con su sonora voz y elegantes periodos, dije para mí, el tal Rash- leigh es el futuo mas feo y rematado que he visto en mi vida.

—Aunque no gustaría tampoco, añadió Rashleigh, como habiéndose á mismo, de suplantár á Thorncliff.

—¡Suplantar á Thorncliff! exclamó con la mayor sorpresa; ¿acaso es vuestro hermano Thorncliff el marido que destina á Diana Vernon?

—Ciertamente: por orden de su padre, y á consecuencia de cierto pacto de familia, ha de casarse con uno de los hijos de Sir Hildebrand. La corte de Roma ha concedido á Diana Vernon dispensa para anularse con su primo.... Os habréis enterado del nombre de bautismo está en blanco, por manera que no faltaba mas que ele- girle el feliz mortal cuyo nombre ha de llenar el claro. Así pues, como Percy, que no piensa mas que en be- her, no parecía marido muy confor- me, mi padre eligió á Thorncliff, y á este segundo vástago de la familia ha confiado el cuidado de no dejar extinguir la estirpe de los Osbaldis- tons.

—La muchacha, dije yo esforzá- dome por tomar un aire de chanza que me sentaba muy mal, á mi en- tender, hubiese podido elegir algo mas abajo en el árbol de la familia, la rama á que deseaba unirse.

—Lo difícil, repuso él, en ra- zon de que no hay mucho que escoger en nuestra familia. Dick es bestial, John un bruto, y Wilfred un asno; con que me parece que mi hermano escoger mejor para la pobre Diana.

—Excusando por supuesto las personas presentes.

—¡Oh! el estado eclesiástico al que me habían destinado, no me permitía ponerme en las filas; por lo de- más no negare que, habiendo recibido al menos una buena educación, pudiera elejarme Sir Hildebrando con preferencia á mis demás hermanos.

—¿Y sin duda la niña también, eh?

—No hay que suponerlo, res- pondió Rashleigh, deseando esto idea con una afectación que la con-
firmaba aun mas; la amistad, la amistad toda había estrechado los lazos que nos unían: el tierno afecto de una alma sensible para con su preceptor: el amor no se acercó a nosotros, ó por lo menos no entró en nuestros corazones, porque ya os dije que fríe prudente con tiempo.

No me hablaba muy dispuesto a seguir la conversación; y valiéndome de un pretexto para desembarazarme de Rashleigh, retiréme á mi estancia, donde me paseaba á largos pasos, re-pitiendo en alta voz las expresiones que mas me habían picado: ¡sensible!... ardentemente!... tierno afecto!... amor!... ¿Diana Vernon, la persona mas encantadora que haya visto jamás, prendada de ese Rashleigh, abrigo de felicidad, á quien no falta mas que una joroba para ser tan horrible como Ricardo III!... Y sin embargo, las ocasio-

iones que tenía para hablarela durante sus ausencias, leí las malas noticias, la seduc-

ción de su lenguaje, su condición, su destrucción... la necesidad y utilidad de sus buenas manos que le dejaba el campo libre... la admiración por mis Vernon por sus conocimientos, aun-

que parecía en gran manera irritada contra él; ¿sí duda á causa de la frialdad del preceptor! ¿Y qué me importa todo esto? ¿porque me ator-

mento y me enveneno? ¿Acaso es Diana Vernon la primera de su sexo que haya amado y se haya casado con un hombre fio? y aun cuando fuera libre, aun cuando su mano no estuviera ya prometida; ¿qué se me da á mí tampoco? Fuera locura pensar tal solamente en enlazar mi suerte con la de ese dragon con gar-

dappas.

Tales reflexiones, lejos de calmar el fuego que me devoraba, no hicier-

ron mas que azotarle, y cuando hubo de bajar á conve, llevé á la mesa todo mi mal humor.

CAPITULO XII.

Os he dicho, mi querido Tresham, lo que ya sabía, que mi principal defecto era un infatigable orgullo que me ensañía á menudo á cruces mortificantes. Nunca había podido que me amase á mis Vernon; no obsta-

ente, apenas me hablaba Rashleigh de ella como de una mujer capricho-

sa que él podía tomar ó dejar á su antojo, cuando todos los pasos que había dado esta pobre doncella, en la inocencia de su corazón, para tratar conmigo, me parecieron efecto de la vejez mas insul-

ante.—¿Y sin duda quisieras asegurarte de mí para el caso de que el Señor Rash-

leigh Osbaldeston la desee! pero yo le haré que no sea hombre que me deje embargar... que conozco sus artifícios, y los desprecio.

No reflexioné que esta indignación, tan ridícula como impertinente, probablemente el indefinido las atractivas de mis Vernon, y me sentí á la mesa, muy irritado contra ella y contra todas las hijas de Eva.

Sorprendido mis Vernon de oirme responder secamente á las agudezas que le guardaba, me quité de mi habitación que soltaba de contínuo contra sus caros primos con su libertad acostumbrada; pero no sospe-

chando que mi intención fuere ofen-

dirla, contentéme con burlarse de mis grosseras respuestas con réplicas casi senegantes á ellas, aunque mas finas, mas cortadas, y al mismo tiempo mas picantes. Por fin conocía que estaba realmente de mal humor, y ved aquí la respuesta que dió á mis araucanas:—Dicen, Señor Francisco, que se puede sacar algo de bueno hasta de los discursos de un necio; o el otro dia al príncipe Wifredo que rehusaba jugar mas al polo con el príncipe John, porque se habia este encolerizado, y daba mas fuerza de lo que permiten las reglas del juego. No es justo, de-

cía el honrado Wifredo, que reciba yo palos fuertes, mientras que los que doy son únicamente para entre-

tenernos. ¡Calma la moral de esta

historieta, Frank! —Nunca he tenido necesidad, señora, de estraer la menor dosis de juicio que puedan tener las personas de esta familia. —¡Necesidad! y señora!.. Me admiraís, señora Osbaldeston. —Lo siento, señora. —¿Que nuevo capricho es ese? ¡Habla seriamente, ó toma ese ten-

ado para hacer mas apreciable vues-

tro buen humor? —Tienes derecho á la atención de tantos señores en esta familia, mis Vernon. que no es cosa digna de vos el preguntar la causa de mi nulidad y de mi grosería.

¿—Cómo? ¿juego habéis abandono-

ado mi partido pasándolo el ene-

migo? En esto echó una mirada á Rash-

leigh, que se había colocado en frente de ella; y viendo que nos obser-

vaba con malicia sonrisa, añadió:—Harta verdad será; Rashleigh triunfó de haberme arrebatado otro amigo. Gracias al cielo, y mercad al esta-

do de ahora que no me ha lla-

mado siempre que me ha ensañado á sufrir sin quejarme, no me ofendo fácilmente. A fin de que no arrengue alguna disputa, me retiro me pres-

to de lo ordinario, y deseo que aven-

te el mal humor en cuanto os le-

vanteis de la mesa.

Dichas estas palabras, desapare-

ció.

Apenas hubo partido, me aver-


gonzé de mi conducta. Había dese-

chado ásperamente los testimonios de su benevolencia, y llegado casi á injuriar al ser encantador que no me hiciese esperar su reputación por servirme, y á quien su solo sexo debería poner al abrigo de mi bravulencia. Para combatir ó desvanecer tan penosas reflexiones, llené maquinalmente el vaso todas las veces que pasaba por delante de mí la botella. Acostrumbraoj á la templanza, no tardé en sentir, en el estado en que

me hallaba ya, los funestos efectos del vino. Los bebedores de profesión, que se han como embriagues con el frecuente uso de los licores fue-


tes, pueden entregarse sin temor á tales escesos, que no hacen mas que turbarse un poco la cabeza, muy débil ya antes de beber; pero los hombres que no han hecho un hábito de este esotropico vicio, que nos humilla á la par de los brutos, experimentan en un instante su total influencia. Mi cabeza se exaltó en breve de un modo estravagante; habiaba sin cesar; discutía lo que no sabía; contaba historias de que hilo perdía, y luego reía yo mismo á car-


cajada suelta de mi falta de memoria. Aceptaba apuestas á hilo; desa-

flaba á la lucha al gigante John, aun-

que era uno de los primeros habla-

dores de la comarca, y yo un apren-

diz en este ejercicio.

Mi tío tuvo la bondad de precaver el resultado de mi loco embriaguez, que acabara á mi entender por rom-

perme el pesaukee. Ha llegado á decir la malignidad que entonces una caución bálica; pero como no me acerqué, y como creo que en mi vida he probado á formar un sonido, me fijósegui de que era infamada tal calumnia; bastante locuras hace durante mi embriaguez, y no hay para qué anar una vez que no perpeuento. Sin perder enteramente el uso de la voz, perdí todo co-

medimiento, y la impetuos pasión que me ajitaba se manifestó con los mas rudios arrebatos. Me había sen-

tado á la mesa triste, descontento, y decide dió á guardar silencio, y el vino me puso hablador, pendenciero y ca-

lífico: disputaba con todos, contra-

decía cuanto decían, y sin respeto al decoro, atacaba, en la misma mesa de mi tío, sus sentimientos políticos y su religión. La moderación que afectaba Rashleigh, sin duda para aumentar mi frenético foro, me en-

cendió mil veces mas que los gritos.
y denuestos de sus hermanos. Debo decir, en honor de mi tío, que hizo no pocos esfuerzos para apaciguarlos; pero desconocíose su autoridad en medio de la crisis que se acuñaba por momentos. Por último mi cólera desconoció todo límite, y furioso por alguna injuriosa insinuación, real o supuesta, me arrojé de mi sitio, corri a Rashleigh, y le di un bofetón. El filósofo más estoico no recibiría tal insulto con mas serenidad y paciencia; contentóse con echarme una mirada de desprecio, pero Thorncliff no fue tan moderado, y viendo que su hermano no se disponía a pedir satiscaición del ultraje, gritó que quería luchar con mi sangre la mancha hecha a su honor. Descubriamos en las estancias, y apenas nos habíamos atacado uno al otro, nos separaron los otros hermanos. No olvidaré nunca la infernal idea que encogió las facciones de Rashleigh cuando me arrojaron por fuerza dos de aquellos jéfeses tanres; encerróme en su sala, atormentaron la puerta con gruesas barras de hierro, y los oí con inexplicable rabia, veí a las cañadas al bajar la escalera. Probé en mi furor a romper la puerta, pero la precaución de habían tomado hizo inútiles todos mis esfuerzos. Por fin me eché en la cama, y me dormí revolviendo proyectos terribles de venganza.

Mas el tardío arrepentimiento llegó con el día, conocí con amargura la violencia y lo absurdo de mi conducta, y tuve que reconocer que el viendo me había hecho inferior á Wilfred Osbaldeston, á quien tan profundamente despreciaba. No templaba tan cruel reflexión la idea de haber de disculparme de mi intempestiva cólera, y esto en presencia de mis hermanas. Las reprensiones que tenía que hacerme por la conducta poco generosa que había observado con ella durante la comida, y respecto de lo cual no podía alegar ni aun la miserable escusa de la embriaguez, anulaban la amargura de tales consideraciones. Abrumado con el peso de mi vergüenza y de mi humillación, bajé á la sala de comer, como un reo que va á oír pronunciarse su sentencia. Una fuerte helada imposibilitaba la caza, y tuve la mortificación de hallar ya toda la familia reunida al rededor de un enorme jamon, á excepción de Rashleigh y mis hermanas. Estaba la alegria cuando entré, y no creía que fueran yo el objeto de la risa: en efecto, lo que era para mí materia de pena y sentimiento parecía á los ojos de mi tío y de la mayor parte de mí primos un rasgo de alegría muy divertida. Sir Hildebrando, aunque burlándose de mis heroicas lágrimas, juró que á mi edad valía más embarriarse dos ó tres veces al día, que no ir á acostarse en seco como un presbítero. Y para apoyar esta consoladora reflexión, llenó un descomunal vaso de aguardiente, exhortándose á tragarse el pelo de la bestia que me había enmendado.

—Déjalos que se rían, sobrino; añadiendo mis hermanas, pusieron de su risa; eran verdaderas sopas de leche, como tú, sí, yo no les hubiese enseñado á apurar las bodegas.

Apesar de todas sus ridiculeces, mis primos no tenían en jeneral mal corazón; vieron que sus burlas me mortificaban; y se esforzaron, por que con su torpeza ordinaria, en disipar la penosa impresión que habían producido en mí. Solo Thorncliff permanecía á parte, y parecía taciturno y pensativo: éste joven me había mostrado siempre cierto despego, y nunca me habría manifestado aquellas atenciones lisonjas, pero he notado que recibiera algunas veces de sus hermanos. Si era verdad, lo que principiaba á dudar, que le destinaban para casa de mis hermanas, quizás le había puesto en cuidado la predilección que yo mostraba al no parecer esta muchacha, y teniendo que llegar, á ser un rival peligrosos, debió de concebir zelo y cobrarle ajetes.

Entró por fin Rashleigh, con aire ceñudo y meditabundo: un no sé qué lóbrego y opaco esparció en su fisonomía probaba que no había olvidado el deshonor le había hecho. Había pensado ya en la conducta que debía guardar en tal ocasión, y habiendo logrado moderarse, creía que el verdadero honor no consistía en batirme para probar que tenia razón, cuando era demasiado evidente que había procedido mal, sino en escusarme noblemente de una injuria tan desproporcionada á todas las provocationes que pudiera alegar.

Ahi pues al encuentro á Rashleigh, y le manifesté lo mucho que sentía la violencia de que me había dejado llevar la víspera.

—Nada en el mundo, dijo, fuera capaz de arrancarme una sola palabra de disculpa; nada mas que la voz de mi conciencia que me asea mi conducta. Espero que mi primo aceptará la sinceraz seguridad de mi sentimiento, y tendrá á bien considerar que mis faltas provenían en gran parte de la escasa hospitalidad de Osbaldeston-Hall.

—Será amigo tuyo, muchacho, esclamó el bueno de Sir Hildebrando en la sinceridad de su corazón; será amigo tuyo, ó diviende el diablo si te llamo mas hijo mío. Rashleigh, porqué te has quedado ahí plantado como un tronco? Lo siento: vaya, por todos los diablos, que es cuanto pude de hacer un hidalgo, si has estado alguna desman de beber algo traguillo; yo lo servido, y creo que algo se me ha de alcanzar en negocios de honor. No se habrá mas de ello, se iremos todos juntos á caer el tejo en Birkenwood-Bank.

El semblante de Rashleigh, como he dicho ya, tenía un carácter particular.
así por encima, pero distinguiéndome de nada. — Una querella, y no otra cosa. Así, mi querido primo, añadi la apremiante y ansiosamente al mismo, imaginad la grata sorpresa que me cabe al ver que recibía disculpas en vez de tener que darlas. No hablemos más de esto; sería muy loco en querer examinar minuciosamente una cuenta cuyo saldo, que podría estar contra mi, se halla tan inoportunamente á mi favor. Estás viendo, señor Frank, que tengo ya el lenguaje de Lombard-Street, y que me preparo á llenar dignamente mi nueva profesión.

Iba á responder, y levantaba los ojos que la vergüenza me había hecho huir, cuando encontró los de mis Vernon, que, habiendo entrado silenciosamente durante la conversación, la había estado escuchando. Aturdido, confuso, incliné la cabeza sin decir una sola palabra, y fuí á tomar tristemente el lugar del lado de mis primos, á quienes no había estado ocupando exclusivamente el desayuno.

Mi tío no desperdició esta ocasión de darme, así como á Rashleigh, una lección moral, y nos aconsejó seriamente que nos corriésemos de nuestros ridículos hábitos de sopa de leche. Se expresó, que acostumbrábamos á á los efectos del vino, á fin de evitar las disputas y los golpes, y que principiásemos por apurar regularmente un azúcar de porto; lo que con la ayuda de la cervecita de marzo y algunos vasos de aguardiente, bastaba para novios en el arte de beber. Para alentar connos aseguró que había conocido muchos hombres que llegaran á nuestra edad sin haber bebido jamás tres vasos de vino, y que sin embargo, juntándose con buena compañía, y siguiendo los buenos ejemplos, habían llegado á adquirir brillante reputación en este jénero, pues separaban tranquilamente sus seis botellas sin perder la razon, y sin hallarse locamente á la mañana siguiente.

A pesar de la sabiduría de este consejo y de la brillante perspectiva que me hacía vislumbrar, lo utilicé muy poco, y aunque parecía escuchar á mi tío, me atendía en otra parte. Cuantas veces me arriesgaba á volverse los ojos al lado de mis Vernon, observaba que sus miradas estaban fijas en mí, y leía en un disfrazada la expresión de la compasión, y al mismo tiempo del disgusto. Buscaba modo de entrar en explicación con ella, y darle mis disculpas, cuando me dió á entender que estaba determinado á ahorrarren el trabajo de solicitar una entrevista: — Primo Frank, dijo ella, hablándome con el mismo título que solía dar á los otros Osbaldestons, aunque hablando propiamente no fuese prima mia; me ha presentado una dificultad esta mañana en un pasaje de la Divina Comedia del Dante: ¿ tendrá la bondad la hermana de la biblioteca para explicármelo? Cuando me hays de descubierto el sentido del oscuro Florentino, os juntaréis con esos señores, y veréis si no es igualmente feliz en descubrir la guardia del techo.

Responsable de que estuviera dispuesto á seguir el asunto, y Rashleigh me acompañó. — Soy mis apto, nos dijo, para buscar el sentido del Dante al través de las metáforas y de la oscuridad de su estilo, que para echar á un pobre anacoretta de su madriguera.

—Perdonad, Rashleigh, dijo mis Vernon; mas como ya vais á ocupar el lugar del señor Frank en la casa de banco de Londres, debéis echarle la educación de vuestra alumna en Osbaldeston-Hall. Sin embargo os llamaré si es necesario; con que no os pongáis tan serio: por otra parte es una vergüenza que no conozcais mejor la caza. ¿Qué haréis si os pregunta vuestro tío cómo cazais el techo?

—¡Ah! Diana, es mucha verdad, dijo Sir Hildebrand despidiendo un suspiro: si Rashleigh hubiera querido adquirir, como sus hermanos, los conocimientos útiles, parecería que en buena escuela se hallaba; pero las gramáticas francesas, los libros los hanaherianos, los han trastornado todo en la antigua Inglatera. Vamos, Rashie (t), vamos, vente con nosotros, y lleva me venabo tan inoportunamente á mi ahora, y no quiero que contradigan á mi Diana; no quiero que se diga que no habla mas que una mujer en Osbaldeston-Hall, y que murió por no hacer su voluntad.

Rashleigh obedeció á su padre, y le siguió despues de decir á media voz á Diana: — Supongo que será discreción no olvidar hoy que me acompañe la cortesana ceremonia, y tomar á la puerta de la biblioteca antes de entrar.

—No soy, Rashleigh, dijo mis Vernon, dejado el falso atavío llamado Dante, en el cual me halo medio mas seguro para que consiga libre entrada en nuestras célebres conferencias.

Dichas estas palabras, tomó el camino de la biblioteca, y yo la seguía iba á decir, como un reo á quien llevan al cadalso; pero me parecía que había estado ya que recorrió un ó dos veces, y así la suprimo; digo pues, sin comparación, que la seguí temblando, y con una turbación que diera cuanto hay en el mundo por poder vencer. Muy inoportuna debió de parecerme en tal ocasión; porque había respirado bastante tiempo el aire del consiente para saber que la ligereza, el galanteo y la solucion son las tres prendas necesarias que deben distinguir al feliz mortal á quien honra con una conferencia particular una doblece hermosa.

Mas por esta vez pudieron mas mis sentimientos ingleses que mi educación francesa; y creo que hice triste figura, cuando, sentándome majestuosamente mis Vernon en el sitio de la biblioteca, como un jueyc que va al oir importante causa, me hizo señol de que tomase una silla frontal á ella, lo cual ejecuté, temiendo como el pobre diablo que se ve en el balcón del patibulo; y principió ella la conversación con amarga ironía.

CAPÍTULO XIII.

—En verdad, señor Frank Osbal dost, dijo mis Vernon con el aire de una persona que creía haber adquirido el privilegio de chascarse, en verdad que no habéis vencido á todos. No creyera que fueses tan digno de vuestra noble familia, y la joranda de ayer os ha cubierto de globo: habéis dado pruebas de que mereceis entrar en la distinguida corporación de Osbaldeston-Hall: son irrecesables, y vuestro ensayo ha sido un golpe maestro.

—Conozco mis faltas, miss Vernon, y cuanto puedo decir para justificar mi impertinencia, es que habié en recibido noticias que ajetaron mi ánimo: no niego que me porté del modo mas absurdo y descortés.

—¿Cómo es eso? repuso el inflexible juez; no os hacía justicia. Por lo que he visto y lo que os despues, habéis manifestado en una sola tarde todas las prendas por las que en vuestras primeras: la dulzura y la urbanidad de Rashleigh, la serenidad de Thornclif, la templanza de Percy, la paciencia de John, el arte de las apuestas de Dickon; y sobre todo lo mas admirable, es haber escogido el tiempo, el lugar y las circunstancias para mostrar tan raros dotes, con una sagacidad diga de Wifredo.

—Compadeceos un poco de mi, miss Vernon, le dije; confieso que me vi en una situación más admirable, considerando sobre todo de que parte
me viene. Perdonadme, si para disculpar una extravagancia de que no soy habitualmente culpable, me atrevo a citaros la costumbre de la casa y del país; estoy lejos de aprobarla; pero tenemos la autoridad de Shakspere, quien dice que el buen vino es una amable criatura, y que tarde ó temprano engaña á todos los hombres.

—Sí, señor Francisco; pero Shakspere pone ese panecillo á apología en boca del mayor malvado que ha trazado su pincel. No quiero sin embargo abusar de la ventaja que me da vuestra cita, abrumándos con la respuesta con que Casio relata á Yago (1); y solamente no quiero que igno- reis que soñó este ver á un joven lleno de luces y esperanzas super- jarse en un lodazal donde se zambullen todos los días los habitantes de esta casa.

—Os aseguro que no hice más que meter por un instante el pie, miss Vernon, y reconozco sobrado á costa mia cuán asqueroso es para no dar ya ni mi paso en él.

Si tal es vuestra resolución, repaso, es prudente, y no puedo menos de aprobarla: hallábame sin embargo tan atormentada de lo que había oído decir, que no he podido prescindir de explicarme con vos, antes de hablaros de lo que me atañe personalmente. Os confieso que, durante el tiempo que he estado con vos, he sentido el deseo de decir alguna cosa que os pueda agradar, pero no he querido hacerlo porque no sé cómo proceder con vos.

—Me parece que el señor Oshaldiston convendría en que tengo derecho para pedir tal explicación: salta- me parientes; no tengo amigos que me defiendan, y no puedo permitir defenderme á mí misma.

Esforzadme con muy poca maña á aclarar mi grosera conducta á cierta indisposición que me causaron unas cartas muy duras que había recibido de Lóndres: ella me dejó acusar mis escusas, sin apuradas de mi emba- razo y confusión, y las escribió con la sorna de la impiedad.

—Ahora que habéis recitado, se- ñor Frank, vuestro prefacio de es- cusas con la poca gracia de todos los prólogos, tened á bien levantar la cortina y enseñarme lo que desea ver. En una palabra, hacedme saber lo que ha dicho de mí Rashleigh; porque él es quien me enriquece siempre todas las máquinas de Oshaldiston-Hall.

—Mas supongo que me haya di- cho algo, miss Vernon; ¿qué no me- rece el que vende los secretos de una potencia revelándolos á otra poten- cia aliada? Por vos misma me digísteis que Rashleigh era un aliado de vuestro, aunque no fuese amigo.

—Rodgus os desechó de eva- siones y de chantas tocante á esta materia, porque no tengo ni pacien- cia, ni guía de escucharlas. Rash- leigh no puede, ni debe, ni se atre- vería á decir de Diana Vernon cosas que no pueda yo esquiar; es ver- dad que hay secretos entre nosotros, pero de estos secretos no os habrá- hablado, porque no es á mí á quien interesan personalmente.

Mientras que hablaba, había yo rechazado mi seriedad, y tomé al punto la determinación de no revelar lo que me había dicho Rashleigh como en confianza, pareciéndome que era bajeza repetir una conversación particular; mucho mas cuando mis Vernon no podía sacar ninguna ven- taja de mi indiscreción, y al contra- rio, la hubiera afligido en vano. Res- pondí pues gravemente que no había tenido con el señor Rashleigh mas que una plática familiar, y le protesté que no me había dicho nada que me dejara contra ella impresion alguna poco favorable. Añadi que esperaba que se contentaría con esta seguri- dad, y no exigiera de mis menores que el honor me obligaba á pasar en silencio.

—El honor! esclamó lanzándose de su sillá con el temblor y la viveza de una Camilla pronta á volar al com- bate; el honor! el mio es el que se halla comprometido: dejáos de ro- docos, porque sería inútil: lo que necesita es una respuesta positiva.— Tenía las mejillas coloradas, el ro- stro encendido, y sus ojos entellen- ban.—Pido, añadió con una voz que despedazaba el corazón; pido una es- plicación, que una mujar bajamente calumniada tiene derecho para pedir á un hombre que se llame pardónore- so; que una criatura sin madre, sin amigos, sin guía ni protección, sola en el mundo, tiene derecho para exi- jir de un ser más venturoso que ella, en nombre del Dios que los ha envi-
esa sustitución.
— Hablando con franqueza, así me lo dió a entender, y aun llegó a decir...
— ¿Qué?... ¡decidme, todo! exclamó precipitadamente.
— Que aquello la intención que reinaba entre vos y él, por temor de que originase un efecto del cual no le permitía aprovecharse el ir para la iglesia.
— Le agradezco su previsión, repuso Miss Vernon, cuyas facciones todas manifestaban el más profundo desprecio. Reflexionó por un instante, y continuó con la mayor serenidad:
— No me admira nada de cuanto hables de ello; y esperaba poco más o menos la relación que acabas de hacerme, porque, á excepción de una sola circunstancia, es la pura verdad. Mas así como existen venenos tan activos, que bastan algunas gotas para corromper toda una fuente, así hay en las revelaciones de Rashleigh una horrible imposición capaz de inficionar el mismo pozo donde se oculta la verdad. Conociendo á Rashleigh tan corrompido como ella sobraba medio, nada en el mundo fuera capaz de inspirarme la idea de enlazar con él. — No, exclamó asombrada: el demostrado horror, no, todo, todo antes que enlazar con Rashleigh; antes con el borracho, con el querellista, con el imbécil; los preferiría antes que á él, y para antes el convento, mas antes la cárcel, mas antes la tumba que ninguno de los seis.

Entrañaba el tono de su voz cierto acento melancólico que correspondía con la atajada de su afán y con la singularidad de su situación: tan joven, tan hermosa, sin experiencia, abandonada á sí misma, no teniendo ni una sola amiga cuya presencia pudiera servirle de protección, privada hasta de aquella especie de defensa que saca su sexo de los modales y atenciones que se usan en el mundo, apenas sería una metafóra si digo que se me derretía por ella el corazón. Sin embargo había una especie de dignidad en su desden por las vanas ceremonias, de grandeza en su desprecio á la imposición, de resolución y valor en el modo como contemplaba los peligros que la rodeaban; una especie en fin de heroísmo en su conducta, que me inspiraba al mismo tiempo la más viva admiración. Dírase que era una princesa abandonada por sus vasallos y privada de su poder, pero despreciando todavía aquellas atenciones, aquellas reglas de sociedad establecidas para las personas de nacimiento inferior, y conservando, en medio de todos los obstáculos, una alma firme, una constancia inalterable, y poniendo su confianza en la justicia del cielo.

Quise manifestarle el sentimiento de pasmo y compasión que me inspiraban sus desgracias y su constancia; pero me interrumpí:
— Os dije acechándose que no me gustaban los compromisos, me dije; y hoy os digo sartamente que deseo lo contrario como él sobre los míos, nado en el mundo fuera capaz de inspirarme la idea de enlazar con él. — No, exclamó asombrada: el demostrado horror, no, todo, todo antes que enlazar con Rashleigh; antes con el borracho, con el querellista, con el imbécil; los preferiría antes que á él, y para antes el convento, más antes la cárcel, más antes la tumba que ninguno de los seis.

Entrañaba el tono de su voz cierto acento melancólico que correspondía con la atajada de su afán y con la singularidad de su situación: tan joven, tan hermosa, sin experiencia, abandonada á sí misma, no teniendo ni una sola amiga cuya presencia pudiera servirle de protección, privada hasta de aquella especie de defensa que saca su sexo de los modales y atenciones que se usan en el mundo, apenas sería una

sayera en los lazos de este infame malvado?

Hicieronme tanta impresión estas palabras y la nueva percha que descubrí á mis ojos, que me levanté sin saber casi lo que hacia, puse la mano en el puño de mi espada, y corrí á la puerta de la sala en busca de aquel en quien debía descargar mi justa indignación. Respirando apenas y con una mirada de en que había reemplazado á la expresión del resentimiento y del desprecio la de la más viva confirmación, precipitábase Miss Vernon entre la puerta y mi persona.
— ¡Detenemos, exclamó, detenemos! Por justo que sea vuestro resentimiento, no sabeis aun la mitad de los secretos de esta peligrosa cárcel. Miró con zozobra vista en torno de la sala, y bajando la voz: Hay aquí un encanto que protege su vida, me dije; y no podía atreverme sin comprometer la existencia de otras personas: á no ser por esto, en algún momento terrible, en alguna hora señalada por la justicia, esta mano, tan débil como es, se hubiera tal vez vengado por si propia. Os he dicho, añadió reconociéndome á mi sitio, que no necesitaba de esta aventura; os digo cómo, no es necesario de vengador: Sentíelo, reflexionando maquinamente en lo que me decía, y acordándome también de que no había considerado en el primer arrebato, como no poseía ningún título para constituirme campesino de Miss Vernon. Delitivos esto es un momento para que ambos tuviésemos tiempo de noso-

segarnos, y luego continuó en tono mas tranquiló:

— Os he dicho ya que hay aquí un arcano de fatal y peligrosa naturaleza que concierne á Rashleigh: por mas infame que sea, y aunque sabe que no me es desconocida su malicia, no puedo, no me atrevo á romper con él, ni aun á despreciarle. Vos también, señor Frank, debéis armaros de paciencia, inhibir sus artificios, opo-
del colegio de Saint-Omer (1); dicho so aquel cuento los fines llegaron a zanar, y cuyas malas intenciones murieron apenas nacidas!

Y partió pronunciando estas palabras:—¡Hipócrita rematado! dijo miss Vernon cuando, cerrando la puerta, se quedó conmigo; ¿qué mejora más cerca puede haber entre lo que despreciamos y lo que más apreciamos!

Había entregado á Rashleigh una carta para mi padre y algunas líneas para Owen, precisando de la carta particular de que he hablado, y que creí más prudente enviar por el correo. En estas cartas hubiera sido natural que diese á entender mi padre y á mi amigo como no sacaba más provecho de mi residencia en casa de mi tío que aprender la caza, y olvi dar, en medio de lacayos y criados de caballería, los conocimientos luces que pudiera tener. Hubiera sido natural que manifestase el fastidio y disgusto que experimentaba entre unos entes que no se ocupaban más que en sus posesiones; y que me que jase de la desestimación habitual de la familia, y de las persecuciones de Sir Hildebrand para hacerme seguir su ejemplo.

Este último punto en particular no hubiera dejado de poner en cuidado á mi padre, como primera virtud era la sobriedad. Y lo cual esta cualidad fuera ciertamente abrumar las puer tas de mi prisió y abreviar mi des tierro, ó al menos asegurar una man danza de residencia; y no obstante es mucha verdad que no dije ni una sola palabra de todo esto en las cartas que escribía á mi padre y á Owen. Aunque fuera Osbaldiston Hall Ate nas en toda su gloria y esplendor, y aunque estuviera poblado de héroes, de sabios y de poetas, no manifiesta ron menos deseos de abandonarle. Por pocas que sean las chispas

(1) Rashleigh fué criado por los Jenkins en Saint Omer.

que os queden, mi querido Tresham, del arco y entusiasmo de la juve nitud, fácil os será explicar mi silencio. La estrechada belleza de mis Vernon, de la cual se envará tu amor, de la su situación novelesca y misteriosa; las desgracias que al parecer había espe rimentado, y que todavía la perseguían; el valor con que las sufría; sus modales más frances de lo que lo son regularmente los de su sexo, pero probado por esto mismo la inocu midad y el cuidado de su alma; y sobre todo, la distinción lisonjera con que me honraba: todo se amaba á un tiempo mismo para escribir mi inte rés, mover mi curiosidad, ejercitar mi imaginación, y lisonjear mi vanidad. No osa confessarme á mí mismo todo el interés que me inspire, ni la impresión que había hecho en mi pecho. Lémosl, paseábamos jun tos: tareas, placers, diversiones, todo era común entre nosotros. Volvió á tomar el curso de estudios que se viera obligado á interrumpir cuando su rompimiento con Rashleigh, bajo los auspicios de un que mi el mires era más acendradas, aunque más limitadas sus luces.

No me hablaba en dirigirla en algunos estudios profundos que había principiado con Rashleigh, y que emularíamos á entender mucho mas con un eclesiástico que con una mujer. No conocí con qué mal quiso que corriese Diana el laberinto oscura y sin salida que han llamado filosofía, y el círculo de las ciencias igualmente abstractas, aunque mas ciertas, de las matemáticas y de la as tronomía, á menos que no fuese por razón de su nuestra en la mente la diferencia cia entre los sexos, y acostumbrarla á las sutilizas del raciocinio, de lo cual podia servirse luego para concluir á sus miras. Con el mismo in tento, aunque con menos manía y dis simula, habían animado las lecciones de Rashleigh á miss Vernon á hacerse superior á aquellas atenciones,
A despejar aquellas vanas formas de que se rodea su sexo como de una valla. Es verdad que, separada de la sociedad de las mujeres, y careciendo hasta de una compañera, no podía ni regirse por el ejemplo de las otras, ni aprender las reglas ordinarias de conducta que el uso prescribe á su sexo. Mas era tal sin embargo su natural modestia y la delicadeza de su alma para distinguir lo bueno de lo malo, que no hubiera nunca adoptado los modos y cavilaciones a que tales sorpresas me causaban en el primer momento, si no le hicieren creer que se desprecio á los estilos comunes indicaba á la vez superioridad de juicio y la noble con- fianza de la inocencia. Su vil precepto dirigía sin duda sus intentos á ni- mar las murallas que el recato y la prudencia levantaban en derredor de la virtud; pero no descubrimos todos sus crímenes; ya hace tiempo que ha respondido al mercedero cargo del tribunal supremo.

A mas de los progresos que mis vis- tas y virtudes vivan y penetran este discurso comprendía al punto cuanto querían esquezir, había hecho en las ciencias abstractas, la no encontraba menos versada en la antigua y moderna literatura. Si no fuera sabido que los injuria descollantes se perfeccionan muchas veces con tanta ma- nera que el juicio a menudo no puede enterarse de la verdad, se había insinuado insensiblemente en la administración de sus bienes. Mas aun que prestaba de buena gana á mi tío el saco de mi plumas y de mis no- conocimientos en aritmética cantas veces deseaba escribir una carta tía un vecino, se averguenzaba de contar cuenta con algún arrendador, sin embargo no quería por delicadeza encargarse enteramente del manejo de los negocios; pero por mucho que el buen caballero, aunque convenía en que el soberbio Frank era un jovial caballero, no dejaba nunca de ser ámigo al mismo tiempo que no creyera que le fuese tan necesario flashleigh.

Como es cosa muy desagradable vivir en una familia, y estar desavol- nido con los miembros que la com- ponen, hiere algunos estreños para

cumgraverme la amistad de mis primos. Cambió mi sombrero con presilla de oro por un gorro de casa, de la cual se alegraron: donat un caballero joven con tal brío me capitó en gran parte la estimación de la familia. Dos óticas apuestas perdidas con Dick, y una ó dos hotelas apuradas con Percy, me concitó por fin la amistad de todos los jóvenes Squires, a excepción de Thorncliff. He hablado ya del desapego que me mostraba este venenoso, que pose- yendo un poco mas de juicio que sus hermanos, tenía también peor caracte- r que ellos. Aspero, taciturno y querellista, mostraba descontento de mi residencia en Osbaldiston-Hall, y miraba con envidia y celos mi inti- midad con Diana Vernon, la que, á consecuencia de cierto pacto de fa- milia, le estaba destinada por esposa. Decir que la amaba, sería profanar esta palabra; pero la miraba en algún modo como propiedad suya, y no quería, empleando su estilo, que nadie fuese á casa en sus tierras. Pro- bóse en todas sus maneras de reconciliarme con Thorncliff; pero él deseó mis tentativas de un modo tan gra- cioso como el de un alano que gruñe sordamente y parece pronto á morir cuando un forastero quiere acariciarlo. Abandonádole pues á su mal humor, y no me tomé molestia de sospecharle.

Tal era mi situación respecto de los diferentes miembros de la familia; mas debo hablar también de otro habitante del alcázar con quien conversaba de cuando en cuando; era Andrés Litho-to-todo, el jardinero, quien desde que había sabido que yo protestaba, no me dejaba pasar nunca sin abrirme amistosamente su caja escozesa. Sacaba él muchas ven- tajas de semejante política; en pri- mero lugar no le costaba nada, porque yo nunca tomaba tabaco; y á mas era excelente excusa para Andrés, que gustaba de interrumpir de cuando en cuando su trabajo para apoyarse durante algunos minutos sobre su aza- da, y sobre todo para hallar ocasión, en las cortas paradas que hacía cerca de él, de divertir las noticias que había adquirido ó las satíricas observaciones que le sujeto su carácter mordaz.

Digamos pues, señor mio, me re- pitió una tarde con el aire de impor- tancia que tomaba siempre cuando tenía que anunciar alguna noticia; digamos que estuve esta mañana con Trinlay-Knowe.

—Y bien, Andrés, ¿sí duda ad- quiristeis alguna nueva en la taberna?

—Yo no voy nunca á la taberna, ¡Dios me libre!... es decir, á no ser que me conviese algún vecino; porque para ir allí y meter yo mismo la mano en la fabbricera, es sobrado duras la vida que llevó, y me cuesta demasiado dinero que gano.... Pero fue, como decía, á Trinlay-Knowe por un negocio de poca entidad que tengo con la vieja Mara Simpson, quien necesita una cuartilla de peras; sobra- bras, como sospechaste, de lo que se descansa en el alcázar. Mientras que estamos concluyendo nuestro tra- to, cáte que entra Patrick Macready, el viajero mercader.

—¿El bulamer, queréis decir?

—¡Oh! como plazce a vuestra se- ñoría llamarle; pero su oficio es horro- rosos y lucrativo.... Patrick es en un- gue modo primo mio, y nos hemos alegrado de encontrarnos.

—Y bebisteis juntos un vaso de cerveza, ¿no es así, Andrés?... Porque en nombre del cielo, abreviad vuestra historia.

—Esperad pues, esperad pues: ¡La jente del mediodía es tan viva! Dadme tiempo para respirar; es cosa que os concierne, y deben tener pacien- cia... ¡Un vaso de cerveza! ¡Héve- me el diablo si Patrick ofreció pagar- me ninguno; pero la vieja Simpson nos dio á cada uno un tazon de leche y una de sus galletas tan duras. ¡Ah!
vivan las buenas galletas de Escocia! Estando sentados principianos á habán de cosas varias.

—Por favor, sed breve, Andrés; decídán las noticias, si es que te ocupan algunas que decirme, porque no me he de estar aquí todo la noche.

—Y bien pues, las gentes de Lóndres son todos clean wud respecto de esta jugada.

—¿Clean wud? ¿qué viene á ser esto?

—Oh! quise decir que son locos, locos de afán, locos de pies á cabeza; el diablo tiene en el cuerpo Juanillo Webster.

—¿Qué significa todo eso? ¿qué tengo yo que ver con el diablo ni con Juanillo Webster?

—Hum! dijo Andrés con aire muy misterioso, por lo que toca á aquella maleta... 

¿Qué maleta? explicuos.

—La maleta de Morris, que dijo había perdido aíla; pero este negocio no taña á vuestra señoría, ni me taña tampoco á mí, y no quiero perder tan buena novena de noche.

Y subeceñopido repentinamente de un violento ruido de actividad, se puso Andrés á cavár con afán.

Con esto esciío mi curiosidad, como había previsto el labio; pero no queriendo que notase el interés que tomaba en el negocio, esperé que su habladuría le hiciese emprender su nuevo la materia que acababa de dejar. Andrés continuó trabajando con ardor, hablando á intervalos, mas sin mentar unna las noticias de Macready; permanecía yo escuchaándole, maldecíándole en mis adentros, pero queriendo ver al mismo tiempo hasta que puto avasallaría su espíritu de contradiccion el pruñetelo de contarrle el fin de su historia.

Voy á plantar espárragos, y á sembrar despues lubichuelas. Preciso es que tengan alguna cosa en el alcónar para sus estómagos de proveos; gran favor les hago... ¡Y qué estíricol me ha enviado el mayordomo! debía ser á lo menos de pajá de arena, y es de vainas de guisantes secos; pero aquí cada uno hace lo que le pasa por las mientes, y á mí entendar el cazador vende la mejor basura de la caballería. Sin embargo es preciso que me aproveche de esta noche de sabado. Ello es verdad que el buen tiempo durrará quizás hasta el lunes por la mañana, y entonces ¿qué me he de hacer en tanto estreno? vamosnos que ya se oye la campana de retiro.

Aquí clavo Andrés su azada en la tierra; y mirándome con el aire de superioridad de un hombre que sabe una importante noticia que puede callar ó comunicar á su antojo, quito en parte las manchas de su camisa, y busco su chapa que había plegado cuidadosamente y dejado sobre una tabla que allí cerca se veía.

—Me habré de resignar, dije para mí, y decídeme á oír la historia de Listo-á-todo, de el modo que guste contarlá. Y bien, Andrés, le dije, ¿qué noticias tienen de nuestro primo el viajero mercader?

—Oh! bulonero, quería decir! replicó Andrés con ademan malicioso; pero llamadme como os dé gana, Io cierto es que son muy útiles en un país en que son tan raras las ciuda-des como en este Northumberland. No sucede igual á eso en Escocia; hoy día hay, por ejemplo, el reino de Eife, en el cual de uno ó otro estremo, á de-recha y á izquierda, no se ven mas que villas grandes que se tocan unas con otras, y se hallan situadas á male- na de una ringerla de cebollas, de suerte que todo el condado no hace parecer mas que una sola ciudá. Kirkcaldy, por ejemplo, la ca-pita-le, es mas grande que ninguna ciudad de Inglaterra (1).

—Oh! no lo dudo: pero habla-

(1) Edificio donde se celebran las sesiones del parlamento de Escocia.

bais ahora poco de noticias de Lóndres, Andrés.

—Sí, repuso Andrés; mas creía que no se curaba de fábulas vuestra señoría. Patrick Macready dijo pues, añadiendo haciendo un visaje que á él le parecía sin duda malgina sorrisa, que hubo mucho ruido en Lóndres en su Parliament House (1), sobre el robo hecho á ese Morris, si tal es su nombre.

—¿En el parlamento, Andrés? ¿Y para qué eso?

—Eso justamente lo que preguntaba yo á Patrick. Por no ocultar nada á vuestra señoría, Patrick le decía, ¿qué diablos tienen que ver ellos con la maleta? Cuando tenía míos parlamento en Escocia (mal año para los que nos le quitaron), dictaba este leyes para el pais, y no se entremetía nunca en los negocios pertenecientes á los tribunales ordinarios; pero creo, Dios me libre! que si una mujer echa laolla de su vecina, la harían comparecer ante su parlamento de Lóndres. Eso se llama, dije yo, ser tan necios como nuestro viejo y loco laird y sus imbéciles hijos con sus perros, sus caballos, sus trompas de caza, que corren todo un día tras un animal que no pesa seis libras cuando le cojen.

—Muy bien dicho, Andrés, repuse yo, á fin de conducirle á una explicacion mas estensá; ¿y qué decía Patrick?

—Oh! me dijo: ¿qué se puede esperar de esos enredadores de Inglesas? —Mas en cuanto al robo, parece que mientras andaban en sarra-cina Wiggins y Torgy, diciéndose palabras de villanos, se levantó un hombre de mucho pico, quien dijo que en el nombre de Inglaterra no hay mas que jacobitas (y no se engañaba); que casi estaban en guerra abierta; que un mensajero del rey había sido detenido en el camino real; que las primeras familias del Northumberland se habían entremezclado en el asunto; y que... ¿qué sé yo cuánta cosa? que le habían robado dinero, y á unas papeletas importantes, y á mas otras cosas; y que cuando el mensa-jero fui á quejarse al juez de paz del lugar, halló á sus dos ladrones mancomunados con él; ¡Dios mio! ni mas ni menos que compadres y compañeros, y que á fuerza de entrechucadas y amenazas, le obligaron á re-escribirse, y por fin que en sus resumen cuenta el pobre hombre que fuera robado se había visto en la precision de abandonar el pais, por temor de que le saliese mas caro.

—¿De veras que todo eso es verdad, Andrés?

—Patrick jura que es ello tanta verdad como juesta su medalla. Dios me libre! Pero volviendo á nuestro asunto, cuando el pico hubo agotado su arenga, le preguntaron á grandes voces los nombres del hombre robado, de los ladrones y del juez, y nombró á Morris, y á nuestro tío, y al señor Inglewood, y á otras personas también, añadió Andrés mirándome de nuevo, y luego despues, levantándose otro dra-gon, y preguntó si era permitido acusar á los señores mas distinguidos del reino, sin mas apoyo que la de posición de un cobardar que habla si-do despedido de su reyinment por haberse huido en medio de una bala-ta y pasado á Francia: y dijo que era probable que hubiesen concertado aquel cuento el ministro y él, antes de dejar á Lóndres. Entonces mandaron que se presentase Morris en la... hara creo que llamaban, y quisieron que hablase; pero ¿qué te-nía tanto que volviese á mentar la desercion, que Patrick dijo que mas parecia un desentender que un vivo y fué imposible sacarle dos palabras seguidas; tanto le había atemoriza-do la grita! Preciso es que no valga.
ROB-ROY.

su cabeza más que un nabo helado, porque el diablo me llevó, ¡Dios me libre! sí todo esto hubiera impedido a Andrés Listo-d-to dole lo que sentía.

—¿Y cómo paró el asunto, Andrés? ¿Lo supo vuestro amigo?

—¡Si lo supo! Difirió su viaje una semana para poder traer la noticia a sus parroquianos. El que habló primero agradeció a Andrés Listo-d-to dole lo que sentía.

En diciendo estas palabras, el honrado Andrés junto a las azadas, las migajas y demás instrumentos de jardinería, y los echó en un carretón que arrastró hacia el invernadero, pero con una lentitud que me dejaba tiempo para hacerle cuantas preguntas pudiera desear. Viendo que las palabras con un bellicoso malicioso, creí que lo mejor era dejarlo de misterios con él, y decidirle la cosa tal cual era, teniendo que mi reserva le inspirase sospechas, y fuera para mi ocasión de nuevos disgustos.

—Mi alegría de ver a vuestro compatriota, Andrés, no había sido oído decir cómo me comprometió la impertinente locura de ese Morris (Andrés me respondió con un gesto muy significativo), y quisiera ver, si fuese posible, a vuestro primo el negociante a fin de poderle poner por menores más circunstancias aun de lo que supo en Londres.

—¡Oh! nada más fácil, repuse Andrés; no tengo más que decir a mi primo que necesitaba un par o dos de medias, y se vendría al punto.

—¡Oh! sí, aseguradle que seré bueno parroquiano; y como la noche es, según decía, serena y húmeda, me pasad por el jardín hasta que llegue. La luna va en breve a salir, conducidme por la puerta de detrás, y mientras tanto, tendré el placer de contemplar a los árboles y los céspedes á la claridad de la luna.

—Muy bien, muy bien. —Es lo que tengo dicho tantas veces; una coliflor es tan brillante á la claridad de la luna, que se parece á una dama adornado de diamantes.

Dichas estas palabras, Andrés Listo-d-to dole lo que sentía. El honrado andrómeda, que el parroquiano no le había ofendido, y que no había sido rogado, le convenía no obstante en quedar en los parroquianos. El que habló primero agradeció a Andrés Listo-d-to dole lo que sentía.
la biblioteca cuando todo el mundo estaba acostado en el alcázar; que pasaba la noche velando con los duenos, y la mañana durmiendo, en vez de conducir la jauría como verdadero Oshaldston.

Habiéndome contado una y otra vez todos estos sucesos absurdos, y el ademan de injuriar y credulidad del narrador no me divirtiera poco. Despreciaba yo altamente tan ridículos cuentos; mas la estremada soledad a que se hablaba condensaba aquella temible sala todas las noches después del cortejo de retiro, era para mi otra razon para no asistir a ella, cuando plazía a mis Vernon el retiarse allá.

Resumiendo lo que decía, no me sorprendió ver luz en la biblioteca; mas no pude menos de admirarme al ver la sombra de dos personas que pasaban entre la luz y la primera ventana. Creí haberme engañado, y tomado la sombra de Diana por una segunda persona: pero no, íbamos que pasan por delante de la segunda ventana, y ciertamente que son dos personas divintas: vuelven á desaparecer, y veía que su sombra se dibujaba una vez en la tercera ventana, y después en la cuarta. ¿Quisiera estar á tal hora con Diana? Las dos sombras tornaron á pasar sucesivamente por delante de las ventanas, como para convencerme de que no me engañaba; después de lo cual apagaron las luces, y todo volvía á sumérjese en la oscuridad.

Tan fué para que fuese esta circunstancia, permanecí largo rato sin que me fuera posible desestimarlo de mi imaginación. No quería suponer que mi amistad á miss Vernon llegara hasta el punto de tener zelos; sin embargo no es trabajo que piense el disgusto que experimenté al pensar que me agredía ella á alguno de mis conferencias particulares, á hora y lugar en que había tenido yo la delicadeza de decirle que no era conforme que me recibiese.

—¡Impudente e incorregible Diana, decía yo para mí!; creía una loca que no quiere oír oídos á ningún buen consejo! Me ha engañado la sencillez de sus modales, y estoy seguro que de tomar modos tan francos como se pondría un gorro de paja, si se estuviera, para llamar la atencion. Creo en verdad que á pesar de su excelente juicio, le daría más gusto la compañia de cinco á seis rústicos para jugar al naíx, que la del mismo Aristio si volviese al mundo.

Lo que aumentaba todavía la amargura de estas reflexiones, es que habiendo resuelto á enseñar á Diana la traduccion en verso de los primeros cantos del Aristio, le había regado que invitasía á llorar á confesar que fuése á tomar el té con ella aquella noche, y mis Vernon me dijo que sería para otro día, alegando no sé qué escusa, que me parecía bastante frívola. Reflexionaba acerca de estas diferentes circunstancias, cuando á que abrieran la puertecilla de las espaldas del jardín; era Andrés que entraba; y su compañio, encerrado bajo el peso de su farol, caminaba tras de él.

Hallé en Macready un escocés malicioso e inteligente, hombre de noticias, si los hay, tanto por inclinacion como por estado. Me hizo una relacion exacta de lo acontecido en la cámara de los consernes y en la de los pares respecto al asunto de Morris, del cual se habían servido como de una piedra de toque para conocer el espíritu del parlamento. Participéme, como me había dado á entender Andrés, que viéndose vencido el ministro, le fue preciso dejar de apoyar una relacion que comprometía personas de categoría, y hecha tan solo por un individuo que nunca hubiera crédito, y que por otra parte se contradecía á cada instante en el modo de contar su historia. Macready me dio un ejemplar de un diario impreso que contenía la substancia de los debates; y me entregó tambien una copia del discurso del duque de Argyle, pues había traído muchas partes para venderlas á sus partidarios en Escocia. El diario no traía nada de nuevo, y no sirvió mas que para confirmarme lo que me dijera el Escocés; el discurso del duque, aunque escrito y enfriado, contenía principalmente el elogio de su familia y de sus tribus, con algunos cumplimentos no menos sinceros, aunque mas moderados, que con tal ocasion se dieran á sí mismo. No me fué posible saber si habian sido compenetridas directamente mi reputacion, aunque vi claramente que lo estaba en gran manera el honor de la familia de mi tio; porque Morris había declarado en parlamento pleno que Campbell era uno de los dos ladrones, y que tuvo la desvergonza de ir á declarar por sí mismo en presencia de un señor Oshaldston, que era su cómplice, y cuya libertad había acordado de acuerdo con el juez, obligándole al acusador á desistir de su perseguimiento. Esta parte de la historia de Morris concordaba con mis propias sospechas, que recayeran en Campell desde el primer momento que le había visto aparecer en casa del juez Inglewood. Atormentado hasta lo sumo por el jiró que habia tomado este negocio, desvióme á los Escoceses después de comprar algunas bagates á Macready, y me retiré á mi es- tancia para reflexionar en lo que habia de practicar para defender mi reputacion tan públicamente ajada.

CAPITULO XV.

Después de pasar la noche meditando sobre la nueva que había recibido, creí al principio que debía volver á Londres con la mayor prisa, y rebatir la calumnia con mi presencia; pero reflexioné en seguida que esto no serviria quiza mas que para aumentar el resentimiento de mi padre, que era absoluta en sus decisiones sobre todo lo que concernia á su familia. Su experiencia le ponía en estado de trazar la conducta que debia yo seguir, y sus relaciones con los mas poderosos Whigs le daban facilidad para obligarles á hacerme justicia. Todas estas razones me decidieron á escribir á mi padre las diversas circunstancias de mi historia; y aunque el correo mas inmediato distaba cerca de diez millas, resolví llevar yo mismo la carta para tener la seguridad de que no se estriaba.

Me parecia extraordinario que, habiendo trascurrido ya muchos meses desde mi partida de Londres, y á pesar de que Southwick me habia escrito á Sir Eldredno para participarme su feliz llegada y la amistad atinente que le habia hecho su tio, no me habia recibido todavía ninguna carta ni de Ouev ni de mi padre; concediendo que mi conducta fuese vitiuperable, no me recia á mi entender tan completo olvido. Al fin de la carta que escribia á mi padre relativamente al asunto de Morris, no deje de manifestar el mucho que sentia por el, y me hice llegar con algunos renglones por respuesta, aunque no fuera mas que para darle algun consejo en unas circunstancias que eran sobrado delicadas para que me resolviese á nada antes de saber su dictámen. No teniendo valor para solicitar mi vuelta á Londres, ocurrí con el velo de la sumision á la voluntad de mi padre las verdaderas razones que me hacian desear el permanecer en Oshaldston Hall, y me limité á pedir permiso para pasar algunos dias en la capital para refutar las infames calumnias que tan publicamente habian hecho circular contra mi. Después de terminar mi epistola, cuya composicion me habia costado tanto mas cuanto
ROB-ROY.

que me combatían el deseo de restablecer mi reputación, y el sentimiento de dejar momentáneamente el lugar actual de mi residencia, fui a llevar yo mismo la carta al correo, según me había propuesto. Quedé premiado del trabajo que me había tomado, pues encontré allí una carta para mí, que no recibiera hasta más tarde. Era de mi amigo Owen, y decía así:

«Mi querido Frank,

Recibí la vuelta del 10 del correo, que me ha entregado el señor Rashleigh Osbildston, y quedó muy enterado de tu condición. Guardadé a vuestro señor prima con las atenciones posibles, y lo llevé en mano ya a ver la Bolsa y el Banco: parece serlo, metafórico y entendido: sabe perfectamente la aritmética, y conoce el manejo de los libros. Quizá que otro que yo dirigiera sus estudios en esta parte; pero, si cumpliste la voluntad de Dios! Como el dinero os será quizás útil en el país en que os halláis, me tomo la libertad de dirigirlos a un lector de cambio de cien libras esterlinas, a seis días vista, contra los Sres. Hooper y Gilder de Newcastle, quienes la aceptarán al punto. Soy, mi querido señor Frank, con el mas profundo respeto,

Fuegro muy humilde y muy obediente servidor.

—JOSE OWEN.»

P. D. Acusadme de recibir de la presente. Vuestro padre dice que sigue como de ordinario, pero está muy mudado.

Después de leer este billete, escrito con la limpieza que distinguía al hombre de Owen, me admirié de que no mentase en modo alguno la carta, particular que yo le había escrito con la mira de dar a conocer el verdadero carácter de Rashleigh. Había enviado mi carta al correo por un criado del alcalde, y no tenía ninguna razón para creer que no hubiese llegado mi carta. Acusé el recibido de su letra de cambio, y le prometí que me serviría de ella si necesitaba dinero: me parecía muy extraordinario que si mi padre dejase un factor el cuidado de atender a mis gastos; pero concluí de aquí que era un arreglo hecho entre ellos. Por otra parte, de todos modos Owen era soltero, estaba enamorado, y me había tenido siempre mucho afecto; así, no vacilé en aceptar tal carta suma, resultó a volversela de los primeros fondos que tocara, en caso que mi padre no se la hubiese alabado ya. Un negociante, a quien me dirigió el administrador del correo, me dió en oro el valor de la letra de cambio contra los Sres. Hooper y Gilder, de suerte que volví a Osbildston-Hall mucho más rico que cuando había salido. Este aumento de moneda venía muy a propósito; porque el dinero que trajere de Londres comenzaría a disminuir sensiblemente, y no dejaría de tener de vez en cuando algunos gastos que no tardarían en apurar mi bolsillo.

A mi vuelta de alcalde, supuse que Sir Hildebrand había ido con sus diglosahtes a una abedulera llamada Trinly-Knowe, para ver, según me dijo Andrés, como se desplumaban mutuamente la cabeza una docena de gallos.

—Es una diversion muy bárbara, Andrés; ¿has duda no las tendréis en Escocia?

—¡No, no, Dios me libre! respondió Andrés, como no sea la vispera de alguna fiesta: pero en reunidas cuentas, lagan cuan tos quieran de estas aves, que no hacen mas que escarbar y rure el patio, y que vienen sin decir oje ni mojó a hundir todos mis aciertos. Dios me perdone, pero cuantas menos hubiera, menos trabajo para los polares jardineros. Mas ya que estáis aquí, decidme quién se deja siempreibaerta la puerta de esa torre: ahora que ha partido el señor Rashleigh, me parece que no será él.

La puerta de la torre de que hablaba, daba al jardín, y conducía a la escalera de caracol por la que se subía al aposento de Rashleigh: este aposento, según dije ya, estaba como aislado de lo demás del alcalde, y comunicaba con la biblioteca por medio de una puerta secreta, y con el resto de la casa por un pasadizo largo y oscuro. Una sencilla muy augusta, cercada de vallado por ambos lados, conducía desde la puerta de la torre a una puerta que a las espaldas del jardín; por medio de estas comunicaciones, Rashleigh, que no estaba casi nunca con su familia, podía entrar y salir cuando quería, sin verse obligado a pasar por el alcalde. Pero en su ausencia nadie había nunca por aquella escalera, y esto hacía más notable la observación de Andrés.

—¿Qué! ¿hubiere visto a menudo abierta esa puerta? le pregunté.

—A menudo, 1 Dios sín: es decir, dos ó tres veces. A mi entender, será ese mojón, el padre Vaughan, como le llamo; porque en cuanto a los criados, no los atraparéis en esa escena de buena familia, según habéis oído decir, de exterior grave e impo-

Cualquier que fuera el misterio que cubría el destino de esta bella e
Capítulo XVI

Inseparable la curiosidad y los celos, observaban tan minutiosamente las miradas y acciones de Miss Vernon, que no tardó ella en advertirlo, a pesar de todos los esfuerzos para ocultarse. Había hecho lo que pudo para esconderse, pero a instancias de sus celos no le fué posible. Al instante del padre Vaughn dijo algunas palabras al oído a Miss Vernon; y aunque supo entonces que se referían a religión, creo ahora que serían relativas a aquel arcano que trataba yo de profundizar íntimamente. Tenía conferencias particulares con Miss Vernon en la biblioteca; y si las tenía, ¿cuál era su objeto? Y porqué Miss Vernon conocía toda su confianza a un amigo del padre Rushleigh?

Todas estas preguntas y otras mil semejantes se acumulaban en tropel en mi imaginación, y escribía en ella un interés tanto más vivo, cuanto que mis celos no eran imposibles aclararlos. Principiaba ya a sospechar que el afecto que profesaba a Miss Vernon no era tan desinteresado como había creído en un principio: habíanme devorado los celos al saber que tenía a Thorncliff por rival, y había reclamado con más calor del que debiera, por atención sincera a Miss Vernon, los indirectos insultos que me hacían. Al presentimiento aconsejaba la conducta de Miss Vernon con la atención más esparpulosa, atendiendo en vano que podría atribuir á una curiosidad. A pesar de todos mis esfuerzos y raciocinios, estos indicios anunciaban sobrado cariño, y mientras que mi corazón no quería allanarse á formar tan inconsiderado afecto, parecía en esto á aquellos guías ignorantes que, después de estraviar á los viajeros por un camino que ignoran ellos mismos, y del cual no saber cómo salir, se aferran en sostener que es imposible que hayan equivocado la senda.

En Ostdallston-Hall había dado á Diana algunas razones más que para que desestimase el claustron. No podía contar con un afecto al parecer enteramente subordinado á los misterios de su estrafa posición. Miss Vernon poseía un carácter sobrado resuelto para posponer el deber al amor; y dióme de esto una prueba terminante en cierta conversación que tuvimos juntos por aquel tiempo poco más ó menos.

Estábamos en la biblioteca de la cual os he hablado distintas veces. Oyendo Miss Vernon un ejemplar de Rolando Furioso, hice caer una hoja de papel escrita de mano: quise recogerla, pero lo impidió.

—Son versos, me dijo echando una ojeda al papel; me permitís que me tome la libertad...? ¡Oh! ya que os abochornáis, ya que tartamudeáis, debió violentar vuestra modestia, y dar por concedido el permiso.

—Es un ensayo, un principio de traducción, un bosquejo que no me recoge ocupamos un solo instante; teméis un fallo sobrado severo, si tuviésemos por juez, una persona que entiende tan bien el original, y que conoce tan bien sus bellezas.

—Mi querido poeta, repuso Diana, si quieres creerme, guardad vuestros elogios y vuestra humildad para mejor ocasión; porque os aseguro que todo eso no os valdrá un solo momento; soy, como sabéis, de la familia nada popular de los Frances-Habladores, y no adularía al mismo Apolo.

—Loyó la primera estrofa, y dijo oyendo el papel, es interrumpiendo los más dulces sonidos que pueden llenar el oído de un joven poeta, esto es, sus versos leídos por la que adora:—Muy bien.

—Muy bien, sin duda, ya que me ofrecen vuestra atención, dije yo algun tanto mortificado tomando el papel que quería guardarse.—Sin embargo, añadi, encerrado en este retiro, y obligado á buscar ocupaciones, creí que no podía emplear mejor mis ocios que continuando, únicamente, por divertirme; la traducción de este autor persiguió, que principió algunos meses ha en las riberas del Girona.

—La dificultad está en saber, dijo gravenemente Diana, si hubieras podido emplear mejor el tiempo.

—Quería decir en composiciones originales, respondí yo sobre mi obra lírica: pero á decir verdad, mi inmensa hulla con mucha más facilidad palabras y composiciones que ideas, y en lugar de devanarme los sesos buscándolas, me repetía muy feliz apropiándome las del Ariosto. No obstante, Miss Vernon, puesto que teveas á bien aleutar...

—Perdonad, señor Frank; pero esa alción no soy yo quien os lo da, que vos os lo tomáis: no quise hablar ni de composiciones originales, ni de traducciones; á objetos mas graves pulíderas, á mí entender, dedicar el tiempo.—Estás mortificado, añadió, y sinuó haber sido yo la causa...

—¡Mortificado! ¡Oh! no... no en verdad, dije del mejor modo que me fué posible; agradezco mucho el interés que tomáis por mí.

—¡Ah! sabeis disimularlo, repuso la inflexible Diana; pero hay un parte de mortificación, y hasta un grano de envidia en este tono serio y afectado; finalmente, perdonadme la curiosidad que os he hecho sentir sondádenos así, porque lo que me resta que deciros os repugnará una más.

Conocía lo periloso de mi conducta, y le aseguré que no tenía que temer me resintiese de una crítica que atribuía tan solo á la amistad que me profesabas.

—¡Ah! eso es mucho mejor, me dijo; ya presumía yo que los residuos de la irritabilidad poética desaparecerían con la tosita que has servido como de preludio á vuestra declara-
ción. Mas ahora hablaremos seriamen-
—Ni media, contestó; no me ha
—¡Es extraño! ¡Sois una familia
—Esta es la primera noticia
—¡A Rashleigh! esclamó pudien-
—Mas no es posible impedir...
—Todo lo es posible a quien tie-
—Miss Vernon pronunció estas
—Y qué de hacer pues, mis
—Partí al punto, dijo con voz
—Partiendo con voz firme, y volver
—Quizás, añadió con tono más
—No puede ser considerado que
—Ruborizó Miss Vernon; pero,
con voz apagada; —¡Dejadme, dejad-
me! me impidió entregarme á mis
—Mi espíritu estaba sumergido en
—¡Imposible, esclamé, imposible!
—El mundo no puede ofrecerme nada
—¡Qué locura! esclamó retirán-
—¿Mas cómo podré, privado de
—Todo lo es posible a quien tie-
—Miss Vernon anunció esta pa-
—y mientras hablaba, creía ver una
—Y pie, y en el que, al
—¿Qué diablos pueden hacer de
—Sí, en una palabra, siguió, de la
—que el hombre de negocios, á que
—Asi, la conmoción de los suyos,
—Ah, Miss Vernon; pero
—¡Oh, Diana! esclamé impelido
—Si, no tuvierá la valentía de
—Ruborizó Miss Vernon; pero
—Ruborizó Miss Vernon; pero
—Ruborizó Miss Vernon; pero
Osbaldiston-Hall hasta que supiese algo cierto y positivo sobre aquel ser encantador, cuya vida parecía dividida entre el misterio y la franqueza; la franqueza que presidía a sus discursos y sentimientos; y el misterio, que espaciaría su lóbrego influjo sobre todas sus acciones.

Como si no fuera bastante el interés de la curiosidad y del amor, sentía a más; como se observaba ya, un sentimiento profundo, aunque confuso de zoznos. Este sentimiento, que iba creciendo, no solo el amor, como la zoziza con el buen grano, lo escoltaba el respeto que guardaba Diana para con los niños invisibles que dirigían sus acciones. Cuanto más reflexionaba sobre su carácter, más me convenía interiormente de que no era capaz de rendirse a ninguna sujeción que le clavase, y de que no reconocía poder del afecto; di cabida a una violenta sospecha, en vosdicho caso, que aguijoneaba el influjo que la intimidaba.

Tales dudas, mil veces más horribles que la certidumbre, aumentaban su deseo de calmar el anhelo de su conducta, y para lograrlo formó una resolución, cuyo resultado verás en el siguiente capítulo, si es que no os cansa la lectura de estos pormenores.

CAPÍTULO XVII

Ya os he dicho, mi querido Tresham, sí tenéis a bien recordarlo, que era muy raro el que se hubiese yo por la noche a la biblioteca o a mis Vernon, como no fuése en presencia de la vieja Marta; sin embargo este arreglo no era más que un convenio espontáneo, y yo mismo era quien lo había propuesto. De algún tiempo a esta parte, habiéndose aumentado los aposentos de nuestra situación respectiva, cesaron enteramente las conferencias nocturnas; mis Vernon no tenía pues ninguna razón para creer que quisiese renovarlas sin advertirme anticipadamente, para invitar a Marta a que fuese a tomar, según costumbre, una taza de té con ella; pero por otra parte estaba prudente de que la nueva no fuera ley espresa. La biblioteca me estaba abierta, así como á todos los demás miembros de la familia, á todas las horas del día y de la noche, y podía entrar en ella inopinadamente sin que lo llevase á mal mis Vernon. Estaba cierto que recibía alguna veces en éste aposento o al padre Vaughan, á alguna otra persona cuyos consejos dirijan su conducta, y de que escoja para estas reuniones los más en que se creía más segura de que no la interrumpliesen. La luz que había observado por la noche en la biblioteca, las dos sombrillas que viera distintamente, las luces de los pasos impresos por la mañana en la arena desde la puerta de la torre hasta la del jardin, el ruido que habían oído muchos criados, y que éstos explican á su modo; todo hablaba al parecer que alguna persona de fuera del alcázar entraba secretamente en aquella sala. Persuadido de que esta persona ejercía algún influjo en el destino de Diana, no vaciló en formar el proyecto de descubrir cuál era, de dónde provenía su autoridad sobre ella; pero sobretodo, aunque hacía por creer que esto no era más que una consideración muy acertada, quería saber por qué medios conservaba esta persona su influjo sobre Diana, y si la gobernaba con el temor ó con el cariño. Lo que probaba que esta zelosa curiosidad ocupaba el primer lugar en mí, es que, á pesar de todos mis esfuerzos por rechazar esta idea, y aunque me fuese insoportable darme razón de mis sospechas, me figuraba que era hombre, y sin duda hombre mozo y bien parecido quien dirijá a su antojo a mis Vernon; con la impaciencia de descubrir a este rival, había logrado al jardín para aíslarse y trance en que aparecería la luz en la biblioteca.

Era tal el fuego que me devoraba que me hallaba ya en mi puesto, esperando un fenómeno que no podía aparecer antes de que anocheciese, una hora larga antes de ponerse el sol; era sábado y todas las calles estaban desiertas y solitarias. Paséme un rato, pensando en las consecuencias probables de mi empresa; el ambiente era fresco y fragante, y su grata influencia logró calmar un poco la sangre que aprisionaba mis venas. La esperanza de la pasión principió á disminuir gradualmente, y me pregunté con qué derecho quería penetrar los secretos de mis Vernon, á los de la familia de mi tío. ¿Qué me importaba que Sir Hildebrando osase á alguno en su casa donde yo mismo no tenía más derechos que los de un humilde estudiante? ¿Debía entrometerme en los negocios de mis Vernon, y correr el velo á un arcane que me había rogado no profanar? La pasión, el interés y la curiosidad, solías esperar, respondiendo en breve á estos repliques. Descubriendo á aquel misterio secreto, hacía probablemente un servicio á Sir Hildebrando, quien, sin duda ignora las maniobras que se traman en su familia, y, aun más á mis Vernon, á quien, con su franqueza, ignora semejantes, expone á tanta peligros de aquellas relaciones reservadas con una persona cuyo carácter quizás no conocía. Si quería taba su confianza, era con la intención generosa y desinteresada (si, llegué á llamárala desinteresada) de guiarla, protegerla y defenderla contra el consigo secreto que había elegido por cuerpo para mí. Todo son los argumentos que mi imaginación presentaba osadamente á mi conciencia, y con los cuales le parecía que debía darse por satisfecha, mientras que mi conciencia imitaba al mercader que, sabiendo lo que le está bien, se resigna á tomar una moneda que le parece no ser de buena ley, antes que perder un parroquiano.

Caminando á pasoslargos, y desatando el pro y el contra, me hallé de repente con Andrus Lister, que estaba plantando como un poste delante de una hilera de holandeses, en actitud de devota contemplación, espiando con ojo los movimientos de aquellos activos ciudadanos que volvían á entrar zumbando en sus pequeños domínicos, y tronando fijo el otro en un libro de oraciones, al que una devoción constante había privado de sus ángulos y dado casi la figura de óvalo; lo que junto al color del vol- lumen le daba cierto muy respetable de antigüedad.

—Lela para mí la Flor de dulce saben adornar en el valle de mundo del digno señor John Quack-leben, dijo Andrus, cerrando el libro á mi llegada, y poniendo, como para manifestarse su respeto, sus anteojos de cuatro en el lugar donde había interumpido su lectura.

—¿Parece que los abejaz de llamaban, temblaban vuestra atención, Andrés? —

—Es una raza impía, repuso el jardín: tienen seis días en la semana para enjamber; pues no señor, es preciso que aguarden el sábado y que los impidan á uno oír el sermón ó la misa que barbula el Padre Dochart.

—¿Docharty? ¡Le dije que (era el nombre de un viejo clérigo irlandés que oficiaba algunas veces en Osbaldiston-Hall); creía que el Padre Vaughan estaba todavía en el alcázar, pues la vie ayer mañana.

—Sí, repuso Andrés; pero parti por la noche á Greystock, ó no sé donde. Hay movimiento por ese lado, y están tan aterrados como mis abejaz. Pero á propósito de abejaz, ¿va á decir que es el segundo enjambre que parte hoy? ¡Ah! Dios mío, sí; el
ROB-ROY.

primero partió al amanecer, porque
hebaís de saber que estoy en pie des-
de las cinco de la mañana. Mas veda-
tas todas dentro; con que deseó a su señoría buenas noches y las bendi-
ciones del cielo.

Dichojas estas palabras, retiróse
Andrés, pero al irse volvióse muchas
veces para echar una mirada á las
eképs, como llamaba él á las colin-
nas.

Había obtenido indirectamente de
Andrés una noticia importante, esto
es, que el padre Vaughan no estaba
ya en el alcázar. Si percibía luz en la
biblioteca, no podía ser pues la suya,
ó guardaba una conducta muy reservada,
y por consiguiente sospecho-
sa: esperé con impaciencia que se pú-
siera el sol y comenzase el crepúsculo.
La tarde declinaba apenas, cuan-
do vi briliar una débil claridad en la
ventana de la biblioteca; con difi-
cultad se distinguía esta pálida luz,
que se confundía con los últimos rá-
yos del sol poniente. No obstante la
descubrí tan pronto como el mari-
nero estraiando cumbra á lo lejos
el primer resplandor de un fulano am-
gi. La duda, la irresolución, el sen-
timiento de los aposentos mas frecuen-
tados con la preocupación de un hom-
bre que medita un crimen, llegué de-
lante de la biblioteca; puesta la mano
en la cerradura, vacilé un momento;....
oigo pasos... abierto la puerta.... y halló a miss Vernon sola.

Diana parecía sorprendida, ó bien
ó miraba solicitudmente el impresi
eado, ó bien por otra causa, que no podía
adivinar; ó cierto que es su agitación
procedía de una connoción estror-
dinaria: pero en un instante se sose-
gó; y es tal la fuerza de la conciencia,
que yo, que iba á asomberirla y con-
fundirla, quedé cortado y confuso.

—¿Qué novedad hay? dijo miss
Vernon: ¿ha venido alguno al alcá-
zar?

—Nadie que yo sepa, respondió
tartamudeando; venía á buscar el
Rolando Frisico.

—Encima de esta mesa está, me
dijo Diana, cuya serenidad acrecen-
taba mi turbación.

Removiendo dos ó tres libros pa-
ra tomar el que supuse buscaba,
pensaba en algún medio para una
retrada honrosa, lo que en mi posición
y con adversario tan penetrante como
Diana, no era cosa muy fácil, cuan-
do reparé un guante de hombre en la
mesa. Mis ojos se encontraron con
los de miss Vernon, que se abochor-
nó al punto.

—Esta es una de mis reliquias,
dijo vaciando; es uno de los guan-
tes de mi abuelo, el original del so-
berbio retrato de Vandyck que vos
admirabais.

Como si pensase que era necesario
algo mas de un mero aserto para ven-
cer todas mis dudas, abrió uno de los
cajones de la mesa, y sacó otro guan-
te que me echó. Cuando una persona
naturalmente franca y sincera quiere
cubrirse con el velo de la doblez y
del disimulo, la torpeza con que lo hace y el quebranto que padece para
ocultar su turbación, inspiran muchas
veces sospechas, y provocan el
de ese escuchar un cuento que
recita con voz apacida. eché una
mirada á los dos guantes, y respondí
graveamente: —Estos guantes se pa-
ren en el roce, pero miss Vernon
confiesa que no pueden formar un par, pues ambos son de la mano
dercha.

Miss Vernon se mordió los labios de
despecho, y abochornóse de nue-
vo.

—Hacéis bien en confundirme, en
descubrirme, repuso ella con amar-
gura: algunos hubieran juzgado, por
lo que decía, que no quería dar espli-
caciones particulares de una circuns-
tancia que no tañe á nadie, mucho
menos á un extraño. Vos habéis juz-
gado mal; y me habéis dado á co-
nocer la bajura de la doblez, que
siempre he mirado con horror, y que
alguino para siempre. No soy adecuada
para el disimulo; este papel es indis-
gnó de mí, y sola la necesidad ha sido
poderosa á hacermelo tomar por un
instante. No, segun ha observado
vuestra sagacidad, este guante no es
el compañero del que recibía enseñando,
pertenece á un amigo que me es to-
davía mas apreciable que el cuadro de
Vandyck,.... un amigo cuyos consejos
me guiarán siempre....... un amigo á
quien respeto....... un amigo á quien.......
En esto se detuvo.

—¿Quién puede ser, querido señor
Frank, me dijo, no debemos separarnos así, ni
tengo lastantes amigos para que pue-
da resultarme á borrarse de este núme-
ro ni aun á los ingentes y egoísta.
Escuchadme, señor Frank, no se hable
acerca de este misterioso guante.
Y en esto lo tomó en la mano. No.
No; no una sábana mas de lo que sabeis
ya; pero no se ha ceremonia de dis-
cordia entre nosotros. El tiempo que
do permaneces aquí, adquirió con
lo tanoso suave, será necesariamente
tan corto; y el vuestro no será aun
mas: nos separaremos pues en breve
para no vernos mas; no riñamos pues,
nos místeros infortunios serán
un pretexto para acabar las pocas
tardes que nos quedan aún que pasar
juntos antes de encontrarnos á la
otra orilla de la eternidad.

No sé; Trésham, con qué encanto,
con qué sortilegio lograba esta encan-
tadora criatura tan completo predo-
minio sobre un carácter que yo mismo
no podía alguna veces soñear.

Al entrar en la biblioteca, iba deci-
dido á pedir á miss Vernon una explica-
cion cabal: me la había negado con
un roce de arrogancia insustanciante, me había
confesado que prefería á un rival un
porqué; qué otra interpretación podía
dar á la preferencia que daba á su
misterioso confidente? Y sin embar-
go, cuando estaba á punto de salir de
la sala y de romper para siempre con
ella, no necesito mas que cambiar de
tono, y pasar del acento de la arro-
gancia y resentimiento al de la auto-
ridá y despotismo, templados luego con la esperanza de la dulzura y de la melancolía, para volver a su lugar a su humilde vasallo, y someterle a las duras condiciones que le imponía.

—¿De qué sirve que vuelva? dije sentándome: ¿por qué queréis que sea testigo de desgracias que no puedo olvidar, y de misterios que es ocultar

e el tratar de desembar? Aunque no conocía todavía el mundo, es imposible que ignoro que una persona joven no puede tener mas que un amigo: si supiera que uno de mis amigos concebía secretamente a un tercero una confianza que me negaba a mí, no podría menos de tener zelo: pero de vos, mis Vernon, de vos...

—Teneis zelos en toda la estension del término, ¿no es así? Pero, mi querido amigo, en eso no haces mas que repeler lo que aprenden de memoria los mentecatos en las comedias y novelas, hasta que dan a su necedad un influjo real sobre su entendimiento. Mozos, doncellas, todos charlan hasta que están enamorados, y cuando su amor está a punto de apagarse, vuelven a charlar y a atormentarse, hasta que tienen zelos. Pero nosotros, Frank, que somos súper racionales, no debemos hablar mas que en la lumbre de la buena y fruca amistad: cualquiera otra unión entre nosotros es tan imposible como si fuese yo hombre o vos mujer. Hablando sin rodeos, añadió después de vaciar un momento, y dejando a un lado por esta vez el bien parecer, aunque me avergüenzáis un poco la claridad de mi explicación, nosotros no podíamos casarnos, si quisieis: y aun cuando pudidamos, no deberíamos hacerlo.

Un rubor celeste teñía su frente cuando me hizo esta cruel declaración: yo me disponía a combatir sus argumentos, olvidando hasta mis sospechas que acababan de confirmarse; pero ella lo previó, y añadió con una fría firmeza que tenía visos de severidad: —Lo que digo es una verdad incontrovertible que no cabe refutar; con que por favor dejenos de cuestiones... somos amigos, señor Osbaliston, ¿no es así? En esto me alargó la mano, y tomando la mía: —Amigos y nada mas, nada mas que amigos.

Soltó mi mano, y yo bajé la cabeza, doblado, como dijera Spencer, por la mezcla de dulzura y de firmeza que reinaba en sus maneras; apresúraste ella a mudar de asunto.

—Ya ves, dije, una carta dirigida a vos, pero que, á pesar de las prevenciones de la persona que os la escribía, os llegará probablemente un tránsito, si no hubeis caído en manos de mi Pacolito, é enano majigo, que guardo secretamente a mi servicio, como todas las señoritas desgarradas de las novelas.

La carta estaba cerrada, la abriré y eché una ojeada á su contenido. El papel se me cayó de las manos, y temblé involuntariamente: —¡Gran Dios! ¡mi locura y mi desobediencia han arriñado á mi padre!

Miss Vernon se sobresaltó vivamente, pero se tranquilizó al punto: —Estás pálido, dije, ¿os sentís malo? os trae un vaso de agua, Virginia, señor Osbaliston, sed hombre; ¿qué ha sucedido? ¿Ha muerto vuestro padre?

—Vive, gracias al cielo: mas penó que apero, cu ángustia se encuentra...!

—¿No es mas que eso? No os desesperéis. ¿Puede leer esta carta? dijo recogiéndola.

Di jale que sí, sabiendo apenas lo que me decía, y ella la leyó con la mayor atencion.

—¿Quién es este Tresham que firma la carta?

—El socio de mi padre (vuestro buen padre, mi querido Guillermo) pero no suelo tomar la menor parte en los asuntos del comercio.

—Habla aquí de muchas cartas que os han escrito.

—Yo no he recibido ninguna, contestó.

—Y parece, añadió, que Rashleigh, á quien dejó vuestro padre al frente de sus negocios antes de partir á Holanda, ha salido de Londres hace algunos dias con dirección á Escocia, llevándose consigo varios créditos que ascienden á una suma considerable, y que estaban destinados para pagar algunos vales firmados por vuestro padre en favor de diferentes personas de aquel país.

—Harta verdad es.

—Dice también la carta que, no habiendo oído hablar mas de Rashleigh, han enviado al primer factor, un tal Owen, á Glasgow, á fin de descubrirle, y acabo rogándome que vaya tambien á aquella ciudad, y le ayude en sus pesquisas.

—Sí, y es preciso que parte al punto.

—Escuchad, dijo miss Vernon, me parece que la mayor desgracia que puede resultar de todo esto será la pérdida de cierta cantidad de dinero, y reparar lágimas en vuestros ojos... y ya, señor Osbaliston...

—Vos me inquietáis, miss Vernon, respondí, no es la pérdida de mi caudal la que me arranca lágrimas; es el efecto que producirá en él ánimo y en la salud de mi padre, que aprecia mas el honor que la vida. Si se ve en la imposibilidad de satisfacer sus empeños, sentirá el mismo pesar, la misma desesperación, que un valiente soldado que hueve una vez á vista del enemigo, que un hombre de bien que pierde su puesto y su reputación en la sociedad. Yo preveía todas sus desgracias si no dijera oídos á un vano orgullo, á una culposa indolencia, que ha sido causa de que no se ayudase en sus tareas y siguiese como él una carrera tan útil como honrosa. ¡Gran Dios! ¿cómo cabe reparar ahora las funestas consecuencias de mi error?

—Yéndolo á Glasgow, como os ruego encarecidamente que os escribe esta carta.

—Mas si Rashleigh ha formado realmente el infame proyecto de arrojar á su bienhechor, ¿cómo podrá frustrar un plan tan profusamente combinado?

—El éxito no es cierto, lo confieso; pero por otra parte, aquí es imposible que haga ningun servicio á vuestro padre: tened presente que si os hubieseis hallado en el lugar que os estaba señalado, no os echaría tal desastre; corréis pues ahora el que os deslían, y tal vez se remediará todo; esperad, no salgáis de esta sala antes de que vuelva.

Dejéme entregado al somnoliento y á la confusión, en medio de la cual hallaba no obstante un lucido intervalo para admirar la firmeza y serenidad que poseía siempre miss Vernon, hasta en las crisis violentas é insesperadas.

Volvió algunos minutos despues, trayendo en mano un papel doblado y sellado como una carta, pero escribía sobre: —Os enteráis, dije, esta prueba de mi amistad, porque tengo la mas perfecta confianza en vuestro honor. He comprendido bien la carta que os han escrito; los fondos que están en poder de Rashleigh han de reciberselos el 12 de setiembre, para que puedan aplicarse al pago de los vales consolados: y si lo hacen antes de aquella época, no corre ningún peligro el crédito de vuestro padre.

—Es verdad; la carta del señor Tresham es muy clara. La llevo antes de que, y añadí: —No hay sombra de duda.

—¡Y bien! dijo miss Vernon, en este caso, podrá seros útil mi Pacolito. Habréis oído hablar de un escueto májico contenido en una carta, pues tomad este pliego; si os es po-
sible lograr lo perdido por otros medios y alcanzar la devolución de los créditos que se le ha llevado Rashleigh, cuentan con nuestro honor en que lo querréis sin abrirlo; si no, rompido la nena diez días antes del vencimiento de los vales que firmó vuestra madre, y hallaréis en él indicios que os serán tal vez útiles. Adiós, Frank, ya no nos volveremos a ver; pero pensad algunas veces en vuestra amiga Diana Vernon.

—Términal fue tan corto, ésa era la mano, pero yo la apreté a ella misma contra mi pecho; suspiró al desearse de mis brazos, escapó por la puertecilla que conducía a su aposento, y ya no la vi más.

CAPÍTULO XVIII.

Cuando estámos abrumados de desgracias cuya causa y carácter son diferentes, haliámos al menos la ventaja de que la distracción que producen en nosotros sus efectos contrapuestos nos da fuerzas para no sumirnos bajo el peso de ninguna. Me adelanté a mí mismo, creyendo que el separarme de mis Vernon, aunque me alejaría más, si las penosas circunstancias en que se encontraba mi padre no exijesen mi atencion. Así mismo, las tristes noticias que acababa de participarme el señor Tresham me hubieran anulado un itinerario no me inspiraba la necesidad de abandonar á aquella á quien tanto amaba. Mi amor á Diana era tan ardente, como vivo y tenido el afecto que á mi padre tenía; mas confocé que es posible dividir la sensibilidad cuando la mueven á un tiempo mismo dos causas diferentes. Tales eran mis reflexiones al dirigirme á mi aposento.

Volví á leer con suma atención la carta de vuestra padre, que era bastante lacónica; y me dirigía á Owen para que me diera los pormenores de lo ocurrido, rogándome que fueran á buscarnos sin perder un momento á una ciudad de Escocia llamada Glasgow. Asistía una noticia de que mi viejo amigo en casa de los señores Marvillet Macef en compañía, comerciantes de aquella ciudad, en el barrio de Gallowgate. Me hablaba de varias cartas que me había escrito, y que no había recibido, porque sin duda habían sido interceptadas, y se quejaba de mi silencio en unos términos que fueran sobre manera injustos, si mis cartas hubiesen llegado á su destino. Cuanto más leía esta carta, iba á más mi admiración no dudé un instante que el joven de Rashleigh velaba en derredor mío, y me escapaba por tiempos y dificultades; ni vislumbraba en espanto la extensión de los medios que se encuadraban en la maldad que había empleado para lograr su intento. Preciso es que me haga justicia á mí mismo; el sentido de separarme de mis Vernon, por vivo que fuese, por intolerable que me pareciera en cualquier otra ocasión, no llegó á ser para mi mas que una consideración al pensar en los peligros que amenazaban á mi padre. No es que diera muchoprecio á los caudales: imaginaba, como casi todos los jóvenes de ambiente imaginación, que es más fácil pasar sin riquezas que conseguir el tiempo y la aplicación á los medios de adquirirlas. Pero en la situación en que se hallaba mi padre, sabía yo que miraría una suspensión de pagos como una mancha indeleble, que la vida no tendría atractivos para él, y que contemplaría la muerte como su única esperanza.

Mi imaginación no se ocupaba en ello mas que en buscar medios de desviar la catástrofe, y lo hacía con un ardor de que fuera incapaz si no se tratara mas que de mi haber personal. El resultado de mis reflexiones fue una firme resolución de partir de Osbaldiston Hall al día siguiente, y de dirigirme á Glasgow para juntarme con Owen Leben. Juzgando del caso participar mi partida á mi tío dejando hacer una carta en la que le daba las gracias por la buena acogida que había recibido, y me escusaba con términos jenerales en un negocio urjente e imprevisto que me obligaba á separarme de él sin ofrecerse de palabra. Conocía bastante al viejo caballero para saber que me perdonaría esta falta aparente de cortesía, y había concebido tan terrible idea de las pérdidas combinaciones de Rashleigh, que me tenía no hubiese preparado algunos resortes secretos para impedir un viaje que emprendía únicamente con el fin de frustrar sus proyectos, si anunciaba pública- mente mi partida de Osbaldiston Hall.

Estaba pues muy resuelto á partir al siguiente dia al amanecer, y á salvar la frontera de Escocia antes de que sospecharan que había salido del alcázar; pero existía uno obstáculo poderoso que debía perjudicar á la celeridad de mi viaje: no solamente ignoraba cuál era el camino mas corto para ir á Glasgow, sino que no sabía absolutamente la ruta. Como importaba muchísimo la preservación de mis Vernon, resolví consultar el caso con Andrés Listo-á-todo, como que era competente autoridad para sacarme del apuro sin demora.

Aunque era ya tarde, quise ocuparme en este interesante objeto, y me fui al instante mismo á casa del jardinero. Su morada se hallaba á corta distancia de las tapias del jardín; era una choza construida enteramente en el estilo de arquitectura del Northumberland. Las ventanas y puertas estaban decoradas de pesados arquitraves y macizos dinteles de piedra sin labrar, y el techo cubierto de juegos en lugar de hálago, tejas ó pizarra. Por un lado corrió un arroyo de agua cristalina: un antiguo pozo sombreada con sus ramas.
¿Y los duendes? ¿si vienes a perseguirnos a las tres de la mañana? poco caso haría de que me visitases dos veces en veinte y cuatro horas.

—No tengo miedo, le dije yendo; bastantes espíritus mágicos existen en la tierra que saben hacer de sus suyas, mejor que si tuvieran a sus órdenes todos los secuaces de Lucifer.

Después de esta esclamación, que me arrancó el sentimiento de la situación en que me hallaba, salí de la choza de Andrés y me volví al alcázar.

Elice pocos preparativos que eran indispensables; cargué mis pistolas, y me eché enteramente vestido sobre la cama para prepararme, con algunas horas de sueño, a sufrir la fatiga del viaje que iba a emprender, y las inquietudes que debían acompañarme hasta el fin de la ruta. La naturaleza, postrada por las zozobras que había experimentado en el escorzo del día, me hizo más favorable de lo que me atrevía a esperar, y gozé de un sueño agradable hasta que oí tocar las dos del reloj del alcázar, colocado en el alto de una torre que estaba próxima a mi estancia. Había tenido el cuidado de guardar luz; me levanté al instante, y escribí la carta que trataba de dejar a mi tío. Terminada esta, llevé una maleta con los vestidos que más necesitaba, dejando en mi sitio lo restante de mi guardarropa; bajé la escalera sin hacer ruido; no fuí a la cuadra sin llamar obvio alguno, y donde, sin ser tan hábil palafrenero como mis primos, enseñé y embriñé mi caballo y me puse en camino.

Al entrar en la calle que conducía a la puerta del parque, me detuve un instante, y me volví para ver por la vez postrera las paredes que encerraban á Diana Vernon. Parecía que una voz secretó me decía que me separaba de ella para no verla ya mas. Era imposible, en la filota larga e irreconocible de las ventanas góticas del alcázar, alumbreadas apenas por los pilares rayos de la luna, reconocer las del aposento que ella ocupaba. La he perdido para siempre, dijo padre mi esforzándome inútilmente por distinguirlas; la he perdido aunque con el tiempo que acabo un descubrimiento, muy se me que da de seguir con ella ninguna correspondencia cuando nos hayamos separado?

Estaba absorta en una meditación de naturaleza poco agradable, cuando el reloj del alcázar dio las tres, y troé á mi memoria un individuo mucho menos interesante para mí, y una elisa a que me importaba ser exacto.

Al llegar al cabo de la calle, vi á un hombre á caballo, oculo en la sombra que trazaba la cerca del parque. Tosi muchas veces, pero hasta que pronunció el nombre de Andrés en voz baja, no me respondió el jardinería. —Sí, sí, Andrés soy. —Camín, dólante, le dije; y guardado profundo silencio, sí era posible, hasta que hayamos avanzado la aldea que hay en el valle. Andrés no dió lugar á que lo repitiera esta orden; partió al instante mismo y á un paso mucho más rápido de lo que yo desearía. Obsequió tan escrupulosamente al paso de guardar silencio, que no respondió á ninguna de las preguntas que sin cesar le dirigía sobre la causa de una marcha tan rápida, y que me parecía tan imprudente como poco necesaria al principio de un viaje largo, y que no imponía tal vez á los caballos en el estado de no poderle continuar un carrizo. No cruzamos la aldea, sino que, llevándome por sendas esquivadas, llegamos á una estación lluviosa, y en seguida nos hallamos en medio de las montañas que separan la Inglaterra de la Escocia, en lo que llaman las Marcus medias (1). El camino, ó mas...
bien la mala senda que seguíamos en-
tonces, estaba lleno ya de malezas, ya de
plantones; sin embargo Andrés no aflojava el paso, y andábamos sus
euve ó diez millas por hora.
	Me sorprendía y descontentaba el capricho del bellaco, y con todo te-
nia que seguirlle, ó perder la ventaja de llevar un guía. No hallamos más
que subidas y bajadas rápidas, en un terreno en que nos arriesgábamos á
Rompernos la cabeza á cada instante; y pasábamos de cuando en cuando
por el borde de unos precipicios donde
de menores trechos de los caballos
nos hizo sentir un comienzo de miedo.
La luna nos prestaba algunas veces una escasa claridad, pero á me-

112
nudo una nube ó una montaña nos
somerjía en profundas tinieblas; en-
tonces perdía de vista á mi guía, y
me dirija tan solo por el ruido de los
paso de su caballo, y las chispas que
sacaban de las rocosas sobre las cuales
nos caminábamos. La rapidez de nuestra
carrera y el cansancio con que había de

113
dirigir mi caballo atendiendo á mi se-
guridad, me fueron al pronto útiles en
algún modo para distraerme de las
penosas reflexiones á que me
abandonaba. Grité de nuevo á And-
res que no anduviese tan á prisa, y me
enseñoró seriamente cuando vío
que no hacía ningún caso de mis re-
petidas órdenes, y que no le podía
sacar ninguna respeto. Mas la cól-

112
egra no me servía de nada. Hice dos ó
tres veces lo posible para alcanzarle,
determinándome á calentarle las
espaldas con el mango de mi látigo; pero él iba mejor montado que yo, y
se guisaba de mis buenas intencio-
escas de otra que á su caballo le agi-
jonesse una noble emulación, así que
lograba acercarme á él, no tardaba en
enganar otra vez el terreno perdido. Por
último, no pudiendo tener á raya mi
cólera, grité que iba á recurrir á mis
pistolas, y escribí á Hotspar An-
drés (1) una bala que le obligaría á

113

1. detener la impetuosidad de su carre-
ta. Es probable que oyó esta amenaz-
za, y que le hizo alguna impresión; pero
mucho de paso al punto, y en poco momentos me hallé á su
lado.
—Sí es cortura correr de este modo! dijo con la mayor serenidad.
—¿Y porque corrois así, bellaco?
—Creía que su señoría llevaba prisa, me replicó con imperturbable
gravedad.
—Hace dos horas que os estoy
gritando que no os marceis más despacio. ¿Estás loco? ¿Estás loco?
—Es que tengo el oído un poco
delicado, señor Frank, y á más el
ruído que hacen los caballos andando
sobre estas peñas, y á más..., es ver-
dad que hehí el trago de partida antes de salir; y como no tenía nadie que
me acompañase en mi brindis, la había sido guardar mi.
Todo esto podía ser verdad; sin-
 embargo no creía ni una palabra: po-
ro como la situación en que me ha-
llaba exija que mantuviese buena
armonía con él, me contenté con
prescribirle que caminase desde en-
tonces á mi paso.

112

113

1. Animado con mi tono pacífico,
Andrés levantó el suyo una octava,
según su costumbre ordinaria de pe-
cadería.
—Su señoría no me persuadirá nunca, al nadie del mundo tan poco,
que sea de cuerda esponjarse al aire de la noche sin alentar el estómago
con un buen vaso de aguardiente ó de nebria, ó de algún otro córborbomente;
y yo hablo por experiencia, porque,
¡Dios me libre! he atravesado no pocas veces estas montañas, durante la
noces, llevando á cada lado de mi
silla un barrilito de aguardiente.
—Que en otros términos es decir
que trabajais en contrabando, An-
drés; ¿y cómo cabe que un hombre de
principios tan ruidos como los
históricos de Shakspere, cuyo nombre puede tra-
ducirse español-castellano.

112

113

1. —¿Es un robo, bellaco?
—¡Un robo! ¡Dios me libere! se-
nor Frank, nadie tiene derecho para
llamarle ladron. —Ved lo que es; el
señor Thorncifff me pidió prestadas
diez libras para ir á las convidas de
caballos de York, y llemó el diablo si
ha pensado nunca en volvérsele; muy al contrario, cuando le hablaba de
mi crédito, decía que me molestaría á palos. Mas ahora me habrá de pagar
hasta un maravedí, si es que quiere
volver á ver su jaca, y sino, no ten-
drá nunca una crin de cola. Coso-
co un astuto escrito en Longman,
ín, iré de paso, y él regalará el nego-
cicio. ¡Un robo! no, no: nunca se ha ca-
lentado Andrés á semejante juego.
 Esto es una prada que le cojido: no
hay mas diferencias sino que en vez de
hacerla tomar á un signacil, la he to-
mado yo propio; es cosa arreglado á la
ley, y he ahorrado gastos por eco-
nomía.
—Esa economía nos costará tal vez
más cara de lo que pensábamos, si con-
tinuáis cabriolando así por vuestras
manos y sin autoridad legal.
—¡Ta, ta! ahora estamos en Esco-
ia, y hay aqui abajo generacios
iberanos y jueces que me defenderán á
mi mismo que á todos los Osbal-
distons de Inglaterra. El primo en
tercer grado de la tía de mi madre es
primo de la mujer del preboste de
Dunmivies, y no sufriros que averi-
ase una sola gota de su sangre. Aquí
las leyes son iguales para todos; no es
como en vuestro país, donde un
mandato del escribano Jolsoon puede
enviáros al rollo antes que sepaís
siquiera porque: mas esperando un po-
co, y aun habré menos justicia en el
Northumberland; y ved aquí porque
me los despidido de él.
—No hay para que os diga, mi queri-
do Tresham, que los principios de
Andrés no estaban en manera alguna
acorde con los mios; y así formé el
proyecto de reescatar la jaca cuando
llegásemos á Glasgow, y de enviar
otra vez á mi primo. Resolví también escribir á mi tío por el correo, para informarme de lo ocurrido, en la primera ciudad que hallásemos en Escocia: pero necesitábamos á Andrés, y la ocasión no me pareció favorable ni para darle parte de mi proyecto, ni para afechar una accion que su igno- rancia le hacía quizás mirar como muy natural. Madre de conversación, y le pregunté porque decía que habría en breve menos jus- ticia en el Northumberland. ¿Adónde irás, Andrés? En el caso de que vengas, habrá justicia, pero será con el mosquete en la mano: acaso no se hallan reunidos en todo el condado los oficiales irlande- ses y todo el ganado que han ido á buscar á los países extranjeros por no encontrar bastantes parciales en el nuestro? Estos cuervos han ido allá porque han visto la carretera: tan cierto como vivo, que Sir Hildebrando no permanecerá con los bruzos cruzados. Vi como traían al alcázar fun- siles, sables y espadas: ¿creéis que esto sea para nada? Estos jóvenes Osbaldistos son dioses rabiosos; ¡Dios me libre! 

Este discurso me trajo á la memo- ria lo que creía que había ya concluido de que los jacobitas estaban en vigésima de hacer alguna arriesgada tentativa. Mas sabiendo que no me convenía erigirme ni esparcir ni censo de los discursos y acciones de mi tío, evité toda ocasión de ponerme al cor- riente de lo que pasaba en el alcázar. Andrés no tenía los mismos escritorios, y hablaba sin duda como pensa- ba, diciendo que allí se tramaba algu- na maquinación, y que este era uno de los motivos que le habían determinado á ausentarse. 

—Han salido y pasado revista, añadió, á todos los erizados, campe- nos y vaqueros: que vinieran meternos á mí también en la danza, pero cono- cían muy poco á Andrés Listo-á-todo. O me batiré como cualquiera otro ando me convenga, pero no será ni por la prostituta de Ballonía, ni por ninguna prostituta de Inglater- ra.

CAPÍTULO XIX.

En la primera ciudad de Escocia donde nos detuviémos, fui á buscar mi guía á su amigo el escribano, para consultarle los medios de apropiarse de un modo legal la jaca de Thorn- cliff, que todavía no le pertenecía mas que á consecuencia de lo que me contentaría con llamar util á borda. No sin cierto placer conocí en su rostro prolongado, y en su aire contrito, cuando estuvo de vuelta, que su consu- lta no había tenido el feliz resulta- do que esperaba. Como el señor Tontloqhe le había sacado ya de más de un mal paso en sus operaciones de contrabando, tenía en él defensa confianza, y lo contó todo el caso francamente y sin reservas. Mas después de que se vieran la última vez, ha- bían nombrado al señor Tontlophc escribano de la justicia de paz del condado, y á pesar de todo el interés que tomaba en su antiguo amigo An- drés Listo-á-todo, le dijo que su de- ber y su conciencia exigían que informase á la justicia de semejantes hazas- fias, cuando llegaban á su noticia; que no podía menos de rogarle que la jaca y de meterla en la cuadra del baile Tromblll, hasta que se decidiese á quién tocaría la propiedad: que aun debiera acertarle á él mismo; pero que no podía resolverse á tratar con tanto rigor á un conocido antiguo; que así le permitiría retirarse, y le invi- vitaba á salir de la ciudad lo más prontamente posible. Hasta fué tan generoso que le regaló un caballo viejo, agua- do y asnoático, á fin de que pudiera continuar su viaje. Es verdad que exigía en pago una cesión absoluta y muy en favor de todos sus derechos sobre la jaca: cesión que le represen- tó como una mera formalidad, pue- to que lo mas que podía esperar An- drés era el cabestro.

No sin dificultad me contó An- drés estos pormenores, porque estaba corrido, y su orgullo nacional su- fria no poco al verse obligado á con- fesar que los escribano de Escocia eran como los escribano de todos los demás países del universo, y que el escribano Tontlophc no era de me- jor calaña que el escribano Joslon. 

—Si esto me hubiese sucedido en Inglaterra, no si tierra la mitad que me robaban lo que había adquisi- ridó á riesgo de mi vida, según el premio. Pues, en Inglaterra, ¿será ése el valor de un hacho! ¿no es un vergüenza que un honro- so Escocés robe á otro compatriota suyo? Seguramente ha variado todo en este país, y creo que ha sido, ¡Dios me libre! desde aquella desdicha del or- denación.

Es de advertir que Andrés atribuye siempre á la union de Escocia con Inglaterra todos los síntomas de me- noscabo y descomposición de observa- ba en sus compatriotas, sobre todo la desaparición de las ciudades, el aumento de peso de los gastos, y otras muchas cosas que tuvo cuidado de explicarme du- rante el curso de nuestro viaje.

En cuanto á mi, me consideré, en vista del jiro que habían tomado las cosas, como libre de toda respon- sabilidad respecto á la jaca. Conten- témonos con escribir á mi tío el modo como se la habían llevado de su casa, y que no debiera acostumbrarse á dijí que su de- ber y su conciencia exigían que informase á la justicia de semejantes hazas- fias, cuando llegaban á su noticia; que no podía menos de rogarle que la jaca y de meterla en la cuadra del baile Tromblll, hasta que se decidiese á quién tocaría la propiedad: que aun debiera acertarle á él mismo; pero que no podía resolverse á tratar con tanto rigor á un conocido antiguo; que así le permitiría retirarse, y le invi- vitaba á salir de la ciudad lo más prontamente posible. Hasta fué tan generoso que le regaló un caballo viejo, agua- do y asnoático, á fin de que pudiera continuar su viaje. Es verdad que exigía en pago una cesión absoluta y muy en favor de todos sus derechos sobre la jaca: cesión que le represen- tó como una mera formalidad, pue- to que lo mas que podía esperar An- drés era el cabestro.

Continuamos nuestro ruta hacia el noroeste, pero no con la misma celeridad que al principio de nuestro viaje. Andrés sabía perfectamente los
puncia con este porvenir. La calle principal era ancha y hermosa, la adornaban varios edificios públicos cuya arquitectura era más agradable a la vista que correcta por lo tocante al gusto, y la guarnecían por ambos lados casas de sillería, sobrecargadas de adoros de mampostería, lo que le daba cierto aire de grandezza y de dignidad que falta á la mayor parte de las ciudades de Inglaterra, fabricadas de fríjoles ladrillos y de un rojo agapado.

Un domingo por la mañana fue cuando llegamos mi guía y yo á la metrópoli occidental de Escocia. Todas las campanas de la ciudad tocaban á vuelo, y el pueblo que llenaba las calles yendo á las iglesias, anunciaba que este día estaba consagrado á la religión. Nos apresamos á la puerta de una alegre posadera, á quien Andrés llamó hostler-wife, palabra que me recordó la ostería del viejo Chaucer; nos recibió ella muy cortesamente. Mi primer pensamiento fue buscar al punto á Owen; pero supe que sería imposible encontrarle antes que se acabara el servicio. Aseguréme mi huéspede que no hallaría á nadie en casa de los Sres. Macvittie, Masfin y compañía, donde la carta de nuestro padre, Tresham, me anunciaba que tendría noticias; porque era gente religiosa, y estaban donde debían estar los buenos cristianos, es decir, en la iglesia de la barriada.

Como el disgusto que concibiera recientemente Andrés respecto de las leyes de su país no se extendía á su culto religioso, preguntó á nuestra huéspeda el nombre del predicador que había de distribuir el pasto espiritual entre los fieles reunidos en la iglesia de la barriada. Apenas había pronunciado su nombre, cuando entonó Andrés un cóntico de alabanzas en honor suyo, y á cada elogio repetía la huéspeda un amen de aprobar.

Yo me decidi á ir á aquella iglesia, más bien con la esperanza de saber si Owen había llegado á Glas-
cow, que con el fin de salir de ella muy edificado. Redoblé mi esperanza cuando me dijo la huéspeda que el señor Ephraim Macvittie permanecía todavía en la tierra de los vivos, honraría ciertamente aquella iglesia con su presencia, y que si tenía un estrenador alojado en su casa, no le quedaba ninguna duda de que lo conduciría allá. Esta probabilidad acabó de decidirme, y escogiendo del firme bolso, me dirigí á la iglesia de la barriada.

No necesitaba por cierto un guía en esta ocasión; pues el jinete que se agolpaba en una calle estrecha, escarpada y mal ceduedada, para ir á oir al predicador mas popular de toda la Escocia occidental, me hubiera arrastrado tras sí. Al llegar á la cima de la altura, volvimos á la izquierda, y una enorme puerta, cuyas dos hojas estaban abiertas, nos dio entrada al estrecho cementerio que rodea la iglesia catedral de Glasgow. Este edificio es de un estilo de arquitectura gótica más lógico y nexo que él ganara un carácter particular, y está tan bien conservado y en tanta armonía con los objetos que lo circueyen, que la impresión que produce en los que le ven por vez primera es imponente y respetable en grado sumo. A mí me sorprendió tanto, que resistí algunos instantes á todo el ardor de cuantos habían antes de arrastrarme dentro de la iglesia: tan ocupado me hallaba en examinarla por dentro.

Situado en el centro de la ciudad tan grande y poblada, parecía yacer este edificio en la soledad más profunda. Aúna piedad le separan por un lado de las casas; por el otro está rodeado de una arroyada ó fondo del cual sale un arroyo no percibido y cuyo murmurio aumenta todavía la magnificencia de aquellos sitios. En la orilla de la arroyada se levanta una calle cerrada de abetos, cuyas ramas extendían hasta el cementerio melancólico de la paz. El mismo cementerio ofrece un carácter peculiar, puesto que sea en verdad muy dilatado, no es á proporcion del número de habitantes que se entierran en él, mucho más cuando todos los sepulcros están cubiertos de una piedra sepulcral. No se ven allí aquellas ma-

CAPITULO XX.

A pesar de la impaciencia de mi guía, no pude menos de detenerme a contemplar durante algunos minutos el exterior del edificio, que quedó más imponente con la soledad en que nos dejaron las puertas cerrándose después de haber devorado, por decirlo así, la multitud que un momento antes llenaba el cementerio; y las voces, barajándose en coro, nos anunciaban los piadosos ejercicios del antiguo. El concierto de tantas voces, a las cuales prestaba la distancia grave armonía, sin que llegasen a mimar las distancias que lebrían de más cerca; el arroyo que mezclaba con ellas su murmullo, y el viento que jineta entre los viejos árboles: todo me parecía sublime. La naturaleza, tal vez, invoca el rey pro- pietario en los salmos que cantaban, juntándose también al parecer a los fiel en su Criador aquella solemnidad alzaban en que se confunden el temor y el gozo.

Como permanecía yo escuchando tan respetuosos actos, Andrés, cuya impaciencia rayaba en importancia, me tiró de la manga: —Venid, señor, venid, que turbarnos el servicio si entramos mas tarde, y si los pertigueros nos encuentran pasando el cementerio durante el oficio divino, nos arrestarán como vagabundos, y nos conducirán al cuarto de degrada.

Así que os este aviso, seguí a mi guía; pero cuando me disponía a entrar en el coro de la catedral: —Por aquí, señor, esclavo, por esta puerta. —Entonces me condujo hacia una portezuelita clavada, custodiada por un hombre de continente grave, que parecía a punto de cerrarla y correr el cerrojo; y bajamos una escalera por la cual llegamos bajo la iglesia, sitio extrañamente escogido, no sé porque, para el ejercicio del culto presbiteraliano.

Andrés y yo, que habíamos llegado demasiado tarde, permanecíamos de pie, así como gran número de personas, formando una especie de círculo en derredor de los que se hallaban sentados. Detrás de nosotros estaban las bóvedas de que he hablado ya, y dábamos el rostro a los fieles congregados, cuyos rostros, vuelos hacia el predicador, se veían alegres, o más cariño en la bondad de dos ol tres ventanas de forma gótica.

Distinguía, á favor de esta claridad la diversidad común de rostros que se veían hacia un pastor escucho en ocasión solemne; casi todos llevaban el carácter de la atención, á no ser cuando un padre o una madre atraían las miradas distruidas de un niño sobrado vivo, ó interrumpían el sueño del que se había dormido. La fisonomía algo dura y característica de la nación, manifestando por lo general intelectual y flaca, se ofrece al observador con mas ventaja en los actos de piedad ó en las filas de un combate, que no en las reuniones de interés social. Entre otras cosas noté que las viejas oían con la mayor atención el discurso del predicador, mientras que las jóvenes pasaban modestamente sus miradas, una que otra vez, por toda la asamblea, aun creí, Tresham, sí no me engañaba mi vanidad, que algunas de ellas reconocieron á vuestro amigo por un inglés, y le distingueron como á un mozo de mediana presencia. Noté también que había en la congregación algunos monteses, cuyos ojos se dirigían sucesivamente á todo el auditorio, con cierto aire de salva curiosidad; sin atender a lo que decía el ministro, pues no entendían la lengua en que hablaba, lo cual me parece que era suficiente disculpa. El talante marcial y resuelto de estos forasteros daba á la reunión un carácter que no tuviera sin su presencia: Andrés me dijo luego que había en este momento más de mil personas en la iglesia, situación que solo encontraría en Glasgow, por haber en las cercanías una feria de ganado.

Tales se ofrecían á mi vista algunas de las personas que llenaban la iglesia subterránea de Glasgow, saludadas por algunos rayos estraviados que, penetrando por medio de angostas vidrieras, se perdían en el vacío de las últimas bóvedas, esparciéndolas en los espacios más angostos una como imperfecta luz, y dejaban los rincones más apartados de aquel laborinto en una oscuridad que los hacía al parecer ininteligibles.

He dicho ya que estaba de pie en el círculo exterior, con los ojos fiestos en el ministro, y vuelto de espaldas á las bóvedas de que he hablado mas de una vez. Esta posición me exponía á frecuentes distracciones, porque el que mayor ruido que lucian bajo de aquellos sombreros arcos, era repetido por mil eco. Mas de una vez volví la cabeza hacia este lado, y cuando mis ojos tomaban tal direccion, con dificultad podía dirijirlos á otra parte; tanto es el placer que causaba nuestra imaginación en descubrir los objetos que se le ocultan, y que no tienen muchas veces mas interés que el ser desconocidos ó dudosos. Por ultimo aconteció mi vista á la curiosidad de la, dirijo, insensiblemente tomó más interés en los escudrinamientos que hacía en aquel círculo de lóbulos retiros que en ninguna otra cosa.

Mi padre me había reproducido mas de una vez esta lijeriza, cuyo origen nacía tal vez de una vivacidad de imaginación ajena á su carácter. Acordándome de que siendo niño, cuando me conducía á la capilla para oir las instrucciones del señor Shannon, me encargaba siempre que las oyes bien y me aprovechase de ellas. Pero en este momento la memoria de los consejos de mi padre me daba nuevas distracciones, recordándome sus negocios y los peligros que le
amenazaban. Díje a Andrés, con la voz más baja que me fué posible, que se informase de los que tenían al lado si el señor Ephraim Macvittie se hallaba en la iglesia; pero Andrés, muy atento al sermón, solo me respondió rechazándose con el codo, como adviértiéndome que guardase silencio. Volví pues a dirigir la vista a los oyentes, para ver si entre todas las figuras que con estruendo cuello miraban al púlpito como a un centro de atención, podía distinguir el rostro esbelto y los imperturbables rasgos de Owen; pero bajo los anchos sombreros de los ciudadanos de Glasow, y bajo los gorros más anchos todavía de los Lowlanders (1) del Lanarkshire, no vi nada que se pareciese a la pincel bien empolvada, a los almendrados musgos y al vestido completo de color de sable, insinuando caraterísticas del primer factor de la casa de banco Osbdalston y Tresham. Redoblé mi inquietudes con mayor fuerza, y resolví salir de la iglesia, a fin de preguntar a las primeras personas que salieran si habían visto al señor Ephraim Macvittie. Tiré de la manga a Andrés, y le dije que quería partir; mas Andrés mostró en la iglesia de Glasow la misma ternura de que diera pruebas en las montañas de Chattoy; y hasta que hubo reconocido la imposibilidad de hacerse callar sin responderme, no quiso informarme de que una vez entrados en la iglesia ya no podíamos salir antes de acabarse el oficio, en atención a que cerraban la puerta al principio de las oraciones, a fin de que los fieles no fuesen distrayidos en su devoción. Después de darme este aviso en pocas palabras, y con muy mal gesto, volvió a tomar su aire de importancia y atención.

Esforzéme a hacer de la necesidad virtud, cuando fui interrumpido de

un modo muy singular. Uno me dijo en voz baja por detrás: — Correis peligro en esta ciudad.

Me hallaba yo apoyado por el uno contra un pilar, y tenía a Andrés al otro; volvimos precipitadamente, y no vi detrás de mí mas que algunos menestrales de talle y traza adecuados.

Una sola mirada que les eché me persuadió que no era ninguno de ellos quien me hablaba; habíamos entera mente absortos en el sermón, y nunca nos percatamos del inquietud y de admiración con que nos miraba. El macizo pilar cerca del cual me hallaba, había ocultado quién al que me hablaba y diera tan misericordioso aviso. ¿ Pero quién era? ¿ por qué me decía algo que no le convenía? ¿ por qué me decía algo que no le convenía?

No le hubiese oído la primera vez.

Antes de que trascurriesen cincuenta minuts andando en pelea,
pues me dijo pasito la misma voz.

— Escuchad, pero no os volváis. Yo permanecer infalible.

— Correis peligro en esta ciudad, repuso la voz, y yo mismo no estoy seguro. Iréis a medias noche al puent e, donde me encontraréis: hasta entonces permaneced metido en casa y no os dejeis ver de nadie.

La voz cesó de hablar, y el punto volvió la cabeza: pero el que hablaba había hecho un movimiento aun más veloz, y metiéndose probablemente detrás de la columna. Estaba resuelto a descubrirse si era posible, y saliendo de la última fila de los oyentes, pasé por delante del pilar, y no había alcanzado nadie, y tan solo percibía a uno que atravesaba como espectro la soledad de las bóvedas, ya descritas: estaba embobado; pero no pude distinguir si en un de los Lowlands

ó en un placid de los Highland's, Adelevante á fin de perseguir al misericordioso ser, que se coló y desapareció por bajo de las bóvedas, como el espectro de uno de los numerosos muertos que descansaban en aquel recinto. Pocos observadas me restaban de alcanzar en su huida al que iba determinado á huir el cuerpo á una explicación conmigo; pero acabé de perder toda esperanza cuando hubo dado tres pasos, pues tropezaron más, y no sé más de lo que es bandido, y caí. La oscuridad, causa de mi caída, me tuvieron al menos favorable en mi desgracia; porque el predicador interrumpió su discurso para mandar á los periqueros que detuviesen al que había alterado el orden de la congregación; y como el cuído no duró que un instante, y probablemente no notaron necesitar ejecutar con rigor el orden, la oscuridad que había causado mi accidente cubrió mi retirada, y me volví al pilar sin que nadie lo echara de ver. El predicador continuó su sermón, y le terminó sin obscuridad.

Cuando saliamos de la iglesia con el resto de la congregación: Mirándome, me dijo Andrés, que había encontrado otra vez su labia; mirad al respetable señor Macvittie, á mistress Macvittie, á miss Alison Macvittie, y al señor Thomas Macfie, quien dijese que esa vez es miss Alison, si hace bien su papel: no es bonita, pero tendrá buena dote.

Mis ojos, siguiendo la dirección que me indicaba, se fijaron en el señor Macvittie. Era hombre de edad, alto, seco, de ojos azules muy metidos en la cabeza, de pobladas cejas de color oscuro, y, según me pareció, de cierto aire duro y sinestesía fisonomía que me preocupaban más que mi amor contra él. Acordéme del aviso que me habían dado en la iglesia de no dejar ver de nadie, y no quise dirigirme á él, aunque no tenía ningún motivo razonable para temer nada de su parte, ni para mirarlo como sospechoso.

Todo estaba indeciso, cuando Andrés, que tomó mi inquietud por tímidez, se puso á animarme.

— Hubilde, señor Francisco, hablade: aun no es preboste de Glasow, aunque dicen que lo será; el día que viene.

Hubilde, os digo; os responderá cortésmente, con tal que no le pida dinero, porque dicen que es bastante tacaño.

Ocuparse al punto la reflexión de que si este comerciante era tan interesado y avventurero como me lo representaba Andrés, debía tomar algunas precauciones antes de darme á conocer, pues que ignoraba si mi padre era deudor o acreedor suyo. Estas consideraciones, unida al misericordioso aviso que había recibido y á la página que me inspiraba su fisonomía, me decidí á asegurar al menos al día siguiente para dirigirme á él. Me limité pues á encargar á Andrés que se quedase á casa del señor Macvittie, y preguntase por un tal Owen, que debía haber llegado de Glasow algunos días hace, reiterándole mucho que no diera quien le había dado tal encargo, y ordenándole que me trajese la respuesta á la posada donde parábamos. En el camino, me habló de la obligación que tiene todo buen cristiano de asistir al oficio de la tarde; pero Dios me libró de añadir con su malicia acostumbrada, de los que no saben estar quietos, y van á romperse las piernas contra las piedras de los sepulcros como si quisieran hacer salir á los muertos; para los tales habían de tener los templos chimenea.

CAPITULO XXI.

Ajustado de tristes presentimientos, sin poder darles causa razonable, me encerré en mi aposento, y envié á Andrés; quien me propuso inútilmente que le acompañase á la
ROE-ROY.

122

iglesia de San Enoch, donde me dijo que debía perdonar un predicador, cuyas palabras penetraban hasta lo íntimo de las almas. Puséme a reflexionar seriamente acerca del partido que había de tomar, yo no había sido nunca lo que llaman supersticioso; pero creo que todos los hombres, en situación ardua y crítica, y después de haber consultado insinuamente su razón para trazarse la línea de su conducta, son bastante dados, como por desesperación, a soltar la rienda a su fantasía y dejarse guiar enteramente, ya por la casualidad, ya por alguna extraña impresión que se graba en su mente, y la cual se abandona como por voluntario impulso. Echabase de ver un no sé qué tan repugnante en los rasgos y fisonomía del comerciante escocés, que me parecía no poder fiarme de él sin quebrantar todas las reglas de la prudencia. Por otra parte, aquella voz misteriosa que había oído, aquella especie de fantasma que viera desaparecer bajo las sombras bóvedas que pudieran llamarse propiamente el fin del valle de la muerte; todo esto no podía menos de obrar en la imaginación de un jefe, que, según recordaba, era también poeta.

Si me hablaba verdaderamente ro dejado de perigos, segur me habían advertido secretamente, cómo podía conocer su naturaleza y saber los medios de guardarme de ellos sin rehuir al que me había dado tal aviso, y a quien no podía menos de suponer nuevas intenciones. Las maquinaciones de Rashleigh se presentaron mas de una vez á mí mente; pero había yo partido de Oshaldiston-Hall, y llegado á Glasgow con tanta precipitacion, que no suponía ya mi residencia en este cielo, y mucho menos que hubiese tenido tiempo para urdir alguna trama perniciosa contra mí. No me faltaba osadía ni confianza en mí propio; era activo y robusto, y mi permanencia en Francia me había dado cierta destreza en el manejo de las armas, lo cual compone parte, en aquella nación, de la educación de la juventud: no tenía miedo á nadie cuerpo á cuerpo; el arrebatado no era de tener en el siglo ni en el país en que vivía, y de la cita, aunque poco frecuentado durante la noche, estaba inmediato á calles demasio pobladas para que me pudiese pavor ninguna violencia. Resolví pues ir allá á la hora indicada, y dejarme guiar luego por lo que sabría y por las circunstancias. No es ocultar, Tresham, lo que entonces trataba yo de ocultarle á mi mismo; y es que, creía en mi interior y casi con placer que debía de existir alguna traba, aunque no sabía cómo ni por qué medios, entre Diana Vernon y el estreo aviso que me habían dado. Ella sabrá el fin y objeto de mi viaje: ella me había confesado que tenía amigos influido en Escocia: ella me había entregado un talismán cuya virtud debía reconocer cuando no me quedase otro recurso... ¿quién sino Diana Vernon podía saber los peligros que, según me aviso, me rodeaban, desear preservarlos de ellos, y poseser medios para conseguirlo? Este lisonjero punto de vista no cesaba de presentarse á mi mente, en mi engañosa situación. Tal idea me ocupó antes de comer, no me abandonó durante mi frugal comida, y me dominó de semejante modo en la última media hora, ayudada tal vez, de algunos rasgos de excelente vino, que para desasirse de lo que miraba como ilusión engañosa, aparté los platos del vaso, me levanté de la mesa; cójí mi sombrero, y salí de la casa como un hombre que has de sus propios pensamientos. Sin embargo cedi á ellos en este momento, sin saber por qué pasos me condujeron insensiblemente al puente sobre el Clyde, lugar de la cita señalada por mi invisible consejero. No había comido hasta después del servicio de la tarde, porque mi devota huéspepa tenía escrúpulo de disponer la comida durante las horas destinadas al oficio divino, y yo vine á bien en ello tanto obstante aún no habiendo trascursado algunas horas antes del momento fijado para mí cita. Figuráu en su lugar y fastidioso debía de parecerme este interludio. Muchos grupos de personas de todas edades, y que llevaban la santidad del día estampada en el rostro, atravesaban la dilatada pradera que se halla en la ribera del Clyde, y que sirve de paso á los habitantes de Glasgow. Poco á poco pensé que yendo y volviendo sin cesar por lo largo del río corría riesgo de que me observasen los transeúntes, lo que no me sería quizás muy conveniente. Me alejé pues del lugar y me estreché frecuentemente, y me entretuve buscando sucesivamente por toda la pradera el sitio en que estaría menos expuesto á verme. Como la pradera estaba plantada de árboles que formaban diferentes calles, á semejanza del parque de Saint-James en Londres, no era difícil ejecutar esta tan operación.

En tanto que me paseaba por una de estas calles, oí en la vecina una voz destemplada que reconocí por la de Andrés Listo á todo. Agacharme tras de un árbol, era quizás comprometer algún tanto mi dignidad; pero era el medio más sencillo de evitar el ser visto y lucir de su curiosidad. Hablaba detenido para hablar con un hombre vestido de negro y cubierto con un sombrero de anchas alas; y oyendo su conversación, en la mente de que hablaba de mi, y que hacía mi retrato. Indignado mi amor propio, me decía que aquel era una curiosidad; mas no pude menos de encontrar algunos rasgos de semejanza.

—Si, sí, señor Hammortog, decía, como os lo digo: no es que le falte jucio, pues conozco bastante lo razonable, es decir, de un modo u otro: en una palabra, un relámpago. Pero tiene la cabeza perdida, por estar lleno de patrañas poéticas; prefiérase un viejo y sombrío bosque al más hermoso cuadro de un jardín; y la mejor huerta no es nada para él en corte de un arroyo y de un peñasco. Pasará días enteros conversando con una doncella, llamada Diana Vernon, que es ni más ni menos que una Dina de Efeso... Dios me libre! y se estará con ella mas gustoso que oyendo salir de vuestros labios, Señor Hammortog, ó de los niños, cosas que tal vez le serían útiles toda su vida y aún en la otra.

No extrañaréis que al escuchar este retrato de mí mismo, me sintiese muy dispuesto á sorprender á Listo á todo, y castigar su osadía. Su interlocutor no le interrumpía con las más monosílabos que no tenían al parecer más objeto que probar su atención, como: ¡Verdaderamente! ¡ah! ¡ah! Sin embargo hice una observación algo mas larga, que no pude oír, porque hablaba en voz mucho mas baja que Andrés, y este exclamó:

—¿Qué digo! dije lo que parecía decía, y quién lo pagaría siquiera Andrés? ¿Sabeis que es iracundo? Enseñadle un vestido colorado á un toro, y verás como le traspasa una cornada. Y no obstante es un buen joven; no quisiera abandonarle, porque necesita un hombre cuidadoso y cuento que le guarde. Y á mas no tiene la mano muy cerrada; el dinero cuela por entre sus dedos como el agua por los agujeros de una regadera, y no es malo estar junto á uno cuyo bolsillo está siempre abierto. Oh, sí, yo le tengo grande afecto; es una lástima, señor Hammortog, que tenga...
tatuada y se retirara sin ver el fin de tal aventura.

Por último la torre de la iglesia metropolitana me anunció la primera campanada de las dos, y en breve repitieron esta señal todos los relojes de la ciudad, como responde una congregación de fieles al verso que estornonde el sacerdote. Me adelanté por el muelle que conduce al puente, con temor y aprensión que no traía de describir; y apenas había llegado allá, vi a cierta distancia una figura humana que avanzaba hacia mí. Era la única que había visto hacia una hora, y sin embargo nada me aseguraba que fuese el ente que me diera la cita. Caminé á su encuentro con la misma connoción que si hubiera sido él el árbol de mi destino; tanto había exaltado mis ideas la zozobra é impaciencia! Cuanto pudo de distinguir al acercarme, fue que era de mediana estatura, pero nervioso y vigoroso al parecer, emboscado en luenga capa. Cuando estuve cerca de él, amainé el paso, y me detuve con la esperanza de que me dirigiera la palabra; pero, yo, ahumado, viendo continuar su camino sin hablar, no tenía ya para expresar conversación: pues aunque se hallaba en el penacho cabalmente en la hora que me había señalado, podía ser un burlón desconocido. Volvío para ver qué hacía. Anduvo hasta el cabo del puente, se detuvo, mostró reconocer si veía á alguien en el puente, y volvió atrás. Salí á encontrar, muy decidido á no dejarle pasar por esta vez sin hablarle.

—Os paseaís algo tarde, señor mio, me dije así que estaría cerca de él.

—Vengo á una cita, señor Ochadiston, y creo que vos hacéis otro tanto.

—Luego sois quien me habló esta mañana en la iglesia? Y bien, ¿qué tenéis que decirme?

—Seguidme y lo sabréis.

—Antes de seguirlos he de saber quién sois y qué me quereís.

—Soy un hombre, y quiero serviros.

—¿Un hombre! eso es hablar muy lacónicamente.

—Es cuanto puedo deciros: quien no tiene nombre, ni amigos, ni dinero, ni patria, es al menos hombre, y el que tiene todo esto no es más tampoco.

—Eso es hablar en términos muy jenerales, y no basta para inspirarme confianza en un desconocido.

—Sabréis más, y lo veréis si queréis seguirme y aprovecharos del servicio que puedo haceros.

—¿Porqué no me decís aquí lo que tenéis que comunicarme?

—No tengo nada que deciros: vuestros ojos sois los que hablan tan de instruir. Preciso es que os resolvéis á seguirme ó á permanecer en la ignorancia.

—Hablaba el forester con tono tan firme, tan sereno, tan frío, que parecía ser de indiferente le concediese ó no me tomaría en cuenta.

—¿Qué es lo que tenéis que me dijiste con impaciencia? De lo tanto importante creí que vuestra vida era para que vieras arribatárosa.

—Yo no teneis nada, repuse con entereza: marchad, os digo.

—Contra lo que esperaba, me hizo entrar en el interior de la ciudad, y nos encerramos en un esquinero, que se hallaban los de un señor en una calle en la que teníamos que ser de indiferente le concediese ó no me tomara en cuenta.

—¿Tienes miedo? os dijo.

—¡Miedo! repuse: os repetí vuestras mismas palabras: ¿qué puedo temer?

—El ser forester, y el hallaros en una ciudad donde yo no tenéis ningún amigo, y si algunos enemigos.

—No lo tenia ni a ellos ni á vos: soy mozo, activo, y voy armado.

—Yo no trajo armas, pero un brazo resuelto siempre salió áiroso.
ROB-ROY.

proteger la cabeza, y así será franco con vos: así conduzco a la cárcel. — Al cárcel! esclamé: ¿con qué derecho? ¿con qué orden? ¿por qué delito? Antes tendríais mi vida que no me privaríais de la libertad: no soy un paso más con vos. — No os conduzco allí como preso: juzgo crecido, añadió con tono altanero, que se era un mensajero de arnas, un oficial del jefe. — Os lleva a ver a un preso de cuyos labios saldría los peligros que os amenazan aquí. Vuestra libertad no corre ningún riesgo en esta visita, pero no sucede lo mismo conmigo: sé que la aventura, mas se me da muy poco, y arrosto tal peligro con gusto por vos, porque aprecio a un joven que no conoce más seguro protector que su espada.

Nos hallábamos entonces en la calle principal de la ciudad. Mi guía se detuvo delante de un grande edificio construido con gruesas piedras, y cuyas ventanas estaban todas guardadas de rejas de hierro.

—Cuánto darían el preste y los bailes de Glasgow, dijo el forestero, por tenerme en esta jaula, con los pies y las manos encadenadas! — Y sin embargo qué resultaría? Si me encerraran esta noche con un peso de centenares de libros, encontrará mañanas el puesto vacío, y su inquisición desalojado; ¡mas venid! ¿qué aguardáis? Así hablando tomó asiento a una esquina del edificio, y una voz sueneajante le llamó de la de un hombre que se dispuesta gritó desde dentro: — ¡Quién es? — ¿Quién va? ¿quién quiere a semejante hora? No abrirás: es contra las reglas establecidas. El tono con que fueron pronunciadas estas últimas palabras y el silencio que a ellas se siguió, probaron que el que acaba de hablar no pensaba mas que en volverse a dormir. Mi guía se acercó a la puerta, y le dijo á media voz: —Dougal, amigo,

ROB-ROY.

sustancias como una estragada alegría que le arrebatará á la vista de mi guía. Nunca he encontrado cosa alguna que ofreciese á mi imaginación tan perfecta imagen de un difforme salvaje adorando el ídolo de su tribu: jactaba, reía, lloraba también: toda su fisonomía manifestaba un ciego renacimiento que sería imposible pintar. Al principio no me explicó más que con algunos gestos e interjecciones, cómo: — Oh! ¡hai! si, sil; ¡tan buen tiempo hace que no os había visto! — con otras exclamaciones no menos breves, enunciadas en la misma lengua que había servido á mi guía y á él cuando se explicaron juntos en el umbral de la puerta. Mi guía recibió este homenaje con la serenidad de un príncipe acostumbrado á los respetos de sus vasallos, y que cree que los debe recompensar con alguna muestra de bondad: alargó la mano al preste, y le dijo: — ¿Qué os parece esto, Dougal? — Oh! ¡hai! exclamó Dougal bajando con precaución la voz, y mirando en derredor con admiración desvanzado; — ¡es posible! Yeres aquí? ¡Vos aquí? Y qué sucedería si los bailes viniesen rondando por acá, ellos que son tan bellacos? Mi guía se puso un dedo en la boca. — No temáis nada, Dougal; vuestras manos no correrán un cerrojo para mí.

CAPITULO XXII.

Así que entré edén una inquieta mirada á mi guía; pero la lámpara del vestíbulo espaciosa muy poca claridad para permitirme distinguir entrecortadamente su fisonomía. Como el carcelero tenía en la mano la lámpara, sus rayos daban directamente sobre su rostro, el cual pude examinar, aunque me interesaba mucho menos. Era una especie de animal bravo, de esquivo mirar, y cuya frente y parte del rostro se veían sombreadas por largos y rojos cabellos: animaba-

El misterioso estranjero atajó el estasis del prívero, dirigiéndole de nuevo la palabra en la lengua desconocida de que se había servido á la puerta de la cárcel, y que después supe era el irlandés, ó el galés, explicándole probablemente lo que exigía de él.

—¿Cuanto quieráis? — Esta respuesta anunció la disposición de Dougall de conformarse en un todo con la voluntad de mi guía. Subió la mejilla de su lámpara para proporcionarnos más luz, y me hizo señas que se acercase.

—¿No venis con nosotros? pregunté á mi guía.

—No. Ya no os sirviera de nada, y es preciso que me quede aquí para aseguraros la retirada.

—No sospecho que quieras arrastrarme á algún peligro.

—A ninguno que yo no parta con vos.

Promovió estas palabras con tono tan resuelto, que me no quedo duda alguna.

Seguí al prívero, quien, dejando abiertas las puertas por donde pasábamos, me hizo subir por una escalera de caracol, y luego en una estrecha galería, abrió una de las puertas que daban al paso, me hizo entrar en una salita, y mirando una niñísima cama que había en un rincón:

—Esta duerme (1), me dijo en voz baja poniendo la lámpara en una mesa.

—¡Esta! ¿Quién? dijo para mí. — ¡Cómo! ¿acaso será Diana Vernon quien voy á encontrar en esta mansión de miseria?

Volvi los ojos hacia la camisa, y una sola mirada me convenció, no sin cierta sensación de placer, de que mis temores no eran fundados. Una cabeza que no era ni joven ni agradecida, con barbas canosas que no habían

(1) Lascivos escuces: se sobrecargando criatura.
tocado en dos ó tres días la navaja, me quitó toda inquietud respecto de Diana; pero no sin un pesar muy vivo reconoci, mientras que el priso se estregaba los ojos despeñándose de pesadas, una facción muy diferente, pero que poseían también para mi poderoso interés; las de mi pobre amigo Owen. Me apartó un momento de su vista, temiendo que soltase en el primer momento de sorpresa alguna exclamationodiosa que espaciaría el cuerpo en tan frívola mansión. El desgraciado factor, que se había echado enternidamente en la cama, levantándose ayudado de una mano, mientras que se quitaba con la otra un gorro colorado de lana que le cubría la cabeza, dijo bostezando y con un tono que probaba que estaba aún medio dormido; —Oso, señor Dagewell, ó cualquiera que sea vuestro nombre, que sí haceís á mi semejante restas, me quejaré al lord preboste.

—Hay aquí un gentleman que quiere hablaros, respondió Dongal, que había tomado otra vez el verdadero en su rostro de un carcelero, en lugar de la elegancia y sumisión con que había hablado á mi guía; y dando un brinco, salió de la estancia.

Pasaron algunos instantes antes que el dormido se hubiese dispuesto lo bastante para reconocerse, y cuando estuvo seguro de que era yo, puso en su rostro el esperpento de un carcelero, pues creyó que estaba también preso.

—Oh! señor Franck; cuántas desgracias habéis causado á la casa y á vos mismo! no hablo de mí, que no sois sino un cero, por decirlo así; pero vos! os eres la suma total de las esperanzas de vuestro padre, su compañero; vos, que podíais haber sido con el tiempo el primer hombre de la primera casa de banco de la primera ciudad del reino, os halláis en cerrado en una miserable prisión de Escocia, donde ni aun hay medios para acopiarle uno la ropa!

Así hablando, estrechaba con su manga, con aire de despecho, un faldón de aquél vestido color de ave-líana en otro tiempo sin mancha, que había recibido algún polvo de las paredes; y su costumbre de mímico- sa limpieza contribuía á aumentarle el disgusto de encontrarse preso.

—¡Gran Dios! continuó, ¿qué nueva para la loca! No han recibido otra semejante desde la batalla de Almanza, en que la sumá de los Ingleses muertos y heridos ascendía al total de 6000 hOMBRES, sin tomar en cuenta los prisioneros. ¿Qué se dirá cuando se sepa que la casa Osbaldis- ton y Trensh ha suspendido sus pagos!

Interrumpí sus lamentaciones para informarme de que no estaba preso, aunque apenas pudiese explicarle cómo me hallaba con él el semejante hora: ni me fue posible poner fin á sus preguntas sino haciéndole yo mismo las que me sujetería su propia situación. No con facilidad obtuve de él las respuestas muy exactas; porque Owen, como sabéis, mi querido Trensh, puesto que era muy intelectivo en todo lo concerniente á su ruina, no me hablaba con el lenguaje mercantil, no brillaba de modo alguno cuando salía de su esfera.

Logré no obstarle sobre lo que sigue en suena.

—Mi padre, que hacía muchos negocios con Escocia, tenía en Glas- cow dos principales correspondientes. La casa Macvittie y Macfin y compañía le había parecido siempre, como también á Owen, servicial y complaciente: estos señores habían manifestado en todos sus negocios la más cabal deferencia á la grande casa inglesa, y se habían limitado á hacer el papel del chalchal; que, después de seguir al león, se contentaba con la parte de la presa que quiere señalarse el último. Por mérito que fuese su porción de la utilidad de un negocio, siempre escribían que quedaban satisfechos, y por muchas fatigas, por muchas
tareas que les hubiese ocasionado, decían que nada les era costoso para merecer el aprecio y la protección de sus distinguidos amigos de Grau- Alley.

Una palabra de mi padre era para Macvittie y Macfin tan sagrada como todas las leyes de los Medas y de los Persas; ya no cabían ni mudanzas, ni innovaciones, ni observaciones. La quisquillosa exactitud que Owen, gran partidario de las reglas, sobre todo cuando podía hablar en cate- dras, exija en las cuentas y en la cor- respondencia, no era tampoco menos sagrada á sus ojos. Todas estas demos- traciones de sumisión y respeto las tomaba Owen por dinero efectivo; pero mi padre, acostumbrado á leer de cerca en el corazón de los hombres, hallaba en el cierto ba- jeza que le molestaba, y había reluc- sado constantemente satisfacer sus deseos de ser sus únicos agentes en Escocia. Al contrario, encargaba una parte considerable de sus negocios á otra casa; era un carác- ter entieramente diverso. Este era un hombre que tenía formada de sí mismo opinión tan ventajosa, que rayaba en presunción; no amaba más á los Ingleses que mi padre estimaba á los Escoceses; no quería encargarse de ningún negocio sino bajo condición de que hubiese perfecta igualdad en la repartición de las utilidades; en fin, respecto á formalidades, seguía sus ideas tanto como Owen las suyas, y no se le daba un ardid de cuanto pudieran decir de él las autoridades de Lombard-Street.

Con semejante carácter, no era muy fácil hacer negocios con el se- ñor Nicanor Jarvis; y á veces se susci- taban entre la casa de Lóndres y la de Glasgow, traidad y contiendas, que tan solo se aplacaban porque lo exija su común interés. El amor propio de Owen había sido herido más de una vez en tales discusiones; no es pues de admirar que en cuan- tas ocasiones se le presentaban, apoyase con todo su crédito la discreta, cortés y respetuosa casa de Macvittie, Macfin y compañía, que hablase de Nicol Jarvie como de un orgulloso y é impertinente bullicer escocés con quien no cabía vivir en paz.

No hay que estrañar que con tal modo de pensar, y en las circunstan- cias en que se hallaba la casa de Mac- fin del padre por la infidelidad de Rashleigh, creyese Owen, á su llegada á Glasgow, que precedió diez días á la mía, que debía dirigirse á los corresponsales cuyas reiteradas pro- testas de obsequio y respeto parecían prometerle la indulgencia y los so- corros que iba á pedir. Un santo pa- tron que llegase á casa de un católi- co zeloso no fuera recibido con más devoción que lo fue Owen en casa de los señores Macvittie y Macfin; mas esto era un rayo del sol que no tardó en oscurecer una lámpara nubica. Con- cibiendo las mejores esperanzas de tan favorable acogida, puso en carác- ter de la situación de mi padre á unos corresponsales tan zelosos y fieles. Sobrecogiése Macvittie al oír la noticia, y Macfin, antes de saber todos los permisores, ojeaba ya su libro de cuentas, para ver sin demora lo que adivinaba de la situación respectiva de las dos casas. Faltaba mucho para que estuviese igual la balanza, y mi padre se halla- ba debiendo una suma considerable. Sus rostros, ya muy aturdidos, tama- ron al punto un aspecto aun más sombrío; y mientras que Owen les rogaba que cubriesen con su crédito el de la casa Osbaldston y Trensh, ellos le pidieron que pusiese al punto á cubierto del riesgo de perder su crédito; por fin explicándose con más claridad, exigieron que les entre- gase efectos que valiesen una suma doble de la que se les debía. Owen rechazó con entereza la propuesta, como injuriosa para su casa, e injusta.
para los otros acreedores, y concluyó
ehaciendo esclamaciones contra su in-
gratitud.

Los asociados escoceses hallaron
en esta ocasión píe para airarse, y para
encolerizarse violentamente, y para
autORIZARSE á tomar unas medidas
que su conciencia, ó al menos cierto
sentimiento ó de indecencia, debiera
atajar.

Owen, en calidad de primer fac-
tor de una casa de banco, tenía, como
es bastante común, una pequeña
parte en las utilidades, y por consi-
tigüe estaba rigurosamente respon-
sable de las obligaciones que con-
traía. No lo ignoraban los señores
Macvitie y Maclain; y para determi-
narle á que consintiese en las pro-
ruebas tan temidas, se le regalaron
un medio sumario que les ofrecían las leyes de Escocia, y
del cual es al parecer fácilísimo el
abuso. Macvitie se presentó á un
magistrado, hizo juramento de que
Owen era déudor suyo, y que desea-
bale haberlo estando; en consecuen-
cia obvio al pronto un mandato de
arresto contra él, y el pobre Owen
estaba desde la víspera encerrado
en la cárcel donde acababa yo de ser con-
ducido de tan extraña manera.

Entendido de todo, la única cosa
que no quería es por examinar era en
la marcha que yo debía seguir, y esta
encañón no era fácil de resolver.
Veía los peligros que nos rodeaban,
pero la dificultad consistía en poner
los remedios: el aviso que me habían
dado parecía anunciar que mi seguri-
dad personal corria riesgo si daba al-
guna parte públicos en favor de
Owen. Este tenía el mismo temor,
y como su espanto le hacía exijir
las cosas, me aseguró que un Es-
cocés, antes que perder un ocho
v con un inglés, bailaría medios para
hacerle arrestar á él, á su muger, á
sus hijos, á sus criados de ambos
sexos, y hasta á sus huéspedes extranje-
ros. Las leyes son tan severas, y

¿o hon-avril o hon-avril (?)! ¿qué ha-
reis ahora? Subid arriba y oculto
tras la cama del hidalgó.—Voy con
toda la prudez posible.—Es el mi-
lord predecente, con dos barbas, dos
guardias y el gobernador de la cárcel.

—Dios los bendiga.—Subid, ó os van
á encontrar.—Ya van, ya van.... La
cerrada está embarazada.

Mientras que Dougab abría, muy
á pesar suyo, la puerta de la prisión, y
después, porque los carros de
Carlo uno tras de otro, subía mi conduc-
tor de la escalera, y llegó á la estancia
de Owen donde acababa yo de entrar.

Echó una ojeada en derredor, para
decir si ofrecía algún lugar donde
dudar ocultarse; pero no percibiendo
ninguno:—Dejadme vuestras pista-
las, me dije.... Pero no, no las quie-
ro, no las necesito. A todo trance,
no os metáis en nada, ni os encargue
la defensa ajenas; esto me taño solo
á mí, y yo me sacaré del apuro: mas
apretado me he visto algunas veces,
muchas más todavía que ahora.

Yo, con un ademán de respeto, le
indicé de un modo que la estancia que le capase, y se
decoló al otro extremo en frente de
la puerta, á la cual no cesaba de
mirar con ojos fijos y penetrantes,
recoyendo un poco el cuerpo hacia
atrás, como un cabezal falso que
percibe la barrera que quieren hacerle
salvar. No dudé un momento que
fuese su proyecto defenderse contra
el peligro, de cualquiera parte que
llegase, lanzándose precipitadamente
sobre los que parecían cuando abriese la puerta, para coger el
por lo tanto de la calle á pesar de todo

Era de prover, por su talante ágil
y robusto, que lograría su proyecto,
á menos que no las hubiese con gente
armada, y que quisiesen hacer uso
de sus armas. Pasó un momento de
soledad espera entre la abertura de
la puerta exterior y la del aposento.

(1) ¡Á mi jefe!
el joven Nick). Nick, decía, no alargues nunca el brazo tanto que no puedas retirarle. —Lo mismo dije al señor Osbaldiston; pero hacia poco caso de mis consejos, y sin embargo se los daba con buena intención, con muy buena intención.

Este discurso anunciado con mucha volubilidad, y con el ademán de uno que se envanece de haber dado un buen consejo no admitido, no me daba esperanzas de hallar en él auxilios en el señor Jarvie. No obstante conocié en breve que si faltaba á sus modales alguna delicadeza, lo íntimo de su corazón no era menos exceleente; porque mostrándose ofendido Owen de que usase este lenguaje en su situación presente, el banquero de Glasgow le tomó la mano, se la sacudió fuertemente, y le dijo: —¡Vamos, vamos, señor Owen, buen ánimo! ¡Cléis que hubeis venido á veros á las dos de la noche, de la noche del domingo, y que hubiera casi olvidado el respeto debido á este san- to día! Si solo quisiera reprender á un hombre cabido el no haber mirado por doqué caminaba? ¡No, no! no se suelto hacerlo así el baile Jarvie, ni procedía de este modo su digno antecesor y padre. He pensado hoy mas de una vez en la carta que me escribiste esta mañana, á pesar de que te avisé por escrito que no es una cosa hacer ningún negocio mundano en semejante día. Suelo también aco- tarme todas las noches á las diez, en mi casa con cortinas armillas, como no sea que cosa un baile en casa de un vecino, ó que un vecino me acompañe en la cena. Preguntad á esa señorita moza si no es esta una regla fundamental en mi casa. ¡Pues bien! He pasado toda la noche leyendo buenos libros, libros de devoción, y hastiendo de cuando en cuando, hasta que he oido la última campanada de media noche: entonces me he levantado una ojeada á mi libro de cuentas, para ver como estabamos; y como ni el viento ni la lluvia estaban hoy, he echado á Mattie: —Toma el farol, hija: —y he hecho un esfuerzo para venir á ver lio que puedo hacer por vos. El baile ha terminado y la pequeña tiene á toda hora abiertas las puertas de la cárcel, como su digno padre, que en paz haya.

Aunque un profundo suspiro de Owen, cuando oyó hablar del libro de cuentas, me dió á entender que la balanza no estaba en favor nuestro; y aunque el discurso del digno maestro anunciase un hombre que, lleno de mérito, triunfaba de la superioridad de su juicio; no obstante la franqueza y sencillez que notaba en él indicaban un buen corazón, y me dieron alguna esperanza. Invitéle Owen á que viese algunos papeles que le arrojó casi de la mano; habiéndose sentado en la cama para descansar sus piernas, según dijo, declaró que se hallaba muy bien, y haciendo que se acercase la criada para alumbrarle con el farol, se puso á leerlos con atención. Mientras tanto, yo aproveché el tiempo en que algunas palabras á media voz, y entretejiendo con su lectura algunas interjecciones.

Viéndole ocupado de este modo mi misterioso guía, dispuse inmediatamente á aprovecharme de la ocasión para despertar su preocupación: lleguése un dedo á los labios mirando, y se adelantó insensiblemente hacia la puerta, de modo que llamase lo menos posible la atención. No se le escapó este movimiento al vijante maestro, que no se pareció á mi antiguo conocido el juez Inglewood: sospechoso de su comportamiento, y lo frustré al punto. —Stanchels, esclamó, cuidado con la puerta! ¡Y sino cerrada, pasad los cerrojos, y volváis por fuera.

Oscurecióse la frente del forastero, y al parecer pensó de nuevo en efectuar su retirada á viva fuerza; mas se oyó el ruido de los cerrojos, probablemente antes de que se hubiese debido: tomando entonces un aire sosegado, y cruzando los brazos, volvió al fondo de la sala, y sentóse sobre una mesa.

El señor Jarvie, que parecía espe- nito en negocios, concluyó el exámen de los papeles que le había entregado Owen: —¡Y bien! señor Owen, le dió entonces, vuestra casa debe ciertas sumas á los Sres. MacVit- tie y Masfin, en atención á los em- pleos que habéis contraído por el negocio de las maderas de Glen-Calziechat, el cual que lo quitaron de entre manos, señor Owen; pero ahora no se trata de esto. Así pues vuestra casa debe estas sumas, y por razón de esta duda os han alojado aquí bajo el poder de Stanchels: les deberis la tal suma, y quisís también otras; quizás también deberéis á otras personas, y quizás también al baile Nicol Jarvie.

Convengo, señor mío. dijo Owen, que la balanza de la cuenta está en este momento en favor vues- tro, pero advertid...

No tengo tiempo para advertir nada más, señor Owen, pensó estabas todavía muy cer- ca del domingo, que yo debía estar en un lecho muy caliente, y que el aire es algo húmedo... No es esta ocasi- n de hacer observaciones... Por fin, vos me debéis dinero: no lo negues, se lo entregue sin embar- go, señor Owen, no me gusta ver que un hombre activo como vos, y que en- tiende de negocios, se halle detenido en una cárcel, mientras que si anduviese suelto y se ocupase en las tareas que le hay encargado, arreglaría las cosas de modo que sacaría quítas del apuro á déjando es y acredos,... pero que lo conseguiréis, si no os deja consumir en esta cárcel: el he- cho es, que si encontraseis alguno que firmase por vos una caución en la que salga garante de judicio sitt, es decir, de que no saldréis de este país, y que compareceréis ante el tri- bunal de justicia cuando se os llame legalmente, seríais puesto en liber-
CAPÍTULO XXIII.

Tomando el maestrazgo la luz de manos de su criada, avanzó por la sala, con la linternas en la mano, como Díjones, y no teniendo probablemente más esperanzas que este famoso cínico de topar un tesoro en el curso de sus inquisiciones. Acróbates en breve a mi misterioso guía, que permanecía en una inmobiliaria perspectiva, con el rostro de la mesa, fijos los ojos en la pared, con la cabeza levantada, los brazos cruzados, sin manifestar ninguna inquietud, y golpeando con el talon, contra uno de los pies de la mesa, el compás de un aire que tarareaba. Su ademan sosgado y sereno trastornó por un momento la memoria y la sagacidad del maestrazgo.

Por fin, pasando el farol por delante del rostro del desconocido:— ¡Ah! sí... ¡eh, eh!... ¡oh! oh! exclamó el baile, no es posible!... pero con todo... no, no; me engaña... no me engaña... ¡a la mía,...; cómo!... ¿sois vos? ¡bandido!... ¡Cateran! (1) ¿Qué mal viento os ha traído por aquí? ¿Es posible que seáis vos?

—Ya lo estaba... baile; fué la respuesta locarónica de mi guía.

—De veras que creo estar deslumbrado... dolor de cabeza, perdí, y os encuentro en la cárcel de Glasgow... ¿Sabéis lo que vale vuestra cabeza?

—¡Hum!... bien pesada, podrá valer tanto como la de un preboste, las de cuatres bo, la de un secretario de ayuntamiento, y las de seis autoridades más, sin contar las de los agentes de los Higlmonds.

—Desvergonzado y arrepentido de vuestros pecados, porque sí digo una palabra...—Es verdad, baile, respondió el desconocido levantándose y plegando las manos detrás con ademan negligente; pero no dirás esa palabra.

—¿Qué no la diré, señor mío?... ¿Y por qué no la diré?... respondedme.

—Por tres razones suficientes. Baile Jervis. La primera, por causa de nuestra antigua amistad. La segunda, porque existió en otro tiempo en Stockkallach una mujer que meció nuestra sangre; con vergüenza lo digo, porque me avergüenza de tener un primo que no piensa más que en despreciarlas, ganselas, en arrogancia, en armarse telares y en pasar la lanzadera, como un desgraciado artesano... Por fin la última, porque si hechas tan solo un jesto por venderme, os mató antes que nadie pueda socorreros.

—Sois un bellaco resuelto, dijo el intrépido baile; os conozco, y vos sabeis muy bien: no está uno seguro cerca de vos.

—También sé, baile, que circula la buena sangre por vuestras venas, y que siniestras hacer el menor daño. Mas es fuerza que yo salga de aquí libre como enfrente de los Higlmonds dos años, se hablará todavía de lo sucedido este noche en la cárcel de Glasgow...

—La sangre no se puede volver agua, como dice el proverbio, repuso Jervis, y ya sé lo que son parentescos y alianzas; no es menester arrancarse los ojos uno de otro cuando se puede evitar. Buena noticia sería para la muger de Stockkallach, el decirle que su marido ha roto la cabeza a su primo, o que su primo ha hecho guindar a su marido: pero hechos con confesoes, demonio ruin, que si no fuera vos, sí hiciera colgar hoy al más terrible de los Higlmonds.

—Lo tentatoriales, primo, convengo en esto; pero dudo que lo consiguiese; nosotros los de la baja Escocia no sabeis juntar hieos tan pesados y tan sólidos como nosotros los montañeses.

—Ah! o digo que supierais llevar manillas y ligas que os sentieran.

muy bien, y una corbeta de cáñamo bien apretada al ganazte. Nadie en un país civilizado hace lo que vos habéis hecho: sois hombre que os robasteis á vos mismo, con tal que robases algo: os lo he dicho otras veces.

—Y bien, primo! tendréis que poneros de luto para mi entierro.

—El diablo no dejaría de vestirse de negro, Robin, y á más os aseguro que alegro mucho que entre los dos extraordinarios príncipes, es el señor Frank Osbaldiston, el hijo único del jefe de nuestra casa, y quien ocupara el lugar que se le confió después al miserable Raseleigh, si su obstinación, añadió dando un profundo suspiro, no hubiera...

—Sí, sí, dijo el banquero escocés, he oído hablar de este joven... No es este el que vuestro viejo quería que entrase de buen o mal grado en el comercio; y el que, por no darse á un trabajo honrado que hasta mantener á un hombre, se la ha asocia do á una compañía de comercio ambicioso... Y bien, mozo, decidme; y vendrá ahora Hamlet el Danés, el esposo de su padre, á salir fiador por Owen?

—No merece ese reconvenimiento, señor mío, lo dije, pero respeto el pretexto que la ha escrito; y él el favor de vos que dignais hacer á mi antiguo y apreciable amigo me inspira sobrado reconocimiento para que pueda ofrecerme. El único motivo que me ha conducido aquí, era ver si podía hacer algo para ayudar á Owen á arreglar los asuntos de mi padre: en cuanto á mi separación del comercio, á nadie le importa sino á mí...

—Bien dicho, amigo! esclamó el Highlander: os quería ya, mas ahora os respeto, sabiendo que despertáis el mostrador, la lanzadera y todas las viles ocupaciones que solo cuadran con las almas ruinas.

—Estáis loco, Rob, y paraís en la boca; os lo predijo otra vez. Pero no quiero imitar al pájaro ruim que ensucia su propio nido, como una necesidad forzosa no me obligue á ello. ¡Y quién es este! añadió volviéndose hacia mí; alguien peru que hubiese enganchado, ¿con trazas de poser excelentes piezas para correr por los caminos reales, y un aullido estremo que huelo á rollo.

—Señor Jervis, dijo Owen, que, lo mismo que yo, había permanecido mudo de admiración durante este reconocimiento y este diálogo, entre los dos extraordinarios príncipes, es el señor Frank Osbaldiston, el hijo único del jefe de nuestra casa, y quien ocupara el lugar que se le confió después al miserable Raseleigh, si su obstinación, añadió dando un profundo suspiro, no hubiera...

—Sí, sí, dijo el banquero escocés, he oído hablar de este joven... No es este el que vuestro viejo quería que entrase de buen o mal grado en el comercio; y el que, por no darse á un trabajo honrado que hasta mantener á un hombre, se ha asociado á una compañía de comercio ambicioso... Y bien, mozo, decidme; y vendrá ahora Hamlet el Danés, el esposo de su padre, á salir fiador por Owen?

—No merece ese reconvenimiento, señor mío, lo dije, pero respeto el pretexto que la ha escrito; y él el favor de vos que dignais hacer á mi antiguo y apreciable amigo me inspira sobrado reconocimiento para que pueda ofrecerme. El único motivo que me ha conducido aquí, era ver si podía hacer algo para ayudar á Owen á arreglar los asuntos de mi padre: en cuanto á mi separación del comercio, á nadie le importa sino á mí...

—Bien dicho, amigo! esclamó el Highlander: os quería ya, mas ahora os respeto, sabiendo que despertáis el mostrador, la lanzadera y todas las viles ocupaciones que solo cuadran con las almas ruinas...

—Estáis loco, Rob, y paraís en la boca; os lo predijo otra vez. Pero no quiero imitar al pájaro ruim que ensucia su propio nido, como una necesidad forzosa no me obligue á ello. ¡Y quién es este! añadió volviéndose hacia mí; alguien peru que hubiese enganchado, ¿con trazas de poser excelentes piezas para correr por los caminos reales, y un aullido estremo que huelo á rollo.

—Señor Jervis, dijo Owen, que, lo mismo que yo, había permanecido mudo de admiración durante este reconocimiento y este diálogo, entre los dos extraordinarios príncipes, es el señor Frank Osbaldiston, el hijo único del jefe de nuestra casa, y quien ocupara el lugar que se le confió después al miserable Raseleigh, si su obstinación, añadió dando un profundo suspiro, no hubiera...

—Sí, sí, dijo el banquero escocés, he oído hablar de este joven... No es este el que vuestro viejo quería que entrase de buen o mal grado en el comercio; y el que, por no darse á un trabajo honrado que hasta mantener á un hombre, se ha asociado á una compañía de comercio ambicioso... Y bien, mozo, decidme; y vendrá ahora Hamlet el Danés, el esposo de su padre, á salir fiador por Owen?

—No merece ese reconvenimiento, señor mío, lo dije, pero respeto el pretexto que la ha escrito; y él el favor de vos que dignais hacer á mi antiguo y apreciable amigo me inspira sobrado reconocimiento para que pueda ofrecerme. El único motivo que me ha conducido aquí, era ver si podía hacer algo para ayudar á Owen á arreglar los asuntos de mi padre: en cuanto á mi separación del comercio, á nadie le importa sino á mí...

—Bien dicho, amigo! esclamó el Highlander: os quería ya, mas ahora os respeto, sabiendo que despertáis el mostrador, la lanzadera y todas las viles ocupaciones que solo cuadran con las almas ruinas...

—Estáis loco, Rob, dijo el baile, tan loco como una liebre en marzo;
¿y porqué está la liebre más loca en el mes de marzo que por San Martín? lo ignoro. La lanzadera! respetaba, pues a ella deberías vuestra última curacha. Respecto de ese joven á quien desbozas con sus versos y comediad en anec, ¡creces que todo esto le sacará el apuro, ni tampoco vuestra juventud, ni la hoja de vuestro dirk, répudo que sois: ¿Ti-tvre, tu patria, como dicen, le en-sañará, o sea usted Rashleigh Oshaldis-ton? y Methbith con sus kernes (1) le trae las 12.000 libras esterlinas que necesita su padre para pagar los gastos que venden de hoy en diez días, según acabo de ver en los papeles del señor Owen? Decid: ¿se las facilitarán todos ciños con sus sables, sus espadas, sus Andrés-Ferrara, sus tablachinas de cuervo, sus brochanes, sus brochan (2), y sus sorpons?—¡Hoy de diez días! esclamé. Saqué al instante de mi bolsillo la carta que me había dado Diana Vernon, y como pasara ya el término durante el cual me había prohibido amarla, me apresuré á romper su envelope: contenía otra carta cerrada, que en mi precipitación se me escapó de las manos. Recogíela el señor Jarvis leyó el sobre con ademán de admiración, y con gran sorpresa miró la presentó á su primo el montañés, diciéndole: Eso es un buen viendo el que ha conducido esta carta a su destino, porque se podía apoderar diez mil contra uno á que no llegaría jamás.

Echando el Highlander una ojeada al papel, rompió el sello sin ceremonias, y se dispuso á leerlo.

Yo le di el punto. —Para que os bajasen los mancebos, señor mio, es preciso que me probo antes que está dirigida á vos.

—Tranquilízate, señor Oshaldiston, me respondió con la mayor serenidad; acordamos tan solo del juez Inglewood, del escrivano Johnson, de Morris, y sobre todo de vuestro servidor Roberto Campbell, y de la hermosa Diana Vernon: acordamos de todo esto, y no dudaréis que sea mi la carta.

Yo me quedé atónito de mi falta de penetración. Durante toda la noche, me había percatado que su voz, aunque no habíamos discutido, trataba de conmigo, y que debía cierto aire punzante á su sarcasmo, y, a la vez, quería expresarle á sus discursos: todo acababa de convencerme. Aunque apenas era de mediana estatura, sus miembros anuncianaban tanta robustez con ajilidad, y pudieran pasar por un modelo de perfección, si no careciesen de proporcion bajo dos aspectos. Sus hombros eran tan anchos, que, aunque no era demasiado grueso, destruían la regularidad de su talle; y sus brazos, puesto que nervudos y bien formados, eran tan largos, que casi le aseaban. Después supe que se envenenaba de este último defecto, y que se jactaba de que cuando llevaba el traje de los montañeses, podía atarse las ligas sin inclinarse: pretendía también que poseía de este modo más facilidad para maquier la claymore, y en verdad que nadie podía servirse mejor de ella. Sin esta falta de simetría en su conjunto, pudiera considerarse un hombre bien formado; pero estos dos defectos le daban cierto aire montaraz, extraordinario, casi sobrenatural, y este aspecto me recordaba los cuentos que solía referirme la vieja Mabel sobre los Piotos que tababan en otro tiempo él Norlumberland; razón que guardaba un medio entre los hombres y el demonio; y que, añadiéndola, eran (como Campbell) notables por su fuerza, valor, ajetreadura, largura de sus brazos y anchura de sus hombros.

Trayendo á la memoria todas las circunstancias de esta entrevista que había tenido con él en casa del juez Inglewood, no dudé un momento que era para él la carta de Diana Vernon.

Sólo dictaba componía unos misteriosos personajes en quienes ejercía secreto influjo, y los que á su vez ejercían otro sobre ella. Era pensaba el imaginarse que el destino de una persona tan amable se hallará en algún modo ligado con el de gentes de la especie del hombre que tenía ante los ojos; sin embargo me parecía imposible dudar de ello. Pero ¿qué hacer este Campbell en favor de los negocios de mi padre? Así como Rashleigh había hallado medias, á ruegos de mis Vernon, de hacerle comparecer cuando fuera necesario su presencia para justificar la acusación de Morris, ¿no podía tener ella bastante crédito con Campbell para que este hiciese comparecer á su hermano? Supuesto esto, le pregunté si sabía por donde anda-ba mi pérdo primo, y si hacía mucho tiempo que no le había visto.

Respondíome indirectamente.

—Lo que se me pregunta es algo espuesto: mas no importa, habré de hacerlo. Señor Oshaldiston, yo no había lejos de aquí, y mi pariente os enseñará el camino: venid á verme á mis montañas; os recibiré en ellas con placer, y es probable que pueda ser útil á vuestro padre. Soy pobre; pero el injeno vale más que las riquezas... Primo, sí no os da miedo una vuelta por nuestras montañas, y que me cogen buenas tabajadas de carnero á la escocesa, ó una pierna de gamo, venid con este hidalgo, hasta Drymen ó Buckhively; ó más bien hasta la clachan (1) de Aberfoyle; cuidad de que se encuentre alguna que os conduzca á donde esté yo entonces... ¿Qué decís á esto? Dadme la mano, en señal de que no os engañare nunca.

—No, no, Rob, respondió el prudente majestado, yo no me atrevo así de los Gorbals: no tengo deseos de á vuestras montañas, á ver pican nas coloradas; pues esto desdice de mi jerarquía y destino.

—¡Lívese el diablo á vuestra jerarquía y vuestro destino! La única gata de buena sangre que corre por vuestras venas procede de la isla de vuestro tío; que fue colgado en Dumbarton. ¿Y pensais que dejenariais hallándoos entre nosotro?... Escudáisme, yo os debo mil libras de Escocia; está bien; como sois un hombre de bien, podeis venir conmigo, y os pagaré hasta un octavo.

—Dejad vuestra nobleza, repuso el majestado; llevar vuestra sangre noble al mercado, y veréis cuánto os dan por ella...—Pero si os hiciese esa visita, me pagarías en verdad.

—Os lo juro, dijo el Highlander, por la tumba de aquel que descansa bajo la piedra de Cailleach (2).

—Basta, Rob, basta; veremos lo que podemos hacer... Mas no esperes que vaya al centro de los Highlands: preciso es que os llegues al clachan (2) de Aberfoyle; ó al menos á Buckhively... y sobre todo no olvides lo necesario.

—Yo temía nada, no temía nada, seré fiel á mi palabra, como la hoja de mi claymore, que no me ha faltado nunca... Pero es fuerza que

(1) Nombre que dan los montañeses á sus ador.
(2) Uno de los islas del Loch Lomond, donde tienen su sepultura los Mac Gregor.
ROB-ROY.

mude de aires, primo; los de Glasgow no se avienen con la constitución de un Highlander.

"¡Lo creo, á fe mia!... Si yo cumpliera mi deber, no mudaría tan pronto de atmósfera; y aunque, cuando lo hiciera, no ganaría nada en la medida... ¿Quién dirá que yo había de ayudarles á os esca- paseis del poder de la justicia? Esto será un desdoro eterno para mi memoria y de la mi padre..."

"¡Ta, ta, ta, ta! No nego que esa mañana, primo; cuando el sol está seco, se limpia con facilidad: vuestro padre sabía como cualquier otro cerrar los ojos á las faltas de un amigo.

"Sin duda tenéis razón, Rob; respondió el baile después de reflexionar un momento: mi padre, que en paz haya... era un hombre sensato, sabía que todos tenemos nuestros defectos, y gustaba de favorecer á sus amigos. ¿Luego no le habéis olividado?"

Hizo esta pregunta á media voz, y con tono tan burlesco como patético.

"¡Olvidarle! ¿Por qué he de olí- vidarlo? Era un gran tejedor, y él fué quien me hizo mi primer par de medias... Mas, primo, me voy.

"¡Silencio, señor mio, silencio!... esclamó el inquisidor con tono de autoridad. — Stanchels, abróchate la puerta.

Abrióse la puerta, y salimos Campbell y yo: el carcelero vió con sorpres que habían entrado dos estran- jeros; pero el señor Jarvis previno sus preguntas, diciéndoles: — Son dos amigos míos, Stanchels, dos amigos míos. Bajamos la escalera, y entramos en el vestítulo, donde llamamos á Douglas más de una vez, pero Douglas no parecía ni respondía.

Yo conozco bien á Douglas, observó Campbell con sarcónica sonrisa, y sin duda no ha querido aguardar á que le diera las gracias por lo que ha hecho esta noche, y andará ya cor-

riendo por el desflador de Balti-

ma (1).

"—¡Cómo! ¡Cómo!... esclamó encor- zando el baoie: y nos deja á todos, y á mí principalmente, en la cárcel por toda la noche. Pe!... martillos, palancas, tenazas y barras de hierro; mandad por Yettlin el herrero; sepa que el baile Jarvie ha sido encerrado en la cárcel por un vil High- lander á quien guaraní guardar tan alto como á Aman.

"—Cuando le tengais en vuestra poder, dijo gravemente Campbell, las puertas no están seguramente cerradas.

Efectivamente se echó de ver, no solamente que la puerta estaba abierta, sino que Douglas al llevarse las llaves había cuidado de que nadie pudiera ejercer en su ausencia las funciones de portero.

—Esta criatura tiene rasgos de juicio, murmuró Campbell; bien sabía él que una puerta abierta podía serme útil en caso de necesidad.

En esto nos hallamos en la calle.

—Os aconsejo, según mis cortes alianzas, Rob, dijo el señor Jarvis, que si continuáis llevando la misma vida, haréis bien en poner uno de vuestros confidentes en prisión de Escocia.

—Si uno de mis parientes fuere baile en cada ciudad, primo, me se- ría bastante útil. Pero buenas noches á bien día, y no olvidéis el camino de Aberfoill.

Sin esperar respuesta se entró en una calle que cruzaba por el sitio en que nos hallábamos, y la oscuridad nos hizo perder de vista. Al ins- tante mismo oímos un silbido de na- turaleza muy particular, y otro que le respondía.

—¿Oís á los diablos de los High- lands? dijo el señor Jarvis; ellos

creen que están ya en los flancos del Ben Lomond, donde pueden silbar y jurar sin pensar que sea dominio.

—¡Cierta cosa que cayó con estrépito á sus pies le interrumpió en este momento. —¡Dios me proteja!... ¿qué quiere decir esto? Mattie, acer- cad el farol. De veras que son las lla-

ves de la cárcel... No es malo esto, porque hubiera costado dinero el hacer otras, y luego las preguntas que se hubieran seguido: ¿cómo es que se han perdido? vaya, me hubieran molido... ¡Ah! si el baile Grahame supiera lo que ha acontecido esta noche, no lo pasaría yo muy bien.

Como no distábamos más que a- gunos pasos de la cárcel, volvimos á ella para dar las llaves al alcaide, á quien hallamos en el vestítulo donde montaba la guarda, no atreviéndonos á abandonar aquel sitio antes de que llegase el que había enviado á llamar á fin de que reemplazase el Celta fu- jitivo.

Llenado este deber con la ciudad, como la casa del digno maestrazgo estaba en el camino que debía yo se- guir para entrar en mi posada, me aproveché de la luz de su farol, y él se aprovechó de mi brazo, socorro que no le era inútil siendo por calles oscuras y una empinada.

El hombre anciano es de ordinario sensible á las menores atenciones que recibe del hombre joven. El baile se me mostró agradecido, y me dijo que puesto que no era de aquella raza de comedián des que detestaba en lo íntimo de su alma, se alegraría de que fuese si gustaba, el día siguiente, ó mas bien aquel mismo día, á almor- zar con él y á comer un arequipe fresco ó una tajada de ternera á las parrillas, añadiendo que encontraría en su casa al señor Owen, el cual gozaría entonces de libertad.

—Perro, querido señor mio, le dije después de haber aceptado su invitación y dádole gracias; ¿qué razón le-

nía para creer que yo me hubiese echado á cómico?

—Fué porque un imbécil hablador, llamado Listo-todo, que víno á mi casa poco antes de medianoche rogándome que mandase el pregonerio público proclamase por toda la ciudad una buena recompensa á cualquiera que diese noticias de vos, me dijo quien erais, y me aseguró que vuestro padre os había despachado de su casa porque no queriais trabajar en sus negocios, y porque comías en ciertos versos, y porque queriais haceros comediante. Me lo envió á casa un tal Hamnorgaw, nuestro chantre, quien me dijo que era uno de sus conoci- dos. Yo los eché á uno y á otro de casa, diciéndoles que no era hora de venir á hacer semejante petición: ahora vos lo que viene á ser, y conoz- co que Listo-todo está medio de- mante y que se halla mal informado de vuestras cosas. —Os estimo, jovén, continuó el baile, estimo á un mozo que so curre á sus amigos en sus aflic- ciones; es lo que hace yo siempre, y lo que hasta mi padre no ha hecho.

Mas nos acompañó con esos Highlaunders, que es mal ganado: no se puede meter la mano en la brea sin ensuciarse los dedos: acordadas de esto. Sin duda que el hombre más sa- bio, más prudente, puede cometer yerros; cierto mismo no he cometido algunos esta noche; vosotros callad y vosotros cal- lad, uno, dos, tres. Sí, tres cosas he he- chdo que no creyerá mi padre, aunque las vieras por sus propios ojos.

En esto llegamos á su puerta, él se detuvo antes de entrar, y continuó con tono contrito y solemne.

—En primer lugar he de hacer de mis asuntos temporales en día de fiesta: luego he salido fiador por un Inglés, por fin he dejado escapar á un malhechor: pero hay algunos bálas- mo en Galand, señor Osdaleston. Mattie, yo me sabré entrar solo; conducido al señor á casa de la Flyer é el estremo de esa callejuela. Y luego
añadía en voz baja: espero que os portaréis bien con Mattie: pensad que Mattie es hija de un hombre de bien, y prima del lord de Limmerfield.

CAPÍTULO XXIV.

No eché en olvido la recomendación del buen baile al despedirse de mí, pero creo que no conozca una gran impolítica acompañándola con un beso la media-corona que presentó a Mattie para recomponerla del trabajo que se había tomado; y el viva! vaya! señor, que me dirijo, no fue pronunciado con tono que manifestase mucha cólera. Toqué redibujados golpes a la puerta de mistress Flyer, mi huéspeda, y dispusí sucesivamente uno o dos perros que principian a ladear, y dos o tres cabezas con golpes de noche, que se asomaron a las ventanas vecinas para asemejar el violar la santidad de la noche del domingo moviendo semejante alboroto. Mientras que temblaba de que el terror de su zelo no se olvidase, mi cabeza con una lluvia semejante á la que dicen que dejó caer Janto sobre su espeso, dispusó también mistress Flyer, y principió á regañar, con un tono que no era indigno de la mujer de Sócrates, á dos ó tres reza- dados que andaban todavía por la cocina, diciéndoles que sí hubiesen abierto la puerta al primer golpe, no se hubiera molestado tanto ruido.

Estos dignos personajes no tomaron ninguna parte en la batala; eran el fiel Andrés Listo-á todo, su amigo Hamborg y otro individuo, que despus que se era el pregonero público de la ciudad. Estaban sentados bebiendo un vino en vaza de cerveza á mi salud, según me lo hizo ver después de la cuenta, y se ocupaban en arreglar los términos de un bando que debían hacer al día siguiente por todas las calles, por ver si adquirían noticias del desgraciado joven gentilhombre, porque de este modo tenían la bondad de calificarlo.

Es de creer que no ocultó cuanto me disgustaba el que se barajasen así en mis asuntos; pero el arrebato de alegría que se arregló Andrés viéndome no le permitieron, notar la presión de mi resentimiento; había quizia en ellos algo de finjido; como fuese, la tumultuosa alegría que esperimentaba ó que fijara experimentar le ahorró la reprensión manual que le destinaba, en primer lugar por lo que había dicho acerca de mi persona, y luego por la impertinente historia que había ido á contar al señor Jarvis. Me contenté con echarle la puerta en los hocios cuando me siguió para entrar conmigo en mi sala, después de haber benedecido en la escalerla veinte veces al cielo por mi vuelta, y haberme aconsejado que no saliese mas sin su compañía. Yo me acosté muy cansado, y muy determinado á despedir al día siguiente á un helado pedante y lleno de amor propio, que parecía dispuesto á llenar las funciones de pedagogo, mas bien que las de criado.

En su consecuencia, le mandé ve- nir así que pudiese, y le pregunté cuanto le debía por haberme conducido á Glasgow. Andrés Listo-á todo se puso pálido al oir esta pregunta, creyendo sin duda con razón que era el preludio de su despedida.

—Su señoría, me dijo después de vacilar algunos instantes, no pien- se... no piense... que... que...

—Hablás, miserable, si os rompo la cabeza.

Pero Andrés, fluctuando entre el temor de aumentar la cólera con que me veía, pidiéndome una cantidad demasiado exagerada, y el de perder una parte del provecho que esperaba, limitando su pretensión á una suma inferior á la que tal vez le hubiera dado, se hallaba en un embarazo cruel entre sus dudos y sus cálculos.

En fin su respuesta salió por efecto de mi amenaza, como vemos que la saludable influencia de un golpe dado entre los dos hombres libra el gazznate de un bocado que acababa de atravesarse.

—¿Le parece á su señoría que está bien en diez y ocho penneys per diem, esto es, por cada día?

—Eso es el doble del precio ordinario, y el triple de lo que vos merecíais: mas no importa, tomad una guinea, y ahora ocupas en vuestros negocios, que ya nada teneis que ver con lo que me decís.

—Dios me libre! esclamó Andrés; ¿estás loco?

—¡Vos me podrías tal! ¿con qué os doy un tercio mas de lo que pedís, y abris unos ojos como si se os negara la justicia! Tomad vuestro dinero, y retiraos.

—Mas... Dios me libre! ¿en qué he ofendido á su señoría?... En verdad que los hombres son fríjoles como la flor de los campos; mas pensad que Listo-á todo es mas tan absurdo que una tabla de manzaull ay en un jardín de boticario! Por nada del mundo debierais consentir en separaros de rapiñas.

—A fe que no sé si sois mas tan loco que loco; deseeis quedaros conmigo, que quiero que no.

—Cabalmente eso es lo que pensaba: si su señoría no sabe lo que es tener un buen criado, yo sé muy bien lo que es tener un buen amo, y entresacarle el oro de las piezas, ¡Dios me libre! si mis pies separan de vos. Tal es mi intención clara y monda: por otra parte, vos no me habéis ordenado expresamente dejar mi puesto.

—¿A qué llamas vuestro puesto? vos nunca habéis sido criado mi con salario; solo me habéis servido de guía, y no os pedí otra cosa mas que me condujeses hasta aquí.

—Ya sé, dijo con tono dogmático, que no soy criado ordinario; pero no ignoro su señoría que á ruegos suyos dejé una buena colocación en una ho- ra de tiempo. Yo ganaba honrada-
tan acostumbrado á sus modales, que algunas veces solía divertírmelos con él.

En la idencia en que me tenían estas reflexiones, pregunté á Andrés si sabía los caminos y las aldeas del norte de la Escocia, donde había de ir por negocios de mi padre con los propietarios de los bosques de aquella nación. A mi entender, sí le hubiese preguntado por el camino del paraíso terrenal, se encargaría en este momento de conducirme allá; de manera que sus vacíos si conocía después algo de lo que pretendía saber perfectamente. Fijé el precio de su salario, y me reservó expresamente el derecho de despedirle cuando quisiera pagándole una semana además del tiempo vencido á título de indemnización por haber le encajado una viva reprimenda sobre su conducta de la víspera, y se separó de mí medio concurso y medio triunfante, sin duda para ir á contárselo á su amigo el clérigo, que le esperaba en la cocina inmediatamente y suspirando, como había salido con el joven inglés.

Se quedó decirme que la casa del baile Nicol Jarvis, como se lo tenía prometido. Un sasonado almuerzo me esperaba en el salón, que servía también de comedor y de sala de audiencia al digno magistrado. Este había cumplido su palabra, pues hallé en su casa á mi amigo Owen, quien había hecho uso del cepillo, de la palangana y de la navaja, era un hombre enteramente distinto de Owen preso, sucio, triste y abatido. No obstante, no se habían dispuesto las zozobras y el embruaje que experimentaba la casa Osbaliston y Tresham, y el cordial abrazo que recibió de su primer factor fue acompañado de un profundo suspiro. Sus ojos fijos y sus ademanes serio y reflexivo anunciaban que se ocupaba en calcular el número de días, de horas y de minutos que trascurriese antes del instante crítico que debía decidir de la suerte de un grande establecimiento mercantil, y las probabilidades que había en pro y en contra de su caída ó de su conservación. Tuve pues que someter el desayuno de nuestro húsar, sólido trece, que tenía vestido directamente de la China, y que había recibido por regalo de un aficionado de Wapping, su café de la Jaima cujida en un gran cafetal suyo, llamado Salt-Grove, según nos dijo él con aire malsinado, su cervecita de Inglaterra, su salmón salado de Escocia, sus avenques de Lochline, y por fin, sus manteytes labrados por las propias manos de su difunto padre. Habiendo exajorado todo, y viéndole ya de buen humor á consecuencia de esta corta atencion, tan poderosa para granjearse el afecto de muchos hombres, traté de sacar de él algunas observaciones que podían servir útilmente para reírme de su conducta, y que debiera satisfacer mi curiosidad. Hasta entonces no habíamos hecho ninguna alusión á los acontecimientos de la noche anterior; pero viendo que no pensaba en introducir este asunto en la conversación, me aproveché de una pausa que siguió al la historia de los manteytes trabajados por su padre, para preguntarle sin exceso alguno, si me diría quién era aquel Roberto Camplem con quien estuvimos la víspera.

Esta pregunta pareció que hacía caer de su ceño al más insignificante en vez de responder á ella, lo repitió.


—No es posible, señor Jarvis, pues parece que vos sois amigo suyo y poriente.

—Hay entre nosotros algún parentesco, me dijo con el tono de un hombre á quien se acusan las palabras á su pesar; pero después que Rob ha dejado el comercio del ganado, raras veces le he visto. El pobre diablo ha sido muy mal tratado por gentes que lo acertaron si le dejaban quince y no los ganados nada en ello. Ellos no se han arrepentido aun, y mas quieren verle á la cola de los terciados huecitos que á la cabeza de treinta bribones.

—Pero todo esto, mi querido señor Jarvis, no me habla á Roberto Camplem, sus costumbres, sus medios de existencia.

—¿Sus costumbres? dijo el señor Jarvis, es un lindolgo de los Highland; no hay otro más noble que él. Sus costumbres son vestir á lo montañés cuando está en su país, y llevar calzones cuando viene á Glasgow. En cuanto á sus medicina de existencia, que se nos da á nosotros, puesto que no nos pide nada? Pero no tengo tiempo para hablaros mas de él: los negocios de vuestro padre exigen toda nuestra atencion en este momento.

Así hablando, sentóse delante de un bufete para examinar la situación de los negocios y todos los papeles concernientes á ellos, que Owen creyó deber comunicarle sin reserva. Aunque mis conocimientos eran muy cortos en tales asuntos, poseía los bastantes para conocer que todas sus observaciones eran justas, y que si el hombre de negocios de mi padre debía añadir que anunciaban de cuando en cuando nobles y liberales sentimientos. Rasco antes que una vez viendo la balanza de la cuenta establecida entre su casa y la mía, decía.

—Quizás es una pérdida, dijo, una pérdida importante para un comerciante de Salt-Market de Glasgow, pensaba lo que quisieran vuestros negociantes de Lombard-Street en Lon-
dres: pero no imitarán nunca á esos encruces de Gallowgate, y no por eso andarán menos derechos. Si me hacen perder dinero, me acordaré de que también me hicisteis ganar, y lo poco que podrá suceder, será que tenga que atar la cabeza de la marrana á la cola del puerco.

No esperaba este último proverbio; pero bien claro era ver que el señor Jarvis tomaba un interés verdadero en los negocios de mi padre. Sujeti diversos espíritus, aprobaría varias disposiciones que propusiera Owen, y logró disipar algún tanto lo sombrío que cubría la frente del fiel delegado de la casa de mi padre.

Como yo era en esta ocasión espectador casi inútil, y como había probado mas de una vez á volver á establecer conversaciones sobre Roberto Camplem, asunto que no parecía agrada
dable al señor Jarvis, despedíme de él sin muchas ceremonias, indicándome á ir á ver la biblioteca del colegio.

—Allí hallarás, me dijo, hombres que os hablarán en greco y en latin; al menos se ha gastado poco dinero para ponerles en estado de hacerlo; además, podeis leer allí versos, por ejemplo, la traducción de las Santas Escrituras por el rey Zacarías Boyd: son los mejores versos que se han compuesto, según dicen personas que lo entienden ó que deben entenderlo. Mas sobre todo volvía á conferir conmigo á una hora fija: tendríamos una piernita de carne y hueso, cuando algun día en que hemos comido siempre mi padre y yo, y nunca la hemos retardado por ninguna razón ni persona.

CAPITULO XXV.

Dijérseme al colegio, á imitación del señor Jarvis, mas con un tono de huir del diálogo algun objeto que pudiera interesarme ó divertirmee, que para
ordenar mis ideas y meditar acerca de mi conducta venidera. Vaguaba por este antiguo edificio de un cuadrado a otro (1) y de aquellos los coleges eljardí (2), ó paso... y admirado de la soledad que allí reinaba, pues la mayor parte de los estudiantes estaban en las aulas... dis no pocas vueltas reflexionando en el olvido de mi destino.

Recordando todas las circunstancias que había acompañado mi primera entrevista con Campbell, no me era posible dudar de que se hallaba metido en alguna empresa; y lo esca-

na de la noche anterior, junto con la repugnancia del señor Jarvis a hablar de él y de su modo de vivir, tendía a confirmar sospecha. Sin embargo parecía que aquel hombre era a quien no había vacilado Diana Vernon en di-

vijos en mi favor; y la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener aco-

rde de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fue ir a encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviese solo, ó al menos tratar de ver quien eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio de discutir, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces medio entre los jóvenes que llevó por encima de los vesti-

dos, con sus pantalones ligeros, los joviales del mi, y era la conducta del magistrado respecto de él ofrecía singular mezcla de censura y de compasión, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que dijese algo muy extraordinario en la posición y en el carácter de Campbell; pero lo que me sorprendió más fue que después de todo aquello, mi joven parecía influir en mí, y enla-

zar con él estrechamente. Resolvi atacar al señor Jarvis en la primera ocasión, y escarbo del bueco todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, a fin de ver si, sin comprometer mi honor, podía traer él las relaciones que debían al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba a estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecían tener una conversación muy animada. La espontaneidad y el espíritu de la calle, con el cual nos acerca a mi familiar cercanía de aquellos a quienes amamos o aborrevemos en gran manera, conoció a mi imaginación antes que a mis ojos de que el indi-
—Yo tenía otras miras respecto de vos, joven; miras menos arriesgadas, mas conformes á vuestra carácter y á vuestra educación: mas veo que quebráis astra sobre vos el castigo que merece vuestra pueril insolencia. Seguidme pues á un sitio mas apartado, donde no correremos riesgo de que nos interrumpan.

Seguí, avizorando todos sus movimientos, porque le creía capaz de todo. Me condujo á una especie de jardín plantado á la manera holandesa, rodeado de un par de valles, y en cuyo se veían dos ó tres estan- tas. Iba con precaución, y no me faltaban razones para ello, porque su espada llegó á dos dedos de mi pecho antes que yo tuviese tiempo para sacar la mía, y solo debió la vida á algunos pasos que él hacia atrás. Me llevaba ventaja en las armas, pues su espada era mas larga que la mía, y de tres filos, como las usan generalmente hoy día, mientras que la mía era lo que llamaban entonces una hoja sajona estrecha, llena, y menos fácil de manejarme, que la de mí enemi- go, cuyos filos apenas rozaban el mancuernillo igual, porque si yo le aventajaba en destreza y audacia él tenía mas serenidad y mas vigor. Reñía no obstante con mas furor que valentía, con un despecho reconcentrado y una sed de sangre ceñida bajo un aire sosegado que da á los mayores delitos nuevo carácter de aspectos, haciendo que parezcan el resultado de un frío premeditación. El deseo que tenía de trastuchar no fué parte para que se desnudase un instante, y nunca olvidó estar á la defensiva, á propio tiempo que mediaba los mas vivos ataques que yo podía dirigirme contra él.

Yo peleaba de principio con moderación. Mis pasiones eran violentas, pero no renorrecras, y un intervalo de tres ó cuatro minutos me había dado tiempo para reflexionar que Rashleigh era sobrio de mi padre, que el suyo me había mostrado afecto á su modo, y que si la pasaba de mortal escotada, su merced en el duelo á toda su familia, Mi primer proyecto fué pues tratar de desarmar á mi adversario; y lleno de confianza en la lección de esgrima que me había dado en Francia, creía poder ejecutar esta maniobra sin mucha dificul- tad. Pero no tardé en reconocer que las habia con un espaldón; y habíandome visto dos veces á punto de ser herido, tuve que pensar en la defensa. La habilidad con que Rashleigh trató de arrancarme la vida inflamó poco á poco mi cólera, y ya no pensó en usar de mirmundo alguno; en fin, como el cortejó era igual por ambos lados, parecía que no debía concluirse nuestro combate sino con la muerte de uno de los dos. Poco faltó para que no fuese yo la víctima. Me resbala- nó un pie, no pude parar un bote que Rashleigh me dió en este momento, y su espada atravesó mis vestidos y rozó ligeramente mis costillas; pero había tirado el golpe con tal fuerza, que el puño de la espada dándome violentamente en el pecho, me causó un vivo dolor, me hizo creer que estaba herido de muerte. Sediento de venganza, y convencido de que no me restaba mas que un instante para satisfacerla, cojí con la mano izquierda el puño de su espada, y levantando la mía con la derecha, iba á pásarle, cuando apareció en la escena un nuevo actor.

Súbitamente se echó entre nosotros un hombre, y separándonos, clamó con voz imponente: —¿Cómo! los hijos de los que mamos la misma leche quieren derramar su sangre, como si no fuese la misma la que circula por sus venas! ¡Por el brazo de mi padre! El primero que de otro golpe perece á mis manos.

Miré con sorpresa, y era Campbell. Así hablando blandía en torno suyo su hoja escocesa como anunciando una mediaci6n armada. Rashleigh y yo enunciádolos: entonces Campbell nos dirigió la palabra sucesivamente.

—Señor Francisco, ¿creéis que restableceréis el crédito y compondréis los asuntos de vuestra padre quitando la vida á vuestro primo, ó quedando tuendos en el parque del colegio de Glasgow? —Y vos, señor Rashleigh, ¿creéis que los hombres sensatos confían su vida y su fortuna á uno que, teniendo á su car- go los mayores intereses políticos, se mete en una receta como el hor- rible? No me mueres de reygo, señor Rashleigh, y sí llevaís á mal lo que digo, ya sabeis que soy dueño de sal- lios del partido.

—Vos abusais de mi situacion, respondió Rashleigh; sin eso no osa- riais tomar parte en un negocio en que se interesa mi honor.

—¿No osa? ¿y qué no? Vos seréis mas rico que yo, lo confieso; mas sabio, no lo niego; pero no os ni mis bien formado, ni mis valiente, ni mis noble; y me haría esa extraña el que me manifestase que veis mas que yo... ¡No osa! ¡también cosas leeráis, mi autor, he hecho tantas cosas vosotros dos, y no me acuerdo por la tarde de lo que hice por la mañana!

Durante este discurso había dominado Rashleigh su cólera, y vuel- ta á tomar su sosiego y serenidad de costumbre. —Mi primo conocerá, di- jo, que la mía es la que ha promovido esta pendencia, y que yo no me doy lugar á ella; me alegro que nos hayas separado antes de habérsele da- do una lección severa.

—¿Estais herido? me preguntó Campbell con cierta apariencia de in- terés.

—No es mas que un arañazo, respon- dió; y mi digno primo no se hubiera lisonjeado mucho tiempo de él, si vos no hubieses llegado.

—En verdad, señor Rashleigh, dijo Campbell, que es así, porque el ace- ro iba á tratar conocimiento con lo mas puro de vuestra sangre, cuando detuve el brazo del señor Frank; con que no os vanagloriáis mucho de vuestra victoria, y cuidado con la mantilla tocando la trompeta. Pero vamos, no se hable mas de eso; seguímos, pues tengo que comunicar algunas noticias, y os enfriaremos como la sopa de Mac-Gibbon cuando la po- ne á la ventana.

—Perdonad, señor mío, exclamé yo; me habéis manifestado acierto y servido en más de una ocasión; mas no puedo consentir en perder de vis- ta á este miserable que no me ha vuelto los papeles que robó á mi pa- dre, poniéndole de este modo en esta- do de cumplir sus empeños.

—Estáis loco, joven, dijo Campbell: ahora mismo os defendáis contra un hombre solo, ¿acaso queréis defenderos en este momento contra dos?

—Contra veinte, sí fuere menester. Me habrá de seguir.

Diciendo estas palabras, así á Rashleigh del cuello, quien no opuso nin- guna resistencia, y volviéndose hacia Campbell, le dijo con desden: —Ya lo veis, Mac-Gregor, que me los captares con su destino; ¿Es cul- pa mía, si no puedo detenerlos? Los mandatos están ya entregados y todo se halla dispuesto.

El montañés se mostró confuso: miró hacia atrás, á Izquierda, á dere- cha, y dijo:—Nunca consentiré que le asalten por hablarle cuando los cánidos á su pared; y ciaga la mal- dictión de Dios y la mía sobre to- dos los magistrados, jueces de paz, prebostes, bailes, jefes, oficiales de jerifanes, constables, en fin sobre el todo ganado negro que es, ya hace un siglo, la peste de Escocia. Feliz tiempo aquel cuando se encargaba cada uno de hacer respetar sus dere- chos, y no estaba empozado la nación por esta maldita ruina. Pero os lo repito, mi conciencia no me permite sufrir que sea vejado, y mi-
cho menos de esa manera: mas qui-
siera veros de nuevo empuñar la es-
pada y batirlos como hombres de bien.

— ¡Vuestra conciencia!, Mac Gre-
ger! dijo Rashleigh con irónica son-
risa: es olvidada de que ya hace tiem-
po que no la conocemos nosotros.

—Sí, mi conciencia, repitió Cambi-
bell, ó Mac Greger, cualquiera que
fuera su nombre: señor Rashleigh, yo tengo conciencia, y ved porque valgo más que vos. En cuanto a ser vuestro enemigo, ya sabeis cuáles son las causas que me han he-
cho lo que soy; y pensad lo que que-
raís, no cambiaría mi situación por
la del más orgulloso de los persegui-
dores que me han reducido a no te-
ner más que el honor de los ciegos.
Yo tambien os conozco a vos y sé lo que sois; ¿porque sois lo que sois? eso solo lo sabeis vos, y
para nosotros será un secreto hasta
día póstumo. Ahora, señor Frank, sostalde el cuello, porque tie-
ne razón para decir que veréis cómo re-
quiere hacer? ¿Hubierais seguido al lobo á
su cuervo? Os digo que la tendido sus redes para premiernos: volvió á
entrar el colector Morris, le ha
hecho presentar una nueva queja
cuatro veces, y aquí no puedo socorrer-
los, como en casa del juez de paz In-
glewode, porque no conviene á mi
salud que me encuentre en el camino de
los bailes Thoughtful. Retiramos pues como mozo honrado, y sacad el mejor provecho de las circun-
cias, cediendo con tiempo á ellas.

Junté el ademán con la exhorta-
tión, y tirándole el brazo con vi-
gor y de improviso, dejé libre á Rash-
leigh, y deteníéndome en sus pasos,
me impidió cojerle de nuevo. — Vos-
mos, señor Rashleigh, dijo al mismo
tiempo, aprovechando de este momen-
to: un buen par de piernas vale dos
pares de brazos, y no será la primera
tiempo que os habréis servido de ellas.

—Sí, señor, dijo Rashleigh, burla de
las circunstancias que me inspiran los
singulares acontecimientos que en esos
habían sucedido. Tomé otra vez
mi capa, que me arrengé de modo que
tapase la sangre que había manchado mis vestidos, y apenas me había eu-
hido, abrieron las anillas del colegio, y la muchedumbre de los estudian-
tes llenó la pradera y el parque. Volví al centro de la ciudad, y yien-
do una tiendeclía encima de cuya
puerta se leía esta muestra: Crís-
dob Nashon, Cójano y Botanieró,
entré en ella, y pregunté á una mocin-
to que machacaba algunas drogas en
un mortero, si se podía hablar con el
sabio farmacópelo. Introdujimos
en la trastienda, donde halló á un
anciano todavía verde que sacudió la
cabeza con aire de incredulidad
mientras le dije que esquivándolo con
uno de mis amigos, se había roto su
florete y me había herido ligeramente en el
el. — Es un verdadero arcoí,
me dijo curando la herida, pero ni
por pocos os ha tocado ninguna
zapatilla ó cabo del florete; ¡Ah! ¡sangre joven, sangre joven! Pero
encontraréis los curas que se sienten
discreta: y á más, sin la sangre des-
mañada viva y la mala sangre, qué
fuera de las dos sabias facultades?

Despidióme con esta reflexión
moral, y no tardó en dispanser el
caso dolor que me había causado la
herida.

CAPÍTULO XXIV.

— ¡Por qué llegas tan tarde? excl-
ámelo el señor Jarvis cuando entra-
ba yo en el comedor del barrio ban-
quero: ¿ignoras acaso que no se
necesitan más que cinco minutos pa-
ra venir á pasar el noche con tus bros,
Coffinkey, ¿es el hombre más honra-
dado que le conocí, sino es que jar-
aba hasta el punto de hacerle echar
á uno los cabellos; pero murió, se
fue á dar cuenta de su vida, y creo
que la tendría en buen estado.

El ponce nos pareció muy bueno,
y sirvió de transición á una conversa-
sión larga entre Owen y nuestro lu-
sped, sobre las salidas que la
union de Escocia con Inglaterra ha-
bia abierto en Glasgow para el com-
ercio con las Indias occidentales y
las colonias inglesas en América.
Owen dijo que esta ciudad no podía
Rob-Roy.

hacer una mudanza ventajosa para el país sin comprar mercancías en Inglaterra.

—¡Todo menos eso, señor mío, todo menos eso! exclama el señor Jarvis con color: para nada necesitamos a nuestros vecinos, y no tenemos más que rejuntar nuestros bolsillos. ¿No poseemos nuestras sargas de Stirling, nuestras medias de Aberdeen, y nuestras telas de lana de Middlesbrough y de Edimburgo? nosotros tenemos telas de toda especie, mejores y más baratas que las vuestras, y la de alguno en nada ceden a las de Inglaterra. No, no, no, un arno que no necesita las nadaderas de su vecino, un carnero se sostiene en sus propias piezas, y Glascow no espera nada de nadie. Todo esto no se derritará mucho, señor Osbaldeston, añadió viendo que yo guardaba silencio fingiendo hablar, pero yo sabéis que un carretero no puede dejar de hablar de sus arcos.

Para escusarme, alegué las singulares circunstancias de mi situación, y las nuevas aventuras que me habían acontecido en aquellos últimos de este mes. hallaba, en muchos deseos, ocasión de referir, por menor y menor, y sin que me interrumpliesen. La única cosa que omití en mi narración fue la leve herida que había recibido, creyendo que no merecía referirse este accidente. El señor Jarvis me escuchó con suma atención y con un interés bien conocido, fijando en mí sus pequeños y pardos ojos llenos de fuego; y no interrumpiéndome sino con algunas cortes interjecciones, 6 tomando algún polvo. Cuando llegué al dueño que se había seguro a mi encuentro con Rashleigh, Owen levantó los ojos y las manos al cielo sin poder pronunciar una sola palabra, y el señor Jarvis me interrumpió escandalizando: —¡Muy mal hecho! ¡muy mal hecho! ¡sacar la espada contra un amigo! esto está prohibido por todas las leyes divinas y humanas;

batirse en el recinto de una ciudad real! esto merece el castigo de multa y cárcel..... El parque del colegio no tiene ningún privilegio: por otra parte no me parece que allí no se debe alterar la paz y la tranquilidad... ¿Crees que tan buen colegio tiene los colegios terrenos que producían al Obispo en otro tiempo seiscientas libras de renta, lumbres de polvo y jaja, para que vayan allí a matarse los descabezados? ¿No es bastante que ralian allí los estudiantes con boas de nieve, de santo que si pasamos por aquel lado Mattie y yo, nos arrecerán; y aunque no nos espaten una en la cabeza...? Mas venamos, continuaban vuestra historia.

Cuando hablé del modo con que había sido interrumpido nuestro combate, levantose Jarvis con aire de sorpresa, y puso la voz a largos pasos esclamando: —¡Otra vez Rob!... ¡todavía anda por aquí!... Está loco, sin la menor duda, y lo que es peor, hará que le queden con desdoro de toda su parentela. No puede dejar de sucederle así... Mi padre le hizo su primer par de medias, pero Treepie, fabricante de medias, será quien le dé su última corbata... No hay cosa mas segura, pues anda por el camino real del patibulo... pero continuando, señor Osbaldeston; ¿por qué no continuais?

Yo acabé mi relación; mas por mucho que procurase especificar, halló el señor Jarvis alguna pasaje que no estaban suficientemente esplendidos, y no pude hacerlos comprender sino relatándole toda la historia de Morris, y la de mi encuentro con Campbell en casa del juez Inglewood, de lo cual descubrí zafarme. El me escuchó con seriedad, no me interrumpió una sola vez, y guardó silencio cuando hubo acabado mi narración.

—Ahora que estáis enterado de todo, señor Jarvis, le dije, no me resta sino rogarme que me aconsejéis.

lo que exijen de mi el interés de mi padre y el de mi honor.

—¡Bien hablado, joven, muy bien hablado! pedí siempre consejos a los que tienen mas edad y mas experiencia que vos. No hagais como el impío Roboon, que consultó a jóvenes sin hablas, despreciando los maduros consejos de su padre Salomon, cuya sabiduría, como observó muy bien Meiklejohn perorando sobre este capítulo del libro, se manifestaba seguramente en ellos. Pero ahora no se trata del honor, sino del crédito: Honor es un homicida, un bebedor de sangre, un querellante que altera la quietud pública; Crédito al contrario es una criatura honrada, decente, apacible, que no sale de casa y hace las cosas a propósito.

—Ciertamente, señor Jarvis, dijo nuestro amigo Owen; el crédito es un capital que es preciso conservar con cualquier descuento que sea.

—Tenéis razón, señor Owen, tenéis razón; habláis bien, con acierto, y creo que vuestra bola llegará a su destino, porque distante que no aparezca ahora... Pero volviendo a Rob, pienso que favorecerá a este joven, si le es posible: Rob tiene buen corazón, y aunque perdió en otro tiempo con él doscientas libras de Escocia, y aunque no espero volver a ver las mil libras que le presté después, no por eso deshacería mi señor de justicia.

—¡Habéis de mezclarme como a hombre de bien, señor Jarvis, le dije.

—Pero... ¡hum! y en esto tosió varias veces. Sin duda... tiene él una hombrecita mofosina, cierta manera de honradez, como dicen: mi padre, que en paz haya, se reía mucho de el soltar estas palabras.

—Juzgáis a Rob con severidad, con demasiada severidad; mas la verdad es que no conocéis nuestro montuoso país que nosotros llamamos Highlands, y que es habitado por una raza de gente que no se nos parece en nada. Allí no se encuentran bailes ni majistrados que empuñan la vara de la justicia, como la empuñaba mi de Cromwell. Mas el capitán Costlett tenía respuestas para todo; replicó pues que le servía a su modo, y esta palabra ha quedado por proverbio. Mi padre se reía mucho cuanto veces contaba esta historia.

—Pero creéis que ese á quien llamamos Rob me servirá a su modo? ¿pensais que deba ir a la cita que me ha dado?

—Hablando con franqueza y con verdad, me parece que debeis ir; por otra parte vos mismo vais a ver si no correis algunos riesgos aquí. Ese famoso Morris tiene un destino en Greenwoode, puerto situado cerca de aquí, en la embocadura del Clyde. Nadie ignora que es un animal bético, con cabeza de ganso y corazón de gallina, que se pasa por el muelle, afrontándo á todo el mundo con permisos, tristazos y otras vejaciones semejantes; pero en resumen, si presenta una queja contra vos, será preciso que un majistrado haga su deber, seréis quizás encerrado entre cuatro paredes, mientras se aclará el caso, y esto no arreglará los negocios de vuestro padre.

—Todo eso es verdad; pero me he de salir de Glascow, cuando todo me induce á creer que esta ciudad es el principal teatro de las intrigas y de las tramas de Rashleigh? He de irme de aquí, y espero que en otra ocasión volveré á este nombre.

—Bah! pues de niñez; como á hombre de bien, señor Jarvis, le dije.

—Pero... ¡hum! y en esto tosió varias veces. Sin duda... tiene él una hombrecita mofosina, cierta manera de honradez, como dicen: mi padre, que en paz haya, se reía mucho de el soltar estas palabras.

—Juzgáis a Rob con severidad, con demasiada severidad; mas la verdad es que no conocéis nuestro montuoso país que nosotros llamamos Highlands, y que es habitado por una raza de gente que no se nos parece en nada. Allí no se encuentran bailes ni majistrados que empuñan la vara de la justicia, como la empuñaba mi
padre, y como la empujo yo ahora. Todo lo hace afil la orden del will; y así que habla este, el obedecen, sin conocer más leyes que la punta de su puñal; su davnon es lo que llamáis un indicador el pretendiente o el querellante, y su escudo el defensor. La cabeza más dura es la que resiste mas tiempo, y ved como se saca la minota de un pleito en los High-lands.

ROB-ROY.

Luego levantó suspiriando las manos al cielo, y confiado que esta descripción no me dió á mi un clásicas ganas de visitar á los taless Higlands de Escocia, donde era tan desconoci- do el imperio de las leyes.

—Nosotros no somos entramos muchas veces en estos pormenores, contó el señor Jarvis, en primer lugar porque nos son familiares, y luego porque no se debe desacreditar el país natal, sobre todo delante de estranjeros: es un pájaro viejo el que ensueña su propio nido.

—Está bien, señor mio; pero como no es una curiosidad impertinente sino una urjente necesidad, la que me obliga á pedir a pedidos de mis amigos, perdona si os ruego que me deis cuentas os sea posible; por los negocios de mi padre tendré que tratar con muchos personajes de ese país, y conozco que vuestra expe- riencia puede servirme de mucho.

Esta pequeña diosa de lisonja no se córtó en su roto.

—Mi experiencia! dijo el baile; sin duda tengo experiencia, y he for- mado algunos cálculos en mi vida. También os diré, ya que estamos aquí solos, que he adquirido algunas noticias por medio de Andrés Wylie, mi antiguo factor que trabaja al presente en casa de Macvittie, Macfia y compañía, pero que se viene de muy buena gana las noches de las fiestas á beber un vaso de vino con su anti- guo amo; pues que quereis gniaros por los consejos de un fabricante de Glasgow, no soy yo hombre que me

ígnea á darlos al hijo de mi antiguo corresponsal, y mi padre no le hubiera dicho no. He pensado algunas veces en hacer brillar mi luz delante del duque de Argyle, ó delante de su hermano lord Hay; aunque á qué fin tenerla escondida? Mas las grandes person- 
ses han bien ¿es que lo que pudiére decirles un pobre fabricante? Más piensan ellos en la calidad del que les habla que en las cosas que les dicen. No es que quiera yo hablar de estas cosas; mi destierro; de ninguna manera, no. No maldecir si no que en mi dormitorio, dijo el hijo de Sidrach, porque un ave llevará vuestras palabras atravesando los ai-

ros.

Yo interrumpí estos prolegómenos, que eran siempre la parte mas larga del discurso del baile, para asegurarme que podía contar con la discreción de Owen y la mía.

—No es eso, replicó, no es eso: yo no lemo nada: qué tengo yo qué temer? Yo no digo mal de nadie: sino que esos hombres de los Highlands tienen las manos largas, y como yo algunas veces viajo por sus montañas á ver algunos parientes, no quisiera tener mala fauna en ninguna de sus tribus. Como sea, continuó, ¿Ah! precisamente es que os digo que todas mis observaciones se fundan en el cálculo, en las cifras: Owen os dirá si es hombre de honor o no, y su imaginación y la única demostración de todos los, conocimientos humanos.

Owen hizo al punto un señuelo de apropiaciones diciendo que no sabía su disposición conforme á sus ideas; y nuestro ora- dor continuó:

—Estos Highlands de Escocia, como los llamamos, son una especie de mundo salvo lleno de rocas, de cav- ernas, de bosques, lagos, ríos y montañas tan elevadas, que las alas del mismo diablo se fatigarían si quisiene volar á su cima. Así pues en este país, y en las islas dependientes de él, y que no valen más tampoco, ó que, hablando en verdad, son todo peores, hay cerca de doscientas y treinta parroquias, comprendidas en ellas las Orcades, en las cuales no se sabe decir si hablan ó no la lengua galaica, pero cuyos habitantes están lejos de hallarse civilizados. Supongo- nones ahora, señores, por un calce- no moderado que la población de cada parroquia, deducidos los niños hasta la edad de nueve años, sea de ochocien- centa personas; añadamos la cuarta parte á este número; por los niños, y es tanto de la población será; ve- mos, añadamos la cuarta parte á 800 para formar el multiplicador y el multiplicando será 330...

—El producto, dijo Owen que entraba con el mayor gusto en los cálculos estadísticos del señor Jarvis, sería 220,000.

—¡Justo, señor Owen, justísimo! El llamamiento para la guerra de to- dos los montañeses capaces de llevar las armas, de diez y ocho á cincuenta y ocho años, no puede calcularse en menos de la cuarta parte de la pob- 

lición, es decir, en 57,000 hombres. Ahora bien, señores, es una triste verdad que el país no puede dar ocupa- ción, ni apariencia de ocupación, á la mitad de la población; es decir que la agricultura, la caza del ganado, la pesca, toda especie de trabajo honrado, no pueden emplear los hombres en este país; no quedarán en el destruido, aunque tres de ellos no hagan la faena de un solo hombre; porque cualquiera dirá que la azada y el arado les queman los dedos. Con que esta mitad de la pobli- ción sin tarea ninguna, y que asciende á —110,000 almas, dijo Owen, y forman la mitad del pro- 

ducto total; — (Caballero, señor Owen, caballero)! Con que esta mitad de la población, de la cual supondrémos la cuarta parte en estado de llevar las armas; nos ofrecerá la suma de 28,750 hombres faltos de todo me- dio honrado de subsistencia, y que

tal vez no recurriran á ellos, si los hallasen.

—¡Es posible, señor Jarvis, exclamé yo, que sea eso un cuadro tan considerable de la Gran Bretaña! Quiero suponer que cada parroquia, una con otra, emplee cincuenta arados, y es mucho para el miserable suelo que cultivan estas desgraciadas criaturas; sólo si quiera arroz, y admito que haga allí bastantes pastos para caballos, y vacas. Además para conducir los arados y cuidar el ganado, pongamos 75 familias de seis personas, y añadamos 50 para hacer cubra re- donda; tendríamos 500 almas, es decir la mitad de la población, que no car- gen eñamente de trabajo, y po- drán proporcionarse leche agria y papillas; quisiendo que me dijese qué harían de los otros 500.

—Pero, en nombre del cielo, señor Jarvis, ¿cuáles son sus recursos? ¡yo me estrecho al pensar en su situación!

—Mas os estremeceríais si fueses su vecino... Supongamos ahora que la mitad de esta mitad lo pasa honra- damente trabajando para los habitan- tes de los Lowlands, ya en la siega de los granos, ya en el leno, etc; ¡cuántos centenares y aun milares de estos High- landers de piedras largas, que no quie- ren ni trabajar, ni morirse de hambre, que no piensan mas que en mendi- gar ó en robar, ó que viven á espacios de desviarse, ejecutando todas sus orde- nes cuálquier que sean! Bajan á centenares á las llamaradas vecinas, robando por todos lados, y se llevan su botín a las montañas: cosa deplorable en un país cristiano, mucho mas cuando se jactan de ello, y cuando dicen que es mucho más digno de un hombre apoderarse de un ganado lanar con la punta de la espada, que ocuparse
mercenariamente en rústicas faenas.
Los mismos lairds no valen más que ellos: si no les mandan que roben y depoñen, no se lo prohíben, y les dan recompensa, o consenten que se les busque en sus montañas, en sus bosques, en sus fortalezas, cuando han dado un al galope. Cada jefe mantiene bajo sus órdenes un número muy crecido de hogadores de su nombre y de su tribu, como decimos nosotros, a los que pagan sin contar sus gastos, o pueden sostenerse por si propios, de un modo u otro. Armados de dirk, de escopetas, pistolas y dourachers, siempre se hallan dispuestos a turbar la paz del país a la primera señal del jefe. Y ved, aunque pueden hacer algunos siglos estos montañeses, miserables vagabundos que no tienen de costumbre más que el nombre, y que hacen que esté siempre inquieto y alterado un vecindario apacible y tranquilo como el nuestro.
— Y ese Rob, amigo, que es pariente suyo, le requirió yo, es sin duda uno de los jefes que mantiene las tropas de hogadores de que acabamos de hablar?
— No, no, no es uno de sus grandes jefes, como los llamaban: sin embargo es de la mejor sangre montañesa, y desciende del anciano Glenstrae; yo conozco su familia, pues somos amigos. Nosotros que de esta importancia esto, porque es como la imagen de la luna en un cubo de agua; pero puedo enseñarlos cartas de su padre, que era el tercer descendiente de Glenstrae, escritas al mío que en paz descansan, y que principian por: Querido Jayville, y acaban con: Vuestra afectuoso pariente, que queda á vuestras órdenes. Son relativos á cierto dinero que le había prestado mi padre, y las guardaba como documentos felicaces: era hombre curioso.
— Pero si no es uno de los jefes de que acabas de hablar, supongo que vuestra primo goza al menos de gran crédito y de cierta autoridad en los Highlands.
— ¡Oh! eso podea decirlo sin temor de equivocaros: no hay nombre conocido que el suyo entre el Lennox y el Breadalbane. Rob llevó en otro tiempo una vida laboriosa, tratando en ganado; daba gusto el verle con su plaide y sus brogues, la claymore al lado, pistola en cielo, la escopeta bajo el brazo, y el escudo á la espalda. Nunca se le ha visto contando en sus montañas con diez o doce mozos á sus órdenes para conducir á nuestros vecinos gachados de muchos centenares de bueyes que tenían el aire tan salvaje como sus conductores. Mas hacía todos sus negocios con honor y justicia; y si creía que el comprador había hecho una mala compra, le daba una indemnización; yo le he visto volver, en un caso semejante, cinco chillings por cada lira esterlina.
— El veinte y cinco por ciento! —exclamó Owen:— es rebaña considerable.
— No, no, no, de ningún modo, de ningún modo! Principió á exigir el black-mail en todas las Highlands y el Menteith, y hasta las puertas del castillo de Stirling.
— Black-mail (1)! ¿Qué entiendes por estas palabras?
— ¡Oh! Rob reunió un breve en torno suyo una tropa de Corros-Azules (2), porque era reputado en el país por su valor: el nombre de su familia era antiguo y distinguido, aunque querían enlazarle, persuadirle y estinguirle hacía algún tiempo; había brillado su apellido en las guerras contra el rey y el parlamien
to: mi madre era MacGregor, y poco co me da que lo sepa. Presto se vió Rob á la cabeza de una tropa numerosa e intrépida; dijo que sentía los robos de ganado y los estragos del sur por los Highlands, y propuso salir garante de ellos á todo arrendado ó propietario que le pagase el cuatro por ciento de su arrendamiento, ó en una duda que estaba por poder ya el robo y la rapaña, de que Rob salía garante. Si alguno de ellos perdía un solo car
cero, no tenía mas que quejarse á Rob, y este se lo vendía sin falta, ó le pagaba su valor. Rob ha cumplido siempre su palabra, y no puedo decir ni yo ni nadie que haya faltado nunca á ella.

(1) Impuesto de que hablamos en el Waverley.
(2) Excuses montañeses.
tre la jente poderosa, y pudiera citaros una familia distinguida que le protejese con todo su poder, para que sea una espina para los otros. Y luego tiene tantos recursos! ha jugado mas pasadas que caben en un libro, en un libro grueso; le han acontecido tantas aventuras como a Robin Hood ó a William Wallace, y habrán de ellas historias eternas para contarlas en el invierno en el riscon de la lumbre.

Es cosa muy extraña, señores, que yo que soy un hombre pacífico, que yo soy hijo de un hombre pacífico, porque mi padre jamás tuvo ninguna querella con nadie, sino en el ayuntamiento; es cosa muy extraña, digo, que cuando me eche a contar, me parece que la sangre montañesa se me ha guardado, y encuentro en ello más placer que no en escuchar dis- cursos edificantes. Pero esto son vanidades, vanidades culpables, faltas contra la ley, faltas contra el Evangelio.

¿Mas qué influencia puede tener ese Robert Campbell en los negocios de mi padre y en los míos? dije continuando mis preguntas.

—Habeis de saber... respondió el señor Jarvis bajando la voz, (yo hablo aquí entre amigos y bajo la rosa): habeis de saber que los Highlanders han permanecido quietos desde 1809, el año de Killiecrakie (1), ¿y por cómo se ha conseguido? Con dinero, señor Owen, con dinero, señor Oswaldston. El rey Guillermo mandó á Breadalbane distribuir entre los Highlanders veinte mil libras esterlinas, y aún dicen que este viejo conde guardó un buen pecho en su poche (2). Luego la difunta reina Ana señaló pensiones á los jefes, de suerte que estos podían atender á las necesidades de los que carecían de trabajo, como os he dicho; permanecían pues bastante tranquilos, si no es alguna rapazía que hayan en los Lowlands, cuya costumbre no pueden perder enteramente, y algunas batallas entre ellos, lo que no da cuidado á sus civilizados vecinos. Pero desde el adventu- ron al trono del rey Jorge; que Dios guarde, del rey actual, no le llega ni dinero ni pensiones; los jefes no tienen medios para sostener sus tribus, y un hombre que con un silbido puede dar miedo y quinientos hombres dispuestos á ejecutar todas sus órdenes, ha de hallar recursos para alimentarlos; así pues la tranquilidad, la especie de tranquilidad que reina, no puede durar mucho. Veréis, y en esto bajó la voz aun mas, veréis como habrá una sublevación, una sublevación en favor de los Estuardos. Los montañeses se derramarán por nuestro país como un torrente, como lo hicieron en las infames guerras de Moutrose, y oiréis hablar de este asunto que pase un año.

—Mas os repito, señor Jarvis, que no sé qué relación pueda tener todo eso con los negocios de mi padre.

—Escuchadme, escuchadme pues. Rob puede levantar por lo menos quinientos hombres, y los mas bravos del país: así es que sin duda se interesará en la guerra, porque hallará en ella mas provecho que no en la paz; y hablándos con toda franqueza, sospecho que está encargado de mantener correspondencia entre los jefes de los montañeses y algunos señores del norte de Inglaterra. Hemos oído hablar de que hicieron á Morris de los caudales públicos que llevaba, en los montes Cheviot; y si os de decir la verdad, señor Frank, la voz que se esperaba fue que un Oswaldston era quien había verificado este robo de concierto con Rob, y pretendían que era vos... No me digáis nada, dejadme hablar, ya sé que todo esto es fals

so: pero no hay cosa que no creyera de un joven que ha habido hecho comediantes, y sentía que el hijo de vuestro padre llevase semejante jénero de vida.

Ahora no dudo en manera alguna de que será Rashleigh, ó algun otro de vuestros primos, porque todos ellos son del mismo metal, esto es Jacobinos, y creen que los caudales y papeles del gobierno son buena presa. Este Morris es tan co- barde, que, aunque sea muy bien que fué Rob quien le robó, nunca ha tenido osadía para acusarle públi- camente, y quizás no ha hecho del todo mal; porque esos diablos de montañeses son gente que le hubie- ran jugado mala pasada, sin que todos los aduaneros de Inglaterra fuesen capaces de impedirlo.

—Hace algún tiempo que tenía la misma sospecha, señor Jarvis, y estamos enternecer de acuerdo acerca de este punto; pero en cuanto á los negocios de mi padre... y ya no digo de mi señor, cierto, el que habla del señor Owen, que antes de la desgracia que acababa de sucederle, no había casa mas segura ni mas respetable, los jefes montañeses que habían recibido esos vales por dinero efectivo, han tenido que perder algo de su valor en Edimburgo, y en Glasgow. Deliberar decid solamente en Glasgow, porque en Edimburgo hay mas orgullo dinero; de modo que... 2]] 2]] varias claramente á dónde nos conduce esto?

Aquí tuve que confesar mi falta de inteligencia, y rogarle que siguiese el lilo de sus razonamientos.

—Jócomo! me dijo, si los vales no están satisfechos, los banqueros y negociantes de Glasgow recurrirán á los jefes montañeses, que no abundan en dinero efectivo, y el diablo no les dará el que se han comido ya. Viéndose persiguiendo y sin recursos, se desesperarán; cincuenta jefes que permanecerán muy sosedos en sus casas, se despondrán á tomar parte en las mis desesperadas empresas; y así, la suspensión de pagos de las casa de vuestro padre acelerará la suble- vación que quieren escatener.

—Luego pensais, le dije herido del nuevo punto de vista que me presentaba y que me parecía muy singular, que Rashleigh no ha faltado á mi padre, sino para acelerar el momento de una insurrección, están en juego á los jefes que recibieron sus vales en pago de los bosques?

—Sin duda ninguna, señor Oswaldston, sin duda ninguna; esa ha sido la principal razón. No dudo que el dinero efectivo que se ha llevado tenga el mismo destino; pero en comparación de lo demás, es un objeto de poca importancia, aunque sea casi todo lo que ganará Rashleigh en el negocio: los vales no pueden servirle mas que para encender la pipa, porque pienso que el señor Owen ha puesto por todas partes impedimien- to para su pago.

—Nuestro cálculo es acertado, dijo Owen.

—Quis ver si podía lograr que descontasen algunos Macvitie, Mac- fin y compañía: lo he sabido reservamente por Andrus Wyler: pero son pájaros muy viejos para dejarse penetrar en tal bando, y se han hecho los tontos. Rashleigh es demasiado conocido en Glasgow para que nadie
ponga su confianza en él. En 1707, vino aquí a tramar no sé qué conspiración con los Jacobinos, y dejó varias dudas. No, no, aquí no habrá un "dubbing" con todos sus valles, pero que todo el mundo dudará de que le pertenecen legítimamente, o temerán el que no sean pagados. Estoy convencido de que el paquete se habrá entero en algun rincón de las montañas, y no dudo de que mi primogénito sea tan capaz de desenredar, si le da la gana.

—¿Pero le crece dispuesto a servirnos de ese modo, señor Jarvis? Me lo habéis representado como un ajeno del partido Jacobino, y como que toma parte activa en sus maquinaciones; ¡harto pues de mí, o si quiere por su justicia, ese mal acto de restitución, el cual, suponiéndolo posible, se opondría a sus proyectos?

—No puedo responder precisamente a esto, no puedo: los grandes no se fían de Rob; y Rob no se fía de los grandes. A más de todo, hay un momento en el que los de Angule, el apoyo de la familia del duque de Argyly. Si seguiera enteramente su gusto, más sería el partido del duque de Argyly que del partido de Breadalbane, porque media cierto odio antiguo entre la familia de este último y la de Rob. Mas la verdad es que Rob es del propio partido, como Enrique Wynd, quien decía que plebea por sí mismo; si el diablo fuese laird, Rob trataría de ser su teniente, y en el estado a que se encuentra reducido no merece que le vituperen. Sin embargo hay una cosa contra vos, y es que Rob tiene una yegua parda en su caballeriza.

—¿Una yegua parda? ¿Y qué tiene que ver?...

—Hablo de su mujer, hombre, de su mujer; ¡y es una mujer terribilis! Detesta todo lo que no es de los Highlanders, y principalmente todo lo que es inglés; el único medio de ser bien recibido de ella es gritar; vive el

roy Jacobo y fuera el rey Jorge!

—¡Es muy extraño, le dije, que los intereses mercantiles de los ciudadanos de Londres, se encuentren comprometidos en los proyectos de sublevación tramados en un rincón de la Escocia!

—No lo creo, señor Osbaldiston, no lo creo: es una preocupación vana. Me acuerdo haber leído, durante las noches largas, en la crónica de Balfour, que los nobles de Londres obligaron en otro tiempo al banco de Jueva a faltar a la promesa que había hecho el rey de España de prestarle una suma considerable, lo que retardó un año la salida de la famosa Armada. ¿Qué os parece esto, señor mio?

—Que hicieron a su patria un servicio del cual debe hacer honrosa mención nuestra historia.

—Lo mismo digo yo, y pienso también que se haría en este momento un servicio al estado y a la humanidad, si fuera posible impedir que algunos de los largos montañeses se entregasen a la destrucción, ellos y sus gentes, únicamente porque les faltan los medios de remediar una catástrofe que debían considerar como propiedad legítima, si se pudiera salvar el crédito de nuestros padres, y además la suma que me deben los montañeses y Trossach, en efecto, que el que hiciere todo esto merecería del rey honor y recompensa, aunque fuese el ínimo de sus vasallos.

—No sabré decir hasta qué punto sería acorde al reconocimiento público, señor Jarvis, pero el nuestro sería proporcional al favor que nos hiciera.

—Y en cuanto el señor Osbaldiston estuviese de vuelta de Holanda, dijo Owen, haríamos por establecer la balanza.

—No lo dudo, no lo dudo es un hombre sólido, y con mis consejos pudiera hacer buenos negocios en

Escocia. Y bien, señores; ¡si fuera posible sacar los vales de manos de los Filisteos! era buen papel, bueno en el que estaba en buenhands, de dineros, en las veintena, señor Owen. Yo os nombraría tres personas en Glasgow (y pensad lo que queréis de mí, señor Owen), Sandie Steenison, John Pirie, y un tercero que no quise nombrar ahora, los cuales se encargarán de los recibos, y es ade- lantarizarán a la suma que sean necesarios para sostener el crédito de vuestro padre, sin pedirnos otra seguridad.

Animáronsos los ojos de Owen con la esperanza de salir del apuro; pero en breve volvió a tomar su aire inquieto reflexionando la poca probabilidad que había de que volviesen a nuestro poder aquellos vales.

—¿Nos desesperes, señor mío, no os desesperes! dijo el banquero escocés; bastante interés he tomado ya en vuestros negocios: estoy en ellos hasta los tobillos, y si es necesario, traeré las rodillas y el pecho; soy yo como mi padre, ¡que en paz haya! cuando emprender alguna cosa por un amigo, acabo siempre por mirar como negocio mío. Así pues, mañana por la mañana, me calzo las botas, monto en mi jaco, y con el señor Frank que está presente, correré los montes de Drymen. Si no obligó a entrar en razón a Rob, y aun a su mujer, no sé lo que me haré, pues les llevo hechos más de un servicio, sin hablar de la noche última, en la que no tenía más que pronunciar su nombre para enviarle al cadalso. Quizás ois algunas palabras sobre este asunto en el ayunta- miento, de parte del baile Graham, de Macvittie y de algunos otros: ya me han enseñado los dientes más de una vez, y echadme en cara mi par- rentesco con Rob. Yo les he dicho que no perdónaba las faltas de nadie, pero que, dejando a parte lo que Rob ha hecho contra las leyes del país, esto es, algunas robas de ganados, la recaudación de los black-marls, y su desgracia de matar a varias personas en querellas, era hombre más de bien que los que sostienen sus pares. ¿Y qué se me da á mí de sus habladurías? Si Rob es un outlaw (1), que vayá se decírela. No hay ninguna ley que prohíba ver á los proscri- tos, cómo en los tiempos de los últimos Estuardos; yo tengo en mi boca cuatro postigos de escoceses, y si me hablan, sabré contenerme.

Con vivo placer vi como saltaba, por último, el buen mastrizado las vallas de la prudencia, merced al in- flujo de su espíritu público, junto con el interés que tomaba su buen corazón en nuestros negocios, el deseo de que no experimentara pérdida de riqueza alguna en sus cobros, y un movimiento de vanidad muy disculpable. Operando estos motivos á un mismo tiempo, le hicieron tomar la animosa resolución de salir el propio á campaña, y ayudarle á negocil su negocio de negocios, todo lo que me había dicho me dio ocasión de pensar que se hallaban á disposición de aquel aventurero montañés, sería posible determinarle á entregar unos vales de que no podia aca- sar ninguna venta; y no me ocu- taba la presencia de su pariente noruego, por si pudiera ir para resolverle á sus negocios. Acediése pues sin vacilar á la proposición que me hizo el señor Jarvis de partir al día siguiente, y le manifesté mi reconocimiento.

Tanta fue su lentitud y circunspección en decidirse, como su prudencia y vivacidad en ejecutar su resolución. Mandó venir á Mattie, le ordenó que sacase al aire su redingote, que hiciese untar sus botas, y que cuidase de que comiese arroz un cal- ballo y estuviese enjugado al día si- guiente á las cinco de la madrugada, hora que fijó para nuestra partida.

(1) Proscrip.
Arreglóse que Owen aguardaría nues-
tría vuelta en Glasgow, pues su pre-
sencia de nada nos sirviera en nues-
tra expedición. Despedíme de este ze-
losos amigo, cuyo encuentro debía a la 
causalidad; instalé a Owen en mi posada, en un aposento contiguo al 
mi, y habiendo dado órden a Andrés 
para que tuviese dispuestos los ca-
ballos al día siguiente y hora indica-
da, me acosté con mas esperanzas de 
das que tuviera muchos días hacía.

CAPITULO XXVII.

Reina a la estación del verano. El 
señor Jarvis vivía á corta distancia de mistress Flyter; yo había manda-
do a Andrés que se expersara en su 
puerta con nuestros caballos á las 
cinco en punto, y no hice falta. 
La primera cosa que noté al llegar, 
fué que el caballo dado tan jenerosa-
mente por el escribano Tonthope á 
su cliente Listo-á-todo, en cambio de la 
yegua de Thorncliff, era todavía, 
por ruin que se le reputase, un Bu-
dy en su comparación de aquel con 
quien le había trocado. No tenía me-
ños de cuatro pies; pero era tan cojo, 
que solamente tres parecían destinados 
á sostenerle, y el cuarto, mecién-
dose en el aire, no semejaba estar allí 
mas que para servirle de colgado.

¿En qué pensáis tráyendome se-
mejante animal? le pregunté con 
impaciencia; ¿habéis hecho del 
caballo en que veniste á Glasgow? 
—Le he vendido, señor; era as-
mático, y hubiera comido mucho si 
se hubiera quedado en la caballeriza 
de mistress Flyter. He comprado este 
por cuenta de su señoría, y le ha-
ído una compra brillante; no cuen-
ta más que una libra esterlina por pier-
na, es decir, cuatro: cualquiera dirá 
cualquier precio, porque no se 
cojo, pero no lo perecerá así 
que haya andado una milla, porque 
se tarda mucho, y le llaman Soulpe-

tam.

—Por mi alma, Andrés, que no 
estaréis contento hasta que mi varilla 
haya visitado vuestras espaldas: si no 
vais al instante á buscar otro caballo, os juro que castigaré vuestra desver-
genería.

Andrés, á pesar de mis amenazas, 
no se daba prisa en obedecer: me dijo 
que le costaría una guinea de pérdida 
él deshacer la compra efectuada, y 
un poco que me la pagara el 
bello, íbamos, como verdadero Ingles, á 
sacrificar el dinero antes qué per-
der tiempo, cuando apareció en su 
puerta el señor Jarvis. Calaba botas, 
y le cubría una capa con capucha, 
como se dispusiera á pasar un in-
vierno de Siberia, y estábamos en 
los meses de las nieves. Dos de 
sus factores, precedidos por Mistress, 
conducían el avisado y apacible ca-
ballo que tenía la honra de llevar 
exclusión de digno majordomo. 
Antes de montar á la sila, me pre-
guntó qué motivos tenía para retirar á 
mi criado, y habiendo sabido la es-
trajemeja de Andrés, dio fin á todo 
altercado, faltando que si no volvía 
á la puerta de su amos, tan bien, á 
que de pretendía haberlo comprado, 
y sin que presentaba al cuadrúpedo mas útil 
que había trocado ú perdido, le 
enviaria á la cárcel y le condenaría 
a una multa de la mitad de su salario.— 
El señor Oswaldston, le dijo, os paga 
por vuestro servicio y por el del ca-
ballo, por el servicio del cobro de dos 
destas, á qué entendi, ¿verdad? Andrés des-
pacó con vos durante el viaje. 

—De nada sirviera ponerme una 
milla, dijo Andrés con enojo, por-
que no tengo ni un maravedí para 
pagarla; á mi Highlender no le pue-
den ganar sus razones.

—Pero al menos tienen un esquele-
to que se puede meter en la carcel, 
y haremos que os traten en ella como 
mercedes. 

Andrés tuvo pues que someterse á 
as órdenes del señor Jarvis, y partió 
murmurando entre dientes: —Mala 
cosa es tener tantos amos, como de-
cía la rana al rastrillo, cuyos dientes 
la herían.

Parece que no tuvo mucha dific-
ultad en deshacerse de Soulpe-tam, 
y en tomar otra vez posesión de su 
añalgana cabalgadura; porque el cam-
bio se efectuó en algunos minutos, y 
nunca me habló del dinero que pre-
tenía haber pagado á título de pé-
dida.

Por fin partimos; pero aun no 
habíamos llegado al cabo de la calle 
que vivía el señor Jarvis, cuando 
me detuvimos por más que no poder 
á dos factores del banquero que 
le trajaren algunos testimonios del 
velo y del afecto de Mistress: el uno 
era un incensno pañuelo de seda que 
hubiera podido servir de vela de una 
de las embarcaciones que enviaba á 
las Indias occidentales, y que mis-
tress Mistress le encargaba que se 
pusiera en el cuerco de su cueva, por 
encima de la corbata, de lo que él no 
dejó de hacer; el otro era una recur-
monedación verbal de parte del ama 
de gobierno, de que cuidarse no 
fatigarse. Noté que el joven encargado 
de esta última comisión apenas 
podía tener la risa al desempeñarla. 
—Los buen convivientes de mi 
—respondió el señor Jarvis; dice que 
hay perdido la cabeza. Esto prueba sin 
embargo su buen corazón, añadió volviéndose 
á mí; Mistress es una mujer cuidado-
sa, aunque sea todavía muy joven. 
Así hablando, apretó los híejas á su 
caballo, y presté nosotros a la muralla 
de las murallas de Glasgow.

Mientras que caminábamos por 
un camino bastante agradable que 
los conducía al nordeste de la ciu-
dad, tuve ocasión de apreciar y ad-
mirar las prendas de mi nuevo amigo. 
Aunque, lo mismo que mi padre, 
estaba en el cuerpo como el objeto 
mas importante de la vida humana, 
no obstante no estaba preocupado 
de ellos en términos de despiciar to-
dos los demás conocimientos. Al con-
trario, á pesar de todo el estrago y 
muchas veces trivial con que se pro-
ducía, á pesar de una vanidad tanto 
mas ridícula cuanto que trataba de 
ocultarla bajo un velo de humildad 
muuy traspantante; en fin, aunque 
despírueste de todas las ventajas que 
ausen de una educación esmerada, 
ese señor Jarvis probaba con que se 
agitaba en su conversación que atesoraba 
un entenimiento observador, justo, 
liberal, y aun tan cultivado como se 
permitiera las circunstancias. Co-
nocía bastante bien las antigüedades 
locales, y me refería los acontecimien-
tos memorables que habían sucedido 
as los ingleses por donde pasábamos. 
No estaba menos instruido en la 
historia antigua de su ciudad nativa, 
y su sagacidad transluía ya en lo vein-
dero las ventajas de que no había 
de gozar hasta pasados no pocos años. 
Observé también, y con placer, que 
aunque su escoceso, fué fuerte en 
la parte de su tiempo, no por eso 
se había menos dispuesto á hacer justicia á la Ingla-
terra. Cuando Andrés, á quien el 
bail, se divirtió de paso, no podía su-
fir, imitaba el menor accidente que 
los sucedía, como por ejemplo, 
él deshíeserse un caballo, al fatal in-
fluyo de la unión de la Escocia con 
la Inglaterra, el señor Jarvis le echa-
ba una secura mirada, y le decía: — 
Silencio! Silencio! Malas lenguas, 
como la vuestra, son las que espar-
cen semillas de odio entre los veci-
nos y las naciones. No hay cosa tan 
buena que no pueda ser malo, y eso 
lo que se puede decir del convenio 
de unión. En ninguna parte se 
pronunciaron contra ella de un modo 
mas resuelto que en Glasgow; todos 
pronunciaron, sociedades, alborotaron: 
pero muy malo ha de ser un viento 
que no sea bueno para nadie, y á más 
es menester tomar las cosas como 
vienen. Desde el tiempo en que San 
Mungo pescaba arenes en el Clyde, 
 hasta nuestros días, ó se había visto
florecer el comercio extranjero en Glasgow? No hay pues que maldecir la unión, porque ella nos ha abierto la derruta de América.

Andrés. Listo á todo no era hombre que se dejase convencer por este razonamiento; hizo pues una especie de protesta murmurando entre dientes: — Es una triste mudanza el ver que hace la Inglaterra leyes para la Escocia! No quisiera que por todos los habitantes de los reinos de Glasgow, ni por todo el azúcar y todo el café de las colonias, hubiesen renunciado al parlamento de Escocia, y enviado nuestra corona, nuestra españa, nuestro cetro y nuestro dinero á Inglaterra, para que lo guarden en la Torre de Londres esos golosos de piamonteses. ¡Qué dirían pues sir Guillermo Wallace ó el viejo sir David Lyndsay de la unión y de los que han consentido en ella?

El camino por donde viajábamos durante estas discusiones, había tomado un aspecto más agreste á dos millas de Glasgow, y cuanto más adelantábamos, más bravo me semejaba el pais, Desierto, detrás, y en derredor nuestro, extendiéndose dilatados matorrales, cuya desesperante aridez ya ofrecía á los ojos un espacio de terreno llano y cortado por unos aguzados que se ocupaban alevosamente de nuestras riezas. Llevamos en derredor, ó bajo una torba negra que llaman en Escocia peat-bog (1), ya formaba enormes elevaciones que no ofrecían la magnitud de las montañas, aunque eran aun mas penosas de trepar para el viajero. No se veía ni un árbol, ni un charquito donde pudiera descansar la vista algodonada con aquel lúgubre cuadro de uniforme esterilidad. Los mismos matorrales eran de aquella especie achatarrada que no llegan mas que á una imperfecta florescencia, y que, según presumo, cubre la tierra con su traje mas comun por su ca

Por fin percibimos sobre la izquierda y muy lejos de nosotros, una cadena de montañas que parecían de azul oscuro; estendíanse de norte á noroeste, y ocuparon toda mi fantasía. Alí viva un país tal vez tan salvaje, pero sin duda mucho mas interesante que aquel en que nos hallábamos entonces. Sus picachos parecían elevarse hasta las nubes, y presentaban á los ojos una variedad de pintorescas capas muy diferentes de la misma uniformidad de las alturas que habíamos trepado hasta aquel momento. Contemplando aquella región alpina, ardían en deseo de conocer los soledades que debía encerrar, y de arrostrar todo peligro para satisfacer mi curiosidad; á la manera que el marino, cansado de la monotonia de una larga huida, quisiera trocarla por el movimiento y los riesgos de un combate ó de una tempestad. Hice varias preguntas á mi amigo el señor Jarvie sobre el nombre y situación de aquellas montañas, pero no podia responderme á ellas; solamente me dijo que allí donde principiaban los Highlanders. — No os faltará tiempo para ver á los Highlanders, repitió; no os faltaría tiempo antes de volver á Glasgow. En cuanto á mí, no me miro de automano, no me gusta verlas, porque inspiran tristeza á mi alma. No es miedo, no es miedo... sino compasión que tengo á las pobres criaturas medio muertas de hambre que las habitan; pero no hablaremos de esto. No se debe hablar de los Highlanders cuando se habla tan cerca de ellos: conocen yo mas de un hombre de bien que no viniera aqui sin hacer su testamento. Mattie no estaba muy contenta de verme emprender tal viaje, y lloró; pero no es mas extraño ver llorar á una mujer que ver andar sin zapatos á una oca.

Trató de que recayese la conversación sobre la historia y el carácter del hombre que iban á ver; pero acerca de esta materia fuí impenetrable. ble el señor Jarvie, lo cual atribuí en parte á la presencia de Andrés Listo-á todo, quien nos seguía de tan cerca, que no podia dejar de oir contadas palabras pronunciadas; y su lengua se oía a la libertad de barajar en la conversación todas las veces que hacía alegación para ello; pero entonces el señor Jarvie no dejaba de reprenderle.

—Quedamos más atrás, y á la distancia oportuna, le dijo el baile, cuando se adelantaba para oír mejor la respuesta á una pregunta que le había hecho yo sobre Campbell; si no os dieran nada, os encaminaríais al mismo lado. Esta buena pieza se quedaría siempre salir de la clase á que pertenece. Ahora que no os oye, señor Osbaldiston, voy á responderos á vuestra pregunta en cuanto me sea posible á mí, y á vos útil. No os diré mucho bien de Rob; ¡pobre diablo! y no quiero deciros mal de él, en primer lugar porque su conducta me ha irritado tanto. No os faltaría tiempo para ver á los Highlanders, repitió; no os faltaría tiempo antes de volver á Glasgow. En cuanto á mí, no me miro de autómata, no me gusta verlas, porque inspiran tristeza á mi alma. No es miedo, no es miedo... sino compasión que tengo á las pobres criaturas medio muertas de hambre que las habitan; pero no hablaremos de esto. No se debe hablar de los Highlanders cuando se habla tan cerca de ellos: conocen yo mas de un hombre de bien que no viniera aqui sin hacer su testamento. Mattie no estaba muy contenta de verme emprender tal viaje, y lloró; pero no es mas extraño ver llorar á una mujer que ver andar sin zapatos á una oca.

(1) Hebras de turba.
No se le habla poe a un perro!
dijo Andrés acercándose con enfado.
—Yo y os daré el salario de un perro,
hermano, si no atendéis a lo que os digo. Escuchadme con cuidado.
Nosotros vamos a los Highlands...

—Yo no lo pensé, dijo Andrés.

—Escuchadme, hermano, y no me interrumpais. Os digo que vamos a los Highlands...

—Ya lo dijisteis, y no lo hice olvidado, replicó el incorregible Andrés.

—Si no detenéis la lengua, os romperé la cabeza.

—Una lengua detenida pone la boca boba, replicó Andrés. Aquí tuve que intervenir, éim-puse silencio a Andrés con el tono mas imperioso.

—Estoy bien, me respondió; mi madre me ha repetido más de una vez: quien paga manda. Con que hablad cuanto os plazca uno y otro, que yo no diré esta boca es mía.

—Después de esta docta cita, te-mando el señor Jarvie que no la si-guiente palabra para darle sus instrucciones.

—Atendido bien a lo que voy a deciros, si es que aprecias vuestra cabeza, aunque no valga mucho dinero. En el lugar a donde vamos, y donde pasaremos probablemente la noche, hay juntos de todas las sectas de todos los partidos, de todos los tribus de los habitantes de las tierras altas, de Highlands, y de los habitantes de las tierras bajas, de Lowlands, sus vecinos. Ellos son astutos de pendeencia, y se ven allín menos bili-

—Y habéis reído con ellos también?

—No, no; siempre me he guardado de eso. No estaría bien que yo, que soy de oficio artista, un medio sabio, fuese a plear con ignorantes que no saben decir en buen escocés, y aun menos en latín, el nombre de una sola planta de sus montañas.

—Pues bien, si queréis conservar vuestra lengua y vuestras orejas, puestole que os gusta hacer uso de una y otra, os encargo que no digáis tan solo una palabra, ni en bien ni en mal, a nadie, bajo la pena de toda la ciudad de no charlar acerca de nosotros, ni hagais sonar el nombre de vuestro amo y el mío: no vais a decir: este es el baile Nicol Jarvie de Glasgow, hijo del digno Nicol Jarvie, de quien todo el mundo ha oído hablar: este otro es el señor Frank Osbaldeston, marqués de Tres-

—¡Bieno! ¡Bueno! ¿porqué he de ir yo a hablar de vuestros nombres? Me parece que cosas más interesantes tendréis que decir.

—Pues, mantened las casas interesantes son las que pueden haber sido oído, oído, adivinado o imaginado, y las que temo que digáis sin to ni son.

—Si no me juzgáis en estado de hablar tan bien como otro, dijo Andrés con tono arrogante, pagadme mi salario y alimen-
tos, y me volveré a Glasgow. No sentiré mucho nuestra separación, como decís la vieja yeguía el carro roto.

Viendo que Andrés tomaba otra vez el tono impertinente que me hacía más daños que util ser reacio, le declaré abiertamente que se volvía, si quería, pero que yo no le pagaría ni un cuarto de su salario. Un argumento ad crumenam, como dicen ciertos lógeos chacándose, que ejerce doce sobre todo los hombres, y que me hacía singular vida sobre este punto. El cabecil volvía a meter sus cuernos, sirviéndose de la expresión del señor Jarvie, y retirándose algunos pasos de atrás, nos signó con sumisión y do-
cilidad.

Reanudada de este modo la confidencia, seguíamos tranquilamente nuestro camino. Después de haber subido por espacio de seis o siete milhas de Inglaterra, hallamos una bajada casi de la misma longitud; el país era siempre tan estéril, la vista tan uniforme como antes. El único objeto que atrajo nuestros miradas eran las montañas, cuyas escarpadas cumbres dividíamos siempre, y que no nos parecían más próximas que algunas horas antes. Anduvimos sin deteneros; y no obstante, cuando la noche envolvió con sus sombras los saltos y árboles desciertos que atravesábamos, me dijo el señor Jarvie que aun nos faltaban que andar tres millas y algo más antes de llegar al lugar donde pasaríamos la noche.

CAPÍTULO XXVIII.

La noche era hermosa, y la luna favorecía nuestro viaje. Gracias á sus rayos, el país tomaba un aspecto mas interesante que de día, cuya luz no hacía mas que desfigurar la estilizada extensión del terreno; los colores de la luz y de las sombras prestaban á es-
tos sitios cierto encanto que de suyo no ofrecían; así el velo con que se cubre una mujer fecunda nuestra curiosidad, á pesar de no tener nada agradable de suyo.

Seguimos bajando, dando una vuelta, y llegamos á barracas más profusas que anteriores, y que al parecer conducían á las orillas de algún arroyo. No nos engañó este presagio, pues hallamos en breve las márgenes de un río que se parecía mas á los de Inglaterra, que ninguno de los que habíamos visto hasta entonces en Escocia: era el Clyde, que goteaba, y sus aguas corrían silenciosas. La imperfecta claridad de la luna reflejada por un apacible corriente, nos hizo ver que estábamos en medio de las altas montañas donde tenía su origen. —Es el Forth, me dijo el señor Jarvie, con aquel aire de respeto que he observado siempre en los Escoceses cuando hablan de sus principales ríos. Hasta se han visto duelos ocasionados por algunas palabras poco respetuosas pronunciadas sobre el Clyde, el Tweed, el Forth y el Spey; no me era posible criticar este inocente entusiasmo, y recibí la noticia de mi amigo con la misma importancia con que él la da.

Con efecto, me alegraba de acercarme á un país que prometía distraer mi imaginación, después de un viaje tan largó y hastiado. No sucedió lo mismo á mi fiel escudero, y cuando se pregunto el oficial de —es el Forth, le risurrumuró en voz baja; —¡Hum! si hubiera dicho: es la posada, mejor noticia fuería.

Como fuese, el Forth, seguía pude juzgar á la imperfecta claridad de la luna, me pareció que merecía el tributo de admiración que le concedí cuando los que habían no lejos de sus orí-
llas. Una bella altura de la forma esférica mas regular, cubierta de un solo de avellanos y de pequeños robles, mezclados con algunos árboles que decrépitos elevaban por encima
Rob Roy.

Rob Roy.

gosto (1). Sin embargo noticiero mi guía, que, para pasar este río y todas sus aguas tributarias, el paso jeneral de los Highlands por la parte del sur se verifica por lo que llama los Vados de Frew, que eran siempre mas profundos, mas anchos y muchas veces intransitables. Por bajo de estos vados, no se puede atravesar sino saliendo hacia levante hasta el puente de Stirling, de manera que el Firth de Forne es de escasa duración y de distancia entre los Highlands y los Lowlands de Escocia, desde su nacimiento hasta el Firth o golfo por el cual se pierden en el Oceano. Los acontecimientos que voy a referir, y de los cuales hago nuestros testigos, me mueven a citar la energía y proverbia expresión del baile Jarvie, quien me dijo que el Firth era la brida de las montañas.

Cerca de una milla habríamos andado después de atravesar el puente, cuando nos hallamos a la puerta de la posada donde debíamos pasar la noche. Era una choza más miserable todavía que aquella en que habíamos comido; pero se veía brillar luz al través de las pequeñas ventanas, se oían diferentes voces del interior, y todo nos prometía que encontraríamos allí comida y cama, lo cual no nos era indiferente.

Andrés fue el primero que observó una rama de sauce despojada de su corteza, colocada en el umbrel de la puerta entrambada, y dio un paso hacia atrás: —No entres, nos dijo, no entres: esa rama anuncia que hay aquí algunos felices hombres que están hebiendo el nove-baugh (2) y no quieren que se les interumpa. Lo menos que nos puede suceder, si les enseñamos el hocico, es que nos casquen las tiendas, como a alguno de ellos no se le antoje introducirse en el cuerpo de la raza de su dir, lo cual es muy posible.

—Me parece, me dijo el señor Jarvie en voz baja y en respuesta a una mirada que le dirigí, que el cubilete tiene razón en cantar una vez al año.

Dos ó tresmozas semi-vestidas amanecieron a la puerta de la taberna, y con dos ó treschosas vecinas, al gir el ruido de nuestros caballos, y abrieron grandes ojos al vernos; pero ninguna de ellas se acercó a ofrecernos sus servicios, y a cada pregunta que les dirigiamos, nos respondieron constantemente: —Hámiel sassenach. (1). El señor Jarvie, que tenía experiencia, halló modo en breve de hacerles hablar inglés: cajando el brazo ó un niño de diez ó once años, que no llevaba más vestido que un andrajo de viejo plaid, y enseñándole una babovia:

—¿Y esto, le dijo, sabrá el sassenach?

—Sí, sí, contestó el chico en buen inglés, ciertamente que sí.

—¡Pues bien! muchacho, anda y dí a tu madre que hay aquí dos caballeros que desean hablaria, La bujespada llegó al punto, llevando en las manos un picazo de madera de abeto encendido. La tempe- tina de esta especie de teca que sacan generalmente de las hoyaees de turba, lo da un brillo fosgo que hace que la empleen frecuentemente en los Highlands en vez de candela. La luz aclaraba las facciones, irónicas y sal- vajes de una muchacha, y en el sombreo de sus largas y estaturas más que ordinaria, cuyos vestidos sucios y andrajosos consiguían a más el objeto que se pro- pone la decencia, con la ayuda de un plaid, ó capitolio de tartán, y no po-

dían ser de ninguna otra utilidad. Sus cabellos negros que se escapan desordenadamente de sus cofias, al aire estrafio y confuso con que nos miramos, todo en una palabra, da al ver la idea de una hechicera interrumpida en medio de sus culpables ritos.

Ella reluzía positivamente el reci- bimos: nosotros insistimos, ponde- ranos el largo viaje que acabábamos de hacer, la necesidad que teníamos de aliviar nuestro ávido hambre, y los caballos, y la imposibilidad de bailar otra cama antes de llegar a Glendower, aldea que, según el señor Jarvie, distaba todavía sirte millas de Escocia. Nunca he podido saber de cierto cuantas millas de Inglaterra produce esta distancia; pero creo que puede calcular un doble, sin ries- go de engañarse mucho. La obstinada liniesca no tuvo ninguna consideración a mis exhortaciones. —Mejor será que vayais mas lejos que no que os acarreéis alguna desgracia, os dijo sirviéndose del dialecto escocés de los Lowlands, porque era hijo del laird de Leuchan; tengo ocupado la casa con jente que vería con malos ojos a algunos estranjeros. Esperan ó nosotros, quizás a los Soldados-fojos de la guarnición. Detúvose con énfasis en estas últimas palabras, al mismo tiempo que bajaba la voz al pronun- ciarlas. —La noche es hermosa, añadió; una noche pasada al descampado os refrescará la sangre, y dormí- réis bajo vuestras capas como una alma en el cuerpo. Escogiendo bien vuestras camas, y atad los caballos á un árbol de las alturas, que nadie los tocara. —Pero, buena mujer, le dije, mientras que el baile suspiraba y permanecía indeciso, hace seis horas que comimos, no hemos probado nada desde entonces, y yo me muerzo verdaderamente de hambre; porque pocas ganas tendría de ir á acostarme en vuestras montañas sin cena. Es preciso absolutamente que entre, y
así dad una escusa á vuestros huéspedes para introducir dos estranjeros en su compañía. Andrés, conducid los caballos á la cuadra, y venid luego.

La Hécate de este lugar me miró con sorpresa y exclamó: —No es posible impedir á un testarudo que ha
gido que le place: los que quieran ir á Capar que vayan. ¡Cuán graciosos son estos ingleses! confiesa que ha hecho ya hoy una buena comida, y arrugará su rostro á su huida antes que deja á de caerla! Si se pone rostro y puddling al otro lado del precipicio de Tophet, un Inglés saltará por encima á llegar allá; pero yo me lavo las manos!— Seguidme, señor niño, dijo á Andrés; voy á enseñaros la cabilleriza.

En efecto, las expresiones de la huéspeda no me sonaron muy bien, pues parecían anunciar algún peligro; pero no quise volver atrás después de haber declarado mi resolución, y entré osadamente en la casa. Después de arriégármelo á romperse las piernas contra una cumbre que había en una estrecha ventana, abrí una mala puerta de juncos, y me hallé, así como el señor Jarvis que me seguía, en el principal aposento de este parador escocés.

El interior presentaba un aspecto singular para ojos ingleses. La humed, alimentada por turbas y ramos de lechuzas, altas en medio del aposento; y como el humo no tenía más salida que un agujero abierto en el techo, daba vueltas al rededor de la choza, formando negros torbellinos á cinco pies más arriba del suelo. El espacio inferior estaba bastante libre del humo por las innumerables rafagas que llegaban á la lumbre por las grietas del tablero de mimbres que servía de puerta, por dos agujeros cuadrados que hacían las vecas de ventanas, y tapados solamente, el uno con un plaid, el otro con los andrajos de una mantilla, y sobre todo por los ruis de las paredes, construidas con guijarros y turbas pegadas con lodo.

Delante una mesa vieja de roble, colocada cerca del fuego, había sentados tres hombres que era imposible mirar con ojos indiferentes. Dos de ellos llevaban el vestido de los Highlanders: el uno, de corta estatua, color moreno, ojos vivos, facciones animadas y de ademán irritable, vestía uno trews, calzado con ajustados y de punta de diversos colores. El otro me dijo al oído que sin duda era personaje alguno importante, porque solamente los Dainkbewasses (1) llevaban trews, siendo muy difícil fabricarlos según el gusto de los Highlanders.

El otro era un hombre alto y virgoso, de pelo rojo, rostro gruñiento, juanetes voleados, y la barba formando un ángulo agudo, especie de caricatura de los rasgos nacionales de la Escocia. La tartan de sus vestidos daba al de su compañero por una cantidad mayor de cuchilladas rojas, mientras que el negro y el verde dominaban en el tejido del otro.

El tercero vestía al estilo de los Lowlands: sus miradas eran orgullosas y atrevidas, sus miembros robustos y su continente militar. El rechazo que llevaba estaba cubierto de galones, y su sonora cabellera era de Dimensiones enormes: delante de él se veían en la mesa su sable corto y sus pistolas: los dos Highlanders tenían también delante los dirks desnudos con la punta clavada en la mesa. Después supo que aquellos eran una señal de que ninguna querella había de interrumpir el tranquilo desarrollo de sus libraciones.

Un gran jarro de estanque lleno en medio de la mesa continúa hasta cuatro medidas de Leebraugh, licor tan fuerte como el aguardiente, que distan los Highlanders de la hez de la cebada, y del cual beben en gran cantidad. Un vaso roto, y ensamblado sobre un pie de madera, servía de copa y circulaba con maravillosa rapidez. Estos hombres habían todos juntos y en voz muy alta, tan pronto en inglés como en gaelico. Observé que de pie en silencio de tres de nosotros. Los naturales del país, como puedo propiamente llamarlos, nos miraban de un modo que manifestaba que estaban adivinando lo que nos decíamos; pero no daba la acuñada que nos hallábamos en aquel lugar.

Por fin el menos alto de los Highlanders, dirigiéndose á mí, me dijo en buen inglés y con ademán altanero: —¡O me entres como si entrasen en vuestra casa, señor niño!— Siempre lo hago así, respondí yo, estando en una casa abierta para el público.

—¿Y no vistes, dijo el mas alto, por la rama puesta á la puerta, que los gentleman han tomado la casa pública para tratar en ella de sus negocios privados?

—Yo no tengo obligación de saber los usos del país; pero falta que me digas, cómo pueden tres personas tener derecho para echar á todos los viajeros de la única posada que hay en muchas millas á la redonda.

—Eso no es justo, señores, dijo el señor Jarvis: nosotros no queremos ofenderos, pero en conciencia eso no es justo, ni lo autoriza la ley. No obstante, para establecer la buena inteligencia, sí querías beber con nosotros, que estamos tanto apacible, un vaso de aguardiente.

—Llévame el diablo vuestro aguardiente, dijo el Lowlander encapetándose orgullosamente su sombrero en la cabeza; nosotros no queremos para nada ni vuestro aguardiente ni vuestra compañía. Así hablando se L.

(1) Hidalgo.
levantó: sus compañeros hicieron otro tanto, y se hablaron con palabras cortadas, componiéndose sus plaid, y resollando con fuerza, como hacen sus compatriotas cuando se encolerizan.

—¡Ya os digo lo que sucederá, señores, nos dijo la huésped con enfado y debía decirnos. Salí de mi casa; no se dirá que los lóridalos han reinado en casa de Juana-Mac-Alpine, si ella puede impedirlo...! No faltaba mas sino que los vagabundos ingleses que comen uno mismo durante la noche, viniesen á turbar á los honrados lidgales que deben tranquilmente en el rincón de la llum!

En cualquiera ocasión me hubiera ocurrido aquel proverbio latino:
«Det veniam corvis, vexat censura colobum.»

Pero este momento no era á propósito para hacer una cita clásica, porque me parecía evidente que había á armar una pendencia. A mí se me daba muy poco, pues me había indignado la insolencia de aquella jente inhospedable; pero lo sentía por causa de mi camarero, cuyas calidades físicas y morales no eran propias para dar fin á semejante aventura. Con todo me levanté cuando vi levantarse á los demás, y me desembarazé de mi capa para estar pronto á ponerme con mas facilidad en defensa.

—Sómose tres contra tres, dijo el mas alto de los Highlanders echándose una mirada; si sois hombres, sacad la espada. Esto diciendo, requirió su claymore y se adelantó contra mi. Yo me puse en defensa sin tener mucho en el resultado del combate, pues contaba con la superioridad de mi arma y con mis conocimientos en la esgrima.

Viendo que avanzaba el gigante Highlander contra él con el arma levantada, sacudí una ó dos veces el puño de su hoja, que llamaba tison, y hallándola perezosa en dejar la vara donde el orin la había establecido hacia mucho tiempo, cojí una reja de arado de la cual se habían servido en vez de baillar, y que estaba muy caliente. Blandiándola con tanto efecto, que enganchó el plaid de su adversario y le echó en la llum. Este re-cojió al punto, y dio algunos instantes de esperar al baile, mientras que se ocupaba en apagar el horno que consumía ya la noche.

Andrés, al contrario, en vez de hacer rostro al campeón de los Lowlands, lo digo con sentimiento, había hallado modo de desaparecer desde el principio de la pendencia: y su antigua, viéndole huir, exclamó:
—¡Partes iguales! ¡Partes iguales! y contentóse con permanecer correctamente espectador del combate.

Mi intención era desarmar á mi enemigo; mas no osaba aproximarme demasiado cerca, por temor al dirig que tenía en la mano izquierda, y del cual se servía para parar los golpes que yo le dirigía, cuando me atacaba con la derecha. Sin embargo, el baile, á pesar de su primera ventaja, se defendía con mucho trabajo: el peso del arma que se servía, su gordura, y aun su cólera, habían agotado ya sus fuerzas; buta á hallarse á mercad de su adversario, cuando el que dormía, dirigido por el riuido de las armas, se levantó de golpe, y habiendo puesto los ojos en él, echóse con la espada desnuda en la una mano y la tablachina en la otra, entre el majestuoso que no podía resol- lar y su acometedor: —He comido el pan de la providencia de Glasgow, exclamé 
—Y a fe mía que me batvité por el baile Sharvie en la chabas de Aberfoyl. Y juntando las acciones con las palabras, este inesperado auxiliar hizo saltar su hoja á los oidos de su compatriota de alta talia, quien le volvió los golpes con sustra. Pero como am-

los estaban armados de tablachinas, escudos de madera forrados de cobre y cubiertos de piel, que oponían con ventajá á sus recíprocos golpes, resultaba de este combate mas ruido que verdadero peligro. Parecía con todo que nuestros agresores nos habían atacado por haladronada mas bien que con el deseo formal de herirnos; porque el habitante de los Lowlands, que no había hecho hasta entonces mas que el papel de espectador, principió á encargarse del mismo.

—¡Vamos, detenidos los brazos! —detenidos los brazos me basta, basta ya! la querrella no es de muerte. Los estranjeros se han mostrado hombres de honor, y nos han dado satisfacción: soy tan coquilloso como el que mas en materia de honor, pero no me gusta ver derramar sangre sin necesidad.

Yo no deseaba en manera alguna prolongar la pendencia, y mi adversario parecía igualmente dispuesto á envainar su espada. El fatigado baile podía considerársele como sitiut para el combate, y los otros dos competidores del escudo y de la claymore acarrearon el quy con tanto indiferencia como le habían principiado.

—Ahora, dijo nuestro pacífica dor, bebamos de buena armonía como buenos camaradas. La casa es bastante grande, no se os parece, para que quepamos todos en ella. Propuesto que el hombrechillo rechoncho, que está sin poder resollier con la pendencia, pague un vaso de aguardiente, yo pagare otro por represalia, y haremos sonar todas las labors como cócteles.

—¿Y químe pagará á mí el plaid nuevo, en el que el fuego ha hecho un agujero por dónde puede pasar una olla? dijo el Highlander alto: —á no me ha visto jamás á un hombre de juicio echar mano de semejante arma para reñir?

—No sea esto un obstáculo para la paz, exclamó el majestuoso que respiraba por fin, que parecía dispuesto á gozar del triunfo de habérse portado con valor, y que quería evitar la necesidad de recurrir á dudosa mediación: puesto que he hecho la herida, saberá aplicarle el emplasto. Tendréis otro plaid, uno de los mejores, con los colores de vuestra tribu: decidme solamente á donde deba remitirle desde Glasgow.

—No tengo necesidad de nombras mi tribu: soy de la tribu del Rey, cosa es sabida; pero no tenéis que tomar una muestra de mi plaid... ¡vaya, vaya! huele como una cabeza de carnero cocida al humo: por ella veréis la especie que hабéis de escoger. Uno de mis primos, un hidalgos de Glasgow, que irá á vender huevos á San Martín, pasará por él á vuestra casa. Pero, hombre, la otra vez que riñáis, tendré alguna consideración á vuestro adversario, y reñid con la espada, ya que la llevais, y no con ti- zones y hierros candentes, como un Idaho salvaje.

—La verdad, respondió el señor Jarvis, cada cual hace lo que puede. Mi tizona no ha visto la luz desde la batalla del puente de Bothwell; mi difunto padre era quien la llevaba entonces, y aun no se lo desvai- nó, porque el combate no fué largo. Como fuese, la hoja ha hecho tanta estrás, que no espere en mi poder el separál de ella, y viendo que me atacabais de improviso, cogió para defenderme el primer trebeta que me vino á la mano. Lo digo de veras, se me pasa el tiempo de reñir, y sin embargo no será prudente quien me pise el pie. Más dón- de está el honrado mozo que tomó con tanto ardor mi defensa? Venga á beber un vaso de aguardiente convivial, aunque sea el último que deba beber en esta vida.

El campeón que buscaba se había hecho invisible, y había desaparecido, sin que lo observase nadie, así fin
de la querella; pero en su cabellera roja y en sus ruegos salvajes había ya reconocido yo en él a mi amigo Dougall, el llauro tejedor de la cárcel de Glasgow. Participélo en voz alta, quien me respondió en el mismo tono: —¡Vale mucha, muy bien! Tenía razón en decir el otro día á aquel que sabía, que el tal Dougall tiene salidas de hombre agudo; habría de pensar en algún medio de favorecerle.

Sentémonos sobre la jaula de pollos; y respirando por fin la brevemente: —Ama, dijo á la hueseuda, ahora que veo que me saco no está agujereado, como tenía bastantes razones para temerlo, quisiera que me dieciese algo que meter en él.

En cuanto la mujer vió apaciguada la querella, mostróse en extremo complaciente, y se dispuso al punto a prepararles la cena. Nada me sorprendió más en este negocio que la calma con que ella y toda su familia le presenciarón: tan solo gritó ella á un criado: —Cierra la puerta, cierra que la trahas atrás á la hueseuda, nadie ha de salir sin pagar su escote. En cuanto á los que dormían en las camas puestas á lo largo de las paredes, no hicieron más que levantar un instante su cuerpo sin camisa, nos miraron, y gritaron: ¡Oigh! ¡Oigh! con el tono proporcionado á su edad y y entonación, tan seguro que nos asustaron este trabajo, porque estaba cierto de que ellos mismos vendrían á traernos lo que nos debían.

—¡Cómo! ¡Sabe mi nombre! —me conoció!... ¡El! pero... ¡eh! ¡eh! ¡sí! no me engañó. Este es mi amigo Nicol Jarvie; el hombre más bizco que haya contado jamás moneda en una mesa, y el que ha prestado capitales á no pocos hidalgos que se han encontrado en apuros. ¿Y os diréis á mi casa, por ventura? ¡Básis á pasar el monte En-drick para poneros en Garschatta-chin! —No, á la verdad: no, señor Galbrith, otras moscas me pecan. Ya sé que tenemos una cuenta cierta pendiente sobre la renta que... ¡Llevas el diablo la cuentecilla y la renta! yo no pienso en los negocios cuando tengo el placer de volver á ver a un amigo... ¡Pero cómo mudan á un hombre un trot-cassey y un joseph (1) y...! No haber reconocido á mi antiguo amigo!

—Sin duda me equivocaste con mi padre que en paz haya y, que se llame Nicol como yo; porque no me acuerdo que me hayáis pagado después de su muerte los atrasos de la renta.

—¡Llevaste el diablo los atrasos! reparo Galbraith... Me alegro de que seais buenas; ¡señores, atencion! brindo á la salud del ilustre amigo, del señor Nicol Jarvie. Hace veinte años que le conozco así como á su padre; ¡y bien! ¿habéis bebido? Vamos, otro brindis. Bebo al próximo nombramiento de Nicol Jarvie para preboste de Glasgow; ¡lo entenderéis? Brindo á la salud del lord preboste; y si alguno me dice que hay en toda la ciudad de Glasgow un solo hombre más capaz que él para desempeñar tal destino, se les hará conmigo, con Duncan Galbraith de Garschattachin, y no digo más. Y así hablando, se encasquetó el sombrero de lado, y cruzó el vaso con el otro.

El aguardiente que bebían era probablemente lo que más agradaba á los dos Highlanders en los brindis que se acababan de apurar; y principian una conversación en su lengua con Galbraith, que la hablaba con sencillez, pues vivía cerca de los Highlands.

—Conocí perfectamente el entram, me dijo en voz baja el señor Jarvie; pero no sabía al pronto como decírselo para que pagase sus deudas: aun transcurriría mucho tiempo antes de que le pagase, como no se lo obligué á ello. Por lo demás, es un hombre grato, que tiene buen corazón: no viene muchas veces al mercado de Glasgow, pero me envía de vez en cuando un gamo con gallos silvestres, y en resueltas cuentas, no me hace falta el dinero. Mi padre guardaba muchísimas atenciones á la familia de Galbraith.

Como la cena estaba dispuesta, no pensábamos entonces más que en Andrés; pero nadié había visto á este fiel y valiente criado desde su precipitada partida. Con todo me dijo la hueseuda que creía que estaba en la caballeriza, mas que ella y sus hijos le habían llamado en vano, sin alcanzara respuesta: ofrecí quitar á Andrés, me si quiera ir allá, diciéndome que, en cuanto á ella, poco se le daba ir á semejante hora. Estaba sola, y bien sabido es como el brownie de Ben-Eyg Kask estravió al ama de Ardungowan (1). Decía que su caballeriza era visitada por un brownie, y ved aquí porque no había podido tener nunca un mozo de cuadra.

Sin embargo tomó una tea, y me condujo hacia la miserable choza, en la cual se regalaban nuestros pobres cañillos con un heno cuyas cítricas eran más duras que cañones de plomo; pero en breve me predijo que habría tenido otro motivo, para hacerme dejar la compañía, que no quiso dar á conocer. —Cede esto, me dijo al llegar á la puerta de la choza, poniéndose en las manos un pedazo de papel doblado. ¡Loado sea Dios! esto es que estoy fuera de este país; no puedo vivir entre soldados y Sahones, entre caterans y ladrones de ganado.

—Creo que viviría más tranquila una mujer honrada en el infierno que en las fronteras de los Highlands.

—Esto diciendo, me entregó la tea y se metió en su casa.

**CAPITULO XXIX.**

**DEUTUÉME á la entrada de la caballeriza, si se puede dar tal nombre**

---

(1) Un trot-cassey es una especie de chillón grande de pájaro; y un joseph un trenzogato de viaje.

(1) Tradición popular sobre un descuido doméstico de la familia del lord Trilly de Carlos Nor- dier, más malicioso que enamorado.
á un lugar donde estaban los caballos con las cabras, las vacas, las gallinas y los leones, bajo el mismo techo que el resto de la casa, aunque, por un espejo descolorido en el res- to de la aldéa, y el cual, como supe más tarde, hacía que acusasen de orgullosa a nuestra huéspeda Jeannie MacAlpine, esta división del aposen- to tenía otra entrada diferente de la de los usos hiperetos. A la claridad de mi teja, desplegaba el billete, que estaba escrito en un papel ruiner, sucio y húmedo, llevando por sobrescri- to: —Para entregar al señor F. O., joven hidalgo inglés. —Su contenido era el siguiente:

Muy señor mío:

—Hoy andan muchos pájaros nocturnos de peca por los campos, cuyo miedo me impide ir á juntarme con vos y con mi estimado pariente B. N. en la clachan de Aberfoil, como me había propuesto. Os asno que no tengais con las jentes que encontréis más relaciones que las indis- pensables que ha una persona que os en- trégara este billete es fiel, y os con- ducirá á un lugar, donde, con el fa- vor de Dios, os veré sin peligro: así podéis fíaros de ella. Espero que mi pariente y vos vendréis á visitar mi humilde casa; yo dispondré la mejor comida que sea posible á un Highland- er, y brindaréis solemnemente por una tal D. V. Hablárosmos tam- bién de ciertos negocios en los cuales me lisonjeo poder seros útil. Entren- tanto soy, como es estilo entre hidalgos, vuestro humilde servidor,

R. M. C.+

Esta carta me satisfizo más poco, pues aplazaba, para tiempo más atrasa- do y lugar más distante, un servicio que creía recibir sin más tardan- za y en el lugar en que me hallaba. Sin embargo, era un consuelo para mi leer en ella la seguridad de que el que me escribía conservaba siempre deseos de serme útil, porque sin él me quedaba la menor esperanza de volver á encontrar los papeles de mi padre. Resolví pues seguir sus instrucciones, conduciéndome con pre- caución delante de los forasteros, y aprovecharme de la primera ocasión favorable para preguntar á la inúsi- peda cómo podría visitarme con aquel misterioso personaje.

Llamé entonces á Andrés en alta voz sin recibir respuesta; le busqué por todos los rincones de la caballe- ría, pero en vano. No le vi salvo en su riesgo de pegarle luego, si la canti- dad de lento húmedo no hubiera sido suficiente preservativo. Por fin, apu- rada mi paciencia, le llamé de nuevo prodigándole todos los epítetos que me sugirió la cólera. —Andrés Listo-todo, Andrés! ¡Imbecil! ¡Asnos! ¿Por dónde andás? En este momento, ó una especie de jemido ligüere que pudiera atribuirse al mismo brownie: guiado por el sonido, avanzé hacia el lugar de donde parecía salir el ruido, y hallé al intrépido Andrés agazapado entre la pared y dos enormes botas llenas de estrellas de árboles, sacadas al buen público y al interés de la hué- pensa hacia algunos meses. Tuvo que renovel la fuerza con las exhortaciones para sacarle de su escondite y con- ducirlo afuera.

—Señor, señor, me dijo mientras que yo le iba estrangulando: soy un mozo honrado.

—¿Qué diablos duda de tu hon- radez? vamos á cenar, y es preciso que vengais á servirnos.

—Sí, repitió sin haber oído al pa- recer lo que acababa de decirle, soy un mozo honrado, diga lo que quieras; yo no he hecho en que el mundo y sus bienes me llegan al alma, y á buen seguro que no hay otro como yo: pero soy un mozo honrado, y aunque hubieré de dejáro en el camino, sabe Dios que estaba muy lejos de hacerlo, y que lo decía, como todo lo que dice de sus mejo- res ocasiones, para inclinar la balan- za á nuestro lado. Sí, me he aficiona-
vosotros que no sabéis de parte de Glencrode donde se quebrallan con Inverarera.  
Nunca nuestra Guindola vió las Lynhades (1) de los Campbell. dijo el mas alto; yo puedo erguir la cabeza y hablar sin empecinio. No se me da mas de los Cawmil que de los Cowan, y díciéndole a MacCallummore que Allan-Iverach es quien le dice: Está muy lejos de aquí los Campbell (2).  
Galbraith, á quien habia enardecido la cabeza el mucho aguardiente que bebiera, dio una puñada en la mesa, y esclamó: —Esta familia hizo un agravio que pide sangre, y será fuerza que lo pague: los huesos del valiente, del leal Grahamse ajan y claman venganza desde el fondo del sepulcro contra ese duque; toda su tribu. No ha habido tráicion en Escocia que no se hallase entremetido en ella algunos Cawmil; y ahora que los malvados andan por encima, los Cawmil son los que los sostienen. Pero esto no puede durar mucho tiempo, y llegará el dia de aguar la doncella (3) para cercar las cabezas de los hombros. Si, si, veremos á la vieja doncella desenmúcharse con sangrienta mues.  
—Callad, Galbraith! esclamó el baile de Inverlashallock; Osais hablar así delante de un magistrado, arriegasando á pasar mal? y cómo podréis sostener vuestra familia y satisfacer á los acreedores (á mí y á los otros), si obrais de modo que provoquéis el rigor de las leyes con gran perjuicio de Camp小镇, que hasta ahora su origen está Lámin, nos de los hierros de Fingal.  
(1) Lynhades: la galería que llevaban en su escudo de armas la familia de Argyll y las otras familias de la tribu de Campbell.  
(2) Lochow y los nombres adyacentes forma- ban el antiguo patrimonio de los Campbell.  
(3) Maidin: así llaman en Escocia un instrumento que se parece mucho al cuchillo de la guillotina francesa.  
Todos los que tienen relaciones con vos?  
—Vayan al diablo mi acreedores, y vos el primero, si sois uno de ellos, os digo que en breve habrá muchas. Los Cawmil no se encasquen- 
tan tan orgullosamente el sombrero; ni enviarán ya sus perros donde no se atrevieran á asomar ellos mismos; ni protegerán á los feragoados, á los asesinos y captores; ni escalarán á robar y acometer á gentes que valen más que ellos, á tribus mas ricas que la suya.  
El señor Jarvis no quiera dejar al parecer la discusion; pero el humilló de un plato de jaïefal, que la huéspeda puso en este momento en la mesa, produjo una feliz distracción: arriendo- se con un afixio cuchillo, dirijitó nuevo ataque hacia este lado, y dejó á los estrueros el cuidado de continuar el debate.  
—Y es verdad esto, dijo el mas alto de los dos Highlanders que se apellidaba Estuardo, como supe despues: no estarían aqui para cojer á Rob-Roy; los Cawmil no le hubiesen dado abrigo. Iba yo un dia con treinta hombres de mi nombre, los unos de Glenfublas, los otros de Appine: alcanzamos á MacGregor, como á un game, hasta que llegamos á la comarca de Glen- fallock. Allí nos detuvieron los Cawmil por orden de MacCallummore, y nos impidieron perseguirlos mas lejos, de suerte que perdímos todo el trabajo: mas daría cualquier cosa por hallarme tan cerca de Rob-Roy como lo estaba aquel dia.  
Parcia por desgracia que cada nuevo discurso habia de contener algo ofensivo para mi amigo el baile.  
—Perdonadle si os digo lo que pienso, señor mio, replicó; mas pudierais dar vuestro mejor gorro por estar siempre tan lejos de Rob-Roy como lo están en este momento.  
—Ciertamente, el hierro caliente no es nada en comparacion de su clay- more!  
—Menor hiericena en no hablar de eso, ó por Dios, que os volvere las palabras al gaznate con dos dedos de este acero, dijo el mas alto de los dos Highlanders, poniendo la mano á su daga con ademan siniestro y amenazador.  
—No, no, dijo el mas pequeño, no dejas de quererles, Allan! Si el hombre de Glasgow se interesa por la persona de Rob-Roy, quisiera el placer de verle esta noche atado y agarrado, y mañana por la mañana dana pernadas al cabo de una cuerda. Bastante instamado ha sido el pais; acabarémos su correrías... Mas ya es tiempo de reunirnos con nuestra gente.  
—Esperad, esperad, Inverlashallock, esclamó Galbraith; acordamos del viejo proverbio, amigo. Hace hermosa luna, dice Bennygask: vaya otra, dice Lesley; no partirémos sin apurar otro cuartillo.  
—Bastantes hemos apurado, respondió Inverlashallock, nunca desprecio un trago de queubabagh, ó de aguardiente; pero llévame el diablo si boso mas cuando tengo algun negocio para la mañana siguiente. Y á mi entender, mayor Galbraith, me- 

ería en hacer entrar de noche vuestra tropa en la clachan, á fin de que estuviesen todos listos para par- tir.  
—¿Qué diablos tanta prisa? comer y beber bien no perjudica nunca á los negocios; si hubieran sido de mi dictamen, llévame el diablo si se os hubiera hecho bajar de vuestras montañas para ayudarnos. La guarnicion y nuestra caballeria hubieran bastado para aprisionar á Rob-Roy; ved el brazo que le tenderás en el suelo, afla-
dió levantando la mano, y para esto no necesita la ayuda de un Highland- er.  
—¿Porqué no le dejamos á uno donde está? dijo Inverlashallock;  

1.  

yo no he venido de sesenta millas de distancia sin haber recibido órden para ello. Pero si quereis seguir mi opinion, charlad menos, si deseais salir con la vuestra: un hombre pre- 
venido vale por dos, y eso lo es que puede suceder respecto del que sabeis. El modo de cojer un pajaro no es echarle el sombrero; estos se- 

ores han oido cosas que no debieren, no haber bebido vos algunos tragos de aguardiente de mas. No os encasquen el sombrero hasta las orejas, mayor Galbraith; no creais que me pongas miedo.  
—He dicho que no quiero mas pinciones hoy, dijo el mayor con aquel aire de gravedad que toma algunas veces un borracho, y cumplió mi palabra. Cuando no esté de servicio, no os temo ni á vos ni á nadie de los Highlanders ó de los Lovelands; mas yo respeto el servicio. Quisiere veir llegar á esos Soldados-Rojos: si se trata de hacer algo contra el rey Jacobo, á que muchísimo estara aqui; pero cuando es cosa de mantener la tranquilidad del pais, duermen á rueda acuíta.  
Todavia hablaba cuando oimos la mesura marcha de una tropa de infantería, y un oficial seguido de dos ó tres soldados entro en la estan- 

cién en que nos hallábamos. Su voz me hizo olí el acento inglés, que me fue mas grato estando fastidiado de la jergoniza de los Highlanders y de los Lowlands.  
Presumo, señor mio, que sois Galbraith, mayor de la milicia del condado de Lennox, y que estos se- 

fiores son dos hidalgos de los High- 

lands que debo encontrar aqui.  
Respondieronos que no se engañaba, y les propusieron tomar algo, lo cual refusó.  
—He hecho algo tarde, señores, les dijo, y es preciso reparar el tiempo perdido: llevo órden de buscar y arrestar á dos personas culpables de tráicion.—Sobre eso me lavo las ma-

33.
ni tampoco, dijo Iverach.

El mayor Galbraith tomó el asunto con mas serividad, y despues de haber pronunciado un discurso por escrito, pronunció el discurso siguiente:

—No discute contra el rey Jorge, capitán, porque en efecto la comisión traigo en nombre suyo: pero si mi comisión es buena, capitán, estoy en lo que desear las otras sean malas; y en el decir de no pocas gentes, el nombre de Jacobo es tan justo como el de Jorge. Por una parte, este el rey... el rey que es rey de las otras; y por otra, aquel es al quien le acompaña derecho para serlo; y yo digo que no puede ser menos con el uno y con el otro, capitán. Quiero que entierran en qué caso, capitán, porque esto no viene a un mayor de mi licencia: porque respecto a la trucidad y todo lo pertinente a ella, es tiempo perdido hablar de tal cosa, y por eso me menealo.

—Yo con respecto, señores, dijo el capitán, el modo en que hubiera empleado el tiempo: los razones del mayor se resisten del licor que ha bebido, y quisiera en una ocasión tan importante hubieses procedido de otro modo: lo aceptaría si os tendieseis sobre una causa por espacio de una hora. ¿Estos señores son sin duda compañeros vuestros? añadió echando una ojuda al señor Jarvie y a mí, que, ocupados todavía en nuestra cena, no habíamos hecho mucha atención a la llegada del oficial.

—Son viajeros, capitán, dijo Galbraith, viajeros lejítimos por mar y por tierra, como dice el libro de oraciones.

El capitán se acercó a nosotros con una luz para vernos mejor.—Estoy encargado, dijo, de mis instrucciones de arrestar un joven y un hombre de edad; ahora bien estos dos señores me parece que correspondían a la señora.

—Mirad lo que decís, señor mio, exclamó el señor Jarvie: no creéis que vuestro uniforme colorado y vuestro sombrero sean bastantes, mil disculpas. Yo ínterpretaré contra vos un acto a disfrazación, detención arbitraria: yo soy vecino de Glasgow, señor mio... soy majistrado, señor mio... mi nombre es Nicol Jarvie; tal es el de mi padre mi antecesor: yo soy bailie, y me sometí al registro, que hicieron con toda la política de que es capaz siempre operación. No me encontraron encima mas que el billete que acababa de recibir.

—No esperaba tal cosa, dijo el oficial, pero hállo aquí un motivo para reteneros preso; porque veo que manifiestas correspondencia por escrito con el bandido Robert MacGregor-Campbell, llamado comúnmente Rob-ROy, que desde mucho tiempo es el azote de este distrito. ¿Qué decís a esto, señor mio?

—¡Espías de Rob! exclamó Inverashallock; si se les ha de hacer justicia, ya se les puede colgar al primero que se encuentre.

—Nosotros salimos de Glasgow, dijo el señor Jarvie, para ir á cobrar cierto dinero que nos deben: no sé que haya ninguna ley que prohiba á un hombre cobrar lo que le deben. Respecto de este billete, cayó por causa de que en manos de mi amigo.

—¿Cuál es que se hallaba esta carta en vuestra faltriquería? me preguntó el oficial.

—Yo no podía resolverme á vender la confianza de la buena mujer que me la había entregado... y guardé silencio.

—No, señor, interrumpió el señor Jarvie, sino hijo de William Osbaldston, jefe de la gran casa de comercio Osbaldston y Tresham de Crane-Alley en Londres. —Lo sé, señor mio; pero este nombre aumenta las sospechas que había ya crecido, y me ponen en la necesidad de regresar que me entregase todos los papeles que tengáis.

Noté que al oir estas palabras los dos Highlanders se miraron con incredulidad.

—No frigo ninguna, le respondí.

El oficial maldijo que me desarma: me rogó que dejase la carta en el preso, y fue preciso que se la diese. A pesar de gracia, no sé ni leer ni escribir, y...

—Nadie os acusa á vos, buena mujer, dijo el oficial con la mano en el sombrero, y le enviaseis á Glasgow, quieras que no. En cuanto al señor Jarvie, guardadle todo el tiempo que gustéis: es bastante rico para pagar todas las multas á que le condenéis, y mi amo también.

—Respeto á mi, Dios me libre! no soy mas que un pozo de gardineria, y no valgo el pan que comeria en la cárcel.

—Lo mejor que puedo hacer, dijo el oficial, es enviar estos tres señores al cuartel general con buena escolta, pues al parecer se hallan en correspondencia directa con el encargo, y tendría yo que salir responsable de ellos, si los dejase en libertad. Señores, tened la bondad de considerar lo que digo: en cuanto amanecer, haré que os conduzcan á una lugar seguro. Si sois realmente lo que decís, presto se verá, y un día o dos de detención no son gran desperdicio. No daré órdenes á ninguna representación, añadió volviendo la espalda al baile, cuyos labios veía que se abrian para responderle; la comisión de que estoy encargado no me permite entrar en juicios de discusiones.
—¡Muy bien, señor mio, muy bien! dijo el señor Jarvis: tocad ahóra vuestro violín todo lo que os plazca, pero yo os aseguro que sabré haceros bailar antes que pase mucho tiempo.

El oficial y los Highlanders tuvieron entonces una especie de consejo privado, pero hablaron en voz tan baja que me fue imposible oír lo que decían. Pasados algunos instantes, salieron todos, teniendo la atención de dejarlas a la puerta una guardia de honor.

Sin parar de montañeses, me dijo el baile despues que partieron, son de las tribus de poniente. Si lo que dicen es verdad, no valen más que sus vecinos; vienen a batirse con Rob, es para satisfacer cierto encono antiguo, y por la misma razón ha venido acá Galbraith con los Grahame y los Buchanan del condado de Lennox. No los vimos mucho, pues nadie gusta de perder sus vacas. Y a más, aquí ven una tropa de soldados; ¡pobres diablos! que se vuelven á derecha y á izquierda, según le mandan, sin saber porqué. A Rob no le faltará hilo que retorcer así que amanecen: no le está bien á un magistrado desear nada contra el curso de la justicia, pero con dificultad sentiría que se los dejase á todos burlados.

CAPITULO XXX.

ABREGLAMOS para pasar la noche tan bien como permita la miserable estancia en que nos hallábamos. El baile, cansado de su viaje y de las escenas que acababan de suceder, menos interesado en el resultado de nuestra detención, la cual no podía tener para él más inconveniente que una cortés retirada; y por otra parte más contentado que yo sobre la comodidad ó limpieza de la cama, echóse en uno de los pesebres que se veían a lo largo de las paredes, y presto me anució con un sonoro ronquido que dormía profundamente. Por lo que toca á mí, quedéme sentado junto á la mesa, y apoyando la cabeza sobre mis brazos, no probé más que un sueño interrumpido. Por los discursos del sarjentito y del piquete que se hallaba de facción á la puerta, comprendí que eran dosellos y vacilantes los movimientos de las tropas. Mandaban salir varios destacamentos para obtener noticias, y volvían sin haber podido adquirirlas: el capitán se mostraba inquieto, enviaba nuevas partidas, y algunas no volvían á la mañana.

Cuando principiaba á amanecer, entraron un cabo y dos soldados con aire de triunfo, arrastrando consigo á un montañés que habían apresionado y que conducían ante el capitán. En él reconocí al punto á Dougall, nuestro consibide llavero. El señor Jarvis, á quien nos habíamos hecho saber que habían eluido al entrar, se restregó los ojos, le reconocí también, y exclamó: —¡Dios me perdone, es el pobre Dougall á quien han apresionado! Capitán, salgo flaco competente por Dougall.

Este carencioso ofrecimiento era ciertamente dictado por el reconocimiento que conservaba el buen magistrate, del celo con que Dougall había abrazado su partido, en el combate que sostuvo contra Inversallach. Pero el capitán le respondió rogándole que no se mezclase en negoces que no le tocaban, y que pensase que él mismo se hallaba preso en aquel entonces.

—Señor Osbaldston, exclamó el baile, que sabía mejor las reglas de las leyes civiles que las de la jurisdicción militar, sedone testigo de que he rehusado una fianza competente. Es indudable que tendrá que pagar á Dougall los daños y perjuicios que resulten de una detención arbitraria, y á buen seguro que yo procuraré que él le hagan justicia. El oficial, cuyo nombre sue en-

tones que es Thornton, no atendió poco ni mucho á los discursos ni amenazas del señor Jarvis, y haciendo dañar un interrogatorio muy riguroso á su preso, logró sacarlo sucesivamente; aunque en apariencia á pesar suyo, la confesión de que hacían á Rob, que le había visto el año pasado... tres meses atrás... la semana anterior... la viernes... en fin que no hacía más que una hora que se había separado de él. Todas estas confesiones se le escaparon una tras otra á Dougall, y al parecer no se las arrancaban sino á la vista de una cuerda que el capitán Thornton juraba que haría servir para colgarle de la rama de un árbol, si no respondía categóricamente á todas sus preguntas.

—Ahora, dijo el oficial, decidme cuanto habéis trase guardado en este momento.

Dougall, pasando sus miradas por todos lados, á excepción del en que se hallaba el capitán, respondió que no lo sabía de cierto.

—Miradme, perro de Highlander, y acordad de que os va la vida en la respuesta. ¿Cuántos bellacos tenía en su compañía cuando le dejasteis ese miserable proscribo?

—¡Ah! no tenía más que seis sin entrar yo en la cuenta.

—¿Y qué ha sido del resto de sus bandidos?

—Se fueron con el teniente á una expedición contra las tribus de poniente.

—¿Contra las tribus de poniente?

—¡Ha! esto es bastante probable: y á qué venís en estos alrededores.

—¡Yo, señor! ¡ah! venía pasando á ver lo que hacía su señoría en la clachan con los Soldados-Rojos.

—Creo, dijo el señor Jarvis, que se había puesto detrás de mí, creo que este bellaco va á vender á sus compañeros: mucho me alegro de no haberme comprometido más por él.

—Con que, amigo, dijo el capitán, entendámonos: acabais de confesar que vinisteis aquí como espía, y por consiguiente merecéis ser colgado al primer árbol; pero si queréis hacerme un servicio, os haré otro. Ten go que decir dos palabras á vuestro jefe sobre un negocio grave; conducídme con mi tropa al lugar donde le dejesto, y entonces os volveré la libertad y os daré las cinco guineas.

—¡Oh! exclamó Dougall, torciéndose los brazos con ademan angustioso; no puede me, quiere que me cuelguen.

—Bueno, os se colgará, amigo: caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! Cabo Cramp, sed preboste-major del campo, y despache á este bellaco.

El cabo se había colocado algunos instantes antes en frente de Dougall, teniendo en las manos una cuerda que hallara en un rincón del aposento, y que me enseñaba con afectación haciendo un lazo corredizo. Así que le dieron la fatal orde, echóse en derredor del cuello, y con la ayuda de dos soldados, principió á arrastrarlo fuera de la estancia.

Dougall, espantado de ver la muerte tan cerca, exclamó, cuando estaba ya en el umbral de la puerta: —Esperad, señores, esperad! Dejenos pues! consenten en hacer lo que exije su señoría.

—¡Llevaos esa criatura,-gritó el baile; merece ser colgado veinte veces! ¡Lleváoslo, cabo! ¿porque no os la llevais?

—Hombre de harrabas, respondió el cabo, es mi sentir y mi opinión que si tuviera orden de conducirles al patibulo, llevémos el diablo si me das tanta prisa.

Este á parte me impidió atender á lo que pasaba entre el capitán y su prisionero: mas óf que este decía entonces con tono enteramente sumiso:—¡Y me aseguréis que me solia-
roí en cuanto os haya conducido donde está Rob-Roy?

—Os doy mi palabra; al instante estaréis libre, Cabo, formad la tropa en orden de batalla. Y vosotros, sirvientes, hablaré con seguidores, porque necesito toda mi gente, y no puedo dejarla para que os guarde.

En un abrir y cerrar de ojos se puso la tropa sobre las armas, y se dispuso para marchar. Condujeron en clase de presos con Dongal; y al salir de la faberca, oí a nuestro nuevo capitán de matovertir que recordaba al capitán la promesa que le había hecho de darle cinco guineas.

Tomadas, contestó el oficial pendondole en la mano cinco piezas de oro; pero estando cierto, miserable, que si probaba a engañarla, os lo hace saltar los ojos con mi propia mano.

Este tuyo, me dijo el señor Jarvis, es cien veces peor de lo que creía: es un traidor, una criatura feaánt. ¡Oh! ¡la sed del oro! ¡la sed del oro! ¡já cuántas cosas arruinas! Mi difunto padre solía decir que el dinero pierde más almas que mata corazones, el oro.

Adelántate, conozco la huéspeda, y pide que le paguen el escote, incluso todo lo que habían bebido el mayor Galbraith y los dos montainieses. El capitán dijo que él no tenía nada que ver con eso; pero mistress Mac-Alpine le repitió que no saber que esperaban a su señorita, no le hubiera fiado; que ella no volvería a ver guiñáis a Galbraith, o que si lo volvía a ver, no por eso cobraría, que era una pobre viuda, y que no tenía para subsistir más que el producto de su posada.

El capitán Thornton dio fin a sus lamentables pagañudes la cuenta, que solo sabía a algunos Shillings de Inglaterra, aunque presentaba un total formidable de moneda del país. Aun quería pagar generosamente la parte que le tocaba al señor Jarvis y a mí; pero el baile, sin atender al dictamen de la huéspeda, que le decía en voz baja: —Dejad hacer, dejad hacer, dejad que paguen los perros Ingleses; ¡bien que nos costó intentar que se le rebajase la parte de la deuda que nos concedieron, y la pagó al punto. El capitán se aprovechó de esta ocasión para darnos cortésmente algunas canciones de nuestra detención.

—Si sois, como espero, nos dijo, vasallos del rey, bales y pacíficos, no sentiréis haber perdido un día cuando lo ejiqué a su mejor servicio en el caso como el tuyo, yo no me largo más que me debo.

Fuerza nos fue contentarnos con esta apología, y les seguímos, aunque a pesar nuestro.

No olvidaré nunca la deliciosa sensación que experimenté, cuidando, saliendo de la atmósfera oscura, soñocante y aburrida de la choza de los Highlandos donde habíamos pasado la noche tan desagradablemente, pude respirar el ambiente fresco de la mañana, y ver los brillantes rayos del sol naciente, que saliendo de un tabernáculo de nubes de oro y púrpura, alumbraba el país mas pintoresco que haya jamás embellecido mi vista. A la izquierda estaba el valle en el cual se repantegaba el Fort hacia leante, y orlaba una hermosa colina con una especie de guarnición que formaban los árboles de sus orilllas. A la derecha, en medio de una profusión de soberbios, montañosos y de voces agrestes, se extendía el lecho de un dilatado lago, que la brisa de la mañana movía suavemente en pequeñas ondas, las cuales reflambraban sucesivamente con el reflejo de los rayos del sol. Altas montañas, escarpadas rocas, y en las cuales lamaban las movibles ramas del abedul y del roble, servían de límites a aquella maravillosa cascada; el armonioso crecimiento de las hojas de los árboles, brillando el sol, daba también a aquella soledad una especie de vida y movimiento. El

hombre solo parecía haliarse en un estado inferior, en medio de una escena en que todos los atractivos de la naturaleza se mostraban rebosando grandezas y majestuosas. Las miserables chozas, que llamaba el baile bourachs, y que en número de doca, poco mas ó menos, compusieron la aldea o clachan de Aberfoil, estaban construidas de piedras pegadas con tierra en vez de argamasas y cubiertas de cedazo derreado a la aventura sobre las ramas de árboles cortados en los vecinos bosques. Los techos habían casi hasta el suelo, de suerte que Andrés no dijo que en la noche anterior hubiera sido posible tomar las talas calzadas por monteicilos de poco elevación, y que no hubiésemos podido que nos hallásemos en medio de casas, hasta que las piezas de nuestros caballos pasasen por encima del techo.

Después de visto todo, juzgamos que la casa de mistress Mac-Alpine, que nos habíamos tan miserable, era comparativamente la mejor del ingaraje; y si me descripción, mi querido Tresham, escrita en voz el deseo de juzgar por vuestros propios ojos, supuesto que hallaríais todavía las cosas poco mas poco menos en el mismo estado, porque los Escoceses son un pueblo que no se entrena fácilmente a las innovaciones, aun cuando traigan por objeto mejorar su suerte (1).

Nuestra partida llamó la atención de los habitantes de tan tristes y sobrias, y mas de una vieja salió a hacer un reconocimiento a la puerta entrecerrada. Al ver a estas señoras, la casa se cubrió con un gorro de lana del cual salían algunos rizos de cabello cano, su rostro arrugado, sus brazos largos; al oírles dirigirse unas a otras, en galego, ciertas palabras acompañadas de gestas que no podían tener el menor signo, expresaban una impotencia en la imaginación las hidrietas de fanaclet, y cré fe le en las acciones de estas viejas toda la maldad de las sesillas hermanas. Los mismos niños que salían de las casas, los unos entornado deseados, y los otros perfectamente los otros con algunos andares de tartan, hacían muecas a los soldados ingleses con una expresión de odio nacional y de malignidad que parecía superior a su edad. Observé particularmente, que aunque la población de esta aldea parecía bastante considerable en razón del número de mujeres y niños que vimos, no un hombre tan solo, ni un mozo de mas de doce años se ofrecía a nuestra vista. De aquí que era probable recibiésemos de ellos en el curso de nuestra expedición algunos testimonios de amistad, todavía mas expresivos de los que nos habíamos dado todas las figuras que habíamos topado.

Hasta que salimos del villorrio no nos fué posible juzgar en toda su extensión el afecto que nos tenían. Apenas había pasado la retaguardia las últimas casas para tomar un sendero que conducía a los bosques que se veían a la otra parte del lago, en un ruido confuso de gritos despedazados de mujeres y niños, y aquellos palmos con que las matronas de los Highlandos acompañan siempre las esclamaciones que las arrancan el odio y la ira.

¿Qué significa esa grita? pregunta y a André, que estaba pálido como la muerte.
—Harto pronto lo sabrémones: eso significa que las mujeres de los Highlanders venían impresionados y malvivían contra los Soldados-Rojos y contra todos los que hablan la lengua sajona. He oído no pocas veces a las mujeres inglesas y escocesas proferir impresiones; esto no es de admirar en ningún país: pero, ¡Dios me libere! nunca he oído otras damas que, cuando veían a todos los Soldados-Rojos destruidos como carneros, las mas hasta el coco en su sangre; verlos cortar en pedazos tan menudos que el más gordo no bastase para la comida de un perro; como sucedió a Guaterio Cunning de Guitoyk, y no sé cuántas otras cosas semejantes que han echado de sus bocas. En fin, como no veía el mismo diablo a darles lecciones, veo que no cabe que se perfeccionen más en la ciencia de jauriar maldecir. Mas lo peor de todo es que no dicen que sigamos nuestro camino hacia el lago, y que miren donde nos acerquemos. Las observaciones que había hecho, y que lo que Andrés acababa de decirme, no me dejaban duda alguna de que proyectaban un ataque contra nosotros. El camino parecía facilitar más y más esta desagradable interrupción, pues se desviaba de la ori- lla del lago, para atravesar un terreno pantanoso cubierto de sotos, y en el cual había espesos matorrales y chaparros que parecían especialmente plantados para favorecer una emboscada. De cuando en cuando teníamos que atravesar los torrentes que bajaban de las montañas, y en el curso tránsito era tan rápido, que los soldados, con agua hasta más arriba de la rodilla, no podían resistir a su violencia, sino cojiéndose tres o cuatro del brazo. Yo no tenía ninguna experiencia en el arte militar; pero me parecía que uno guerrero medio salvaje, tan solo habían representado á los Highlanders, pedían en semejantes circunstancias, presentar un ataque con ventaja contra los rojos. El buen juicio del baile había sujeto las mismas observaciones, sacando las propias consecuencias. Dije que tenía que hablar con el oficial comandante, lo que hizo poco más el menos en estos términos: —Capitán, le dije, no deseo hablar para pedirles ningún favor; los desprecio, y aun os protesto que os perpeure por causa de opresión y detención arbitraria; pero profesan- do un sincero afecto al rey Jorge y á su ejército, me tomo la libertad de preguntaros si no fuera mas acertado escojer un momento mas favorable, y tomar mayores fuerzas para trepar ese gélén. Si buscáis á Rob-Roy, sabido es que nunca ha estado á la cabeza de una tropa de menos de cincuenta hombres resueltos; y si á ellos junta las jefes de Glengyle, de Glenfinlas y de Balaginch, y llevan bolas en la faltriquera. Parece que este consejo no fué del todo inútil. El capitan mandó á sus soldados que ordenasen sus filas, armasen sus mosquetes y calzas haza-

...
pálido el seno de una zapata.
El capitán Thornton, valiente á la par que avisado, resolvió forzar el paso hácia adelante, sin esperar que le atacasen por detrás. Para alentar á sus soldados, los dijo que al zampón que habían oído pertenecía sin duda al cuerpo de montonés que avanzaba á las órdenes de Iverach y de Inversallanoch, y les dio á entender que les impediría que apoderase de la persona de Rob Roy antes de la llegada de aquellos auxiliares, á fin de no tener que partir con nadie ni el honor de la victoria, ni el premio prometido por su cabeza. Mandó á la retaguardia que se reuniese con el centro y que se acercase su cuerpo de ejército á la vanguardia, y desplegó sus fuerzas de modo que presentase un frente tan estenso como permitiese la estrecha senda en que nos hallábamos. Mandó colocar en el centro á Dougall, renovándole la promesa de hacerle colgar si no lo engañaba. Nuestros hombres conocían el sitio, como aquel en que había menos peligro; y el capitán Thornton, tomando su media pica de manos de un soldado que la llevaba, se puso á la cabeza de su cuerpo, y dio órden de avanzar.

El tercer marchó hácia delante con la valentía propia de los soldados. El espanto casi había atontado á Andrés; y si le deá de decir la verdad, ni el señor Jarvie ni yo estábamos muy tranquilos: no era posible ver con es- toica indiferencia arriesgada nuestra vida en una quedilla extraña para nosotros; más había que hacer de la necesidad virtud.

Avanzamos hasta veinte pasos del sitio donde la vanguardia había visto á los montonés. Era un pequeño promontorio que estaba en el lago, y en rededor de cuya base jiraba la senda, como se dirá ya; pero en este lugar, en vez de seguir la orilla del agua, subía en forma de S encima de la roca, la que, sin esto, fuera inaccesible. El sargento mandó á diez hombres que percibía en la cima los gorros y fusiles de muchos montonés echados bajo abajo como para esprendernos, y cubiertos por los brezos que crecían sobre las rocas. El capitán le ordenó marchar adelante, desalojar al enemigo, y el mismo avanzó con el resto de su tropa para sostenerle. El ataque que meditaba fué suspendido por la impresionante aparición de una mujer que se dejó ver de golpe en el alto de la roca.

—Detenes, esclamó con autoridad, y decide qué es lo que buscasd en el país de Mac-Gregor.

Focos veces he visto una figura más noble y mas imponente que la de esta mujer. Podía tener cuarenta y cinco años, y su fisonomía debió de ofrecer en otro tiempo rasgos notables de belleza varonil, aun que sus facciones ofrecían cierto aire duro y cierta expresión feroz, y aun que se notaban ya en ella algunas arrugas forzadas por la vida tan dura que llevaba muchos años hacia, acostándose á menudo en el suelo y espuesta á todas las intemperies del aire, ó ya por los presores que había sufrido y las pasiones que la atajaban. No llevaba el plaid sobre la cabeza y los hombres, según suelen las mujeres de Escocia, sino envuelta su cuerpo al estilo de los soldados Highlanders. Cubría su cabeza un gorro de hombre coronado de una pluma; empuñaba la espada desnuda, y llevaba en su cántura un par de pistolas.

—Es Elena Campbell, la esposa de Rob, me dijo en voz muy baja y como sobresaltado el señor Jarvie: no faltarán luego costillas rotas entre nosotros.

—¿Qué buscais aquí? preguntó ella por segunda vez el capitán Thornton que avanzaba.

—Buscamos al proscrito Rob Roy Mac-Gregor Campbell, respondió el oficial: nosotros no guerreábamos con las mujeres; no intentamos que se levantaran los tropas del rey, y recibiremos de nosotros buen tratamiento.

—¡Sal! replicó la amazona, ¡ya he- ce mucho tiempo que conozco vuestros buenos tratamientos! No me habéis dejado ni nombre ni reputación; los huecos de mi padre se levantarán en el sepulcro, cuando los mocos vos vais á incorporaros con ellos. No os habéis dejado ni a mí ni á mis hijos ni ca- sa, ni criada, ni caballo para alimen- taros, ni lana para cubrirnos; todo lo habéis robado, todo, hasta el nombre de nuestros antepasados, y ahora venís á quitarnos la vida!

—Yo no quiero la vida de nadie, dijo el capitán, pero debo ejecutar las órdenes que llevo. Si estás sola, nada tienes que temer; si hay con vos jente tan insensata que quiera opo- nerlos una resistencia inútil, nadié sino ellos tendrá la culpa de la muerte que les aguarda. ¡Sarjento, adelante!

—¡Adelante, marchen! gritó el sarjento. ¡Hurraj ¡hijos! un bozalillo lleva de oro por la cabeza de Rob Roy.

En esto avanzó la tropa de ataque, seguido de seis soldados, y subió por la estrecha senda que conducía al promontorio, pero apenas habían llegado á la primera vuelta de aquel desfiladero, cuando se oyó una descarga de dos tiros. El sarjento, herido en el pecho de un balazo, hizo por tenerse derecho algunos instantes, asióse de las asperezas de la roca para subir áun más; pero sus fuerzas le abandonaron, y después de un último esfuerzo, cayó de peña en peña hasta el lago, donde desapareció. Tres soldados quedaron muertos en el sitio, y los otros tres, mas ó menos heridos, se retiraron al cuerpo de ejército.

—¡Granaderos, adelante! gritó el capitán. —Ya tendréis presente que los granaderos llevaban en aquella época la destructora arma de la cual...
gote, y no le detuvie en este nuevo peligro, que no hubiera sido menor, si no hallara medio de conservar una posición casi horizontal, agarrando con la mano derecha otra rama vecina, pero mas baja que la primera. Hubieran podido creer que volviera entre el cielo y la tierra, y se parecia bastante a la muestra del tejido de oro que se ve en Londres encima de la puerta de un tendero en Southgate Hill.

Andrés no había tomado el mismo camino que Dougall: camino que habíamos seguido el señor Jarvis y yo, aunque con diferente éxito. Esco- gió otro por dos razones: la primera porque la subida era menos rápida, y luego porque se hallaba mas cerca de él. Efectivamente subió con bastante velocidad hasta una pequeña plataforma que encontró, y que estaba casi al nivel del lugar donde se encontraba suspendido el baile: allí le detuvieron unas rocas perpendiculars que era imposible trepar, y no podía mudar de posición sino vol- viendo á dese hacer caminar a despecho de la justicia de la llena que lo hablaba, lo que no era en manera alguna de su gusto. Tenía bajo sus piés el descanso del capitán Thoroton, y encima los montañoses, de manera que el sátilo de las balas que se cruzaban sobre su cabeza, parecía anunciarle á cada momento la muerte de todos los postores. Corría por todos los lados la estrella plataforma, dando espantos gritos, y im- plorando la piedad de ambos partíc- dos, en inglés y en escocés, siguiendo el lado hacia el cual parecía inclinar- se la victoria. El señor Jarvis era el único que respondía á sus esclama- ciones con los jenidos que le arran- caban así el miedo como su prescrip- ción.

Mi primera idea fué correr á socorrerle: pero desde el lado en que me hallaba, me era materialmente imposible llegar hasta él, pues nos separaba el precipicio sobre el cual estaba suspendido. Andrés, que no distaba mas que unos cincuenta pasos, hubiera podido fácilmente hacer este servicio; pero ni mis señas, ni mis explicaciones, ni mis amenazas, fueron bastante á decidirle á aproximarse al lugar del combate; y después de correr todavía algun rato como un hombre halto de razón, echó por último busco á bajo, y no se levantó hasta que cesó enteramente el fuego.

Todo esto fue obra de pocos min- uteos; y no oyendo ya el estruendo del fusilamiento, concluí que la victoria se había declarado por uno de los dos partidos. Como no podía ver el cam- po de batalla desde el lugar en que estaba, tropéció una altura vecina que le dominaba, para implorar la compas- sión de los vencedores, cualesquie- ra que fueren, en favor del pobre baile, muy convencido de que no le verían suspendido en medio de los aires, como el sepulcro de Mahoma, sin prestarle una mano compasiva. Así que llegó á esta altura, y que se había acabado el combate, como preveía, con la derrota total del capitán Thoroton. Una tropa de Highlandsers le desarmaban á él y á una docena de hombres que le quedaban, y que estaban casi todos heridos. La tropa había sufrido un fuego morti- fero, del cual no pudo guardarse, y que le esterminó casi enteramente; mientras que los montañeses, prote- jidos por su posición, no tuvieron mas que un muerto y dos heridos por las granadas, según supe después: porque en este momento no pude enterarme mas que del resultado de la pelea, viendo al capitán y a los pocos hombres que le quedaban, ro- deados por una guirnalda de salvajes que pataleaban de feroz alegría, y so- metían á sus vencidos enemigos á todas las consecuencias de las leyes de la guerra.

CAPÍTULO XXXI

Lo primero que hice fue ver si veía á Dougall entre los vencedores, no dudando ya de que el papel que había hecho, lo tenía de antemano concertado para conducir á aquel peligroso desfiladero al oficial inglés y su tropa; y no pude menos de ad- mirar la destreza con que el tal semi- salvaje, tan inmenso en apariencia, había logrado tal desafío y se le había hecho arrancar, como por fuerza y temor, las falsas noticias que intentaba dar. Conoció que no nos era posible acercar- nos sin peligro á los vencedores en el primer trance de una victoria, manioblada con actos de crueldad; pues vía á los montañeses, ó por me- jor decir, á los niños que los habían seguido, dar de puñaladas á algunos soldados moribundos que se esforza- ban todavía por levantarse. Dedi- cado de aquí que no fuera prudente pre- sentarnos á ellos sin algun mediador, y como no veía á Campbell, en quien desearan entonces al famoso Rob-ROY, había resuelto reclamar la protección de su emisario Dougall.

Después de buscarlo inútilmente, volvi al lugar que acababa de dejar para reflexionar sobre cuanto sucedió sobre los medios de socorrer al honrado ban- quero: mas con grande satisfacción me encontré con que el capitán Guthier, con que le hablaba al pie de la roca en cuya altura estaba antes suspendido. Me apresuré á reunirme con él, y darle el parabien por su librarnento: al principio no se hallaba muy dispuesto á recibirlo con la misma cordialidad con que yo se lo daba, y una violenta interrumpió repetidas veces las dudas que manifestaba acerca de la sinceridad de mi parabien.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!. Dicen que un amigo ¡...!, ¡Bien! ¡Que un amigo vale más que un hermano... ¡Bien! ¡El que viene yo, señor Osbaldeston, á

estes pais maldito de Dios y de los hombres... ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Dios me perdona el jurar... ¡Bien!... Y vos tenéis la culpa ¿pensais que estuvo conforme... ¡Bien! ¡Bien! que estuvo conforme el demonio colgado como un arcanjo entre el cielo y la tierra, sin que probasen... ¡Bien! sin que probasen á socorrernos.

No escusé las apolagas, y le mostré el lugar en que me hallaba cuando lo sucedió el tal accidente; conven- ciéndole de que mis propias razones de que me hubiera sido imposible el llegar hasta donde estaba; y como su cora- zon era tan justo y bondadoso como vivo su espíritu, me tendió la mano y me dio las gracias. Aprovechéme del nuevo goce de su favor para pre- guntarle como había salido del apuro. —Cómo salí del apuro Hubiera permanecido colgado hasta el último día del juicio, antes de que me fue posible sacarme yo mismo de él, pues me colgaba la cabeza por un la- do, y los pies por otro. Dougall fué quién me sacó del apuro, como lo hizo ayer. Se llegó á mí en mi caso con que hubiera sido los dos balañes de mi redin- gote, y me volvieron á plantar sobre mis piernas, tan sano como si no me hubiese sucedido nada. Ved con to- do cuan útil es llevar vestidos de buen paño: si mi redingote hubiera sido el de vuestro leopardo de tres juegos de Francia, se hubiera roto con un peso co- mo el de mi cuerpo. ¡Dios bendiga al artífice que fabricó su tejido! Está- ba allá arriba, nadando en el aire con el peso del agua, tan seguro como una gabarra atada á un cable de la playa de Brompton.

Pregúntale entonces donde se ha- llaba su libertador.

—La criatura, respondió conti- nuándole en llamarle así, la criatura me ha dicho que no sería muy acer- tado el presentarme en este momen- to á la dama, y me ha aconsejado que
permaneciese aquí hasta que volviese, lo que no dejaría de hacer. Tengo para mí que os buscan: es muchacho de mucho jucio, y creo que no se engaña respecto a la dama. Elena Campbell, siendo doncella, no brillaba por su dulzura, y no la mudado de carácter al casarse; dícan muchazos que el mismo Rob Roy la mira con cierto temor respetuoso. Creo que no me conocería, porque hace bastantes años que no nos hemos visto: no, a juicio de lo que esperará a Dougall antes de presenciar a ella.

Yo le dije que este partidazo me parecía el más prudente: mas había decidido el destino que la prudencia del baile no le sirviese esta vez.

Cuando había cesado el fúesico, levantóse Andrés, y no atreviéndose todavía a bajar de la plataforma, permanecía apoyado contra una roca, posicón que le descubrió á los ojos de los líneas de los montañeses, algunos instantes después que la victoria se declarara en su favor. Al punto dieron un grito, y apuntándole cinco á seis de ellos, le significaron con gestos lo respeto de los cuales era impo

sible equivocarse, que se dirijiese adonde estaban los instantes, y tomarian un medio mas pronto para hacerle bajar.

Andrés no era hombre para negarse á semejante invitación, y el temor del peligro mas inminente le cerró los ojos acerca de lo que parecía inevitable. Al momento bajó pues hacia atrás por el camino mas corto, aunque el menos transitable, andando de rodillas, o arrastrándose según las ocasiones, agarrándose de las grietas de la roca, de sus asperezas y de los arbustos que encontraba, y no olvidando nunca, así que tenía una mano libre, el tenderla hacia los que le amenazaban, como quebrando su compañia. Los montañeses se dieron con el terror de Andrés, y echaron por encima de su cabeza dos tí tres tiros, mas bien por recrearse con su espanto que con intención de herirlo, y al fin de verle redoblar sus esfuerzos para llegar al cabo de un viaje peligroso, que solo el miedo fuera capaz de hacerle emprender.

Por fin llegó al pie de la montaña, y por mejor decir, cayó allí, porque habiendo resbalado cuando no se hablaba mas que á ocho u diez pies de distancia, rodó hasta la salsa, sin quebrarse ningun daño. Algunos montañeses le ayudaron á levantarse, y antes que hubiese afirmado los pies en el suelo, ya le habían desembarazado de su sombrero, de su almazía, de su corbata y de sus medias; en fin le desnudaron con tal celeridad, que se podía decir que cayó completamente vestido, y se levantó en el mismo instante, esparciendo con su desnudez casi absoluta. En este estado se le llevaron arrastrando, sin considerar que iba descalzo, por medio de las malezas y de las agudas puntas de las rocas, hasta el lugar donde se había dado la batalla, y donde permanecía todavía la tropa reunida.

Cuando le conducían de este modo, y el pasar por frente de una especie de garganta donde estábamos sentados, nos descubrieron desgraciadamente. Al instante corrieron á nosotros cinco u seis Highlanders armados, amenazándonos con sus claymores, puñales y pistolas. Querer oponer resistencia hubiera sido una locura, mucho mas cuando estábamos sin armas: nos sometimos pues á nuestro destino; y los que se ocuparon en nuestra comestra, se disponían con cierta aspereza á reducirnos al estado de naturaleza (sirviéndose de la frase del rey Lew), como al hacedor desenmascarado Andrés. Lístico-todo, que estaba á pocos pasos de nosotros tritando tanto de miedo como de frío. Una feliz casualidad nos preservó de aquel ultraje; porque en el momento en que me acababan de desembarazar de mi corbata de verdadera batista y guarnecida de encajes, entre paréntesis; y cuando le baile acababa de ceder los restos de su redingote, apareció Dougall, y cambió la escena. Grité este, amenazó, juró, en cuanto pudo juzgar por sus gestos y por el tono con que se producía, y obligó á los pillos, no solamente á dejarlos lo que se disponían á tomar, sino á resituirnos lo que nos habían tomado. Arrojó mi corbata al montañés que se había apoderado de ella; y en el zelo con que hizo la restitución, la apretó al rededor de mi cuello con fuerza bastante para obligarme á creer que, mientras su residencia en Glasgow, había servido no solo de sustituto de carcelero, sino que también había tomado algunas lecciones del verdugo. Puso otra vez en los hombros del señor Jarvis los andrajos de su capado redingote, y poniéndose en marcha con nosotros, mandó al parecer á otros montañeses que nos guardase el respeto y las atenciones debidas. Andrés deseaba en gran manera que la protección que nos concedía Dougall se extendiese hasta él, pero en vano lo imploró; ni aun pudo obtener que le volviesen su zapato.

Era esto, no, respondió Dougall, no eres hidalgó, y hay aquí mas de uno que vale mas que tú y anda descalzo. Y dejando á Andrés que nos siguiese, ó más bien, dejando á los montañeses que le rodeaban el cuidado de apresurar su marcha, nos hizo entrar en el desfiladero donde se había trabajado el combate, para conducirnos como prisioneros ante la mujer-jefe de la banda, regañando, reprendiendo, y aun dando golpes á los que querían acercarse demasiado, como si á él le amenazasen mas que á nosotros los que intentaban tomar un interés mayor que el suyo en nuestra captura.

Por fin nos presentamos á la heroína del día, cuyos feroz rasgos, como los de las figuras marciales y y salvejas que nos rodeaban, confiase que me inspiraron verdadero miedo. No sé si Elena había tomado parte activa en el combate, pero las manchas de sangre que se le veían en las manos, en los brazos, en los vestidos y en la hoja de su espada que empuñaba también, se inflamaban todavía, el desorden de sus cabellos, el sudor de los cuales se habían desprendido por debajo del gorro colorado, coronado con una pluma que formaba su tocado, todo probaba que no había permanecido mera espectadora. Sus ojos negros y vivos y toda su fisonomía, anunciaban el orgullo de la victoria, y el placer de la venganza satisficha. Su traza no era con toda sanguinaria ni cruel, y me recordaba algunos retratos de heroínas del Antiguo Testamento, que había visto en las iglesias catolicas de Francia. No seña la belleza de una Judith, ni los rasgos inspirados de una Deborah, ni los de la mujer de Heber; á cuyo pie es el opresor de Israel que habitaba en el Haroseth de los Jesús abajo la cabeza, y cayó para no volverse á levantar; mas el entusiasmo que se veía pintado en su fisonomía, una especie de dignidad fervor, hubieran podido inspirar á las artistas que han trabajado en estos personajes sagrados.

Casi no sabía con qué términos dirijirme á esta extraordinaria mujer; pero el señor Jarvis me sacó del apuro encargándose de la arregla. Después de toser muchas veces:

—Me tengo por muy feliz, dijo: pero no habiendo podido dar á la labradora feliz todo el afán que deseaba, por felicesiam siguió deteniéndose en esta palabra, en tener ocasión de saludar á la esposa de mi primo Rob. ¿Cómo está? Abrazó tomando el tono de importancia y familiaridad que le era ordinario; ¿cómo os ha ido en estos tiempos? Hace más de un día que no nos hemos visto, y quizás me he olvidado, mistress
MacGregor Campbell: pero al menos os acordaréis de mi difunto padre, Nicol Jarvis de Salt-Market en Glasgow... Era un hombre de bien, un hombre sólo... un hombre a quien respetabais vos y los vuestros. Así pues, como os decía, nuestra MacGregor Campbell, me tengo por feliz en vos y os pediría permiso para abrazaros como a mi prima, si no acusase vuestra jente del bravo de un modo algo incómodo; y hablando en verdad, como debe hacerlo un majistrado, creo que antes de pensar en dar buena acogida a vuestros huéspedes, no os sería útil un poco de agua.

El tono familiar de este discurso no guardaba armonía con el estado de exaltación en que se hallaba el espíritu de una mujer animada por el combate que acababa de verificarse, enardecida con la victoria, y que iba a pronunciar la irreversible sentencia de la vida a la muerte de los prisioneros que había hecho.

-¿Quién diablos sois? escalamó; ¿vos el que pretendéis ser pariente de los Mac-Gregor, sin vestir a su unanza y sin hablar su idioma? ¿Quién sois? hablad; vos, que con la lengua y la forma del sabueso, venís a descansar entre los gatos.

-Posible es, prima, contestó el baile sin turbarse, que nunca os habían explicado nuestro parentesco; os es cosa segura, y fácil de probar. Mi madre Elspeth Mac-Farlane era esposa de mi padre Nicol Jarvis; en paz descansen sus almas! Elspeth era hija de Farlane Mac-Farlane, que vivía en Loch-Sloy; pues este Farlane Mac-Farlane se había casado con Jessy Mac-Nab de Struckallachan, que era prima su quinto grado de vuestro marido, porque Duncan...-

La amazóna interrumpió esta jen- nez en su dialecto gaelico, alzándose; si un arroyo que corre libremente reconocía algún parentesco con el agua que habían sacado él para emplearla en los viles y domésticos usos de los que habitan sus erillas.

-Teños razón, prima, respondió el señor Jarvis; sin embargo, cuando el arroyo muestra en el verano las piedras blancas de su seco lecho, no sentirá que le volviesen todas las gotas de agua que le sacaron. No se me oculta que en vuestros montañes haces poco caso del idioma que se habla en Glasgow y del traje que allí se usa; pero cada cual ha de hablar el lenguaje que aprendió en su infancia, y me parece que mi gruesa barriga y mis piernas cortas no figurarían muy bien con la vestimenta de vuestros montañeses (1). Por otra parte, prima, continuó sin atender a las señas que le hacía Dougall, quien veía que la arrendía impacientaba a la amazona; puesto que honrías a vuestro valiente marido, como deben hacerlo todas las mugeres, ya que lo mandas: la Escocia es tan honrada cuanto que le honras, como decía, os agradable y de que, sin hacer mención del collar de perlas que os envió el día de vues-

Tocaba entonces una cuerdas cuyo sonido no era nada agradable para los oídos de su prima, quien levantó la cabeza con altanería, y dijo sonándose con la emperencia de la ojiva y el cantar: -¡Sí, sí, ¡dada! vos y los que se os parecen podéis pretender ser dudos nuestros cuando éramos vuestros miserables esclavos, vuestros azadas y vuestros leñadores, los provo-

-Claro, claramente, respondió él, debe ser obedecer: está puesto en razón; pero si fuera... si fuera lo mismo el que echásemos en el lago a los Highlanders y a algunos de esos Soldados-Rojos, lo haría con mucho más gusto, pues son amigos de Gregarach, han venido a invitación siva y tiránica; pero ahora que nos venos libres... libres á consecuencia del acto que nos ha privado de alterdad, de comida, de vestidos, que me ha privado á mí de todo... de todo lo... me extremo al pensar que no me ocupen más ideas que las de venganza, y quiero coronar esta gloriosa jornada, con una acción que romperá todos los lazos que existen entre los MacGregor, pues los paludros de las tierras bajas. Allan, Dougall, atad juntos á estos tres Ingleses, y precipitadlos en el lago: vayan á buscar á los parientes que tengan en nuestros montañes.

El baile, atemorizado con esta orden, abría la boca para dirigir á su prima una súplica que probablemente no hubiera servido sino para irritarla mas, cuando Dougall se puso delante de él rechazándole ásperamente, y dirigió á su señora, en su lengua, un vivo y animado discurso que formaba notable contraste con la manera leal y atenta en la que le había dado producirse en inglés en la clachan de Aberfoil. No hubo un momento que intercediera en favor nuestro.

La dama le replicó, ó mas bien interrumpió su arrena, esclamando en inglés, como si quisiera dar un fruto anticipado de la suerte que nos destinaba: -Perro infame y de raza de perros! ¿¡vásicas en ejecutar mis órdenes? si te mande que les arrancas el corazón, para ver en cual de los dos se encuentra mas tricion contra los Mac-Gregor, ¿no deberías obedecerme como lo harías? Así se hizo en tiempo de la venganza de nuestros padres.

-Ciertamente, ciertamente, respondió él, debe ser obedecer: está puesto en razón; pero si fuera... si fuera lo mismo el que echásemos en el lago á los Highlanders y a algunos de estos Soldados-Rojos, lo haría con mucho más gusto, pues son amigos de Gregarach, han venido a invitación...
Perros, cobardes! ¿os he alimentado con mi leche para que escanecied vuestra sangre cuando se trata de defender á vuestro padre, para verte conducir prisionero, y venir á traerme la noticia? Los hijos de Mac-Gregor, á quienes se dirija esta apóstrofe, eran dos mozos, de los cuales el mayor apenas tendría veinte años. Se llamaba Robert, y los Highlanders, para distinguirle de su padre que llevaba el mismo nombre, añadían al suyo el epíteto de Og, ó el menos alto de estatura: sus cabellos eran negros, su tez morena, pero rosada, y era mas formado y mas vigoroso de lo que requería su edad. Hamish, ó Jaime, aunque de dos años mas jóven, era mucho mas alto que su hermano: sus ojos azules y sus hermosos y rubios cabellos daban á su fisonomía cierta dulzura que rara vez se echa de ver entre los montañeses. Ambos estaban atontados y confusos, y escucharon con respetuosa sumisión las reunovaciones que les dirijía su madre. Por fin, cuando se apagó el primer fuego de su ira, el mayor, hablando en inglés, sin duda para que no lo comprendieran los que le seguían, trató de justificarse á sí mismo y su hermano. Yo me hallaba bastante cerca de él para oír casi todo lo que decía, y estaba muy interesado en todo lo que sucedía en medio de la estrafía crisis en que me encontraba, para no escuchar con la mayor atención. Mac-Gregor, á quien estaban citando á una entrevista por un habitante de los Lowlands, que se trajo una carta de parte de... (no os el nombre, que pronunció á media voz, pero me pareció semejante al mío); contestó Rob, pero nos mandó que guardásemos en rehenes al portador de la carta, para asegurarnos de que no lo venderían. Dirijíose al lugar de la cita, no !¡Ninguno consigo mas que á Angus Breck y al pequeño Rory, y prohibiendo que lo siguiese nadie. Pasada media hora, volvió Angus Breck con la triste e nueva de que había sorprendido á mi padre, en el lugar indicado, un destacamento de milicianos del condado de Lennox, mandado por Galbraith de Greaselath, quien le había hecho prisionero. Añadió que habiendo dicho mi padre que el que se quedara en rehenes respondería con su cabeza del tratamiento que sufría, Galbraith no hizo más que decirle: "Dije a quien te digo", y dijo: "Puedes quedarte, Rob, si quieres, cada cual al suyo: nosotros guardaremos el forajido, y vuestros catenarios guardaran al afrador. De este modo quedaría libre el país de dos plagas á un tiempo, de un malvado Highland y de un ajeno del fisco. Angus Breck, á quien vijilaban con menos rigor que á su dueño, halló modo de escaparse, después de haber estado detenido bastante tiempo para oir esta discusion. —Y al saber esta noticia, cobardes, traídos, ¡esclavó es la esposa de Mac-Gregor! ¡no has volado el punto á socorrer á tu padre para salvarle, ó perdonar en su defensa? El joven Mac-Gregor le respondió con modestia, que como los enemigos se hallaban con fuerzas superiores á las suyas, había apresurado á entrar en las montañas, para reunir todos los hombres disponibles y partir al punto al frente de ellos para libertar á Mac-Gregor; que había sabido lo que el destacamento de milicianos debía pasar la noche con el prisionero en el castillo de Gartarton ó en la fortaleza de Monteith, y que sería posible apoderarse de uno de estos fuertes si se reunía bastante gente. En seguida supo que el resto de las tropas del merodeador de los Highlands se había dividido en dos guáille; la primera estaba destinada á celebrar los movimientos de la guarnición de Inverness, y de la cual una subdivision acababa de ser derrotada á las órdenes del capitán Thornton; y la segunda ánir al frente de las tribus de los Highlanders que se habían unido á las tropas regulares y á los Lowlanders, para lavar á un tiempo lo que entonces llamaban comúnmente el país de Rob-Roy, es decir, el territorio montuoso y desiertó situado entre el Loch-Lomond, el Loch Katrine y el Loch-Ard. Despacharonse, por acusadamente varios mensajes para reconcentrar (como yo suponía) todas las fuerzas de los Mac-Gregor contra los Lowlanders; y el desaliñado pintado poco antes en todos los rostros cedió á la esperanza de libertar á su jefe y á la sed de venganza. Bajo el ardiente influjo de esta última pasión, mandó Elena que le condijesen al desgraciado que guárdenan en rehenes: á mi entender, sus hijos le habían apartado de su vista por humanidad; como fuese, esta precaución no hizo mas que retardar su destino algunos instantes. Condujeron ante ella un hombre medio muerto ya de terror, y en cuyas pálidas y desfiguradas facciones reconocí, con no menos horror que sorpresa, á mi antiguo conocido Morris. Echase éste á los pies de la esposa del Jefe, y esforzóse por abrazar sus rodillas; mas ella se hizo atrás, como si la mancillase aquel contacto, y él no pudo más que besar con reverencia de su plaid: no cabe que nadie haya pedido nunca la vida con más desesperación. El miedo obraba en su ánimo con tanta fuerza que en vez de embarazarle la lengua, como sucede en las ocasiones ordinarias, le infundía viva eloquencia. Con las mejillas cubiertas de mortal pálida, torciéndose las manos en su angustia, y paseando por todos lados unos ojos que parecían despedirse del mundo, protestó con los mas solemnes juramentos, que no era cómico de la traición meditada contra Rob-Roy, á quien anaba y veneraba con toda su
alma. Por una inconsciente, natural al desorden de su espíritu, dijo que no era más que el ente de otro, y pronunció el nombre de Rashleigh. No pedía más que la vida; por la vida renunciaba a cuanto poseía en el mundo; la vida sola era lo que deseaba, aunque debiera prolongarse en medio de los tormentos, aunque no respirase ya otro ambiente que el de las cavernas más lóbregas e infectas.

Es imposible pintar el aire de asco y menosprecio con que escuchaba Elena sus humildes ruegos.

—Te concedería la vida, le dijo, si fuera para tí una carga tan pesada, tan intolerable como lo es para mí, lo mismo para toda alma noble y generosa. Pero tú, miserable, insensatamente, te arruinaste a todas las desgracias que arrojaba el mundo, te considerarías feliz en andar arrastraéndote por la tierra en medio de los crímenes y los pesares ajenos, mientras que la inocencia es vendida y oprimida, mientras que jentes mal nacidas y cobarde huyen a los hombres sin resistencia, ¿y por una larga serie de antepasados?

En medio de la mortalidad general, te considerarías tan feliz como el perro del matador, que lame la sangre de los animales degollados... ¡No! ¡no gozarías de esa dicha; morirás, pero vivirás antes que esa siniestra haya pasado por encima del sol.

Entonces pronunció algunas palabras en gaelico; dos Highlanders cojieron al suplicante, y le arrastraron a la orilla de una roca suspendida en el lago. Daba los alaridos más agudos, los más espantosos que se hayan oído jamás;... puedo llamarlos espantosos; pues por espacio de muchos años me disfrazé a menudo sobre salto, creyendo oírlos todavía. En tanto que los ejecutores o los asesinos, llámosles como se quiera, le arrastraban hacia el lugar de su suplicio, me conocí, y exclamé con tonto lamentable: —¡Oh!... señor Osbaldiston! ¡salvame! ¡salvame! Tales fueron las últimas palabras que le oí pronunciar.

Conmovióme tanto este horrible espectáculo, que aunque por momentos esperaba sufrir la misma suerte, quedé hablaba en su favor; pero, como ya se desprendería, mi intercesión no produjo efecto, ni obtuvo siquiera respuesta; dos montañeses sostenían la cabeza del ejecutado; otro le cubría el cuerpo con un plaid viejo, mientras que otros se repartían sus vestidos. En fin, después de haberle atado de pies y manos, le precipitaron en el lago, que tenía de doce a quince pies de profundidad, despidiendo un alborozo de triunfo y de venganza satisfecha, que con todo no pudo cubrir enteramente su pos- tero grito. El ruido de su caída en las aguas del lago llegó hasta nosotros. Los Highlanders atisbaban algunos instantes, para ver si descasaba los lacos y se escapaba a nado; pero harto sujetos estaban los nudos, y la venganza se manifiestaba en sus rostros. Las aguas, turbadas con el peso de su caída, volvieronse a cerrar recobran- do su acostumbrado sosiego, y la vida que había pedido con tantas ansias acabó en aquel abismo.

CAPITULO XXXII.

No sé cómo es que un acto aislado de violencia y de crueldad produce en el alma una impresión más pensosa que mayor número de actos semejantes. Acababa de ver, poco antes, a muchos de mis valientes condenados a muerte en el campo de batalla, y me había parecido que no hacían más que pagar la duda común de la humanidad. Mi corazón había sentido vivamente su pérdida, pero no le despedazaron tanto la angustia y el horror, como cuando vi al desgraciado Morris muerto a sangre fría. Miré á mi compatriota de infatigable elñor Jarvis, y reconocí en sus ojos los mismos sentimientos que me animan; su indignación le hizo olvidar la prudencia, y soltó á media voz estas incomprendidas palabras:

—Protesto... protesto solemnemente contra este delito... Es un asesinato... un asesinato abominable... Dios le vengará en su tiempo y lugar.

—¡Qué? no teméis el seguirle? le corto juzgando la azorada expresión que le había oído, y que le lanzada una mirada tal como la del halcon en el trance de cojer la presa.

—Primera, respondió con bastante serenidad, nadie corta con gusto el hilo de su vida antes de devanar enteramente todo el que hay en la canilla. Tengo muchas cosas que hacer en este mundo, si me dejan la vida: negocios públicos y privados, de ma- nufatura y de comercio. Y á más existen algunas personas á quienes hago falta, como á la pobre Mattie, que es hermana y prima del lord de Lornmoneil; sélo todo esto, la muerte no es en resumen cuentas más que el fin de la vida, y una vez hemos de morir.

—Mas si os dejas la vida, ¿qué nombre daréis al hombre que ha tomado ese perro sajon?


—Pero si fueseis preguntado por los tribunales de justicia, como los llamais, ¿qué responderíais?

—El baile lo relatació; dirigió los ojos á derecha á izquierda, y me pateó un hombre que quiere fugarse en una batalla, y que no hallando medio de escaparse, toma la resolución de hacer frente al enemigo.

—Ve, prima, que quieres apurar, le respondí; pero mi deber es hablarse segura mi conciencia. Ataque nuestro marido, quien qui-
saje de parte de la esposa de Mac-Gregor.

No sé qué la milicia del condado de Lennox tenga ningún motivo razonable para perseguirme, y no temo avararme con mi comandante; así, estoy pronto a encargarme de vuestra mensaje, y a partir al punto, si queréis estener vuestra protección a mí amigo y a mi criado que están prisioneros.

Procede de esta ocasión para añadir que había ido a su país a invitación de su marido, que me prometió su socorro en un negocio muy importante para mí; y que el señor Jarvie me había acompañado con el mismo objeto.

- Y añadió, esclamó el baile, que las botas del señor Jarvie huían estado llenas de agua hirviendo cuando quiso calzárselas para este desgraciado viaje.

— En lo que acaba de decir este joven inglés, dijo Elena volviéndose a sus hijos, podréis conocer quien es y por qué padres: no tiene prudencia sino cuando se encuesta el gero y empuña la claymore, pero cuando se quita su plaid para ponerse un vestido, se entromete en todas las intrigas de los Lowlanders, y trás todo lo que ha sufrido, se hace todavía ajente, jugueté, escalo suyo.

Y bienhechor suyo también, señor, le dije yo.

— Se lo buena hora, respondió ella; ese es el título más insignificante de todos, pues siempre ha sembrado beneficios para cojer ingratitude: mas basta lo dicho. Voy a mandar que os expongan a los puestos avanzados de los enemigos: preguntad por su comandante, y le direís de mi parte, de parte de la esposa de Mac-Gregor, que si tocan un solo cabello de su cabeza, no le pongen en libertad antes de trascocar doce horas.

De aquí a Navidad no se hará en todo el condado de Lennox una mujer que no llore a su padre o a su hijo, o a su hermano o a su marido; ni un arrojado que no haya visto robar su ganado o encender su truj; ni un señor que se acerque sin el temor de no volver a ver el día siguiente la luz del sol; y que para principio a realizar mis amenazas, si no veo á mi esposo en el término que acabo de fijar, le enviaré el baile de Glass- cow, este capitán inglés, y todos los demás prisioneros, hechos tantos pezados como lulos tiene este tartán.

Así que acostó de hablar, el capitán Thornton, que la había oído y que había estado presente á toda esta escena, añadió con la mayor serenidad:

— Salud al oficial comandante de parte del capitán Thornton, de la guardia real; decidle que cumplá con su deber, y que no pase cuidado de los prisioneros. Si he sido bastante mentecato para dejarme conducir á una emboscada por esos astutos salva-

— ¡Silencio, esclamó el señor Jarvie, silencio! si vos estáis cansado de vivir, yo... Señor Osbaldeston, salividad de mi parte al oficial comandante... de parte del baile Nicol Jarvie, maestros de Glasow, como lo era antes su digno padre. Decidle que se halla aquí con otros hombres de bien en un grande apuro, que puede llegar á ser mayor aun; y que lo mejor que puede hacer él para el bien jeneral, es permitir a Rob a que vuelva á sus montañas. Bastantes desgracias hay: no obstante me parece que lo acertaría, si no hablásemos del afador.

Encargado de estas dos comisiones tan opuestas por las dos personas más interesadas en el éxito de mi em- boscada, con las instrucciones de Elna Mac-Gregor, quien me previno que no olvidase ni una sola palabra de lo que me había dicho; recibí por último la orden de partir, y aun permítieron á Andrés que me acompañara, para librarme quieza de sus lasti- mientos. Mas se que temiese que me sirviera del caballo para escapar-mos de mis guías, se que gustasen de conservar una presa de algún va- lor, me anunciaron que haría el viaje á pie, escoltado por Hamish Mac- Gregor, y otros dos montañeses, así para enseñarme el camino como para reconocer la fuerza y posición del enemigo. Habían elegido á Doug al para este servicio, pero halló modo de dispensarse de él: despues supe que su objeto al quedarse había sido poder calar por la seguridad del señor Jarvie, pues habiendo estado bajo su dominio cuando era llavero de la cárcel de Glasgow, creía que debía protegerle, según sus principios de lealtad.

Después de una hora de rapéisima marcha, llegamos á una altura cubierta de pinos que dominaba todos los alrededores, y desde donde descubrimos el sitio que ocupaba la milicia del condado de Lennox. Com- puesto principalmente este destaca- miento de caballería, no se había in- teresado en el desfiladero en que fué tan desgraciablemente sorprendido el capitán Thornton: la posición estaba militarmente bien escogida en la pen- diente de una colina, en medio del pequeño valle de Aberfoil, donde cor- ría el Forth, cerca de su manantial. Formaban este valle dos cadenas de alturas que presentaban por prime- ras valles rocosas calizas, entremezcla- das con enormes moles de mármol, ó guijarros incrustados en una tier- ra blanda, que el tiempo ha endure- cido como argamasa; mas lejos des- colaban las cubiertas de los montes más elevados. Estos límites dejaban sin embargo un valle bastante ancho para que no hubiese de to- ner la caballería sorpresa ninguna de parte de los montañeses. Habían colocado en todos los lados contínuas y guardias avanzadas, de modo que á la menor alarma la tropa tuvie- ra tiempo para tomar las armas y for- marse en batalla: es verdad que no creían entonces que los Highlanders oasen atacar á la caballería en campo abierto, aunque después se ha visto que podían hacerlo con ventaja. Los montañeses tenían todavía en aquella época cierto temor supersticioso á la caballería, y creían que los caballos estaban aliestados á combatir por sí mismos con los pies y con los dientes; mucho más cuando los caballos de escudarón tenían un aire más feroz y más imponente que los pequeños sheltés ó jacos de sus monta- ñas.

Los caballos atados á algunas estacas y paciendo por el valle; los soldados, unos sentados, otros pasen- dándose por las visiónes oríllas del río en diferentes grupos, y las peladas y pintorescas rocas; las líneas laterales del país, formaban el primer término de un cuadro embelesante; mientras que mas lejos, hacia levante, se divi- saba el lago de Menteith, y menos distintamente el castillo de Stirling con las montañas azules de Ochill, que terminaban la perspectiva.

Después de contemplar por un rato esta escena, el joven Mac-Gregor me dijo que bajase hasta el aposta- dero de la milicia para desempeñar mi mision con el comandante; y me mandó con un gesto ameno no decir si quieros habían sido mis guías, ni en que lugar los había dejado. Recibidas estas últimas instrucciones, avanzé hacia el primer puesto militar, seguido de Andrés, quien, habiendo conservado del traje inglés mas que sus calzones y su camisa, sin sombrero, en piernas, calzando brogues, regalo que le había hecho Dougal por su comprensión, y en un viejopladl hecho andrajos, quedó- plia el vestido que antes cubría sus hombros, parecía haberse escapado de
la casa de locos para representar el papel de montaños. Presto nos dividió un centenar, y gritó que nos detuviéramos frente a la casa de su cababina: obedeci al instante, y cuando el soldado estuvo cerca de mí, le rogué que me condujese ante el oficial comandante. Halléme en breve en medio de un círculo de oficiales sentados sobre el césped, entre los cuales había uno al parecer del superior jerarquía: llevaba una corza de brújula acero, en la cual estaba grabados los emblemas de la antigua orden escocesa de San Andrés, vulgarmente llamada el cardo. Conoci en este grupo al mayor Galbraith, quien recibía órdenes de aquel personaje, así como un creciendo número de oficiales que le rodeaban, los unos de uniforme, y los otros vestidos de campesinos, pero todos bien armados: a algunos pasos de distancia se veían pocos criados cubiertos de rica librea.

Habiendo saludado al aquel señor con el respeto que su empleo exigía, le dije que la casualidad me había hecho testigo involuntario de la derrota de las tropas del rey, mandadas por el capitán Thornton, en el deslizado de Loch-Ard, pues había sabido que tal era el nombre del lugar donde se había tratado el combate: que este oficial, muchos de sus soldados y el gran bail de Gaiscow, mi compañero de viaje, habían quedado en poder de los Highlanders, y que estos amenzaban de que harían un recorrido por las ciudades y lugares de escasa importancia.

El duque, porque en este título designaban a aquel a quien me dirigía, me escuchó sin interrumpirme, y me respondió que sentía muchísimo el desengaño de todos los desgraciados prisioneros a la crueldad de los bárbaros en cuyas manos habían tenido la desgracia de caer; pero que ninguna consideración podía determinarle a presentarse en liberación al instagario de aquellos dos desdichados, y alentarme de este modo a continuar sus labores. —Volved a los que os envían, —é informáis de que mañana, al amanecer, habré colgado sin la menor duda a Rob-Roy Campbell, a quien llaman aquel Molly-Gregor, a fuer de proserio coraje con las armas en la mano, y que merece mil muertes; que me creerá indigio del lugar que ocupa, si procediese de otro modo; que tengo medios para impedir la ejecución de sus amenazas contra el condado de Lennox, y que si maltratan en maneras tan dementes a los desgraciados que están en su poder, tomaré de ello tan estrépita venganza que hasta las piedras de sus rocas despedirán jadidos durante un siglo.

Representéle humildemente el inminente peligro a que me exponía la honrosa comisión que se dignaba confiarme; sobre lo cual me respondió que encargase de ello a mí criado. Así que oyó Andrés estas palabras, sin aguardar mi respuesta, y sin que le detuviese ningún sentimiento de respeto, exclamó:

—Mas quisiera que me cortasen las piernas, —dijo, —me libré de que huyeran servir para volver a esas malditos montañeses: Acaso hallaré en mi faltriquero otro cuento, cuando uno de esos perros montañeses me haya cortado el mío, —acaso podré nadar como una rana cuando me hayan echado en un lago de los Highlanders con los pies, y los huesos atados: No, no, cada uno cuidé de sí, y Dios de todos! Los que se quejen de Rob-Roy, o tengan negocios con él, hagan sus comisiones por sí mismos: él nunca se ha acercado a la parroquia de Deep-Daily, y no me ha robado ni pera ni pepita. No en dificultad pude hacer caer á mi criado: después representé vivamente al duque el peligro cierto que quedaban espuestos el capitán Thornton, sus soldados y el señor Jarvis, y le supliqué que me encargase de un mensaje que pudiera salvarles la vida. Asegure que ningún peligro impanderaría cuando se tratase de servirle; pero que, según todo lo que yo había presenciado, no me quedaba la menor duda de que serían todos muertos atrozmente en el instante en que los montañeses supiesen la muerte de su Jefe.

El duque, que se encontraba muy atento, se levantó, reflexionó un instante, y dijo: —Es una circunstancia muy penosa: lo siento mucho; mas no puedo transigir con mi deber, y Rob-Roy ha de morir.

No pude indicar sentimiento en esta sentencia de muerte contra Campbell, que me había hecho ya muchos favores, y no era yo el único á quien descontentaba; porque muchos oficiales de la milicia del condado de Lennox hablaron entonces al duque en su favor: —Mejor sería, le dijeron, enviarle al castillo de Stirling, y contuvieran con el que guardo allí en rehers hasta la dispersión de su tropa. Y habremos de esperar al país al pliaje: Ahora que se acercan las noches largas, será difícil impediérselo, porque es imposible guardar todos los puntos, y los montañeses no duermen como los que pueden poner menos resistencia. Por otra parte, ¿dejaríamos a los desgraciados prisioneros espuestos á la crueldad de esos salvajes? No hay duda de que ejecutará la amenaza de mataros atrozmente para satisfacer su venganza. Aun se adelantó más Galbraith de Garschatchach, habiendo dicho, en el nombre de aquel á quien hablaba, aunque sabía muy bien que tenía motivos particulares de resentimiento contra Rob-Roy:

—Aunque sea un mal vecino para las tierras bajas, y principalmente para su señora, y aunque ha ejercido el oficio de ladron mas que nadie, sin embargo Rob-Roy era en otro tiempo un hombre prudente é industrio- so, y tal vez sería posible hacerle entender la razón: de lo contrario, su mujer y sus hijos, que son unos demonios sin temor ni piedad, causarán más daño al país á la cabeza de su guilla, que causara Rob en su vida.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el duque, el tino y la destreza de ese hombre son cabalmente los que han constituido su fuerza por tanto tiempo á un bandido montañés; y un ordinario ser le hubiera reducido á la desesperación en menos semanas que años han sido menester para apoderarse de este. Privada de su jefe, su guilla no será temible por mucho tiempo; y á la manera de una avispa sin cabeza, tendrá poder para picar con su aguijón, pero no tardará en ser aplastada y muerta.

Garschatchach no se dejaba reducir al silencio con tanta facilidad. —Estoy muy lejos, milord, replicó, de favorecer á Rob: no soy más amigo suyo que lo es el mío, pues ha vaciado dos veces mi cucarada; no hablar de las mí arrendadores; y no obstante...

—Y no obstante, Galbraith, repetí el duque, sonpuesto que el duque sonriéndose con una expresión particular, perdona al amigo de vuestros amigos la libertad que se ha tomado; porque dices que Rob no es enemigo de los amigos que Galbraith tiene en el continente.

—Si eso es así, milord, respondió Galbraith con el mismo tono, no es lo que que pudieran decir de él. Mas quisiera que tuvieras noticias de las tribus que tanto hemosseguido, que á ellos no las criamos la palabra, pues no me fio de ellos: los osos no atacan á los osos.

—No me da cuidado: Iverach é Iverasaloch están repartidos hombres de honor, y aunque también no creo que falten á la cita. Enviad los soldados de á caballo para ver si llegan; y si no, no podemos arriesgar...

I.
el ataque del desfiladero que tan fu-

neto ha sido al capitán Thornton, y

y, como yo entendí, diez infantes

mas cara frente al mejor rechazo de

de toda Europa. Entre tanto

la tropa. A

Aprovechamiento de esta última ór-

en, muy necesaria y muy agradable

país, pues no había comido nada

desde que cenamos la viernes en

y el sol principiaba a escasearse al

día de un clima de la cuartel de difesa. Los

cerradura despachados volvieron sin

haber encontrado a los auxiliares que

aguardábamos: pero casi en el mis-

mo instante llegó un Highlander que

pertenecía a una de sus tribus, y que

era portador de una carta que tra-

gió al duque con ademán respetuoso.

—Acaparé un cuartillo del mejor

agradecido, dijo Galbraith, a

que es un mensaje en que nos avisan

que esos maléolos montañeses, que

tanto nos ha costado hacer venir, nos

abandonan y nos dejan para que sal-

ganmos del paso como podamos.

—Es así mismo, señores, esclavat

duque sorprendiéndose de indigna-

don, después de leer la carta, escrita

en un pedazo de papel, pero di-

riada, con toda la ceremonia de esti-

lo, al muy alto y muy poderoso prín-

cipe el duque de... Nuestros aliados

nos abandonan, continuó el duque; ha

hecho separadamente la paz con el

enemigo.

—Eso sucede en todas las aliadas, dijo

Galbraith: los Holandeses nos

hubieran hecho otro tanto, si noso-

tros no les ganáramos por mano en

Utreque.

—Seis distintos, señor mío, esclató

duque con un tono que pro-

había que no le agradaban las clausas;

mas el asunto que nos ocupa es de

un jenero muy serio. Creo que nadie

será de dictar lo que nos interemos

por este país, sin ser sostenidos por

la infantería.

Todos respondieron al punto que

sería rematada locura el intentarlo.

—No fuera más prudente, repuso

duque, el permanecer aquí espres-

nos ¿a un ataque nocturno: sería pre-

cido pues que nos retiráramos hacia el

castillo de Dublicey y el de Gartar-

y estar allí alerta toda la noche.

Pero antes de retirarnos quiero in-

rogar a Rob-Roy en vuestra presen-

cia, para convenceros de cuán im-

títo sería volverse una libertad de la

que solo se sospecha para ser el terror

y el azote del país.

Mandó que se convocase a su se-

puesto, y luego llegó Rob-Roy entre

do dos sergentes, escoltado por

seis soldados con la hayoneta calada.

Sus brazos estaban atados hasta el

codo, y sujetos a su cuerpo con una

cintura de caballo.

Nunca le había visto vestirse a la

manera de su país. Una espada mata

de pelo rojo que cubría su cabeza, y

que ostentaba una peluca cuando

salía de sus montañas, justificaba el

sobrenombre de Redhead que le había

dado los habitantes del Low-

lend, y que seguramente no han ol-

vidado todavía. Reconocíase más aun

la justicia de este epíteto, echando

una ojeda a la parte de sus miem-

bros que dejaba desnuda el 44 de los

Highlanders: sus piernas, sus muslos,

y sobre todo su corpulencia estaban en-

teramente cubiertas de un pelo rojo,

corto y espeso, semejante al de los

huevos de aquel país. El efecto que

produce esta mazurca de vestido, y el

conocimiento que había adquirido de

su verdadero carácter, contribu-

yeron igualmente a hacerle parecer

más esbelto y más furioso de lo que me

semejaba antes, y apenas le hubiera

conocido, si no supiera de antemano

que era él.

Aunque encadenado, tenía la ca-

beza erguida, el aire alto, y un

continente lento de dignidad. Salió

duque, hizo una inclinación de

cabeza á Galbraith y á algunos otros,
y manifestó cierta sorpresa de verme

entre ellos.

—Ya habéis mucho tiempo que no

nos visitó, señor Campbell, dijo el

duque.

—Es verdad, milord; quisiera,

añadió echando una mirada á sus

brazos atados á la vaina de la clay-

more; quisiera que esta entrevista

hubiese sido en un momento en que

pudiera aliviar á su señoría los com-

plimentos que le damos: no hay que

olvidar del todo lo venido.

—Pensad en lo presente, señor

Campbell, porque las horas que os

quedan para arreglar vuestras cosas

esta mudo pasan con rapidez. No os

había así para inquirir os medio de vuestra desgracia; pero

a mi misma hableis de conocer que llegais

tos al fin de vuestra carrera. No nie-

go que en ciertas ocasiones hayais

causado menos daño que otros jefes

montañeses; ni que hayais dado al-

gunas veces pruebas de talento y has-

ta de bravura y valor; pero que hase habéis

diez de conocer mejoras esperanzas.

Pero habéis sido por tanto tiempo el terror y el

azote de un vecindario apacible; ha-

béis usurpado, mantenido y estendi-

do vuestra autoridad con tantos ac-

tos de violencia arbitraria, que ha-

béis de echar en contrario la perspectiva sobre

vuestra cabeza. En una palabra sabeis

que merecéis la muer ter, y es forzoso

que os disponáis á recibirla.

—Milord, pudiera rebatirnos una

parte de las recomendaciones que me

haceis, aunque no diré nunca que os

hayais sido, personal y voluntaria-

mente la causa primera de mi desgracia. Si creyera que lo habiais

sido, milord, no os oíra yo pronun-

ciar una sentencia contra mí: tres

tres veces os he visto á tiro de mi carabi-

na, cuando no peusabais mas que en

cazar gamos; y nadie ignora que rara

vez vejo la puntería. En cuanto á lo-

sos que os han engañado, que han es-

citado vuestro resentimiento contra

un hombre en otro tiempo tan apa-

cible como el primero de vuestras

montañes, y que han hecho de vues-

tro nombre la señal de mi trama y de

mi desventura, ya le he pagado parte

de mis dudas; y como os decía, mi-

lord, espero que el porvenir me re-

sabe todavía medios de continuar

cumpliendo con ellos.

—Ya sé, esclamó el duque, quien

principiaba á encenderse, que sois

un malvado desvascular y atrevido,

y que cumplirás los juzgados que

hagais de causar daño; pero con-

tad con que andaré alerta para impe-

dirlo: vos no tensis mas enemigos

que vuestros delitos.

—No hablaríais tanto, dijo Rob-

vaya el nombre de Grabe am en vez

do de Campbell (1).

—No sería mato que aduertiese

á vuestra esposa y familia, que andan

con cuidado en el modo como truten

á los prisioneros que se hallan en

este momento en su poder: porque les

sucederían centapicolos á ellos, á sus

personas y á sus amigos, el daño que

les hicieren.

—Solamente mis enemigos, mi-

lord, son capaces de decir que he es-

tado nunca sediento de sangre. Si me

hallase yo á la cabeza de los míos,

hubiera ejecutar mis órdenes á qui-

tos montañeses armados, con mas fa-

bilidad que os hacesis vos obedecer

esos ocho á diez criados; mas si su

señoría está determinado á cortar la

capa de la familia, no cabe ya órden

en las ramas. Como sea, hay allí un

hombre muy de bien, y uso de mis pa-

rientes, y no quiero que le suceda

ninguna desgracia. ¿Hay aquí alguno

que guste de hacer un servició á Mac-

Gregor? Lo pagaré bien, aunque tiene

las manos atadas.

—Hablad, Mac Gregor, esclamó

el Highlander que había traído la car-

(1) El duque, á quien el autor no nombraba,
era el de Montrose.
mas bien que la invitación de seguir la del duque; y noté que aunque no me trataban como prisionero, me tenían por sospechoso y andaban siempre a mi alrededor. Verdad es que había entonces muchos peligros que temer: las quebrillas de partida entre los ja-
obinianos y hawaiianos dividían todos los ánimos; y reinaba cierto odio entre los Highlanders y los Lowlanders, sin contar aquellos causados inespecia-
bles de guerra, en la tierra, divida vuestra casa. Y en un caballo, y me mandaron cami-
nar a su lado: forzabanos el centro de un pelotón engarzado especial-
mente de vijar al prisionero, y todos los soldados llevaban en la mano una pístola. Andrés, a quien habían dado un ponce y jacia de los High-
landers, obtuvo licencia para mezclarse con los criados, que seguían al des-
tacamento en crecido número sin haberse con el tropa.

Caminamos así durante más de una hora. Por fin llegamos al valo.

CAPITULO XXXIII.

Los ecos de las rocas y de los bar-

rancos de los dos lados del valle res-

pieron a las trompetas de la ca-

bellería, la cual dividiéndose en dos
cuerpos distintos, se puso en marcha a mediano trote. El que mandaba el mayor Galbraith no tardó en echar mano a la espada y al caballo, para tomar, según me dijeron, sus cuarteles de noche en un antiguo castillo situado allí cerca. Este cuerpo presentaba, al avanzar el camino, un cuadro animado; mas presto le perdimos de vista en las revueltas de la opuesta ribera, que estaba cubierta de bosques.

El destacamento mandado por el}

duque en persona continuó su mar-
cha en muy buena órden. A fin de

ROB-ROY.

Quitar al prisionero todo medio de

evasión, le hizo poner en grupo tras de un soldado llamado Ewan de Brigilland, el hombre más alto y más vigoroso de toda su tropa: una

cincia que lo rodeaba á los dos, y

sujetada por una hebilla sobre el pe-

cho del soldado, quitaba á Rob-ROY la posibilidad de engañar la vigilancia de su guardián. Menos bien le da ó

un caballo, y me mandaron cami-
nar á su lado: forzabanos el centro de un pelotón engarzado especial-
mente de vijar al prisionero, y todos los soldados llevaban en la mano una pístola. Andrés, a quien habían dado un ponce y jacia de los High-
landers, obtuvo licencia para mezclarse con los criados, que seguían al des-
tacamento en crecido número sin haberse con el tropa.

Caminamos así durante más de una hora. Por fin llegamos al valo.

CAPITULO XXXIII.

Los ecos de las rocas y de los bar-

rancos de los dos lados del valle res-

pieron a las trompetas de la ca-

bellería, la cual dividiéndose en dos
cuerpos distintos, se puso en marcha a mediano trote. El que mandaba el mayor Galbraith no tardó en echar mano a la espada y al caballo, para tomar, según me dijeron, sus cuarteles de noche en un antiguo castillo situado allí cerca. Este cuerpo presentaba, al avanzar el camino, un cuadro animado; mas presto le perdimos de vista en las revueltas de la opuesta ribera, que estaba cubierta de bosques.

El destacamento mandado por el
blocar el orden entre los soldados, un medida que atravesaban el río, los unos más arriba, los otros más abajo, según la más o menos fuerza de sus caballos para resistir a la corriente. Solamente hizo una oídas un ruido semejante al de una madera cuando el eje de golpe en el agua; y al punto deduje que la elección de Rob Roy había determinado a Ewan a hacer un esfuerzo para librarse de la muerte, y que él había buscado su salvación en las aguas del Forth. El duque le ordenó una, y corriendo a la orilla del río:

—¡Perro! gritó a Ewan, que acababa de tomar tierra, ¿dónde está el prisionero? Y sin esperar la respuesta que iba a darle este, le tiró un pistoletazo: mas estaban rodeados de un guiso considerable de caballeros, y nunca puede saber si se acertó. Señores, gritó el duque a su tropa; dispersados: cien guineas de recompensa al que me traiga a Rob Roy.

Al instante todo fue confusión en ambas orillas, Rob Roy, libre de sus lazos, sin duda porque Ewan había descubierto un momento que le retuvo, se había precipitado en el Forth, y nadaba en el debajo del agua; como se vió obligado a aparecer un instante para respirar en la sobrecogida, su plaid llamó la atención de los soldados. Muchos de ellos se metieron al punto con sus caballos en el río, el cual, muy altos, es muy tan rápido como profundo; los caballos perdieron pie, algunos se ahogaron, y a muchos caballos les faltó poco para que no sufriese la misma suerte. Otros, menos celosos, y mas prudentes, se contentaron con permanecer en la orilla y oír el instante en que el fugitivo se saliese del agua para cojerle. Los gritos de los que estaban en riesgo de ahogarse y que imploraban socorro, la vista de un gran número de caballeros que corrian acá y acá, los esfuerzos de los oficiales para restablecer algún tanto el orden, la oscuridad que se aumentaba por no mentos; todo contribuiría a formar el espectáculo de confusión mas extraordinario que he visto en mi vida. Yo era el único que me ocupaba en observar; y porque toda la caballería estaba dispersa, lo hicieron buscando al fugitivo, los otros en viendo si lograba salvarse, y aun algunos favoreciendo su huida; porque, seguido supe después, muchos de los que mostraban mas arco en apoderarse de su persona, no deseaban en manera alguna detenerle, y lo que tenían como objeto para aumentar la confusión general, dar una falsa dirección a las persecuciones de sus camaradas, y acrecer los recursos de salvación que quedaban a Rob Roy.

No fué muy difícil un madador tan hábil como lo era MacGregor el escaparse de sus enemigos, así pudo librarse de su primer acoso. Sin embargo corría grandes peligros; porque así como la nutria estrechada por los perros, y que por librarse de ellos se zambulle, como lo había visto mas de una vez en Osbaldiston-Hall, así este caballero mostró de tiempo en tiempo su hocico fuera del agua para renovar su provisión de aire; así Rob Roy, que, precisado por la necesidad de respirar, había ya aparecido una vez en la sobrecogida del agua, no podía tardar mucho rato en dejarse ver otra vez, y fijar los ojos en el río, esperando todos este momento con impaciencia. Mas él recurrió a una estratagema que la nutria no puede emplear, y que le salió muy bien. Habiendo logrado desembarazarse de su plaid, abandonóle a la corriente del agua, y así fue perpuesto en este momento; no en el punto la atención general, y fué acribillado a balazos, echándose al nado para apoderarse de él, y mientras tanto MacGregor estaba ya muy lejos.

Así que perdieron de vista; reconocieron la imposibilidad de cojer al fugitivo. El río no era inaccessible eu
ciertos lugares, por la altura de sus orillas que estaban en otras cubiertas de espesos matorrales, los cuales no permitían acercarse a los caballos, y presentaban al que buscaban toda la facilidad posible para subsistir a su persecución; una oscurísima noche vino a aumentar aun más los obstáculos. Por último las trompetas, tocando a retirar, anunciaron que el oficial comandante, aunque muy a pesar suyo, renunciaba a la esperanza de detener al prisionero que acababa de escaparse tan inesperadamente. Los soldados principiaron a renunciarse lentamente, demostrándose unos a otros, y lamentándose de la rica presa que habían perdido. a más vi que lo que estaban a la otra parte del río formaron sus filas, y los que no le habían atravesado aun tomaron el camino del río para verificarlo. Hasta entonces no había hecho mas que el papel de espectador, aunque estaba muy lejos de serme indiferente lo que pasaba: pero de pronto oí a algunos pasos de una voz que se escuchaban:

—¿Dónde está el estranjero inglés? El quién ha dado a Rob Roy un cuchillo para cortar la correa.

—No hay sino pasarle el cráneo de parte a parte, gritó una voz.

—No hay sino espetarle un par de balas en los sesos, repuso otro.

—O matarle tres pulgadas de ace de la corriente. Si no tomaba con todo este partido, no me quedaba mas recurso que terminar las fatigas de este día y de la noche que le había precedido entrando otra vez en el país de los montañeses.

Después de reflexionar un momento, pensé que Andrus Listo-á-todo, siguiendo su prudente costumbre de atender á su seguridad ante todas cosas, habría atravesado el valle con los demás criados, y sin duda uno de los primeros; que no dejaría de participar al duque y á cualquiera que le prestase oídos, ni nombre, ni si-

hieso encontrado bastante cerca del duque para recurrir á su protección, no hubiera tomado el partido de ocultarme; pero caminaba ya a la cabeza de su vanguardia por la otra parte del río, y no veía en la orilla en que me hallaba ningún oficial de que cesase reclamar la mediación. En semejantes circunstancias, creí que no habría al han evitar el espon inútilmente mi vida.

Cuando se apagó el baluarte, y cuando el ruido de los caballos desapareció al prisionero que acababa de escaparse tan inesperadamente. Los soldados principiaron a renunciarse lentamente, demostrándose unos a otros, y lamentándose de la rica presa que habían perdido: a más vi que los que estaban a la otra parte del río formaron sus filas, y los que no le habían atravesado aún tomaron el camino del río para verificarlo. Hasta entonces no había hecho más que el papel de espectador, aunque estaba muy lejos de serme indiferente lo que pasaba: pero de pronto oí a algunos pasos de una voz que se escuchaban:

—¿Dónde está el estranjero inglés? El que ha dado a Rob Roy un cuchillo para cortar la correa.

—No hay sino pasarle el cráneo de parte a parte, gritó una voz.

—No hay sino espetarle un par de balas en los sesos, repuso otro.

—O matarle tres pulgadas de ace de la corriente. Si no tomaba con todo este partido, no me quedaba más recurso que terminar las fatigas de este día y de la noche que le había precedido entrando otra vez en el país de los montañeses.

Después de reflexionar un momento, pensé que Andrus Listo-á-todo, siguiendo su prudente costumbre de atender a su seguridad ante todas cosas, habría atravesado el valle con los demás criados, y sin duda uno de los primeros; que no dejaría de participar al duque y a cualquiera que le prestase oídos, ni nombre, ni si
tuación en el mundo, y todo lo que sabía de mi historia; que á consecuencia de ello mi reputación no exija que me presentase al punto, á riesgo de ahogarme el cruzar el Forth, ó que me matase algún rezago creído yendo compensar con tal servicio el no haberse reunido más prontos á sus filas; ó bien si escapaba de estos dos peligros, tener que andar errando toda la noche, pues ya entonces no se oía el sonido de las trompetas.

Resolvi pues volverme á la misera pradera donde había pasado la noche precedente: nada tenía que temer de Rob-Roy, quien sin duda gozaba de libertad, y si caía en manos de algunos de los suyos, me aseguraba ciertamente de su protección con participarles esta nueva. Por otra parte no podía pensar en abandonar la señora Lavinia en la delicada situación en que se hallaba, y cuando se encontraba comprometido en ella en gran parte por causa mía. En fin si no veía otra vez á Rob-Roy, no sabría noticias de Raskleigh, ni podría recobrar los papeles de mi padre, único motivo que me había determinado á unirse al ejército, y arriesgarme: abandoné pues toda idea de atravesar el Forth, y volví á tomar el camino de la aldea de Aberdeen.

Un viento muy recio, que se oía y sentía de cuando en cuando, desvió la espesa niebla que de otro modo durmiera quizás inmóvil sobre el valle hasta la mañana; y aunque no dispusiera completamente aquellas nubes de vapor, dividíásemos sin embargo en confusas mole, que ya se movían en bandadas rodeando la cima de los montes, y le llegaban como olas de humo las diversas hondonadas adonde se habían precipitado no pocos trozos de peñas desprendidos de las alturas, dejando en el valle profundamente lastimado con su paso, las huellas de un destrozado semejante al que producen las embravecidas aguas de un torrente. La luna, que estaba en su lleno, y que brillaba con todo el resplandor que le presta una atmósfera glacial, plateaba las revuelvas del río, y los vuelos y los picos de las rocas que ocultaba la niebla; mientras que los rayos parecían como absorbidos en el blanco tejido de los vapores, en los lugares en que estaban todavía espesos y condensados estos; aquí y allá algunas partes más líferas se dejaban penetrar mas por aquellas suaves claridades que les daban la apariencia de un velo de gasa transparente.

A pesar de la incertidumbre de mi situación, un espectáculo tan romántico, junto con la activa influencia del frío de la noche, levantó mi abatido espíritu y dió vigor á mis miembros; sentíme dispuesto á esforzar mis cuidados, á desperdiciar los peligros que pudieran esperarme todavía, y me puse á andar sin pensar en ello, como para acompañar la cadencia de los pasos, que me hizo acelerar la impresión del frío. Gozaba más del sentimiento de la vida, á medida que la mía confiaba en mí valor y mis propias fuerzas; y estaba de tal modo abrumado en mis pensamientos, que llegaron tras de mí dos personas montadas antes que perciébase la menor cosa.

—¡Hola! amigo, me dijeron uno de ellos escruciando la andadura de su caballo, ¿adónde vais tan tarde?

—A buscar cena y camía á Aberdeen.

—¿Los pasos están libres? me preguntó con tomo de autoridad.

—Lo ignoro; en llegando allá los veremos; pero si son foresteros, os aconsejo que esperéis el día para continuar vuestro camino; estos contrarios no están seguros, pues hemos sido esta mañana hecho de una sangrienta escena.

—¿No han sido vencidos los soldados?

—Sí, todos los que comportaban el destacamento han sido muertos ó hechos prisioneros.

—¿Estás cierto de eso?

—Tan cierto como que os hablo; yo he sido testigo involuntario del combate.

—¿Involuntario! ¿Luego no tomais parte en él?

—No: me tenía preso el capitán de las tropas reales.

—Y por qué motivo? ¿Quién sois? ¿en qué ejército servís? ¿Qué haceis en este país?

—No tengo necesidad, señor mio, de responder á tantas preguntas; á desconocer bastante os he dicho para convenceros de que no podéis atravesar este país sin correr algunos peligros. Si queréis continuar vuestro camino, haced lo que gustéis; pero como yo no os hago preguntas alguna sobre vuestro nombre, ni sobre los motivos de vuestro viaje, calificaré de que no me dirijais ninguna á mí.

—El señor Francisco Osbaldiston, dijo el otro caballero con una voz que me hizo estremecer hasta lo último de mi alma, no dejáis allí sus aires favoritos cuando desea no ser conocido.

Y Diana Vernon, porque era ella, envuelta en una gran capa, quien me acababa de hablar, principió á andar, como insinuándose y riéndose, la segunda parte de lo que había interrumpido su llegada.

—¡Justo cielo! exclamé, no pudiendo contener la expresión de mi sorpresa; es posible que sea miss Vernon, á quien encuentro en señorito, á tal hora y con ese...

—Con este disfraz masculino, iba á decir; mas ¿qué querías? la filosofía del caballo Wyn (1) es la mejor de todas. —Es fnera dejar andar las cosas, pausa verbis.

Mientras que así hablaba, hacia yo

por distinguir las facciones de su compañero, á favor de los rayos de la luna, que desgraciadamente estaba entonces cubierta con una nube; porque fácil es suponer que el viajero Diana por un país desierto y peligroso, á mitad de la noche y bajo la protección de un solo hombre eran circunstancias propias para dispersar á mis zozos como mi estréfica. No era posible que equivocase con Raskleigh al que la acompañaba; pues tenía más estatura, voz más fuerte y tono más imperioso que aquel primer objeto de mi odio y de mis sospechas; ni se parecía mas á ninguno de mis primos; clásbesa de ver cué cierto cosa indefinible que le daba á conocer á primera vista por hombre que había recibido una buena educación.

Noté el que yo examinaba su persona, y casi se mostró ofendido.

—Diana, dijo con un tono de autoridad templado por la dureza, dad á vuestro príncipe lo que le pertenece, y continuemos nuestro camino.

Misa Vernon, sacando una cartera de su maleta, á inclinándose sobre su caballo para presentármela, me dijo con un tono en que se veía que un sentimiento más grave y mas profundo luchaba con su asombrada jovialidad.

—Ya veis, querido primo, que no naci para ser vuestro ángel tutelar. Raskleigh se ha visto obligado á dejar su presa, y si hubiéramos llegado la noche última á Aberdeen, como nos proponíamos, encarecería al añi-

(1) Personaje de Enrique IV de Shakespeare.

I.
que no hubo llegado al término de nuestro viaje.

—Voy, respondió ella, voy: pensad vos que me despido por última vez de mi primo... Sí, Frank, por última vez... Una sima se ha abierto entre nosotros... una sima de perdición absoluta... No podéis seguirnos a donde vamos... no podéis tomar parte en lo que hacemos... ¡Adiós!... ¡ojalá seas feliz!

Inclinándose sobre su caballo, que era una jaca de los Highlands, su mejilla tocó la mía, y esto no fue quizás casualidad; apretóme la mano, y una lágrima de sus ojos cayó sobre mis mejillas. Este era uno de aquellos momentos que es imposible olvidar jamás; en que el corazón, dividido entre el placer más dulce y la lástima cruel amarga, no sabe si debe entregarse al gozo o al dolor. Sin embargo, fué muy corto; porque dominando al presente sentimiento a que se había abandonado, dijo a su compañero que estaba dispuesta a seguirle, y deando de espuelas a sus caballos, desaparecieron en breve de mi vista.

Me hallaba sumergido en una especie de pasmo que no me permitió contestar el despido de Diana; las expresiones que me dictaba mi corazón no podían llegar hasta mis labios. Suspensos, desesperados, permanecía inmóvil, teniendo en la mano la cartera que me había entregado, y mirándolo como se ausentaban, con el rostro en blanco, hacía saltar los pies de sus caballos. Todavía quería verlos cuando eran invisibles para mí, y todavía quería oír el ruido de su marcha cuando no podía llegar ya a mis oídos. Por fin sentí que se humedecían mis ojos, como si se hallasen agotados de los esfuerzos que hacía para superar unos objetos que me era imposible ya descubrir; mi pecho estaba opri-


CAPÍTULO XXXIV.

Ahora me abandona a este arrebato de sensibilidad, cuando me avergüenza de mi flaqueza; recordé que de algún tiempo a esta parte no había considerado en Diana Vernon, cuando se presentaba su imagen a mi memoria, mas que una amiga en quien hubiera caído en la más feliz osadía: ya que nunca había de tener íntimas relaciones. Mas la ternura que acababa de manifiestarme casi sin disfraz, muestro en concierto súbito y casi romántico en un deserto en que no esperaba verla, eran circunstancias que me habían sobrecogido. No obstante volví en mí más presto de lo que se creyera, y sin darme tiempo para esparcir el estado de mi corazón, continué caminando por la senda en que se había presentado a mis ojos tan estruendo aparición.

Era ella hablaba prohibido que la siguiera. —Mas no es seguir—, dijo para mí, el continuar viajando por el único camino que veo abierto. Aunque tengo ya los pasos de mi padre, debo asegurarme de que el señor Jarvie se halla libre de la peligrosa situación en que le he dejado, y en la que está a consecuencia de su amistad para conmigo. Por otra parte, —dije—, hallaré un asilo para esta noche, sino es en la choza de Aberfoil? Ellos sin duda se detendrán también allí, porque es imposible que sus caballos los conduzcan más lejos por esta noche. Aún la veré pues... aunque por la última vez quizás! Pero la veré, oíré su voz sabré quien es ese dichoso morto que ejerce sobre ella la autoridad de un esposo; sabré si hay en sus proyectos alguna dificultad que yo pueda vencer, si me es dado hacer algo para probarle el reco-

nocimiento que me inspiran su jenereosidad y su amistad desinteresada.

Razonando así continué, buscaba los más amables pretextos para disimular el deseo que experimentaba de ver por última vez a mi prima, cuando me tocó en el humor, su viajero, que, aunque yo caminaba a buen paso, andaba más aprisa todavía.

—Lágrima de noche, señor Osbal- di... —dijo Dulcinea en voz baja, cuando nos separamos.

Al punto reconocí la voz de MacGregor que se había escapado de las persecuciones de sus enemigos y volvía a las montañas. Hallaba medio de procurarse armas, sin duda en casa de alguno de sus secretos partidarios, porque llevaba una escopeta al hombro, y en la cintura las otras piezas de la armadura nacional de los Highlands, según tenía de costumbre. En cualquiera otra ocasión, semejante encuentro no me hubiera parecido muy agradable; pues aunque tuviera confianza en el valor de la escopeta, nunca le había oído hablar sin experimentar un terror involuntario. Las entonaciones de los montañeses dan a su voz cierto sonido duro y ronco, a causa de la expresión gutural tan común a su lengua; y a más de esto, hablan de ordinario con una especie de enfasis. A esta particularidad nacional reunió Rob-Roy un tono de indiferencia en su acento, que le per-


—Ah! ¡Ah! me dijo, hay tanta distancia desde la hora al cuello como desde la copa a los labios: pero no corre tan peligro como con la misma cantidad de forastero os lucia creer. Entre toda la gente que habían reunido para cojerme, custodiarme y volverme a cobrar, la mitad de ellos no tenían, como dice mi primo Nicol Jarvie, ganas de pilararme, ni de custodiarme, ni de volverme a pillar, pues una cuarta parte de ellos no se hubiera atrevido a tocarme, ni aun a acercarse a mí. Así pues solo tenía que labrarme con una cuarta parte de toda la tropa.

—¿Y no os parece bastante eso? —No lo sé—, me respondió a mí. Si querías venir al valle de la clá- chan de Aberfoil, yo me encargo de hablaros a todos, uno tras de otro, con tino en mano.

Preguntémonos si me había sucedido algo de particular desde mi entrada en las montañas, y dijé mucho gusto la relato que de hecho del combate que habían sostenido en la posada, y del modo en que se defendieron el señor Jarvie con una reja de arado encendida...

—¡Viva Glasgow! exclamó; ¡cuán la maldeción de Gromwell sobre mí, si deseara más placer en el mundo que ver al primo Jarvie suc- diendo con el estremo de un hierro
concedido el plaid de Iverach, y echándolo al fuego! Ciertamente, niaudó con tono más grave, que la sangre que corre por las venas del príncipe es sangre noble: es una desgracia que le crearan en unas tareas vilres que solo pueden degradar el alma y el espíritu. Ahora habéis de saber la razón que me impidió recibirlos en la clachan de Aberfoill, según me propusiera. Habladme tenido una bien dispuesta red en dos ó tres días que no deje de darle en Glascow por negocios del rey; y sin duda habrán burlados, y no pasará poco tiempo antes que puedan armar las tribus de los montañeses unas contra otras: espero ver en breve el día en que todos los montañeses seguirán las mismas banderas. Pero qué os sucedió después?

Habláis de la llegada del capitán Thornton y de su destacamento, y de la manera con que nos había retenido socorrido de que le parecimos sospechosas. Algunas preguntas que me hizo el capitán me recordaron que tenemos en el habla dos o tres veces; la fatiga de esta jornada ha sido demasiado para vos que no estais acostumbrado a tales cosas.

El interés con que pronunció estas palabras me hizo sentir, también, un temor que una mañana, dado el humilde estado de mi estado, conocía a vos pariente, que sí de lo que es capaz; es hombre que no perdona a nadie, pero por darme de él se ha metido en esta danza: no sabría decir cuándo turbad por negóse me propuse el tal Morris, cuando mandó que le guardase en rehenes, hasta que yo volviera y os di la vuelta, contra la voluntad suya y la de los que le emplearon, y os aseguro que el recaudador del fisco no saldrá de mi poder sin pagar un buen rescate.

—Ya ha pagado el mas fuerte y el postrero que se puede exijir de un hombre.

—¡Cómo! ¡Qué ha muerto! le mataron en la escaramuza.

—No, señor Campbell! sino después del combate, y a sangre fría.

—A sangre fría! ¡qué castigo!—esclamó rechinando los dientes y cómo fué eso? Hablad, hombre, hablad, y no me llames ni señor, ni Campbell: piso ya mis matorrales nativos, y mi nombre es Mac-Gregor.

Sus pasiones habían subido evidentemente a un alto grado de irritación. Sin hacer alto en la aspereza de su tono, lo relató claramente, y en pocos palabras la muerte de Morris. Dando entonces un terrible golpe contra el suelo:—¡Juro a Dios, esclamó, que semejante acción merecía que abandonase esposa, hijos, tribu y patria! Y no obstante el miserable merecía tal suerte; porque entre arrojarle su espada a un árbol con una piedra al cuello, o colgarle del guante con una cuerda?

Lo mismo es una cosa que otra, y sin embargo hubiera preferido yo que le echasen un balazo en los sesos, ó que le despacharan con un buen sazón: la manera como ha perdido dará lugar á no pocas habillas; sobre todo cada uno tiene su día lijado, y cuando llega, no hay remedio, hay que partir. Nadie negará que Elena Mac-Gregor tiene que vengar muchos altrejas.

Así hablando, parecía que quería desviar de su espíritu unas reflexiones que le eran desagradables, y me preguntó cómo me había separado de la tropa del duque, que me retenía prisionero.

Esta relación no fué larga, y acabé diciéndole que me habían entregado los papeles de mi padre; pero no se enteró con fuerza para pronunciar segunda vez el nombre de Diana Vernon.

—Ya sabía yo que los tendríais: la carta que traías para mí contenía órdenes de S. E. sobre la materia, y á buen seguro que mi intención era contribuir á hacerlos volver, pues para esto os invitó á venir á nuestras montañas: mas probablemente S. E. los ha obtenido de Ransleigh en este intervalo.

La primera parte de esta respuesta fue la que más me admiró.

—La carta que os traía estaba es-
crita por esa persona, a quien llamar S. E.?... ¿Cuál es su nombre?... ¿Cuál su jerarquía?...

Si no sabe ya todos estos pormenores, no necesitaré mucho el saberlos, y así no os diré cosa alguna. Mas es mucha verdad que la carta estaba escrita de su propio puño; porque sin este requisito, teniendo ya tantos negocios míos, como veis, no puedo decir si me habría ocupado tanto en los vuestros.

En este momento recordó las cosas que había visto en la librería en el momento que encontré en ella, el movimiento que noté en los tapices que cubrían el pasillo, que conducía al aposento de Rashleigh, y en fin todas las circunstancias que despertaron mis celos. Traje sobre todo a la memoria que Diana se había retirado para escribir, como imaginaba que entonces, el bulto que debía recurrir en la última necesidad: no consagraba pues el tiempo a la soledad, sino a escuchar las protestas de amor de algún joven revolucionario. Viéranse algunas doncellas que se habían vendido a peso de oro, y sacrificadas la vanidad sus primeras inclinaciones; ¿pero había podido consentir Diana en partir la suerte de algún miserable aventurero, en andar errando con él en las tiendeblas por medio de las guaridas de los saltadores, sin más esperanzas que las que ofrecía la esperanza de los nietos de los Estuardos en San-Jeran?

—La veré, diré para mí, la veré otra vez, si es posible: le hablaré de los riesgos que corre, como amigo; como dono: le facilitaré un refajo en Francia, donde podrá, con más discreción y seguridad, esperar el resultado de las intrigas políticas a que ha enlazado su destino.

Deducía de todo esto, dijé a Mac-Gregor después de un silencio que guardábamos ambos por espacio de cinco minutos, que S. E., pues no le conozco mas que por esta denomina-

...e el caballero Morris perdió el poco jucio que tenía al ver que se le presentaba adosadamente el verdadero ladron, en el mismo instante en que acusaba a otro; luego aquel cuclílido de escribano; luego aquel borracho de jueza; no, nada me ha dado tan rica re- miniscencia en mi vida! Y ahora todo lo que pudo hacer por el pobre diablo, es mandar que oigan algunas misas por el descanso de su alma.
otros, la manera como había escapado de su enemigos; lo cual supe de un anciano muy cortés que se tomaba el trabajo de explicar a los que le preguntaban todo lo concerniente a Rob-Roy, y cuya política me obligaba a escucharle con cierta atencion. Satisfecho por fin el auditorio, dispusieronse los grupos para pasar la noche, los unos con la hermosa estrella, los otros en las chozas inmediatas, algunos maldiciendo al duque y a Galahad; otros lamentándose de la desgracia de Ewan, a quien le habían pagado mal al parecer el servicio que luciera a Mac-Gregor, y convinieron todos en que la manera con que Rob-Roy se había librado de los muchos enemigos de todos los jefes de su tribu, principalmente por Dougall-Ciar, que fué su fundador.

Así dondome entonces del bravo, el outlaw mi amigo me hizo entrar en la gran sala de la choza. Mis ojos traspasaron la nube de humo que la llenaba para ver a Rob bailar al lado de su compañero de viaje; mas no los percibi, y me pareció que no debia hacer ninguna pregunta sobre esto, por no manifestar los secretos motivos que me era conveniente ocultar. La única figura conocida que encontré allí, fué el del baile, quien, sentado en un taburete junto a la lumbre, recibía aire de reserva y dignidad los agasajos de Rob-Roy, las escusas que le daba de no poderle recibir mejor, y las preguntas que le dirigía sobre el estado de su salud.

Ya bien, primero, dijo el majistrado, ya bien, que no me olvides de vuestra atencion. En cuanto a la manera como se está aquí, no hay que hablar de eso, pues no es posible que se traiga una a cuentas a vuestras montañas la casa de Salt-Market, como un caracol lleva su concha. Sobre todo me alegro de que escaparetas de vuestras enemigos.

—¡Bueno! ¡bueno! ¿os atrae alguna cosa? Todo lo que tiene buen fin se puede tolerar. El mundo durará tanto como nosotros. Vanos, tomad un vaso de aguardiente, y esta vez no rehusarse nunca vuestra padre.

—Puede ser, Rob, principalmente cuando estaba casado, y sabía Dios que he sufrido hoy más de una clase de fatigas! Pero, añadió llenando un taza de madera que conteníamos tres vasos, mi padre era tan viejo sobre mi haber, que yo quiero imitarlo. A vuestra salud, Rob, á la de mi prima Elena y á la de vuestros dos hijos, de los cuales os hablaré despejando á la felicidad de todos en este mundo y en el otro.

En acabando estas palabras, apuró su copa con aire grave y resuelto, mientras que Mac-Gregor me dirigía disimuladamente una ojeda, sonriendo, como haciéndome notar la autoridad majestad del baile, quien parecia que quería ejercerlo sobre Mac-Gregor á la cabeza de su tribu armada, como lo habíamos visto en la isla de Skye, y á la desgasta en la cárcel de Glasgow. En mi concepto Rob-Roy quería darme á entender con esto, que si sufría el tonto que tomaba el señor Jarvie, era por consideración á los derechos de la hospitalidad, y sobre todo para distraerse un poco.

—¡Pues! —dijo Mac-Gregor con tanta seriedad, no me digas á tu manera, á la mesa, me conocí el buen negociante; me manifestó el placer que tenía en verme, me apretó la mano con amistad, pero no me hizo ninguna pregunta acerca de mi viaje.

—¡Muy bien! ¡muy bien! dijo el señor Jarvie algo innecesario; dábamos á sus palabras dos lecturas, unas para mí, no me gusta sembrar la zanahoria en las familias; con que pasamos á vuestros hijos, Rob y Hamish, lo que significa Jaime, según he podido comprender. Os diré de paso que no serán malos que no le des

(1) Personaje de Shakspeare en la Falda de los Reyes.

1

—No os dé esto ninguno cuidado, primo Nicol: la mitad de los que están aquí no entenderán una palabra de lo que diréis, y los otros no se darán cuenta. A más de que saben todos que cortaría la lengua á cualquiera que osase repetir una sola palabra pronunciada en mi presencia.

—Y bien, primo, esto supuesto, y siendo el señor Ossabalston que está presente un joven cuervo y un animal de buen aspecto, creo que no hay tal cosa como dar una mano en esta materia, y de que más talísima educación á vuestra familia. —Dando entonces más claridad á su voz con un hem previo, continuó dirigiéndose á su pariente, y como se pronunciaba Malvolio (1) en el día de su grandeza, hizo sucesor á su sombra familiar, y con su voz más severo es importante. —Ya sabeis que vais poco á los ojos de la ley; y en cuanto á mi prima Elena, prescin- diendo de la acogida que he recibido en este bienaventurado día, y que cuadraba tan bien á la amistad como un viento del norte de bailar á Dios y á Damiel, de lo cual la disculpa la perturbación de espíritu que experimenté en aquel momento, tengo que decir, dejando á un lado este motivo personal de queja, tengo que decir que de vuestros esposos, que...

—Primo, dijo Mac-Gregor con tanta seriedad, no me digas á tu manera, á la mesa, me conocí el buen negociante; me manifestó el placer que tenía en verme, me apretó la mano con amistad, pero no me hizo ninguna pregunta acerca de mi viaje.

—¡Muy bien! ¡muy bien! dijo el señor Jarvie algo innecesario; dábamos á sus palabras dos lecturas, unas para mí, no me gusta sembrar la zanahoria en las familias; con que pasamos á vuestros hijos, Rob y Hamish, lo que significa Jaime, según he podido comprender. Os diré de paso que no serán malos que no le des

—¡Ah! ¡ah! Hamish está en disposición de matar una perdiz volando con un tiro de escopeta cargada de una sola bala, y Rob pasa con su pata una tablas de dos pulgadas de grueso.

—Peor que peor, primo, tanto peor; dijo el banquero de Glasgow con tono resuelto; si no saben más que eso, no valen ni para los verdugos, y nunca harán nada que valga mal dito.

(1) Personaje de Shakspeare en la Falda de los Reyes.

1
do esos conocimientos? ¿no creas más feliz cuando cazabas delante de vuestro ganado, haciendo honrosos negocios, que no ahora que os hablan al frente de quinitos desesperados montañeses?

Notó que MacGregor sentía cierta mortificación, mientras que su paciente le dirija esta advertencia, animado sin duda por intenciones fábulas, como un hombre que sufre un vivo dolor, pero que está determinado no soltarle alguna queja alguna. Descaba yo hallar ocasión de interrumpir un discurso que, aunque razonable en sí, me parecía poco oportuno para las circunstancias, pero la conversación se acabo sin que fuese necesaria mi intervención.

He pensado pues, Rob, continuó el señor Jervie, que vuestro nombre está tal vez escrito con letras demasiado negras en el libro de la justicia, para que soles poseer horrore, y que por otra parte tenéis ya mucha edad para mudar de vida; pero que se ría una lástima que dos mozos que dan buenas esperanzas como los vuestros, continuasen practicando el mismo oficio que su padre, y yo me encargaría gustosamente de tomarlos por aprendices de tejedor, como principi mi digno padre que en paz descansase, como he principiado yo mismo, aunque, ¡Dios gracias, no condenado por pecador mayor!...

El baile vio amontonarse en la frente de Rob una nube que le determinó a añadir al punto, como proposición de una proposición que parecía disgustarse, un ofrecimiento que serviría para corona su jenerosidad, si era acocado su proyecto. —¿Mas a qué ese airí lóbrego, Rob? Yo pagaré todos los gastos del aprendizaje, y... y nunca os haré de las mil libras consabidas.

—¡Cede militia diavoli! ¡cien mil diablos! exclamó Rob-Roy dando un terrible puñetazo en la mesa que nos hizo estremecer; mis hijos tejedores rest; mimilla moniqueheart, mi muerte!

El viejo, me dijo tocando el pistolet, el tesoro de mi caja privada.

La sencillez de esta invención, destinada a defender una bolsa que podía fácilmente abrirse sin tocar el resorte, me recordó aquel pasaje de la Odisea, en que Ulises, en un siglo todavía más grosero, se contenta con proteger su tesoro con los complicados nudos de las cuerdas con que rodea la cajita donde le ha depositado.

El baile se puso los antejos para examinar aquel monusco, y cuando hubo acabado, se dejó sorprendido y sorprendiéndose al mismo tiempo.

—¡Ah! Rob, dijo a su primo, si la bolsa de los demás habitaba estado tan bien guardada, dudo que se hallase esta tan bien provista como lo está, si juzgamos por el peso.

—No os déjà cuidado, primo, respondió Rob. Rob-Roy; esta bolsa se abrirá siempre para socorrer a los amigos, y para pagar las deudas le reliably. Aquí tenéis, añadió sacando un cuernucho de piezas de oro, aquí tenéis las mil libras: contadas, y les falta algo.

El señor Jervie tomó el cuernucho sin hablar, le pesó un instante en su mano, y poniéndole en la mesa: —No le tomaré, Rob, dijo, no puedo tomarlo: harto he visto hoy como adquirir el dinero, y bienes mal adquiridos no prosperan nunca. No he hecho lo que debo, pues está manchado con sangre.

—¡Bueno! dijo Rob-Roy con una indiferencia tal vez afectada: mirad las monedas; es oro de Francia, oro que no ha entrado nunca en otra faltriquera escocesa mas que en la en que soy hijo de oro, tan preciosas, tan brillantes como el día en que fueron acuñados.

—Peor que peor, Rob, peor que peor, repitió el baile apartando los ojos del cuernucho, mientras que, sujeto de las manos en la cintura, los dedos le picaian de ganas de tocarlo. La rebelión es más mala que el robo y que la brujería; tal es la ley del Evangelio.

—Dejas de leyes, respondió el jefe de los montañeses; este oro no llega a vuestra poder de un modo honrado; ¿no lo debo legítimamente? si sale de la faltriquera de un rey, podeis meterlo vos, si os da la gana, en la de otro, y será un regalo para sus enemigos. ¡Pobre rey Jacobo! no le falta ni ánimo ni amigos, sábelo Dios; pero sin duda le falta dinero.

—No le acusaré que contase con los montañeses, Rob, dijo el señor Jervie calándose los anteojos; y deshaciendo el cuernucho, respondió a contar las monedas que contenía.

—Ni tampoco con los habitantes de las tierras bajas; y echándome una mirada, me hizo señas de que repartisse en el baile, quien, a consecuencia de una costumbre antigua, y sin pensar en lo ridículo que parecía en este momento, examinaba escrupulosamente pieza por pieza; contó dos veces la suma, y viendo que era igual a la que se le debía en capital é interés, dió a Rob-Roy tres monedas, una para que comprase, lo dije, un vestido a su prima, y otras dos para sus hijos, y que las empleasen en lo que quisiesen. —Con tal, añadió, que no las gastases en pónganos.

El montañés abrió grandes ojos al oirme esta inesperada generosidad, y, ¿y no os habría de decirme, señor Jervie, que con esta generosidad os habría de poner en vuestro regalo, y volvía a meter las tres piezas en el lugar de seguridad de donde acababan de salir.

El baile tomó entonces la apertura de la deuda, y sacando de su faltriquera un tinterillo de que iba de todo, escribió el sabio a la española, me explicó que firmase como testigo, y dijo a Rob-Roy que llamase otro, pues las leyes de Escocia exigían dos para que fuese válida una carta de pago.

—¡Oigan! dijo MacGregor, acaso ignorais que, a excepción de nosotros
tres, no hallaríais quizás en tres millas á la redonda un hombre que sepa escribir? Mas no es de cuidado, yo arruglaré el negocio bien y pronto. Al mismo tiempo tomó el papel y le arrojó al fuego. El señor Jarvis se quedó medio atónito.

—Así arrojamos las cuentas en nuestras montañas, dijo MacGregor: ¿se veis, primo, que sí guardarse seguramente papeles, llegaría tal vez un día en que mis amigos se quejaran de que hubiese empezado?

El baile no creyó a propósito resistir a este argumento, y sus sirvientes le cayeron en la que reclamaba una abundancia y aun cierto esmero que no era de esperar en tal sitio. La mayor parte de las provisiones crían frías, lo que probaba al parecer que había preparado á alguna distancia de allí; no pocas botellas de excelente vino de Francia acompañaban los pasteles de venado y otros platos muy bien aderezados. MacGregor hacía perfectamente los honores de la mesa, y no se quejó de disminuirnos el que algunos de los platos que servían hubiesen sido empezados antes de sacarlos. Habiendo de saber, dijo el señor Jarvis sin mirarme, que no sois los únicos huéspedes que he tenido que recibir esta noche; y no lo digo, pues sí así no fuese, mi esposa y mis hijos se habrían presentes aquí en obsequio vuestro, como debían. El señor Jarvis no sintió mucho, á mi entender, que aquella circunstancia les hubiese impedido llenar aquel deber; y yo fué porque ciertamente del mismo dictámen, si las escuasas que Rob y Hamish tuvieron de dar no me hicieran pensar que los huéspedes de que hablaba eran Diana y su compañero de viaje, á quien mi imaginación me representaba siempre como esposa suyo.

En tanto que estas desagradables ideas me quitaban el apetito, que me habían movido mis correrías, una mesa excelente y una buena acogida, noté que Rob-Hoy había mandado que nos preparasen mejores comas que las que tuvimos la noche anterior. Hablaron llenos de hojas frescas de manzana, nuevas adobes de flor, las dos malas comas que había arrinconadas al largo de las paredes, y que ofrecían un chilón sanarve y perfumado; las habían cubierto con sábanas toscas, pero muy blancas, y con los mejores coberteros que encontraron. Como el señor Jarvis parecía estar encantado, le dije que remitía para el día siguiente todo lo que tenía que hablarle; y así que acabó de cenar, no se hizo de rogar para meterse en la cama.

Aunque yo también me había cansado, no me sentía con ganas de dormir: me abriste una especie de calefacción, de inquietud, y me quedé en la mesa con Rob-Hoy.

CAPITULO XXXV.

—Yo no sé qué hacer de vos, señor Ossbildston, me dijo MacGregor dándome la botella: no comeis, no teneis al parecer ganas de dormir, y no bebeis, aunque este vino de Burdeos vale tanto como el mejor que haya salido de la bodega de sir Hildebrando. Si hubiera sido siempre tan sabio, hubiera sido uno de los más sabios del mundo; pero sí, en mi ausencia trataron á mi familia como á la de una roza de las montañas: á quien pueden perseguir, encarcelar, degradar, insultar; que me prohibieron á mí y á mi tribu llevar al banquete de MacGregor que había recibido de una larga serie de herculeos antepasados, como si fuera un talismán para conjurar los espíritus malignos?

Mientras que así hablaba, fácilmente conocí que enumeraba sus agravios por acelerar su injuriación, inflamar su cólera y justificar á sus ojos el jénero de vida á que había estado arrastrado. Y lo consiguio completamente: sus ojos parpadean vistiendo y dilatando alternativamente sus níñitas, parecía que esta había torrentes de llamas: cerró el puño, rechinó los dientes, puso la mano en el puño de su claymore, y se levantó precipitadamente.

—Y han de ver, esclamó con una voz media ahogada por la violencia de sus pasiones, han de ver que el nombre de Mac-Gregor, que osaron proscribir, es en efecto un talismán para conjurar los infortunos. Los que hoy día se sometieron al oír la relación de las infortunios que me han hecho, se estremecerán de mi veneno; el miserable montañés tratante de huevos, el que andaba descasado, que está destapado de todo, deshonrado, perseguido como una fiera, caerá de golpe sobre ellos en un momento terrible como el halcón sobre su presa. Los que despreciable al ganado de tierra y le llamaron, darán alaridos de desesperación cuando le vean trocado en monstruoso serpiente de contelantes ojos. ¿Mas á qué hablar de esto? añadió sacudiendo y tomando un tono más sospechado: considerad que la paciencia de un hombre se apura cuando se ve caer como un lobo, un oso o un jital; cuando ve que sus amigos y vecinos venido á él con el sabre en la mano y la pistola en la otra, como habeis visto hoy en el vado de Avondal: la paciencia de un sauto no bastaría, ni mucho menos la de un Highlander, porque ya sabéis, señor Ossbildston, que, según pública voz, no poseemos en muy alto grado este admirable presente del dios. Y sin embargo, es verdad lo que decía Nicol: siento mucho que mis hijos, que Rob y Hamish hayan de llevar la misma vida que su padre. —Y abismándole la suerte de sus hijos en una afirmación que no le causaba la propia, puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza sobre las dos manos.

No puedo explicaros, Tresham, cuan angustiado me sentía en este momento. Los pesares á que tiene que abandonarse una alma alta, noble y vigorosa, me han conmovido...
ROB-ROY.

siempre mas profundamente que los de los espíritus mas apocados; pero nunca había sido testigo de ellos, y cuando diferente es leen su relación, ó tener el cuadro á la vista! Experimenté el mas vivo dese de consolar á Mac-Gregor, aunque preveía lo arduo y casi imposible del empeño.

—Nosotros tenemos extensas relaciones en el continente, le dije; no podíamos pasarnos sin recibirs de ellos, con algún favor, y tienen derecho á todo el de la casa de mi padre, hallar un recurso honroso en el extranjero.

Credo que mis fisonomias anunciaban la sincera comprobación que sentía, porque mi compañero notó al pasear.—Gracias, me dijo apretándome firmemente la mano; no creyería que algún hombre llegase á ver los párrocos de Mac-Gregor lumenecídos con una lágrima. Y así hablando enjuguaba con el dorso de su mano las que brillaban á pesar suyo entre sus pobladas pestañas. Mano, por la mañana, continuó, hablábamos, y tuve de volverme á mi vecino y preguntarle si no tenia diario alguno? porque nosotros nos levantamos temprano en nuestras montañas, aun cuando por casualidad teníamos buena cena. ¿Quieres haber conmigo la copa de gracias?

—Yo le rogaría que me dispensase.

—¡Válgame el alma de San Mau- ro! no puedo beber por los dos. Y echando el menos un cuartillo de vino, lo apuró de un trago.

Arquitecte en la cama que me estaba destinados, resultó á aplazar las preguntas que me proponía hacerle para un momento en que estuviese mas sospecho su espíritu. Canjaba tanto mi aversión este hombre extraordinario, que despues de haberme acostado, no pude menos de seguir todos sus movimientos durante algunos minutos. Andaba por toda la estancia á pasos lentos, haciendo de cuando en cuando la señal de la cruz, pronunciando con voz baja y en latín algunas oraciones de la iglesia católi-

cacora fin, evolviéndose su plátano, echóse en una cama, paso su chaqueta deshecha á un lado, sus pistolas cargadas al otro, y preparóse á gozar de algun descanso, de manera que al menor ruido pudiera echar mano de las armas. Al cabo de algunos minutos, vi que dormía profundamente. Abruñado de cansancio, y apariando de mi mente la memoria de todas las escenas de que había sido testigo en aquél dia memorable, no tardé en abandonarme también al sueño; y aunque tuviese mas de un motivo para disiparme temprano, era ya bastante tarde, cuando abrí los ojos al dia siguiente. Mac-Gregor había ya partido. Despejó al señor Jarvis, quien, después de haberse estrechado los lujos y quejarse de que tenía todavía molinos los huidos de las fatigas de la víspera, se halló en fin en estado de oír la feliz noticia de que las letras robadas á mi padre me habían sido devueltas. Hizole repetir dos veces para estar cierto de que no se había equivocado; y al momento acometió á su ajuar de mantos, para volver á su camino.

—Buenos dias, me decía, es una de vuestras máximas, cuando trabajáis en gana, nunca volváis por el mismo camino en que habéis seguido al ir, y Dios sabe porque; no tenáis muchas ganas de volver; y los que no se pueden morir los que os van á ser de pasivo vuestra ganado, y mucho me temo, Rob, que hoy dia no esté por ahí, el mismo camino.

—Otra vez mas para que no lo pase muy á menudo. Con que en O’Ballock hallaréis los caballos; los conducirá Douglas, que tiene para esto al servicio del barque, y el cual no es ya montañés, del país de Rob-Roy, sino un apacible hablante del condado de Stirling. Y aguardad, ya está aquí.

—No había conocido nunca á la criatura, exclamó el señor Jarvis; y con el mismo paso rápido, no á lo que me decía, pero guardiana silencio, sino á las reflexiones que corren me creía entregado.

—Yo me juzgaré con alguna severidad, señor Osbaldeston; no puedo pensar otra cosa; mas no olvidéis que hemos sido provocados; somos un pueblo ignorante y grosero, vio-

Ingresos donde pudiera ser sospecho-

—Lo agradezco, primo, esclamé pecaminosamente el señor Jarvis, lo agradezco! Pero es preciso que partáis, que partáis al punto: el señor Osbaldeston y yo tenemos ciertos negocios, ciertos negocios que comparten, primo.

—Y bien, primo, ya sabéis vuestra máxima: recibid bien al huésped que llega, y abrid la puerta al que quiere partir. Mas no os podéis ir por Drymen: haré que os conduzcan por el lago hasta O’Ballock, y mandaré que os tengan dispuestos allí los caballos; es una máxima de los sabios, que no se ha de volver por el mismo camino cuando hay otro mejor.

—Sí, sí, es una esa un de vuestras máximas; cuando trabajáis en gana, nunca volváis por el mismo camino en que habéis seguido al ir, y Dios sabe porque; no tenáis muchas ganas de volver; y los que no se pueden morir los que os van á ser de pasivo vuestra ganado: y mucho me temo, Rob, que hoy día no esté por ahí, el mismo camino.

—Otra vez mas para que no lo pase muy á menudo. Con que en O’Ballock hallaréis los caballos; los conducirá Douglas, que tiene para esto al servicio del barque, y el cual no es ya montañés, del país de Rob-Roy, sino un apacible hablante del condado de Stirling. Y aguardad, ya está aquí.

—No había conocido nunca á la criatura, exclamó el señor Jarvis; y con el mismo paso rápido, no á lo que me decía, pero guardiana silencio, sino á las reflexiones que corren me creía entregado.

—Yo me juzgaré con alguna severidad, señor Osbaldeston; no puedo pensar otra cosa; mas no olvidéis que hemos sido provocados; somos un pueblo ignorante y grosero, vio-
lento quizás é impetuoso; pero no somos crueles. Viviríamos en paz y sumisión a las leyes, si no nos hubiéramos privado de la paz y de la protección de las leyes. Hemos sido un pueblo peregrino...

—Y la persecución, dijo el baile, enloquece a los hombres más avisados.

—¿Qué quereis que hiciéramos unos hombres como nosotros, viendo como vivían nuestros padres mil años atrás, y no siendo más ilustrados que ellos? Los sanguinarios edictos espeditivos contra nosotros, la prohibición de que llevásemos un nombre antiguo y honrosco, los califalos levantados para nosotros, el modo con que nos cazan como bestias ferozes: ¿todo esto no exija una respuesta? Tal cuál me veis, me he encontrado en veinte combates como el que presenciasteis ayer, pero nunca he mandado matar a nadie a sangre fría; y a pesar de esto, me colgarían de buena gana como un perro rabioso, a la puerta del primer señor que gustara de adorar su aleazar con tal trofeo.

Yo le respondí que la prescripción de su nombre y de su familia era, según mis ideas inglesas, una providencia tiránica y arbitraria; y viendo que estas palabras le contentaban, releírele mi proposición de que entrase a servir él y sus hijos en país extranjero: apetecible curiosamente la mano, y alojando algún tanto para que pasase delante el señor Jarvis, lo que era tanto más fácil cuanto que la senda se estrechaba en aquel lugar, me dijo:

—Sóis un buen joven, y comprendéis ciertamente lo que corresponde a un hombre de honor; mas es preciso que los mataroles que le hallaron con mis plantas durante mi vida, me contaran después de muerto. Todo mi valor me abandonara, mis brazos se marchitarían como el hacho con la helada, si perdiera de vis-

ballaban todavía en una edad en que nuestros mismos compatriotas no re-

guían correr mundo.

—También yo me alegraba de que entrasen al servicio de Francia ó de España, como hacen tantos hidalgos escozos. Ayer noche me pareció asesible vuestra plan; pero he visto esta mañana que es Excedencia antes de que os levantaseis, y no me es posible pensar ya en ello.

—¿Tan cerca de nosotros estaba alojado? exclamé vivamente.

—Mas cerca de lo que imajinaba; pero no quería que vieseis a la joven dama, y ved porque...

—Ni necesitaba estar en cuidado por eso, dijo yo con altivez: no me gusta ver á nadie á pesar suyo.

—No hay que ofender así, ni tomar el aire de un gato montés encima de un tejido caduco porque habeis de saber que os quiere bien, y de ello os ha dado pruebas, pues él fue quien pegó fuego á los mataroles.

—¿Quién pegó fuego á los mataroles? No os comprendo.

—¿Cómo? no sabeis que todo el mal que sucedió en este mundo lo causaban las mujeres y el dinero? Descubrió todo lo que sucedía en nuestras montañas y aun más. Esto fue causa de que tomásem al punto medidas para arrestar á su Excedencia y á la joven dama, y á mí también; y no dudó de que fuera Rashleigh quien determinó al pobre Morris á entrar en la trama para cojerse, pues le hacían decir en su contra: y aun que fuera Rashleigh Osbaldston el último y el más bravo de su estirpe, como nos llegaremos á encontrar, é embéstame...

—El mismo diablo con espada en mano; si mi diré no tuviera amanecer con el corazón del traidor!

Pronunció esta amenaza frunciendo las cejas con aire siniestro, y echando mano al puñal.

—Casi me alegraba de cuanto ha pasado, le dije, si pudiera esperar que la traición de Rashleigh fuera capaz de impedir la explosión que ya en breve á estalar, según se crece, y pusiera un término á las intrigas políticas en que pienso que haces uno de los principales papeles.

—No lo creo. La lengua de un traidor no puede causar mucho daño á la justa causa. Verdad es que había nuestros secretos, porque, á no ser por esto, los castillos de Stirling y de Edimburgo serían ya nuestros. Mas nuestra empresa es muy justa; y toma parte en ella mucha gente, para que una traiencia sea poderosa á frustrarla; y en breve verás el resultado. Ya viendo á vuestros oídos los asesinatos de unos hijos, os doy muchas gracias, y, como decía, deseaba ayer noche aceptarlos: pero veo que la perdienda de Rashleigh obligará á todos los señores á declararse al punto, á menos que quieran dejarse prender en sus alicigares, para que los arrasara como ponedoros, y se los llevaron para ajusticiarlos en Londer, como hicieron con tantos nobles é hidalgos en 1707. La guerra civil es como el basilisco. Hemos embrollado por espacio de diez años el bueno que la cobija; podíamos empoíarla todavía mucho tiempo; pero Rashleigh ha roto la cáscara, y la acerada de este modo el nacimiento de la serpiente. En semejante crisis, necesito toda mi gente; sin faltar á los reyes de Francia y de España, á quienes deseó toda especie de prosperidad, pero creo que el rey Jacobo no la quiere en tal al, y que tienos derecho á los servicios de Rob y de Hamish, puesto que nacieron vasallos suyos.

No me fue difícil prever que es-
Las palabras anunciaban una convil-
ión nacional, jeneral y próxima; y como hubiera sido inútil y tal vez peligroso combatir las opiniones po-
líticas de mi guía, en el lugar y en las circunstancias en que me hallaba, no pensaba en hacer algunas ob-
servaciones jeneral sobre las des-
gracias que serían forzoso resultado de cuanto emprendiera en favor de la famosa ciudad de Largs.

—¡ Bueno! ¡bueno! repuso Mac-
Gregor, esa pasará presto: nunca es tan monstruoso el cielo como después de unas tormentas. Si el mundo se vuel-
ve de arriba abajo, los hombres de bien variarán de estado, y no se verán reducidos a morirse de hambre.

Probaba recitar la conversación sobre Diana; mas aunque á menudo hablaba de otras materias con más libertad de la que yo deseaba, Mac-
Gregor guardaba siempre cierta re-
serva acerca de la que me ansiaba yo profundizar. Todo lo que quisiera decirme fue que esperaba que el joven tal vez se hallaría en breve en un país más tranquilo que no lo fuera probablemente el nuestro durante al-
gu tiempo. Tuve pues que contentarme con esta respuesta, esperando que me favoreciera todavía alguna fe-
zal casualidad, y me proporcionase al menos el triste consuelo de decir el postrer adiós al objeto que reinaba en mi corazón, con mucho más po-
der del que creía antes de separar-
me de él para siempre.

Seguimos las orillas del lago por el espacio de cerca de seis millas de In-
glaster a una angosta senda que dibujaba todas las sinuosidades, y que nos ofrecía una multitud de her-
mosos puntos de vista. Llegamos des-
pués á una especie de lugar alto, ó mas bien á un agregado de chozas cerca del nacimiento de aquella abundante mole de agua, llamada, si no me equivoco, la estanque, o algún otro nombre semejante á este. Allí nos aguardaba una tropa de Highlanders,

por las peladas y estériles rocas, de donde se escapaban luego para llevar sosegadamente su tributo al río.

Con el gusto natural de los monta-
níces, y sobre todo de los Escoceses, cuya imaginación es muchas veces poética y romántica, había mandado disponer nuestro descanso en la esposa de Rob-Roy en un lugar bien escogi-
do, para producir en los forasteros cierta impresión de pasmo respetuo-
so. Los Highlanders son un pueblo tan reflexivo como tranquilo; y aunque le mirásemos como inoculo, de cortesía y política en un grado que pareciera excesivo, si no cuidase de desplegar al propio tiempo grande superioridad de fuerzas. Así es que el saludo militar, que semejarse ridiculizaba hecha por un tonto labrador, tiene un carácter marcial é imponente, cuan-
do lo hace un Highlander comple-
tement armado. Nos recibieron pues con bastante ceremonia.

Los Highlanders que estaban es-
parcidos en lo alto de la montaña, forzaron sus filas que nos vieron, y se dejaron ver en columnas cerradas, á cuya cabeza iban tres personas que en breve despertó ser Elena y sus dos hijos. Mac-Gregor hizo entonces que se quedase atrás nuestra escolta, y habiendo invitado al señor Jarvie á salir adelante, pues la subida era demasiado rápida, se colocó entre nosotros dos, y continuamos nuestra marcha con lentitud. A medida que avanzábamos, distinguíamos el sal-
vaje y disoluto sonido de las zan-
pías, al que diquita parte de su du-
reza el estruendo de las cascadas.

Cuando llegamos de algunos pasos, salimos al encuentro Elena Mac-Gregor; iba vestida con un es-
mero que la viópera, y su aire era por consiguiente más femenino; pero sus facciones ofrecían el mismo ca-
racter de resolución y de altivez in-
fante. Cuando abrió los brazos para estrechar en ellos al señor Jar-
vie, que estaba lejos de esperar y so-

bre todo de desear este tierno abrazo, volvió á la conversa á gustación de todos los nervios de mi amigo, que sentía la misma sensación que un hombre, que, apretado entre las palas de un oce-
o, no sabe si el animal quiere acariciarle ó ahogarle.

—Primo, le dijo mientras que él se hacía dos pasos atrás para recom-
ponerse la pelleja, seis bien venido; y vos también, joven forastero, afian-
dió volviéndose á mí: perdóndame la dureza con que os acogí ayer, y que os vulpeáste á nuestro corazón, sino á las circunstancias. Llegaste á nuestro desgraciado país en un momento en que la sangre teñía nuestras manos y hervía en nuestras venas. Promoción estas pocas palabras con el ademán y el tono que tomaba una princesa de su medio de su corte: no se servía de es-
presiones vulgares, como se tiñda á los Escoceses de los Lowlands, sino que usaba un acento provincial has-
tante notable: habiendo aprendido el inglés como aprendemos las leng-
mas muertas, le hablaba con gracia y facilidad, pero con cierto toque de 

matorrón, porque nunca se había servido de él para los usos diarios de la vida. Su marido, que en su juventud había ejercido más de un oficio, usa-
ba un dialecto menos elegante, me-
nos enfrascado; y sin embargo, como tal vez había oído echo de ver, si no le lograra referirles fielmente sus dis-
cursos, sus expresiones eran mas pu-
das y más escojidas, y no carecían ni de dignidad ni de cierta nobleza, cuando hablaba de algún negocio im-
portante ó en que tomaba vivo inte-
rés. Parecía también como que, como otros Highlanders que se conocen, se servía del dialecto escocés de los Lowlands en la conversación familiar y cuando estaba de buen humor; pero que al tratar asuntos graves y de mo-
te se desvanecían en las ideales que se arreglaban en su cabeza en su lengua natural, y la traducción que hacía en inglés daba á su estilo un carácter de elevación
casi poética. Con efecto, el lenguaje de las pasiones atesora siempre pureza y fuerza, y no es extraordinario oír a un Escocés que no encuentra nada que replicar a las amargas reconvenciones de uno de sus conciudadanos decirle como escusándose:

—Vos recurrentes al inglés.

Como fuere, la esposa de MacGregor nos convió a un almuerzo que sirvieron sobre el césped, y que consistía en todo lo mejor que ofrecía el país; mas el aire soñoliento e imperturbable gravedad de nuestra huéspeda y la memoria del papel que le habíamos visto hacer la víspera, bastaban para oscurecer la más brillante atmósfera. El jefe hizo valerosos esfuerzos para inspirar la alegría: pretendía que asistíamos a una comidita fúnebre; no podíamos desprendernos de la sujeción, y nosotros sentimos aliviados de un gran peso cuando se acabó.

—Adios, primo, dijo ella al señor Jarvis cuan lo levantamos para partir: lo mejor que Elena MacGregor ha recibido de sus amigos, es no volverlos a ver.

El baile principiaba á tartamudear una respuesta que probablemente hubiera contenido algún lugar común de moral; pero el aire grave, las miradas sombrías y melancólicas de aquella á quien quería dirigirla, le confundieron en términos de que, olvidando la importancia majestuosa, tosió varias veces, la saludó, y guardó silencio.

—En cuanto á vos, joven, me dijo ella, tengo que entregarme a una memoria de parte de cierta persona á quien vos...

—Elena! gritó MacGregor, frunciendo las cejas; ¿qué significa eso?

—Acaso has olvidado...

—No me he olvidado de nada que deba tener presente, MacGregor. Manos como las mías, añadió estremeciendo sus brazos desnudos, largas y robustas, no se atreverían a proponer una prenda de cariño, si esta prenda no tuviese acompañada de misterio y desesperación. Joven, continuó presintiéndome una sorpresa que me acojó de haber visto en uno de los dedos de mis Vernun, esto es, ofrece una persona á quien ya no verás más. Si es una prenda de infortunio, nadie mejor para entregársela que la mano de una mujer para quien se acabaron toda clase de felicidades. Las últimas palabras del Gobierno que se dirigió fueron estas:— Decidle que me ovi de siempre!

—Y acaso cree que esto sea posible? esclamé yo casi sin saber lo que hablaba.

—Todo es olvidado, repuso esta mujer extraordinaria, todos menos los agravios que tocan al honor, y los desoves de venganza.

—Escid avis (1) gritó MacGregor dando de impaciencia una patada al suelo.

El disonante sonido del instrumento favorito de los montañeses dio fin á la conversación: despedimos silenciosamente de nuestra huéspeda, y nos pusimos otra vez en camino, mientras que reflexionaba acerca de la nueva prueba que acababa de adquirir de que, amado de Diana, estaba separado de ella para siempre.

CAPITULO XXXVI.

ATRAVÉSAMOS una carcoma pintoresca aunque árida; pero absurdo en mis reflexiones, no me fué posible admirarla despacio, y por consiguiente no podríamos describirla. La elevada cumbre del Ben-Lomond, el monarca de todas aquellas montañas, se presentaba á mano derecha, cual límite imponente; no salí de mi apatía hasta que, después de una larga y fatigosa marcha, dejamos detrás un desfiladero de las montañas, y el lago Lomond apareció ante nuestra vista.

No traté de pintarlos lo que dificilcumente

(1) Tocad, semeñaz!
irregular, y cortado de tiempo en tiempo por el coro salvaje de sus compañeros.

Aunque entregado a ideas tristes, hallaba un consuelo en la magnificencia del país que me rodeaba. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, pa
ciencia para un oscuro camino, en el que la luna desapareció, dejando la suya propia a un castillo antiguo, en el sitio en que el lago desapareció. Por lo tanto, vivía y muría en mitad de las islas pintorescas por medio de las cuales viajábamos.

También se entregaba el señor Jarvie a sus pensamientos, pero eran de un género enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.

De una larga disertación que entab
ilo que no pusiera más atención.

(1) El señor Jarvie era un hombre de ideas tristes, que al hablar era raro en el mismo conversar en que ve la barca de su amigo por la noche. En el entusiasmo no mancillaba, creía, hacer una travesía de la isla de Euboea, y el señor Cobson reprochaba a sus compañeros en los espejos enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleaba en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos mil arados de tierra, que no producirían, me dijo, nada de útil para el hombre, sino en algún plato de sollo.
cionaron casi de repente la cantidad que por la traición de Rashleigh necesitaba, y que por sola su ausencia parecería quizás imposible de reunir. Partió entonces para Escocia, así para comenzar los peregrinajos judiciales contra Rashleigh, como para arreglar los cuantiosos negocios que tenía en aquel país; y queriendo restablecer completamente el crédito de su casa, que tal vez había sufrido algo por las adversas circunstancias, llevó la cantidad necesaria para arreglar y salvar todas sus cuentas corrientes. Su llegada fue una centella para Macvittie Mac- fin y compañía, quienes al verle aparecer en situación tan florilejante como siempre, sintieron que no se libraría exiliado su estrella; pero mi padre estaba irritado por el trato que dieron a su primer factor, al hombre que poseía toda su confianza; rehusó sus viles disculpas, salió de la casa con ellos y les anunció que ellos y la casa se irían borrados de mi haber. Y no formaba para ellos este condenado, vivas inquietudes acerca de mi paradero, Owen, que no conocía más que las cercanías de Londres, no imaginaba nunca que un viaje de cien o setenta millas, que se pudiese hacer por toda Inglaterra con comodidad, fuera capaz de espantar a uno al menor peligro; que la inquietud era un mal contagioso, y a Owen le pegó mi padre, que conocía mejor el país donde yo había ido, el carácter de sus habitantes, y a quien se abalanzó al pasar el vado de Ayvond. 

Esta relación desesperaba al bueno de Owen, si hubiera estado solo: pero mi padre, que conocía mejor el país donde yo había ido, le rogó que no le abandonara en su desgracia, y Owen le explicó que no había vuelta atrás en ello, y que no se había abalanzado al pasar el vado de Ayvond.

Alguna memoria antes de mi llegada aumentóse todavía su temor, porque Andrés Listo-á-todo amanecía en la pasada, y hizo una relación desastrosa y exagerada de la situación en que debía yo de encontrarme, no pudiendo ni aun decir qué había sido de mí. El duque, que nos tenía en algún modo prisioneros, despues de interrogarle, le permitió que se retirase, y él no había perdido un instante en tomar el camino de Glasgow.

Era Andrés uno de aquellos hombres que se alegran de hacer pelot y de llamar la atención que escita naturalmente el portador de una mala noticia. Así pues no trató de disminuir la impresión que debían producir los diversos acontecimientos que nos habían sucedido, sobre todo cuando supo que uno de sus oyentes era el rico comerciante de Londres: hizo una relación circunstanciada de todos los peligros de que había yo escapado, gracias, añadió, a su experiencia, destrucción y fatalidad. ¿Mas qué sería de mí, ahora que no estaba á mi lado mi ángel custodio, en la persona de Listo-á-todo? Acerca de esto, decía, sólo cabe formar conjuras tan tristes como inciertas. En cuanto al balo, poco cuidado pasaba por un hombre que se daba siempre tanta importancia, y á él guidaba esta clase de hombres. Ciertamente que en medio de las carabinas y de las pistolas, de los soldados de la milicia de caballería que hacían volver bolas como grano, de los ad de las clavos de los montañeses, no era fácil prever el carácter de todos ellos, y a uno á demás de su habitación. El cuento que les había referido, an quedaba algo que los tenía en exasperación. Al punto resolvió pues partir en persona para tomar informaciones más exactas; y si me tenía prisionero, bien; los Highlanders, bien la milicia, retener mi libertad por negociación á por rescatar. Había dado á Owen las instrucciones necesarias para que siguiese sus negocios en Glasgow durante su ausencia; y he aquí el motivo porque los hallarás todavía de pie á semejante hora.

No nos separamos hasta muy tarde para acostarnos; mas yo estaba todavía muy ajitado por dormir mucho, y así es que me levanté muy temprano. Andrés entró en mi sala así que oyó pasos, pero yo no á él, antes desperezado un tanto, á la esponrosa figura de Aberfoyle: llevaba un vestido negro y muy decente, como si tuvieses que seguir un entierro en aquella mañana, y hasta después de muchas preguntas, que en cuanto pudo apareció no comprender, no quisiera participarme como no esperando ya verme vivo, había creído oportuno vestirse de luto; y como su amigo el socorrido Hamborgov tenía también una tienda de prendas, había comprado aquel vestido de su casa por cuenta mía, añadiendo que era muy justo, puesto que en otro tiempo el utiler era menesteroso á mi, y que ciertamente si la Providencia no me hubiera conservado, mi digno padre no permitiría que un pobre diablo, un antiguo criado de mi familia, llevase una pérdida tan grande. Un vestido completo era poca cosa para un Oswaldton (lindo don Señor) sobre todo cuando se trataba de un criado antiguo y leal.

Alguna justicia había en este razonamiento de Andrés; su utulisa le salió bien, y ganó un buen vestido completo, con un sombrero y los otros accesorios á proporción, señalan los veces del luto que se había puesto por un amarillo de vida y de salud.

El primer cuidado de mi padre al levantarse fué ir á ver al señor Jarvie, cuya generosa conducta le había inspirado el más vivo reconociimiento, y se manifiesto en pocas palabras, pero de una manera expresiva. Explicáis en seguida la situación de sus negocios, y le ofreció que le confiaría la continuación de los que habían estado hasta entonces á cargo de Macvittie y compañía. El señor Jarvie felicitó á mi padre de haber salido tan felizmente del momento en que su ausencia había puesto á su casa, y sin afectar rebelar el mérito de lo que emprendiera por servirle, dijose que solo había hecho lo que quisiera que hicieran por él, y que en cuanto a los nuevos negocios de que proponía encargarse, era un ofrecimiento que aceptaba con placer, y del que le daba las gracias. Si Macvittie y compañía se hubiesen conducido con honor, no quisiera sustituirlos ni causarles el menor perjuicio; pero tras el modo como habían obrado, suya propia era la culpa. El baile, tirándose entonces de la manga, me dijo con tuto algo corrido: —Quisiera, mi querido señor Francisco, que hablásemos lo menos posible de todo lo que hemos visto allá. ¿A qué vendrá contar la deplorable historia de mi viaje? —, amenazaba á mi amigo; no se nos lláme á declarar con juramento ante un tribunal? Y á sus miembros del ayuntamiento no sabríamos con gusto que uno de sus compañeros peló con un montañés y le echó el plaid al fuego. Y sobre todo, aunque yo sea hijo de un hombre cualquiera otro cuando estoy en pie, ciertamente que el baile de Glasgow no hacía muy buena figura cuando estaba sin sombrero y sin peluca, cogiéndole la mitad del cuerpo, como un gato en una cuerda: el baile Grahame daria cualquier cosa por saber este lance.

No pude menos de sonreírme al recordar la situación á que aludía mi digno amigo, aunque no tenía ciertamente nada visible en el momento en que ocurrió. Sonrióse él también algo confuso, y me dijo meneando la cabeza: —, Ya la veis; ya lo veis; con que no digamos nada, para no hacer reír á los demás. Sobre todo
haced que calle esa lengua siempre en movimiento que tiene a vuestro servicio, prohibid expresamente el hablar de ello; porque si van queriendo llegar a vuestro placer de Mattie, quedaré siempre me lo estaré encajando.

Sintiésemos aliviado del temor de verse expuesto á la risa, cuando se jactó de que la intención de mi padre era salir de Glasgow al día siguiente, y que pensábamos llevarnos a Mattie. Con eso, puesto que mi padre había recorrido casi todo los efectos que quitará a Rashleigh de su casa, no tenía ya motivo para permanecer más tiempo en aquella ciudad; en cuanto á los que mi respetable primo se había llegado consigo, era preciso presagiar el recibo por las vías judiciales, y mi padre dejó poderes al efecto á un abogado que le prometió dar los pasos necesarios á fin de que le administrasen pronta justicia.

Pasamos el día con nuestro amigo el señor Jarvis, quien no perdonó cosa alguna para tratarlos dignamente, y luego nos despedimos de él, como yo á hacerlo de esta narración. Continuó prosperando, y lo acuñó sobre sus cabezas las riquezas y los honores, y llegó al primer grado de la maestría de Glasgow.

Cerca de dos años después de la época de que habló, hallándose cansado de un largo celibato, sacó á Mattie de la cocina para sentirla en la cabeza de su mesas, en calidad de dama de Jarvis. El baile Grahame, los Macvitie y alguno otros (porque no hay nada que los aguare sus enemigos, sobre todo en el ayuntamiento de una ciudad de provincia) ridiculizaron esta metamorfosis. Mas dejémoslos hablar, decía el señor Jarvis; no me daré por entendido, ni perderé la felicidad del resto de mis días por una semana de habladurías. Mi digo no padre, que en paz hayas, sola decir:

"A la noche negra, blanc trop, " Abrejas y jardines, " Y después, veamos más " Que diero y que hablaron."

Por otra parte Mattie (conclusión predicha del baile) no era una criada adocenada: acaso dejaba de ser prima del laird de Limmerfield?

Algunos amigos del baile pensaron que semejante matrimonio era una prueba algo arriesgada; mas ya fueso efecto de la noble sangre que circulaba por sus venas, ya consecuencia de sus prendas, lo cual no trató de decidirlo, lo cierto es que Mattie se convidó perfectamente en el puesto a que la había elevado el señor Jarvis, y que este nunca tuvo motivo para arrepentirse.

CAPÍTULO XXXVII.

Al día siguiente por la mañana, estábamos para partir de Glasgow, cuando se precipitó Andrés en mi sala todo azorado, recorriendo á largos pasos, jactándose como un loco, y cantando y gritando:

-El hurro se quema, " El hurro se quema, " Cándido, señora, " Que el hurro se quema, "

No sin trabajo pudo hacerle callar, y obligarle á que me explicase que venía á ser aquello. Informéme entonces, como si fuera la cosa mejor del mundo, que los Highlanders habían salido en masa de sus montañas, todos sin quedar uno, y que Rob-Roy, á la cabeza de aquella galera de diablos rabiosos, llegaría á Glasgow antes de veinte y cuatro horas.

-Callad, embustero! le dije; debo de estar beodo á demente; y aunque fuese verdad, ¿es cosa para decirlo gritando, montecato?

-Beodo si beodo / demente / reyuego: oh! sí dudo; porque ¡Dios me libre! cuando uno anunciá á los deseñas noticias que no esperaban, ya se sabe, está beodo u demente. Sobre todo, no me creen; ya veis lo que resultará cuando lleguen á la ciudad las tribus, si estamos tan dementes ó habiendo que andarnos.

A pesar de que era muy temprano todavía, pasé al punto al aposento de mi padre: estaba ya de pie, Owen con él, y ambos parecían muy sobresaltados.

La nueva de Andrés soñaba verdadera; pues acababa de estallar la guerra, y se había despedido á la Gran Bretaña en 1716. El desgraciado conde de Marr había levantado ya el estandarte de los Estuardos, y rebeldía aciaga que costó la ruina de tantas familias distinguidas de Inglaterra y de Escocia! La tracición de algunos agentes Jacobinos, entre otras, la de Rashleigh, y el arresto de algunos otros, habían revelado al gobierno de Jorge I la existencia de una conspiración tramada mucho tiempo hacía, y cuyas ramificaciones eran muy extensas. Este descubrimiento aceleró la esposa, y aunque se verificó en un punto sobradamente del centro para que pudieran resultar consecuencias funestas para el país, no por eso dejó de explicarme la confusión en una parte de Escocia é Inglaterra.

Este gran acontecimiento me esplicás varias palabras que había soltado Mac-Gregor: también conocí entonces el motivo porque los dos tribus de los que se reunieron para marchar contra él, se habían último retirado. Era claro que habían cedido sus respetimientos parciales a la consideración de que iban inmediatamente á combatir bajo las mismas banderas, y en defensa de la misma causa. Por fin, recordé diversas expresiones de Galbraith que me habían parecido ocu- rrieron cuando hablaba al duque, y que ahora comprendía perfectamente. Pero la más cruel de mis reflexiones era el pensar que Diana Vernon era entonces esposa de uno de aquellos hombres ocupados en turbar el reposo de mi patria, y que ella misma iba á hallarse expuesta á todas las privaciones y á todos los peligros que acompañarían la arriesgada vida de su marido.

Después de una corta consulta acerca de lo que debíamos hacer en tales circunstancias, adoptamos el plan de mi padre, que consistía en partir al punto para Londres. Partiéralos deseos que tenia de ofrecer más servicios al gobierno para entrar en un cuerpo de voluntarios, de los cuales se formaban ya muchos; y consistió en ello, porque, aunque cuerno por principios del estado militar, nadie hubiera espuesto su vida de mejor guisa que él por la defensa de la libertad civil y religiosa.

Atravesamos de prisa, y sin correr algunos peligros, el condado de Dumfries y todos los condados del medio de Escocia y del norte de la Inglaterra. Todos los señores de aquellos alrededores, consagrando al de los Torey, habían tomado ya las armas y las habían hecho tomar á sus vasallos, mientras que los Whigs, reuniéndose en las principales ciudades, armaban á los habitantes, y se disponían para la guerra civil. Poco faltó para que nos arrestasen repetidas veces, y á menudo tuvimos que tomar caminos desviados para evitar el paso por puntos de reunir.

Cuando llegamos á Londres, mi padre se asoció con los banqueros y comerciantes que habían determinado sostener al gobierno y atajar la baja de los fondos públicos con la cual contaran los conspiradores para el bien éxito de su empresa, obligando al gobierno á una quiebra. Nombrarónle presidente de este cuerpo formidable de capitalistas, cuyos miembros todos tenían enteras confianza en sus conocimientos, su zelo y actividad. De este modo vino á
ser el órgano de sus comunicaciones con el gobierno, y halló medio de comprar, así con sus propios fondos como con los de la sociedad, la inmensa cantidad de efectos públicos que á la primera noticia de la revuelta trataron de presentar en la bolsa para que llegasen á desestimarse, lo que no acabó, gracias al feliz efecto de la asociación de que acabo de hablar.

Yo tampoco permanecí en la inacción: obtuve una comisión, levanté doscientos hombres á espensas de mi padre, y me incorporé con el ejército del jenreal Carpenter.

Sin embargo la rebelión se había extendido hasta Inglaterra. El conde de Derwentwater había tomado las armas en favor de los Estuardos con el jenreal Foster. Mi pobre tío, sir Hildebrand, cuya hacienda estaba reducida á casi nada á consecuencia de la faltosa de las cosechas, decidió de la finca y de los desterrados habituales que reinaba en su casa, había tenido la lástima de seguir este desgraciado estandarte; pero antes de abrazar tal partido, tuvo una precaución que nadie se supone, la de hacer su testamento.

En este testamento, legaba su dominio de Osbladston-Hall y todos sus bienes, á todos sus hijos sucesivamente y á sus herederos varones, predominando por el mayor, hasta que llegara á Rashleigh, á quien detestaba con toda su alma por causa de la ventaja que tenía en sus sentimientos políticos: legaba á Brownly-Swalloweale, á quien heredaría su hermana, una casa con importantes mercancías por sus hazañas en este jénero, y apelaba á Brandy-Swalloweale, á quien heredaría, cuya familia estaba á la cabeza de los negocios, y cuyos sentimientos y acciones legaban en á su heredera, con la cual murió el tío, sir Hilderbrand.

Dijo que la cabeza cerca de Warrington-Bridge: siendo vender muy cara una mala yegua á uno de sus camaradas, quiso probarle que se hallaba en su poder, y que estaba á su disposición. El animal tropezó y derribó á su pícador, quien se retiró el caballo contra un árbol contiguo. El imbécil Wilfred tuvo, como
propias observaciones, ni las respuestas que los médicos dieron á mis preguntas, pudieron hacerse saber el nombre de la enfermedad que terminó sus días. Su temperamento, gastado por sus escosos en el beber y por las fatigas de la casa, á la cual se daba sin descanso, había recibido el último choque en los pesares que acababa de sufrir; consumiéndose más bien que no murió, á la manera que en un bajel, después de haber sido largo rato juguete de los vientos y de la tempestad, abre paso al agua por mil hendurumbres inesperables, y va á quedar sin causa aparente de destrucción.

Es bastante extraño que mi padre, después de cumplir los últimos deberes con su hermano, mostrase visos deseos de que no perdiera yo un instante en tomar posesión de Osbal-dstain Hall y ser el representante de la casa de su padre, lo que hasta entonces había sido al parecer la cosa que menos atractivo tenía para él; pero había hecho como la zarca de la fábula, que aparentaba despreciar lo que no estaba á su alcance: no dudo por otra parte que su resenimiento contra Rashleigh (el presente sir Rashleigh Osbaldistion), quien daba grandes voces y amenazaba que anudaría el testamento de su padre, debió de contribuir á aumentar su deseo de mantener su validez.

—Yo fui injustamente desheredado por mi padre, me dijo, porque había seguido el comercio. Mi hermano ha reparado aquella injusticia, dejándote los residuos de sus arruinados bienes: serás un heredero natural, y gastaré diez veces el valor del legado antes que dejarte renunciar á él.

Rashleigh no era á la sazon un personaje de poco bulto, cuyas amenazas pudieran desprenderse: las revelaciones que había hecho al gobierno en circunstancias críticas, la extensión de las informaciones que diera, la destreza con que supo hacer valer las menores noticias y los más leves servicios, habíanle alcanzado protectores bastante poderosos en el ministerio. Pieleábamos ya con él por el negocio de los vales que había sacado de nuestra caja, y si se había de juzgar por los pecos progressos que hacía un pleito tan sencillo en apariencia, era de temer que el segundo, que era más arduo, se prolongase más allá del término natural de nuestra vida.

Para abreviar estas dilaciones en cuanto fuera posible, me di un aconsejado de mi abogado, compré en mi nombre todos los créditos que estaban hipotecados sobre el dominio de Osbaldstain; tal vez quiso también utilizar esta ocasión para realizar una parte de los lucros considerables que había sacado de la alza de los fondos, despues de la disolución de los rebeldes. Como quiera, resultó que cuando dejó la espada y el cinturón, en vez de mandarme sentir en el bufete, como esperaba, porque le había declarado que me sometería á cuanto ordenase, me hizo partir para Osbaldistain Hall, para que tomase posesión de él, como representante actual de aquella familia. Me encar- gó que me avisase con el juez Inglewood, que le reclamase la entrega del testamento de mi tío, y que tomase todas las medidas necesarias para hacerle ejercitar.

Esta muda manifestación de desinterés no me dió todo el gusto que era de creer. Osbaldistain Hall se presentaba á mí anímico acompañado de penosas memorias; sin embargo pensé que únicamente en aquellos contornos era probable que obtuviese algunas luces sobre el destino de Diana Vernon. Todo me hacía temer que fuese muy diferente del que yo le hubiera deseado; pero hasta entonces nada había podido saber. En vano traté, cuando hacía frecuentes visitas á mi tío en Newgate, de granjearme la confianza de diversos presos, prestándoles cuantos servicios me era deudor; las peticiones que eslabonaba naturalmente un hombre que había llevado las armas contra ellos, un primo del traidor Rashleigh, cercaba todos los recuerdos y todas las bocas, y no recibía por todas mis atenciones mas que unas frías gracias, que aun parecían que me las dirigian á su pesar. El bru- zo de la ley había caído sobre muchos de los presos, y los que le habian sobrevivido encuñaban mayor aversión á todos los que miraban como enlazados con el gobierno existente. Como los conducían sucesivamente al suplicio, los últimos no tomaban ya ningún interés en el jú- ramento humano, y perdían hasta el derecho de tener con los hombres comunicaciones humano. No olvidaré tan fácilmente que, habiendo preguntado á uno de ellos, llamado Eduardo Shelfon, si deseaba alguna cosa que yo pudiera darle para variar la tosca comida de la circel.

—Señor Frank Osbaldistain, me respondió, supongo que nuestro ofrecimiento es sincero, y os doy las gracias; pero ¿por Dios! ¿creéis que se ceban los hombres como las aves? Cuando vemos que se llenan todos los días á algunos de nuestros compañeros, ¿no debemos prever que no ha de tardar nuestro turno? Hace bien quien se lo ha considerado pues, no sentir salir de Londres, es ir á respirar el ambiente mas puro del Northum- berland. Andrés se había quedado á mi servicio, gracias en parte á la protección de mi padre, quien mostró deseos de que se conservase por cria- do. Los destinos de los miembros que tenia en Osbaldistain Hall y sus cercanías podían serme útiles en este momento; dijeles pues que se vendría conmigo, y á fin de que me fuera possible desembarazar de él, tuve el gusto de prevenirle que le restablecería en las funciones de hortelano que llenaba en otro tiempo. No sé como hizo para que mi padre se interesar en su favor; yo lo atribuyo al arte, que poseía en grado eminen- te, de aparentar sumo cariño á su amo: este cariño no existía no obstan- te que en el corazón, y yo no impedia en manera alguna buscar todos los medios de llenar su bolsillo a espensas del mio; mas fuerza es conve- nir también en que era un privilegio que quería gozar solo, y en que de- fendía mis intereses con celo cuantas veces no estaban en oposición con los suyos.

Hicimos nuestro viaje hacia el norte sin que nos ocurriese ninguna lance notable, y hallamos aquel país, tan ajetreado no hacia mucho por los furoros de la rebelion, gozando de cabal sosiego. Cuanto mas nos acercábamos á Osbaldistain Hall, mas se helaba mi corazón con la idea de vol- ver á ver este alcalde, tan ruinoso en otro tiempo y tan desierta hoy dia: por fin, á tardar mi llegada al viejo vi- te y cuatro horas, resolvi ir á visitar antes al juez Inglewood.

Este venerable anciano, durante las turbulencias que acababan de es- talar, reflexionó mucho lo que había sido en otro tiempo, y lo que era entonces: sus consideraciones sobre lo pasado no habían tenido poco infunio para entibiar la actividad que debía emplear en semejantes circuns- tancias, y de esto se resolvió una forma tranquila. Su escribano Jobson, causado de su indoleza, le dejó para traba- jar en casa de cierto señor Staudish, nombrado nuevamente juez de paz, y que el día que daba las pruebas menos equi- vocas de un ceño ardiente por el rey Jorge y por la suya, constaba. Era tan extremado en esto, que Job- son, muy lejos de tener que estimu- larle como á su antiguo patron, se veía algunas veces obligado á conte- nerse en justos limites.

El viejo juez Inglewood me reci- bió con mucha cortesía, y me en- tregó sin dificultad el testamento de
mi tío, que estaba al parecer perfec-
tamente arreglado. Al principio se mostraba algo confuso, por ignorar en qué sentido debía hablar en mi presencia, más cuando vio que, aun-
que partidario decidido, por prin-
cipios, del gobierno actual, compade-
cía á aquellos á quienes un deseo y
una lealtad mal dirijida habían arras-
trado al partido opuesto, me encendió
una relación muy divertida de lo que
había hecho y de lo que no había ha-
cho, nombrándome á los que había
determinado con sus consejos á no
juntarse con los rebeldes, y los que
huyeron, sin que él les dijese nada,
cuando se apagó la renuente en que
había tenido la desgracia de hacer un
papel activo.

—¡Sí! —dijo—; y hablaba los dos solos, y hablá-
mos ya apurado no pocos brindis por
expreso mandato del juez, cuando de
repente me invitó á llenar el vaso hasta el bordo, buon padre, para echar
un vistazo á la pobre miss Diana Ver-
non, á la rosa del desierto, al brezo
de Cheviot, á aquella flor que iba á
ser trasplantada en un maduro clau-
stro.

—¿No está casada miss Vernon? —esclamé yo: creía que su Escolencia
estaba.

—¡Bah! ¡bah! ¡Su Escolencia, Su Señoría! ¡puras pampinas, títulos de
la corte de San-Jeremán! Es de
Beatmich, sir Federico Ver-
non, á quien el duque de Orleans, el
rejente, había nombrado su ministro
plenipotenciario, sin saber tal vez que
existía. Pero vos le veréis en el al-
cazar, cuando harias allí el papel del
padre Vaughan.

—Del padre Vaughan, ¿es pos-
ible? ¿Luego sir Federico Vernon era
el padre de miss Diana?

—Cierto. Sin duda que guardar ahora el sello, pues ha sali-
do del país, sin lo cual me sería for-
zoso arrestarle. Vamos, ¿en estos el vaso? A brindar ahora, á brindar
por esta querida miss Diana que ha-
mos perdido. Ya sabeís la canción:

A su salud, señores, etc.

El lector (1) creerá con dificultad
que yo no estaba dispuesto á tomar
parte en la alegría del juez, aturrido
con la noticia que acababa de dar
me. —No sabía, le dije, que viviese
todavía el padre de miss Vernon.

—No es por culpa del gobierno, dijo Ingleswood, porque á fe mía que
no existe ningún hombre por cuya
cabeza diera más dinero que por la
suya. En otro tiempo fué condenado á
muerte por la conspiración de Fen-
wick, lo que no le impidió dirigir
la trama de Knight-Bridge en el reinado de
Guillermo, y como había casado con una parienta de la casa de Bro-
dalbane, tenía en Escocia grande in-
fluo. Hasta corrió la voz de que ha-
bían querido hacer de su entrega una
de las condiciones de paz de Rys-
wick; pero en aquella época tuvo la
precacación de finirse enfermo, y ha-
acer anunciar su muerte en la gaceta
de Francia.

Por último volvió aquí; y fácil-
mente le conocimos nosotros los Ca-
bulleres (2) vicios, es decir que yo
mismo, sin ser Caballero, le conocí;
mas como no me dirigieron ninguna
delación contra él, y como frecuen-
tes ataques de gota me han dejado
tan poca memoria, no hubiera po-
dido afirmar su identidad con jura-
mento. ¿Lo entendéis?

—¿Y en Osbaldiston-Hall no le
conocían?

—No le conocían más que su hi-
ja, el viejo hidalgo, y Rashleigh,
que había descubierto este secreto,
cómo descubrir otros muchos, y se
servía de él como de una cuerda
puesta alrededor del cuello de la
pobre Diana. Cien veces la he visto
pronta á chocar de frente con él, si

(1) El autor oída aquí por distracción que
Francisco Osbaldiston se dirige á Trotham.—
(2) Nombre que dan á los Troys.
Capitular XXXVIII

Pocas sensaciones hay mas tristes que las que sentimos cuando venimos de viajes y abandonamos unos lugares donde nos acogieron en otro tiempo escenas de placer. (1) Divi- 
siéndonos de Osbaldiston-Hall, encontré mis mismos objetos que vi en aquel memorable día en el que volvía con mis Vernon de Inglewood-Place: su memoria me acompañó durante todo el camino, y cuando pasó por junto al sitio en que la vi por primera vez, creía oír todavía los ladri- 
os de los perros, el ruido de los caballos, el sonido de las cornetas; e involuntariamente dirigi la vista hacia la colina de donde la había visto descender, como si esperara una nueva aparición. Mas cuando llegó al alcazar, el profundo silencio que allí reinaba, las ventanas todas cerradas, la yerba que había crecido en los patios, todo me ofrecía melancólico contraste con la estrepitosa al-

(1) Tal es la idea de estos dos versos del Dante: 
Nessun maggior dolore che ricordar
Del tempo felice nulla memoria. 

Inferno.
que hallaría en TrilNY-KNowe dos bienos presbíteranos como él, capaces de hacer frente al viejo de las siete montañitas, al diablo y al Pretendiente. Yo mismo me alegraría, añadió, de que tuviéramos compañía aquí; porque os acordéis de que os dije el día en que partimos, que me había atormentado un duende la noche anterior? Fué en el jardín, a la claridad de la luna. Vos no quisistais creerme: pues bien, caiga un rayo encima de todas las flores del jardín, si aquel duende no se parecía á este nuestro... — Y en señal de que soltaba un cuadro que representaba, según me había dicho, al abuelo de mis Vernon.— Siempre pensé, continuó, que vos os enviaríais de beber los popistas; pero hasta entonces no había visto duendes.

—¡Ah! dije Andrés con aire de importancia, todos los vecinos saben que soy tan valiente como el primer o; pero, ¡Dios me libre! no quiero lares medias con duendes.

Apenas salió, entró en la biblioteca en el señor Wardlaw, que llamaba las funciones de mayordomo de la hacienda.

Era un hombre fátrego, pues sin esta prenda hubiera sido difícil á mi tiempo el mantenerse por tanto tiempo en la posición de Osbaldston-Hall. Enseñaba el testamento de sir Hildebrando, y reconocía su validez: para cualquiera otro, hubiera sido de poco provecho aquella henderit, atendido el gran número de deudas e hipotecas de que estaba gravada: pero no olvidamos que mi padre había reembolsado en mi nombre una parte de los créditos, y que se ocupaba en comprar los restantes.

Hablé largo rato de negocios con el señor Wardlaw, y le convidé á comer. Mandé que sirviesen la comida, á pesar de las instancias de Sydall para que bajase al comedor, que tenía preparado, me dijo, para recibirlle. Estando en la comida, llegó Andrés con su rectata de dos verdaderos azules (1), á los cuales elegió con calar, dandoles como hombres sobrios, honrados, de sana doctrina, y sobre todo, bravos como leones: dí órden para que les diesen de comer, y se retiraron. El viejo Sydall meneaba la cabeza disponiéndose á seguirlos; yo le dije que se aguardase y me explicase lo que significaba el gesto que acababa de hacer.

—No espero, dijo, que su señoría diera crédito á lo que voy á decirle, y sin embargo es la pura verdad. Antonio Wingfield es un mozo honrado, tan honrado como el primero del mundo; pero el mayor bellaco que hay en estas cercanías es su hermano Lancy. Todo el país sabe que sirve de espía al escribano Johnson, y que le ha denunciado a sus amigos de bien que le han visto en apuros en estos últimos tiempos; pero no es católico, y no se necesita más hoy día. Fijó poco la atención en estas palabras, atribuyéndolas al espíritu de partido y á la diferencia de opiniones religiosas; y el viejo, después de poner el vino en la mesa, se retiró con aire satisfecho.

El señor Wardlaw se quedó conmigo hasta que el día principiaba á des- clinar; entonces recogió sus papeles, despúes de mí, y dejéme en aquélla situación de ánimo en que no se sabe, por decirlo así, si quisiera un tener compañía o permanecer en la soledad. Finalmente, no tenía libertad para elegir, y me encontré en el apuesto del alcance mas propio para inspirarme reflexiones melancólicas: allí era donde había pasado tanto momentos felices cerca de Diana, y pensaba tristemente que ya no la volvería á ver.

Cuando el día principiaba á desaparecer, vi asomarse á la puerta de la sala la cabeza de Andrés, no para preguntarme si quería luz, sino para aconsejarme que la tomase, como medida de precaución para apartar los duendes. Yo le dije con bastante enfado que se retirase, y sentándome en un sillón delante de la gran chimenea gótica, me puse maquinamente á revolver la lumbre; y siguiendo con los ojos la leña que se volvía carbon, y el carbon que se reducía á cenizas: — ¡Hete aquí, exclamé, hete aquí la invidia y el resultado de los deseos del hombre! un nada los enciende, la esperanza los alimenta, y en breve el hombre, con sus pasiones y sus esperanzas, no es mas que un vil montón de cenizas.

Cuando acababa de hablar, oí al otro extremo de la biblioteca un suspiro que parecía responder á mis reflexiones. Volvíme precipitadamente... y vi delante de mis ojos á Diana Vernon. Apoyaba se en el brazo de un hombre tan semejante al retrato de que Andrés me había hablado por la mañana, y que veía dos sombras salidas de la noche del sepulcro: una segunda ojeda me convenció no obstante de que no estaban trastornados mis sentidos, y que tenía delante dos sustancias corpóreas. Era sin duda alguna la misma Diana, aunque mas pálida y mas flaca, y su compañero no era otro que el padre Vaughan, ó por mejor decir, sir Federico Vernon, quien llevaba por casualidad un vestido del mismo color y casi de la misma hechura que el del personaje pintado en el mencionado retrato. Fué el primero que rompió el silencio: Diana estaba cabizbaja, y yo Mundo de admiración.

—Aquí tenéis, señor Osbaldston, me dijo, unos suplicantes que os piden asilo y protección, hasta que puedan continuar un viaje en que corra el riesgo de encontrar á cada paso los calabozos y la muerte.

—Ciertamente, le respondió haciendo un esfuerzo para recobrar la palabra, que no creerá mis Vernon, ni vos supongáis, señor mio, que haya olvidado vuestras finezas, ó que sea capaz de vender á nadie, y mucho menos á vos.

—Lo sé, dijo sir Federico, y con tanto solo con indecible repugnancia os pido un favor quizás desagradable, pero seguramente peligroso. Quizás poder reclamarle de cualquiera otro: mas el destino que me ha conducido por una vida ajitada y peligrosa, me estrella de tal modo en este instante, que no me queda otra alternativa.

En este momento su ruido en la escalera, y el oficioso Andrés exclamó abriendo la puerta: — Os traigo las bajas, encendidas cuando queráis.

Yo me precipité hacia la puerta, esperando llegar á tiempo para impedirle que visase como no estaba solo: remañájele con violencia, cerré la puerta y pasé el acto corriendo al punto sus acostumbradas habladurias, y los dos compañeros que tenía en la cocina; acordándome tambien de la observación de Sydall de que uno de ellos era reputado por espía de Johnson, bajé de seguida, y los encontré reunidos á los tres. Andrés hablaba en voz alta cuando corrió; mas así que me vio calló.

—¿Qué tenéis, mentecato? le dije; estas aseado como si hubieseis visto un duende.

—No, no, respondió: no, no hay ninguno allá dentro; sino que me remeprateis con tanta fuerza, Dios me libre!

—Porque me diportasteis de un profundo sueño, idiota. Sydall acaba de decirme que no hay cansas dia-
puestas para estos hombres, y el señor Wardlaw creyó que es inútil esforzarlos al atender a sus negocios. Tomado, amigos, tomad media guinea para beber á mi salud, y gracias por el favor. Ahora retiráos.

Diéronme ellos también las gracias, tomaron el dinero, y se fueron sin manifestar ni sospechas ni dificultades, yo me quedé allí hasta que se hubieron ido, para estar bien cierto de que no habían tenido ninguna otra comunicación con el hombre Andrés. Siguiéndole á este de tan cerca, que á mí entender, no tuvo tiempo para decir dos palabras antes de mi llegada, pero muchas veces no se necesitan mas que dos palabras para causar no pocas desgracias, y se verá que en esta ocasión costaron la vida á dos personas.

Hecha esta expedición, solo pensé en tomar las medidas necesarias para la seguridad de mis huéspedes. Presumiendo con razón, en vista de lo que había pasado, que Syddall no ignoraba su residencia en el alcázar, le advertí que subiese el mismo á la biblioteca cuantas veces yo llamase, y me volvió de seguida á dar cuenta á los dos próximos de cuanto acababa de hacer.

Los ojos de Diana me agradecieron las precauciones que había tomado.

—Ahora, me dijo, ya sabéis todos los misterios, ya sabéis sin duda con cuan estrechos lazos me unían la sangre y la ternura al desgraciado que halló aquí un retiro; y ya no os admirareis de que habiendo penetra-do Bashleigh este séquito, osase gobernarme con vara de hierro.

Su padre añadió que su intención era incomodarme el menos tiempo posible.

Yo les supliqué que no pensasen sino en lo que pudiera contribuir á su seguridad, y les aseguré que todos mis esfuerzos se dirigirían al mismo objeto; lo que movió á sir Federico á

mas valía morir que rendirse, y Mac Gregor, á quien conocía, era de este ministro. Montamos á caballo, colocamos en medio de nosotros abrigo, que no quisieron apartarse de mi compañía, y adquirimos más compañeros de su valor y de su fidelidad, juraron por decir antes que abandonarla. Salimos á galope largo formando un cuerpo, por una calle llamada Fishergate, que conducía á un pantano no ocupado por el enemigo por impracticable, y que estaba rodeado de una amplia riada de ribalta sobre el cual no había ningún puente. Así es que no encontramos mas que un corto destrezo de dragones de Honeywood, que apenas sostuvo nuestro primer choque; y Mac Gregor, que sabía un vado del río, nos condujo allí, y yo le hice averse sin riesgo. Volviendo entonces hacia el lado de Liverpool, nos separamos, y cada uno buscó un retiro. Ignoro lo que fué de mis compañeros: en cuanto á mí, dirigíte con mi hija al pais de Gales, donde conocía á muchas personas y adquirí mis consejos políticos y religiosos. Esperaba hallar allí medios para pasar al continente, mas los engañé, y las pesquisas que mandaba hacer el gobierno inglés en el pais de Gales, donde sospechaba que se habían retirado muchos jefes de la insurrección, me obligaron á huir por nuevo hierro el norte. Como sabía que Osbaldiston-Hall estaba á la sazón inhabitado, y que no vivía en él mas que el viejo Syddall, quien me conocía, y con quien podía contar, resolví venir aquí, y permanecer hasta que un amigo seguro me haga esperar, en un pequeño puerto del Solway, una chalupa que me conduzca á Francia para siempre. Syddall no vaciló en recibirmos, y esperábamos que nos dijesen aviso de hallarse terminadas las disposiciones para nuestra partida, cuando vuestros inapreciables álcazar, y el haber escogido este aposento, nos ha puesto en la necesidad de recurrir á vuestra generosidad.

Así terminó sir Federico una relación que yo había escuchado como si fuese un suso: no podía persuadirme que fuese con efecto su hija la que tenía delante de mis ojos, pues los pesares y las fatigas le habían arrebatado algunos de sus atractivos. A la jovialidad y vivaz que le vi en otro tiempo, había reemplazado un carácter de sumisión melancólica, y de resignación mezclada con cierta firmeza. Aunque por su padre sentía el temor que podían producir en mi ánimo las alabanzas que daba á su hija, no estuvó en su mano resistir á la paternal ternura que le movía á elogiarla.

Ha sufrido, me dijo, pruebas que honorarían la constancia de su hilo; ha arrostrado todos los peligros, ha visto de cerca la muerte bajo todos sus aspectos; ha soportado fatigas y privaciones que hubieran acabado con el valor de los hombres mas resueltos; ha pasado días enteros en las tinieblas, y noches sin dormir, sin que nunca se le haya oído una queja de flaqueza; en una palabra, señor Osbaldiston, mi hija es una ofrenda digna del Dios á quien voy á consagrarla, como todo lo mejor y mas precioso que queda á Federico Vernon.

Deténgase, dichas estas palabras, echándome a mirar que comprobó: su objeto era volcar todas las esperanzas que hubiera podido yo concebir, y quería precavir, como en Escocia, toda nueva conexión entre su hija y yo.

—Ahora, dijo á su hija, no abandone por medio del tiempo de la paciencia del señor Osbaldiston, puesto que está en el enemigo de la situación de los desgraciados que reclaman su protección.

Suplíquenles que se quedasen allí, y le ofrecí mudar yo mismo de apostero.
—No hagais tal, me dijo, porque quizás escatuarías alguna sospecha; por otra parte nada nos falta en el aposento secreto que ocupamos, y cuya existencia no es posible recelar, como no se esté sabedor de ella. Probablemente hubiéramos podido permanecer allí sin que lo sospecharais, si no mirara un deber el probaros la confianza que tengo en vuestro honor.

—Me habeis hecho justicia, sir Federico: vos me conecís á fondo, pero estoy seguro de que mis Veron os dirá...

—No he de estarlo en el testimonio de mi hija, me dijo con política, pero como impiadosidme el dirijirme directamente á ella; estoy muy dispuesto á coger la mejor opinión del señor Frank Osbaldiston. Mas permitidnos que nos retiremos, porque necesitamos desasistirnos para vez gozarnos del reposo, y de un instante á otro nos veremos quizás obligados á continuar un viaje peligroso.

Esto diciendo, tomó el brazo de su hija, y después de saludarla, salió con ella por la puerta que ocultaban los tapices.

CAPITULO XXXIX.

Yo me sentí como aturdido y helado viendo que se retiraban. Cuando la imajinación nos representa un objeto querido cuya ausencia sentimos, no lo pintamos solamente bajo el punto de vista mas ventajoso, sino también con los rasgos con que deseamos verle. Antes de la aparición tan inesperada de Diana, llenábame la idea de que las lágrimas que había derramado al despedirse de mí en Escocia, y la soledad que me entregaba su parte Elena MacGregor, eran una prueba de que se llevaba mi memoria á su destierro y hasta á la soledad del claustro; acababa de verla, y su aire frío y reservado, sus ojos, en los que solo había notado una soscada melancolía, casi me hubieran ofendido. Me atrevía á suponer la insensibilidad; visté á su padre sus orgullo, su fanatismo, su crueldad; y me olvidé de que ambas sacrificaban sus intereses, y Diana su inclinación, á un deber.

Sí sir Federico Vernon era un católico rijo, creía que era demasiado estrecha la senda de la salvação, para admitir en ella á un heroe; y Diana, para quien la seguridad de su padre había sido algunos años hácia el único objeto de todas sus acciones, el solo objeto de sus pensamientos y de sus esperanzas, miraba como un deber suyo el someterse en todo á su voluntad, y sacrificarse sus más caros afectos. Hubiera podido hacer desde entonces estas reflexiones, si hubiese estado sereno; pero la que experimentaba, y en medio del desorden de mis pasiones, me era imposible apreciar en este momento tan honrosos impulsos.

—¡Soy despreciado! exclamé; ¡despreciado, y aun reputado indigno de tener una corta conferencia con ella! Sirás, así como Syddall, á mi menos tendrás que celar por su seguridad; me quedará en este aposento como en un puesto avanzado; y al menos, mientras que permanezcan en mi casa, ningún peligro les amenazará, si el brazo de un hombre resulte bastante para salvarlos. Manana, cuando llegue el diario de la biblioteca, y le llegó seguido del eterno Andrés, quien formando brillantes planes para sí mismo por haber tomado yo posesión del alcázar y de sus tierras, parecía que había jurado no desperdiciar ocasion alguna de ponerse en evidencia y de presenciar memorias. Y como sucediera muchas veces á los que no obran sino por egoísmo, Andrés pasaba del término que se proponía alcanzarlo, y solo me inspiraba fastidio y enojo con sus importunidades. Su presencia me impidió hablar libremente con Syddall, según me proponía, y no me atreví á despedirle, por miedo de aumentar las sospechas que pudiera haber concebido, en vista del áspero modo con que le había echado de la biblioteca una hora antes. —Syddall, le dije, yo pasé la noche aquí; tengo mucho que trabajar, y descansaré algunas horas en este canape.

En la manera de mirarle, comprendí que lo sabía ya todo; ofrecíme que me dispensaría una comida de campo en la biblioteca, y ocupóse de esto con Andrés, despachándome en seguida, advertiéndome que no me inmodasen hasta la mañana siguiente á las siete.

Cuando se retiraron, me vi libre para entregarme á mis reflexiones, sin temor de que fuese interrumpido su curso, hasta que causada la naturalza, extranjé algún descanso.

No obstante hice lo posible para desviarme de mi espíritu la idea que me ocupaba únicamente, pero fueron varios nosotros mismos mis esfuerzos. Los sentimientos que había combatido con valor cuando estaba ausente el objeto que me inspiraba, reunían con mas brío que nunca, ahora que no me separaban de él sino algunos pasos, y que me había en vísperas de perder para siempre. Si tomaba un libro, me parecía que en todos los razonamientos estaba escrito el nombre de Diana; y en cualquier objeto que fijase mis pensamientos, no me presentaban otra cosa más que su imagen: como aquel esclavo diligente del Salomon de Prior.

Abandonéme sucesivamente á estos pensamientos, y hacía por desarraigarlos, tan pronto cediendo á una convención y á una tristeza que no me eran naturales, tan pronto llamando en mi socorro, mi orgullo herido por el injusto ultraje que creía haber recibido. Por fin, después de pasar mucho rato la biblioteca á largos pasos, me eché vestido en la cama con una especie de delirio catenturiento. Mas en vano fruto por todos los medios posibles de conciliar el sueño; en vano no hacía mas movimienta que un cuerpo exánime; en vano quise dar otro rumbó á mis ideas, ya recitando versos de la poesía, ya ocupándome en la resolución de un problema de álgebra: mis artesias latían con una fuerza y una rapidez que me admiraban, y sentía circular por mis venas fuego líquido en vez de sangre, y producir en ellas una pulsación cuya única resonancia á mis oídos como el ruido regular de un batán oído á los lejos.

Me levanté, abrí la ventana, y permanecí allí algunos instantes; el ambiente de la noche me refrescó un poco, y calmó en parte el desorden de mis sentidos. Volvíme á la cama; y pasando poco rato, se apoderó de mí el sueño; empero este sueño distaba mucho ser apacible, y me alteraron espantosos ensueños.

De uno de ellos me acordé toda vía en este momento. Parecíame que Diana y yo nos hallábamos en poder de Elena MacGregor, y que la había mandado precipitarme en el lago desde lo alto de una roca: la señal de nuestro suplicio debía ser un cañón disparado por sir Federico Vernon que precedía la ceremonia, vestido de cardenal. No sabría la impresión que me hizo esta escena fantástica: hoy esa escena me pareció tan verdadera; la expresión de valor y resignación que veía en los rasgos de Diana; los rostros salvajes y horribles que nos rodeaban, y que gozaban anticipadamente de nuestro suplicio; por fin, el fanatismo rijo de Inflexión, grávido en la fisonomía de sir Federico. Vié el rostro encendido, y el y la señal de nuestra muerte, que repitieron los ecos de un modo espantoso: me disperté sobresaltado, íncororándome en la cama, con el espíritu todavía lleno de este ensueño, me pareció oír de nuevo la repes.
tician de tan funesta señal.

Un minuto me bastó para volver en mí, y solo distinguiendo que daban fuertes alabazos a la puerta: sobrecojido de temor por tales huéspedes, me levanté precipitadamente, puse la espada bajo el brazo, y me apresuré a bajar para dar orden de que no abriese la puerta. Por desgracia era preciso hacerlo a rolo, porque la biblioteca daba a una escalera oculta por la que se tenía de bajar para salir a la que servía para el uso juntos de toda la casa; sin embargo, todo lo que pasaba. El viejo Syddall respondía con voz débil y apocada a los tumultuosos gritos de los que pedían entrar en nombre del rey, según las órdenes del juez Stradish, y que hacían al viejo criado las amenazas más horribles, si no obedecía a ellos.

Cosa grande disgusto mío, oh entonces la agra voz de Andrés, quien gritaba á Syddall que se retirase y le dejase abrir la puerta.

—Si vienen en nombre del rey Jorge, decía, nada tenemos que temer; por lo menos derramado nuevamente el rey Jorge, y gastado nuestro dinero. No tenemos necesidad de ocultarnos como cierta jente, señor Syddall: no somos, ¡Dios me libre! ni papistas ni jacobitas, á lo menos que yo sepa.

Oí como desgastaba el oficioso bello un cerojeto tras de otro, haciendo alarde de su efecto y del de su amo el rey Jorge, y calculé que me era imposible llegar á tiempo para oponerme á la entrada de los que á la puerta estaban. Ofreciendo á mi paso las espaldas de Listó-á-todo, y prometiéndome no hacerle falta así que tuviera tiempo para pagarme mis deudas, corri á encerrarme en la biblioteca, cerré la puerta con llave y cerojeto, y tocando de prisas á la puerta secreta que conducía al aposento de mis huéspedes, pedí me dejasen entrar al punto. Abriose Diana: estaba enteramente vestida, y su rostro no anunciaba ni pavor ni conmoción.

—El peligro nos es tan familiar, me dijo, que siempre estamos dispuestos para él: hemos sido todo ese ruido, y nos preparábamos para huir. Bajaremos al jardín, saldremos por la puerta de detrás, cuya llave nos dió Syddall por lo que pudiera suceder, y por allá iremos al bosque que no dista más de dos pasos. Yo sé todas sus revueltas mejor que nadie, y creo que podremos escaparnos. Traíos solamente de deteneros por algunos instantes. Adiós, querido Frank, adiós por última vez.

Dicho esto, desapareció como un meteoro, y apenas se había podido reunir con su padre, cuando se tornaron fuertes golpes á la puerta de la biblioteca.

—Sois ladrones, esclamé yo, fingiendo engañarme acerca del motivo de aquella visita, y si no os retíracía al instante, no abriré sino para hacerlos fuga con mi carabina.

—Déjao locuras! esclamó Andrés, locuras de locuras! no son ladrones, ¡Dios me libre! es el señor escribano Jobson que viene con una órden.

—Para buscar, cojer y aprehender, dijo una voz que reconoció por la del detestable escribano, á diferentes personas expresadas en la orden que trajo, y anotadas de alta traición, en los términos del capítulo 3 de la ley dada en el año decimotercero del reinado de Guillermo.

Al mismo tiempo reboblaron los golpes á la puerta con tal violencia, que vi que no resistiría mucho rato.

—Aguardad un instante, señores, aguardad un instante, les dije para ganar algunos minutos mas: no corriáis á violencias. Dadme tiempo para levantarme; voy á abrir; y si, de efecto traeis una orden legal, no os opondré resistencia alguna.

—¡Guarda Dios al gran Jorge, nuestro digno rey! esclamó Andrés; ya os dije que no hallarías aquí ni papistas ni jacobitas.

Hubo algunos minutos de silencio. Por fin, principiaron otra vez á golpear la puerta, y tuve que abrirlo por miedo de que la hundiesen.

El señor Jobson entró seguido de no pocos hombres, entre los cuales reconocí á Lancy Wingfield, portador sin duda del cartulario aviso que le había puesto en movimiento. Exhíbió la orden que estaba encargado de ejecutarle Federico Vernon y Diana Vernon su luja, y me manifiestó otra dirigida contra Frank Oshaldston, como su fantería y cómplice. Hubiera sido locura querer resistir: aparenté disimular todavía algunos instantes para ganar tiempo, y luego me dió por preso.

Entonces tuve la mortificación de ver á Jobson marchar directamente y sin vacilación hacia el lugar que conducía al aposento secreto, levantar los tapices, abrir la puerta y entrarse allí, aunque no permansó más que un instante. La cama está todavía caliente, dije al salir, pero las librerías partieron á buen que si se escaparon de los cazadores, las cojerán los galos.

Los gritos que oí en este momento en el jardín, me hicieron pensar que su profecía se había realizado: al cabo de algunos minutos, entrar Rusleigh en la biblioteca, acompañado de algunos satélites, y conduciéndolo á sir Federico Vernon y á su lujosa.

—La zorra vieja conocía su maquinilla, dijo, mandaba pensativo que guardaba la entrada un buen cazador. No me había olvidado la puerta del jardín, sir Federico Vernon, ó noble lord Beanchamp.

—Rusleigh, esclamó ése Federico, sois un malvado abominable!

—Mereces ese nombre, señor mío... ó mi flor, cuando, bajo la dirección de un maestro hábil, trata de despadecer, con la guevara civil, el regazo de mi patria. Pero he hecho todos los esfuerzos posibles, añadió levantando los ojos al cielo, para reparar mis errores y merecer el perdón.

No estuve en mi mano guardar por más tiempo silencio, á pesar de la resolución que había tomado; no había que alargar el momento. —Los rasgos más horribles que el infierno puede producir, esclamé, son los de la hipocresía que cubre la maldad.

—¡Ah! sois vos amable primo! dijo Rusleigh aproximando una luz, y mirándose de pies á cabeza: seis buen venido á Oshaldston-Hall. Os perdono vuestro enfoque: es cosa dura perder en una noche una querida y una buena hacienda, porque vamos á tomar posesión de este alcázar en nombre del heredero legítimo, sir Rusleigh Oshaldston.

Mientras que me hablaba con este tono irónico, veía yo el esfuerzo que hacía para ocultar la vergüenza y el ira que sucesivamente se agitaban: mas aun lo consignó menos cuando Diana le dirigió la palabra.

—Rusleigh, le dijo, os compadezco, porque á pesar de todo el mal que hubeis querido hacerme y que me hubeis hecho, no puedo aborreceros todavía tanto como os desprecio. Lo que acaba de hacer es quizás obra de una hora, pero en ello encontraráís materia para reflexionar por toda vuestra vida. —De qué naturaleza serán estas reflexiones, dijó Rusleigh, os lo dirá vuestra consciencia: algún día sin duda oírás su alarido.

Rusleigh no le respondió: dio dos ó tres vueltas por la sala, se acercó á una mesa sobre la cual había quedado la vispera un frasco de vino, llenó un gran vaso hasta el borde con mano trémula, y como vió que no se nos había ocultado su temblor, fijó los ojos en nosotros con aire sereno, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, apartó el vaso sin verter una sola gota.

—¡A fe mía que es el viejo Bor-
fio de la pradera. Pasaba tranqui-
mente por medio del ganado, pero le
abrumaba mirarlo muerto, cuando le
vaticinaba un Highlander, le acusó de
que abrazaba sus bueyes, y ne-
góle el paso antes de haberle conducido
día a su amo, y él arremetió al montañés con
Andrés a su matorral, tras del cual
halló cuatro o cinco más. Presto eche
de ver, me dijo Andrés refiriéndome
esta aventura, que era mayor nú-
mero del que se requiere para guiar un
ganado vacuno, y no dudé de que
tenían otro eco en la roca.

—¿Dónde está el tesor de hombre
Hércules? —preguntó sobre todo lo ocurrido en Osbaldeston-Hall, y
escucharon sus respuestas con sor-
presa e interés.

—Yo presumiría, me dijo Andrés,
que les contó todo cuanto sabía
porque yo no sé ninguno res-
puesta a los dirój e la pistolas.

—Pero no me hició con hablar de
los cahíos que rotaba por la arboleda
al entrar en la cuarta ocasión más
tu parte de la arboleda. Comenzaba a des-
puntar el día, y con la última clari-
dad de la luna se mecelaba un piado
cayo del alba matutina que permitía
divisar bastantes objetos. Oyóse el
sordo ruido de un carruaje de cuatro
cahíos que rotaba por la arboleda,
escultado por seis hombres monta-
dos: los Highlanders escucharon con
atención. El carruaje contenía al se-
fior John y a sus desgraciados pro-
sos. La escolta se componía de Rash-
leigh, de los oficiales de paz, y de los
ajentes de policía montados, con el
cubierta, el cual la cerró un Highlander apostado allí de
intento, después de pasar la cabal-
gada. En el mismo instante detuvie-
ron el carruaje los bueyes a derecha e
izquierda, y la carrera: dos hom-
bres de la escolta se separaron para
echar a un lado los troncos de árbo-
les que tal vez cayeran hallarse allí
por casualidad o descuido: los otros
principaron a zarzurrar a los bueyes
para apartarlos del camino.

—¿Qué se atreve a tocar anes-
tros animales? gritó una voz fuerte:
¡hacéle fuego, Augus! 

Rashleigh exclamó al punto: —
¡Socorro! Escuchó se un pistoleta
al que había hablado.

—¡Clymore! gritó el jefe de los
Highlanders, y se trabó la pelea. Los
oficiales hicieron una sorprendida
de tan repentino ataque, y no estando
por lo común dotados de gran valen-
tia, solo opusieron débil defensa a pe-
sar de la superioridad de su número:
algunos de ellos quisieron volverse
al alcalaz; pero un pistoleta dispuso
defuera de la puerta los hizo creer
en las ventajas de los años, y los se-
garon únicamente por diferentes la-
dos. Sin embargo Rashleigh se había
apagado, y sostiene a pie y cuerpo a
cuerpo un combate desesperado con
el jefe de los acometedores, que
podía ver yo desde la puerta del car-
rucha; por fin venció Rashleigh.

—Fue perdida, por amor de Dios, del
rey Jacobo y de nuestra antigua
amistad, le gritó una voz que reco-
cer al punto.

—¡No, jamás! respondió Rash-
leigh con firmeza.

—¡Tues bien, muere, traditor! es-
clamado en un riacho, le precipitó
bajo las ruedas.

—Señor Osbaldeston, me dijo en
voz baja vos, os podeis quedar, por-
que nada tenéis que temer; mas es
preciso que atienda a los que no se
hallan en este caso.No paseis ningun

bajo su aún en el alcalaz para echar la
el nombre ayo, mientras que Jo-
son se conocíamos todo el día en
lugar seguro. En cuanto a este
viejo loco, y a este imbécil, admi-
di señalando a Sydwall y a Andrés,
no se trataba más que de echarlos puer-
tas atrás.

Ahora, partamos, dijo volviéndose a
nosotros: he mandado preparar la vieja carra de la familia
para conducirnos, aunque no ignoro
que esta escultura sufrirá el sereno de
lo que babia a caballo, si el
viaje era de su gusto.

Andrés se torcía las manos de des-
sesperación. —Solamente dije, esclama-
mo, que me hablaban sin duda
con algún dueño en la biblioteca.

¡El miserable! —vender a un
antiguo amigo que la custodiado con
más en los años, los mis-
nos salmos en el mismo libro!

Echaron de la casa así como a
Sydwall, con darle tiempo para acabar
sus lamentaciones. Su espulsión tu-
vo no obstante consecuencias bastan-
te extraordinarias, segun supe des-
hues. Mas, no hablará aqui de ellas
para no interrumpir el orden y el bi-
ilo de los hechos.

Habiendo resultado a pasar el
resto de la noche a casa de un cono-
cido antiguo que vivía cerca de una
milla de allí, acababa de salir de la
avida del alcalaz, y se hallaba en
un lugar llamado todavía el bosque
viejo, aunque servía de paso, y aun-
que no se veían en él más que aque-
nos árboles. Allí encontró un ganado
y muy numeroso de bueyes de Escocia
que estaban echados y que parecían
haber pasado la noche en aquel sitio:
no le sorprendió esto, porque sabia
que sus paisanos que conducían ga-
nado, solían esconder al final de cada
jornada algun buen pasto donde po-
dieran cesar sus bueyes con poco
gasto, y partir antes de salir el sol
para evitar toda querella con el due-
nado por vuestros amigos, ¡Adios;
acordados de Mac Gregor!

Dió entonces un silbido, y al
punto se reunió toda su tropa en der-
sordo suyo: colocó en el centro a sir
Federico y a su hija, y los dos inter-
ñieron en el bosque. El cocleer y el
postillón habían abandonado sus es-
ballos desde el primer tiro; pero los
animales, detenidos por las baterías,
permanecieron inmóviles muy feliz-
mente para el señor John, quien
le pasaba las ruedas de encima, si el
carrejo hubiera hecho el menor
movimiento. Mi primer cuidado
fue sacar de esta peligrosa situación,
y esto fue con suerte importante,
porque el bellaco estaba tan azorado,
que antes de haber muerto que le
sujeción sin ayuda. Hicelle presente que
atendió a ello, pero, en algunos pasos troceó
con un cuerpo que tomó por un ca-
dor: el supuesto muerto se levantó
no obstante por sus piés perfecta-
mente sanos, y abandonó el árbo-
Listó á todos, que había tomado aqué-
lla postura para librarse mejor de los
golpes de clymores y de las balsas
y sillas en todas direcciones
durante un momento. Me alegré tan-
ho de encontrarle en aquel entonces,
que no me detuve á preguntarle por
qué casualidad se hallaba allí, y le
mandé que me signiase.

Atendí primaderamente á Rash-
leigh. Cuando me acerqué á él, des-
pidió un jemido, tan semejante á un
grito de rabia como á una esclama-
ción de dolor, y cerró los ojos, como si, semejante a Yago (1), hubiera resuelto no soltar una palabra. Dejó llevar en el carruaje, y prestan- mos el mismo servicio a otros dos heridos tendidos en el campo de batalla; no sin dificultad pude hacerle comprender a Jack, que era muste- nester que subiese él también para sostener a sir Rashleigh durante el camino. Obedeciéndole con el aire de un hombre que sólo a medias conci- be lo que le dicen. Andrés abrió la puerta de la alameda, hizo dar la vuelta a los dioses y los conducio de la brida hasta Osbaldeston-Hall.

Algunos de los fugitivos habían llegado ya allí por diferentes ruedos y esparcido el espanto, diciendo que sir Rashleigh, el escribano Johnson, y toda la escolta, a excepción de los que llevaban la noticia, habían sido ataca- dos y derribados por un regu- miento de forcas Highlanders. Así es que cuando llegamos, oimos un ruido semejante al susurro de un en- jambre de abejas cuando se disponen para el combate. El señor Johnson, que principalìa a recobrar sus santi- des había bastante fuerza en su pul- mon para llamar de modo que se diese a conocer: tenía tan mala en- sa en salir del carruaje, por cuanto le abrumaba el peso de uno de sus compañeros de viaje que había despe- dido el postrero suspiro durante aquel- la corta caminata, y la aproximación de un cadáver anunciado todavía su terror.

Sir Rashleigh Osbaldeston vivía aun, pero había recibido una herida tan terrible, que el piso del carruaje estaba en exacerjación lleno de su sangre; y se podía seguir el rastro de ella desde el parislito hasta la sala, donde le pusieron en un gran sillon, mientras que los unos se empeñaban en detener la hemorragia con ven- das, y gritaban los otros que era necesi- te ir por un cirujano, aun- que nadie se movía para ir a buscarle.

¡No quiero que me atormenten! dijo el herido: conozco que ningún socorrito puede salvarme: soy muerto. Incorporése en el sillón, volvióse hacia mí, y aunque la palidez de la muer- te se veía espantosa ya por su rostro, me dijo con una firmeza superior a las fuerzas que debían quedarle: — Primo Francisco, acerquen.

Yo me acerqué.

—Solo quiero decirles que la cura- canía de la muerte no muda en nada mis sentimientos respecto a vos. Os abrerozo ahora que necesito ayuda. Vos, la frente, os visi- viste vos, el píe puesto encima de vue- tro pecho.

Mientras que así hablaba, veía todavía centellear la rubia en aquellas ojos que tenía en breve a cerrarse para siempre.

—No os he dado ningún motivo para que me abracéis, y quisiera por vuestro bien que en semejantes momentos...

—Harto me habéis dado: en amor, en interés, en amonestación, siempre me sallais al encuentro. Habi- ba nacido para ser el timbre de la casa de mi padre, y si lo hago un baldon, solo vos teñis la culpa. Mi patrimonio será vuestro; gozad; —os sjale, me acompañe la maldición de un moribundo.

Un momento después de haber profesado esta terrible imprevisión, volvió a caer en el silial, y se le os- curceynon y empañaron los ojos; pero la siniestra expresión del ojo sobrevivió todavía en sus facciones a su postrero suspiro (1).

(1) El Glenar, hablando de su enemigo muerto:

*Extinct feature of the sullen enorm Betray'd'his rage, he'is remonate.

* Each rage of aquel snubbed cavaler murted, estaba su valia, pero ninguno remonitado.*

Hay otros muchos personajes de Rob-Roy que parecen inspirados por el escéptico pensamiento de Lord Byron.

No me detendré mas tiempo en este horroso cuadro: bastará que diga que la muerte de Rashleigh me dejó en quita posesión de la hacienda de mi tío. El mismo Johnson se vio obligado a confesar que la rudi- cula orde especial contra mí como rey de alta tración, había sido tra- zada con el intento de favorecer a los marques de Rashleigh y apartarse de Osbaldeston-Hall. El nombre del de- linco fue borrado de la lista de los esclavos, y murio pobre y menospecio.

Después de arreglar mis negocios en Osbaldeston-Hall, donde estabcleció en su destino al viejo Syddall, y a Listo-a-todo en el jardín, partí otra vez a Londres, contento de dejar una casa que solo me ofrecía peno- sos recuerdos. Deseaba vivamente tener noticias de Diana y de su padre; y pasados cosa de dos meses, un Francés que vino a Inglaterra por asuntos de comercio, me trajo una carta de miss Vernon, que puso fin a mis zozobras, participándome en ella que ambos estaban seguros.

La verdad de esta carta que no era la casualidad la que había hecho aparecer tan oportunamente a Mac- Gregor y su tropa. A la nobleza de Es- cocia que tomaron una parte mas o menos directa en la ultima insurrec- cion, desea verdadmente favorecer la fuga de sir Federico Vernon porque, en calidad del ejército confidencial de la casa de Eustuardo, podía tener en su poder papeles capaces de compro- meter la seguridad de la mil de las familias principales de Escocia; y para favorecer su evasión habían echado mano de Rob-Roy, cuyo valor y des- treza conocían. Fijaron la cita para Osbaldeston-Hall, y ya he visto cómo esto trast de su plan el desgraciado Rashleigh: sin embargo salieron con la suya; porque cuando fueron liber- tados sir Federico y su hija, hallaron caballos dispuestos para ellos; y Rob- Roy, muy practico de todos los ca- minos del norte de Inglaterra, los condujo a la costa occidental, donde se embarcaron para Francia.

El mismo Francés me participó que sir Federico no podía sobrevivir mas tiempo a una enfermedad del pecho, resultado de las privaciones y fatigas que había sufrido ultimamente; su hija estaba en un convento, y la intención de su padre era siempre que tomase el velo.

Decidíme al punto a comunicar francamente a mi padre los secretos de mis sentimientos de mi corazón. Al prin- cipio lo sobresaltó la idea de verme casado con una católica romana; pero deseaba verme establecido en el mudo, como decía: conocía que ocupándome únicamente en sus negocios mercantiles, como lo había hecho cerca de un año, él habría satisfacido mis inclinaciones y mis gustos: des- pues de vacilar, después de hacerme algunas preguntas a las cuales le res- pendi de un modo que le satisfizo, me dijo por último:—Nunca hubieras pensado que mi hijo llegara a ser se- ñor del dominio de Osbaldeston; y mucho menos que fuese á buscarle a un convento de Francia; pero la que ha sido hija tan sumisa debe ser buena esposa. Has consultado mi gusto trabajando en el bufete, Frank; justo es que consultes el tuyo para casarte.

No necesito deciros, Will Tresh- am, cuanta prisa me di en satisfacer mi amor: sabéis también cuan- to tiempo he vivido feliz con Diana; sa- beis cuanto la he llorado; empero no sabéis, no es posible que sepais cuan digna era de las lágrimas de su es- poso.

No me quedan mas aventuras que contaros, ni otra cosa que deciros; sabéis mejor que nadie los pocos in- dientes notables de mi vida: como la de los demás hombres, ha sido una serie de placeres y de penas, que vos parisísas conmigo. Muchos viajes he hecho á Escocia; mas nunca he
ro

visto al intrépido Highlander que tan
to influyó en los acontecimientos que
acabo de referir: de vez en cuando
he sabido que seguía manteniéndose
cuando las montañas del lago Lomond, á
despacho de todos sus enemigos: que
hasta el gobierno toleraba ya la an-
ducción con que se había erigido en pro-
tector del condado de Lennox, y que
cuando consecuencia, exigía siempre su
black-mail, con tanto órdén como co-
bría un propietario el pago de sus ar-
riendos. Creyérase imposible que de-
jarla de terminar sus días de un modo
violento; sin embargo murió tranquil-
lamente el año 1736: mas su memoria
vive todavía en todos los alrededores
de sus montañas, como la de Robin-
Hood en Inglaterra, apellidado el ter-
ror del rico y el amigo del pobre. Es
cierto que poseía prendas de corazon
y de entendimiento que habrían
mordido una profesión más arreglada
que aquella á que su destino le había
condenado.

El viejo Andrés Listo-Á-todo, á
quiernos acordaréis de haber visto
como hortelano de Oshaldiston-Hall,
decía muchas veces: — que había no
pocas cosas extremadas en bien y en
mal, tales como Rob-Roy.
(Aquí acaba desabridamente el
manuscrito: tengo mis razones para
pensar que lo que seguía no hablaba
mas que de negocios particulares) (1).

(1) Rob-Roy Mac-Gregor es uno de los héroes
que suelen citar más á menudo el pueblo de Escoc-
ia. La tradición conserva fielmente los perimen-
ros de la genial parcial que hizo, por tanto tiem-
po y con tanto encanto, el duque de Montrose;
esta en uno de los habitantes de las cercanías del
Loch-Lomond sobre una anecdota sobre las har-
zás y astucias de este temible personaje. Nos
contentaríamos con indicar al lector las páginas que
le ha dedicado el corredor Hewari en su obra algo
difusa sobre los Highlanders, y principalmente
sobre los regimientos regulares de Escocia.

El Rob-Roy de Walter Scott es fielmente el
retrato que ha dejado de él los que le conocieron;
pero en Ecosse es admirada sobre todo esta obra
corno su segundo punto de vista del cuadro de los
Highlanders, tan embelesante en Waverley,
la Leyenda de Montrose, É el Oficial aventurero,
acabada de familiarizarnos con estas costumbres, tan
pintorescas respecto al país, como respecto á las
costumbres y usos locales.

El carácter montañés, pero pecáce de Rob-
Roy, forma felicitado contraste con la inductria
vivífera, aunque muy original, de su predeces-
sor el bule Nicol Jarvis. Este personaje, constan-
temente cómico, e inventado por el autor, ha
recibido casi una existencia real en el tiempo de
un actor de Edimburgo, llamado Mackay; mas
die años se le ha visto á Walter Scott, de
inexcusable, retirarse hasta soltarle las lenguas, de los
ademáses del hijo de mi padre que en paz haya.